



MI
OSCURA
IDENTIDAD

PRISCILA SERRANO

MI OSCURA IDENTIDAD

PRISCILA SERRANO

Copyright © 2018 PRISCILA SERRANO

Todos los derechos reservados.

1ª Edición: Mayo 2018

Priscilasautora@gmail.com

Banco de imagen: Fotolia

Diseño de portada: Priscila Serrano

Maquetación: Priscila Serrano

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PRÓLOGO

¿Qué pasaría si un día te levantas y todo lo que creías tener ya no existe?

Pues eso es lo que me pasó a mí.

Soy Amber Griffin y esta es mi historia.

Todo comenzó el día que me enteré de que estaba embarazada, nada más y nada menos que del mejor amigo de mi padre. Yo, a mis veinte años, iba a tener un bebé de Matthew Lincon. Él tenía treinta y cinco años y, aunque lo nuestro fue algo muy fugaz, no podía negar que había sido lo más intenso que había vivido en toda mi vida.

Aquella noche, mis padres hicieron una fiesta, pues un negocio que tenían entre manos salió como esperaban, así que lo celebraron por todo lo alto. Matthew estuvo toda la noche mirándome y en alguna ocasión me guiñó un ojo mientras me sonreía, en un principio me asusté, pero no podía negar que él me gustaba y mucho, entonces, después de pasar parte de la noche bebiendo más de la cuenta y una vez que mis padres y los invitados se fueran dejándonos solos en la sala de mi casa, Matthew se iría a dormir.

Se quedaría esa noche en la habitación de invitados, pero al final acabó en la mía. Pasamos una noche de pasión y sexo increíble. Sin duda, había sido una de las mejores de toda mi vida.

Cuando nos conocimos, él no me miraba, simplemente me sonreía y yo, boba, caí en sus garras sin pensar en las consecuencias de mis actos. Esas consecuencias son las que me llevaron a quedarme sola, sin ayuda y con un bebé. Yo era una chica que tenía muchas metas en la vida, pero ahora mi única meta era cuidar de mi hija y trabajar para que no le faltara de nada. Cuando mi padre se enteró de mi embarazo, puso el grito en el cielo, no lo podía creer, tuve que mentir y decirle que era de un chico de la universidad, pero se acabó enterando. Me tuvieron escondida durante meses para que nadie se enterara del embarazo, para que así me pudiera arrepentir y quisiera suspenderlo. Cosa que no pasó, ya que a los ocho meses de gestación tuve a mi pequeña April. Ese día mi padre me echó de mi hogar y me quedé sola y en la calle. El hombre que era el padre de mi pequeña desapareció el día que le conté todo. Unos meses después de toda esa locura, estaba de aquí para allá, sin destino aparente y viviendo en albergues. Buscaba trabajo, pero no conseguía nada. Así no podía seguir, tenía que mantener a mi pequeña princesa, pero ¿cómo lo haría? De la peor manera.

Jamás pensé que tendría que llegar hasta aquel extremo, pero algo sí tenía claro, todo lo hacía por ella.

Capítulo 1



Me desperté con el llanto de mi princesa. Me levanté y miré la hora en el reloj de la mesilla de esta mugre habitación de motel. Eran las cuatro de la madrugada y mi hija no podía dormir por esos cólicos tan fuertes que le daban.

Al levantarme, lo primero que hice fue acercarme a la minúscula cuna, esa que compré en una tienda de segunda mano, pues mi economía no daba para lujos. Bueno, ni para lujos ni para nada en general, ya que seguía sin encontrar trabajo.

—¿Qué te pasa cielo? —pregunté mientras la cogía.

La puse boca abajo entre mis brazos. Así estuve mucho tiempo, paseándola por toda la habitación hasta que conseguí que se quedara dormida de nuevo. Cuando me quise dar cuenta, eran las siete.

Me acerqué a la cuna para acostarla de nuevo, ya que tenía que ducharme para ir a una entrevista de trabajo en un bar de copas. Las entrevistas las harían sobre las diez de la mañana y primero tenía que buscar a alguien que

podiera quedarse con mi hija. Ahí es donde tenía mi gran problema puesto que a la única que podía dejarle a mi hija era a Selena. Ella era una chica que había conocido en aquel lugar, pero trabajaba de noche y lo más probable era que la pillara dormida. Aun así, no me quedaba más que preguntarle si podía quedarse con April o no.

Entré en el baño lo más silenciosa que pude para no despertar a mi hija, abrí el grifo del agua caliente y, sin más, me quité el pijama para meterme bajo el chorro de agua.

—Así da gusto, esto sí que es relajante —me dije.

Terminé de ducharme y me enrollé una toalla en el cabello y otra en el cuerpo. Lo único bueno que tenía el motel. Cuando salí del baño, lo primero que hice fue cerciorarme de que mi pequeña siguiera dormida. Cogí la mejor ropa que tenía, más bien, casi lo único que tenía, ya que me dejé, más bien no me dejaron sacar nada. Solo estábamos ella y yo, sin nada. Me puse unos pantalones negros con una camisa que me prestó Selena para las entrevistas, por lo menos así iría presentable. Terminé de arreglarme y fui al pasillo, menos mal que Selena estaba justo al lado de mi habitación, por lo menos así, si April se despertaba, la escuchaba. Pegué unos toques en la puerta y no me abría, así que volví a tocar, seguramente seguía dormida. Esa vez sí me abrió, me miró con mala cara por haberla despertado y, si no la hubiera conocido, habría pensado que me quería matar.

—Buenos días, preciosa —saludé con una sonrisa.

Selena me miraba negando, ya sabía que iba a pedirle algo.

—¿Qué quieres Amber? —preguntó.

Yo me quedé pensando de qué forma pedirle el favor, ella era muy buena, pero no tonta, y no siempre estaría para mí. Sabía que tenía que arreglar el problema, pero ¿cómo? No tenía otra forma de hacerlo, no por ahora.

—Verás... es que tengo una entrevista —respondí.

Ella me miraba atenta, como si intentara mantenerse despierta.

—Vine para saber si te puedes quedar con April —pregunté al fin.

Solté un suspiro, como si me acabara de quitar un gran peso de encima.

—Amber, tienes que arreglar esto. Yo no voy a estar siempre para cuidar de la niña, y necesitas trabajar —habló seria.

Yo asentí, pero ¿qué podía hacer? No iba a abandonar a mi hija, no les daría el gusto a mis padres de verme hundida.

—Lo siento, sé que tengo que buscar una guardería, pero ahora mismo no tengo con qué pagarla.

Ya estaba notando mis ojos aguarse, Selena me agarró y me abrazó. Era la mejor persona que me pude cruzar en aquel terrible camino.

—Está bien, trae a mi princesa, pero haz todo lo posible por conseguir ese trabajo y ya sabes a lo que me refiero —propuso con picardía.

Yo abrí los ojos y negué enseguida, eso no... no lo haría ni loca.

—Yo respeto tu trabajo, pero yo no lo haría. Lo siento, es que no me veo capaz —claudiqué segura de mí misma.

Ella asintió, no muy convencida, pues más de una vez me ofreció trabajar en el club donde trabajaba ella, pero siempre me había negado, no me veía capaz de trabajar de eso. Fui hasta mi habitación y cogí en brazos a mi hija con sumo cuidado, ya que no quería que se despertara. Cogí su bolsa ya preparada y se la entregué a Selena, menos mal que estaba loca con mi hija y sabía que no me iba a decir que no, aun así, seguía teniendo razón, necesitaba un trabajo urgente. Una vez que le indiqué todo lo que tenía que hacer para poder cuidar a mi pequeña con sus cólicos, me fui.

Salí al frío Manhattan, estábamos en invierno y el frío te calaba los huesos, encima tenía que caminar un par de manzanas hasta llegar a la parada de metro. Bajé las escaleras y me subí al primer vagón que paró delante de mí. Menos mal que el sitio donde tenía que ir estaba cerca de una de las paradas. Veinte minutos después, me bajé y subí las escaleras que daban a la calle. Las calles de Manhattan estaban llenas desde las cinco de la madrugada y en ese momento eran las nueve, era asfixiante. Caminé y caminé durante más de quince minutos, buscando el bar de copas en el cual tenía la entrevista, pero no lo localizaba.

—Creo que me he perdido —hablé mirando para ambos lados. Al fondo de la calle, vi un edificio grande con un gran cartel “Casino President”. Miré el papel donde tenía apuntado el nombre del bar, “Bar President”.

—Madre mía, no es un bar, es un puñetero casino y por lo que he oído unos de los mejores, ¿cómo no me di cuenta antes? —me pregunté.

Iba cruzando la carretera sin mirar, estaba metida en mis pensamientos y hablando sola, como solía hacer desde hacía tiempo, escuché un claxon, me asusté, tropecé y caí al suelo.

—¡Joder! —escuché que gritaron desde el interior del coche.

Miré hacia este y lo tenía casi encima de mí. Me levanté como pude, pero, cuando iba a caminar, mi tobillo no me lo permitió y di un grito de dolor.

—¡Mierda, mi pie! —grité.

—¿Es que no miras por dónde vas? —preguntó el conductor.

Salió y se acercó a mí hecho una fiera.

—¡Y tu podrías tener más cuidado! —grité sin mirarle ya que, prácticamente, no podía apartar la mirada de mi pie, ¿ahora cómo iba a poder trabajar?

—Qué mala pata —susurré.

Y de pronto, escuché cómo el energúmeno que casi me atropellaba se reía.

—¿En serio te estás riendo de mí? —pregunté gritando.

Levanté la mirada para encararlo y me quedé callada. Joder, si alguna vez pensé que los Ángeles no existían... ¡qué equivocada estaba! Pues tenía uno delante de mí.

—Lo siento, es que ha sido gracioso —respondió sin parar de reír y sin mirarme.

De pronto levantó la mirada y sus ojos conectaron con los míos haciendo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Nos miramos durante más de un minuto, hasta que escuchamos cómo más coches pitaban tras el suyo, había creado un gran atasco.

—Lo siento, ¿puedo ayudarte? —preguntó nervioso.

Yo negué, no quería recibir ayuda de hombres como él, esos hombres trajeados que me recordaban la vida que tenía, a aquel hombre que la echó a perder, no por mi hija pues ella era lo más preciado que tenía, pero sí por la situación en la que me encontraba.

—Eh, no gracias, tengo que irme —dije sin más, pero mi pie no me dejó avanzar y me quejé de dolor.

—Venga, no seas cabezota, si ni siquiera puedes caminar. Déjame llevarte a donde quiera que fueras —propuso amablemente.

Seguí negándome, de verdad que no quería su ayuda, no quería tener que deber ningún favor a un hombre como él.

—No, gracias —contesté secamente.

El me miraba como si quisiera convencerme con su mirada, con esos ojos azules como el cielo.

—Puedes dejar de mirarme así —le reproché. Él me sonrió—. Dios ¿por qué me haces esto? —pregunté mirando hacia arriba como si quisiera que me respondiera— ¿Intentas convencerme? —pregunté.

—¿Lo estoy consiguiendo?

—No puedes responder con otra pregunta ¿sabías? —dije cabreada.

Los cláxones seguían insistentes y el seguía ahí parado como si no le importara lo más mínimo. Lo miré de vuelta y suspiré, él me volvió a sonreír,

aunque en realidad no había dejado de hacerlo desde que habíamos cruzado nuestras miradas.

—Está bien, pero solo voy tres manzanas más haya —repuse señalando hacia delante.

Él asintió agarrándome del brazo para poder ayudarme a caminar. Cuando sentí su contacto en mi piel, esta se me erizó por completo y es que jamás me habían tocado unas manos tan suaves.

—Me duele, no puedo caminar —dije quedándome—. Será mejor que me dejes aquí.

Soltó una carcajada y, sin darme cuenta, me cogió en brazos para llevarme hasta su coche. Su olor invadió todos mis sentidos de repente y me dieron ganas de morder ese cuello que salía por encima de la camisa de Armani.

“Amber, madura un poco”, pensé.

Me sentó en el coche y el volvió a su sitio. Arrancó y giró a la izquierda, luego me miró con una sonrisa.

—¿Dónde te dejo? —preguntó.

Yo no sabía si decirle que iba al casino, no quería que se llevara una mala impresión de mí.

“Pero qué estoy diciendo, me da igual qué impresión se lleve”, pensé regañándome a mí misma.

Y seguía sin contestar, me había quedado embobada mirando su sonrisa.

—¿Puedes dejar de mirarme la boca y contestar?

—Yo no te miraba la boca —respondí—. Voy al Casino President.

Abrió los ojos mientras me miraba de arriba abajo como si quisiera ver bajo la ropa. Me puse nerviosa y, como pude, me tapé con los brazos.

—¿Por qué vas a ese sitio?

—No tengo obligación de responder a esa pregunta —escupí.

—Está bien, solo preguntaba porque no eres mujer para un sitio como ese, se te ve de buena familia.

Y lo era, pero en el pasado, un pasado que no quería recordar. Mi vida en ese momento era muy diferente.

—Pues te equivocas, no soy de buena familia, de hecho, no tengo familia —sentencié.

Llegamos al casino, me bajé del coche y él bajó también.

—Perdona ¿cuál es tu nombre? —preguntó mientras me seguía.

Me di la vuelta y lo miré, negué y seguí mi camino. Caminaba un poco coja, pero ya no me dolía tanto.

—Bueno, no me lo digas si no quieres, pero un ¡gracias, no vendría mal!
—gritó.

Yo ya estaba casi en la entrada del casino, me di la vuelta y él seguía ahí parado delante de su coche, mirándome con esa perfecta sonrisa.

—Gracias —dije sin más.

—Soy Evan.

—Gracias, Evan —contesté de vuelta.

Le sonreí y entré al casino.

Al entrar, miré hacia todos lados. Era enorme y no sabía hacia dónde debía ir. Caminé hasta que me encontré a un chico alto y moreno, lo paré y se dio la vuelta.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

Asentí bajando la mirada hasta el papel donde tenía apuntado el nombre de la mujer que tenía que buscar.

—Busco a la Sra. Wellington.

El camarero me miró de arriba hacia abajo, poniéndome nerviosa.

—Pero ¿qué les pasa hoy a los tíos? ¿Por qué me miran así? —me pregunté.

—Sígueme, muñeca —dijo con descaro.

Lo miré y fruncí el ceño, no me gustaba que me llamarán como si fuera una puta barata.

—Perdona, no te equivoques. Yo no soy muñeca de nadie —escupí cabreada.

Seguimos nuestro camino sin cruzar ni una sola palabra, hasta que me dejó en la entrada de una puerta de madera enorme. Me abrió y entré. Una vez dentro, me quedé paralizada.

—Pero ¿dónde me he metido?

No podía parar de mirarlo todo, era tan... irreal. Dentro del casino parecía que había otra ciudad, había un millar de habitaciones. Sí, sabía que era algo exagerada, pero cuando digo que había un millar era porque no podía contarlas todas. Eso no fue lo que más me impactó, sin embargo. Además, había en medio de todo, una piscina enorme con una gran cascada era de locos. Y encima todo era de mármol, un lugar hermoso sin ninguna duda.

—Perdona, ¿tú eres Amber Griffin? —me preguntó una mujer bastante guapa y llamativa.

Me quedé mirándola, pues tenía el cabello rojo como el carmín y los ojos verdes como esmeraldas, simplemente hermosa.

—Eh, sí, soy yo —contesté.

La mujer se acercó a mí y comenzó a moverme para que me diera la vuelta. Miraba mi cuerpo, pero ¿que se creía?

—Perdona... ¿tú eres...? —pregunté dudosa.

—Sí, perdona, no me he presentado. Soy Topanga Wellington la dueña de todo esto —se presentó, alardeando de todo su imperio.

La miré impresionada. Pensaba que la Sra. Wellington sería más mayor, sin embargo, tendría unos treinta años.

—Encantada, Sra. Wellington —dije.

—Por favor, llámame Topanga, si seremos de la misma edad ¿no? —preguntó con una sonrisa ladeada.

Asentí nerviosa, no quería seguir más en este sitio, me daba mala espina.

—Bueno déjame enseñarte todo esto —dijo agarrando mi brazo.

Yo seguía mirándola confundida. No sabía si ir, en realidad me quería ir, pero no podía hacerle ese desplante.

—¿Vienes? —preguntó con seriedad.

—Perdona, Topanga, primero me gustaría saber en qué consiste el trabajo ¿si no te importa? —dije convencida.

Ella me miró y dibujó una sonrisa, yo suspiré, estaba muy nerviosa. Tenía en mi mente la posibilidad de que el trabajo podría ser de aquello de lo yo intentaba huir, pero parecía que me perseguía.

—Está bien, vamos a mi despacho. Allí te daré todos los datos.

Me acerqué a ella y la seguí. Abrió una de las puertas que había en el lado derecho y entramos a lo que, supuse, era su despacho. Todo era de madera oscura y moqueta roja, esto cada vez se ponía mejor.

—Por favor, Amber... toma asiento —dijo señalando una silla.

Estaba tan nerviosa que no quería ni sentarme. Al final lo hice sin dejar de mirarla, ella seguía con esa sonrisa de cínica que nada me gustaba, pues era de esas personas que se creían más que nadie por tener dinero.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Yo asentí encogiéndome de hombros, ella negaba sonriendo, parecía que se estaba burlando de mí.

—Explícame el trabajo, por favor —susurré, las palabras no me salían.

Agachó la mirada y sacó unos papeles de uno de los cajones que había en la mesa de madera, los puso sobre ella y los arrastró hasta mí para que los viera. Cuando los miré, me asombré, era un contrato de trabajo como camarera para el Casino, pero eso no fue lo que me impresionó, sino la cantidad que esa

mujer quería pagarme.

—¿Estás de broma? —pregunté notablemente nerviosa.

Negó extendiéndome un bolígrafo para que firmara, estaba totalmente convencida de que lo haría, o por lo menos era lo que quería aparentar.

—Ese es tu contrato, pero no solo serás camarera —dijo segura de sí misma.

Y ahí es donde venía el problema.

—Y ¿qué más tengo que hacer?

Sacó otro contrato e hizo lo mismo que con el anterior. Volví a mirarlo y este era totalmente diferente, el papel era suave y de color negro, las letras estaban pintadas en rojo pasión. Lo leí y negué incrédula.

—Lo siento, pero te equivocas de mujer, no haré nada de eso —expuse convencida.

—Amber, no serás prostituta, si es lo que te preocupa. Tú serás la acompañante de hombres con mucho dinero —explicó intentando convencerme.

Yo seguía negando con la cabeza.

—Y ¿qué pasará cuando quieran tener sexo? —pregunté.

—Eso solo lo decidirás tú. Hay algo que tienes que entender. Para tener sexo contigo... querrán pagar una cantidad que jamás pensaste tener en tus manos. Será en ese momento cuando deberás decidir qué hacer, solo tú tomarás esa decisión —replicó manteniendo la sonrisa.

Me quedé pensando sin saber qué hacer, supuse que debía firmar los dos contratos, pero...

—Piensa en April, hazlo por ella —dije intentando convencerme.

Cogí el bolígrafo entre mis manos, pero volví a soltarlo y miré a Topanga.

—Está bien, pero explícame todo, por favor.

Ella asintió y comenzó a enseñarme fotos de todas sus chicas y sobre todo fotos de todos sus clientes. Cuando fui a coger la última, mi boca se abrió por completo, no podía creer que el padre de mi hija estuviese entre sus clientes. Topanga me miró y soltó una carcajada. Yo levanté la vista para mirarla, pues no sabía de qué se reía.

—¿Pasa algo? —pregunté intrigada.

—Ya veo que le echaste el ojo a mi mejor cliente —comentó con aires de superioridad.

Yo en seguida negué, no quería que supiera que lo conocía, que estuve con él, que tuve una hija suya.

Cogí el bolígrafo y firmé sin pensarlo siquiera, solo quería vengarme del hombre que destrozó mi vida.

—Solo te pediré una cosa, Topanga —dije con la mandíbula tensa.

Y es que verle en esa foto, con esa sonrisa que me ilusionó, la misma que mostró el día que le dije que sería padre... hizo que me cabreara de tal forma que, si me lo hubiera encontrado en aquel momento, le habría arrancado las pelotas.

—Tú dirás, preciosa.

—A partir de ahora no soy Amber, sino Luna. Por las noches me verás con una máscara, no quiero que nadie sepa mi verdadera identidad —hablé segura de mí misma.

Topanga me miró sin entender a qué se debía tanto secretismo.

—¿Algún motivo en especial? —preguntó confundida.

Negué sonriendo, tenía que ser algo más falsa para que no se me notara lo cagada que estaba.

—No, es solo que no quiero que nadie me encuentre en la calle y me relacione con este trabajo. No te ofendas, pero si por mí fuera... no lo aceptaría, solo lo hago por mi hija.

Abrió los ojos asombrada, quizá porque no sabía que tenía una hija. Rogué en silencio para que no se echara atrás con el contrato, por el hecho de ser madre.

—No sabía que tenías una hija, pero tranquila, eso no me hará cambiar de opinión. Te quiero aquí, eres una belleza y tienes un cuerpo espectacular. Los hombres sé matarán por tenerte colgada de su brazo y eso es lo que me dará el dinero a mí —dijo muy convencida.

Yo, que ya estaba algo más relajada, no sabía si preguntar qué ropa tenía que llevar, si me darían alguna especie de uniforme...

—Topanga ¿qué ropa debo traer? Yo no tengo nada sexy.

Se levantó e hizo que yo me levantara, cogió mi brazo y me movió para que diera una vuelta como había hecho cuando llegué. Cuando estuve frente a ella, me miró con la mirada fija en mi boca. De pronto, sentí sus labios en mi cuello y subió hasta mi boca, mordió mi labio inferior y me besó. Yo me quedé estática, sin saber qué hacer. Me separé y la miré con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces? —pregunté nerviosa.

El beso hizo que me pusiera muy nerviosa, no porque me gustara sino porque no entendía. Además, no me gustaban las mujeres.

—Solo quería enseñarte que también puede que seas el deseo de alguna

mujer y puede que alguna quiera hacerte lo mismo que te acabo de hacer yo ahora mismo. Además, no puedes decirme que no te ha gustado. Te he notado nerviosa —dijo con una sonrisa.

Como si hubiera conseguido algo que nadie podría conseguir, qué equivocada estaba. Si ella supiera lo que hacíamos mis amigos y yo, no es que fuera una loca del sexo, pero tuve varios encuentros con dos chicos a la vez y alguna que otra vez con un chico y una chica. Aun así, tenía claro que las chicas no me gustaban. Quería dejar esa vida atrás. Era un pasado del que, aunque nadie sabía que existía, me arrepentía.

—Topanga, tengo muy claro que no me gustan las mujeres, pero he de decirte que besas muy bien —contesté imitando su sonrisa.

Me había caído bien y me resultaba fácil hacer amigas, y amigos por supuesto.

Salimos del despacho y me llevó hasta otra habitación, entramos y me puse nerviosa, parecía la de ella.

—¿Crearás que vamos a culminar lo que empezó en el despacho? —me preguntó. Y como si me estuviera leyendo la mente, se dio la vuelta y me miró —. Luna, tranquila, no quiero acostarme contigo, aunque ganas no me faltan.

La miré impresionada y me sonrojé.

—¿Qué quieres que haga? Estás muy buena y a mí sí que me gustan las mujeres, aunque los hombres también, ¿cómo se llama eso? Ah sí, bisexualidad —hablaba mientras sacaba ropa de su armario.

Puso una montaña de ropa sobre su cama y comenzó a meter en una maleta muchos de esos modelos. Todos eran preciosos, sexys y muy caros. Me extendió la maleta y la cogí nerviosa.

—Toma, esto es un préstamo. Quiero que te pongas toda esa ropa para trabajar y te quiero aquí esta noche a las doce.

Se acercó a mí y me agarró del brazo para acompañarme hasta la puerta por donde había entrado hacía ya dos horas. Antes de salir, me dio la vuelta y volvió a besarme, al parecer lo había tomado como costumbre. Se separó sonriendo satisfecha.

—Nos vemos esta noche, Luna —se despidió y me fui.

Fui hasta la entrada y salí a la calle, seguía muy nerviosa por todo lo que había pasado en tan solo unos meses. Como si lo que estaba por vivir fuera a convertirse mi vida para siempre. Yo no quería eso, yo solo quería ese trabajo de forma provisional, solo hasta que consiguiera algo mejor o, en su defecto, me casara con un hombre rico. Aunque, seguro que eso no iba a pasar. Esas

cosas solo ocurren en las pelis o en los libros, pero no en la vida real.

Seguí mi camino hasta la parada de metro y bajé las escaleras, ya era hora de volver con mi niña, ahora solo me quedaba buscar a una canguro con quien dejarla. Me subí al vagón y este emprendió la marcha.

Cuando llegué, me bajé y caminé con prisa para llegar lo antes posible al motel. Mi pie dolía menos, aunque aún cojeaba.

Cuando llegué, lo primero que hice fue ir a por mi pequeña princesa, estaba deseando tenerla entre mis brazos y acunarla hasta sentirla dormida y tranquila sobre de mi regazo, sintiendo su respiración tranquila y acompasada. Eso era lo único que me hacía feliz en aquel momento y era lo único que no iba a cambiar de esta puta vida que me había tocado vivir.

Golpeé la puerta de Selena y ella me abrió enseguida.

—Hola, ¿qué pasó? —preguntó casi al instante.

—¡Ya tengo trabajo! —grité pegando saltitos de la emoción.

Selena se acercó a mí y me abrazó fuerte, ella era muy buena conmigo, era como la hermana que nunca tuve y sabía que podía contar con ella siempre.

—Me alegro mucho por ti, y dime ¿dónde...? —preguntó curiosa.

Yo no supe si decirle o no, no quería que pensara que era de prostituta. Al fin y al cabo... no lo era. O ¿sí? No sabía y tampoco quería pensar en ello.

—En el Casino President —contesté mirando al suelo.

Selena me levantó la mirada y me frunció el ceño, sabía que iba a pensar justamente lo que estaba pensando.

—¿Vas a trabajar de prostituta?

—Chica de compañía. Joder ¿sabes lo que me van a pagar?

Negó y sentí que se enfadaba. Me había ofrecido ese trabajo muchas veces y siempre me había negado. Esta vez, al ver tal cantidad de dinero... Además, quería vengarme del padre de mi hija. Ese sería mi propósito en ese casino: la venganza.

Capítulo 2

—En serio, no me puedo creer que hayas aceptado ese trabajo, Amber — dijo Selena.

Seguía muy enfadada conmigo, pero ¿qué podía hacer? Si contamos las veces que el dueño de esta mierda de motel había venido a pedirme que le

pagara. Gracias a Selena, pues había sido ello quien lo había hecho, para que no me viera en la calle con una bebé de cuatro meses. Mientras tanto, me mantendría alejada de todo hombre viviente en ese casino, así evitaría que pidieran mi compañía. Con el sueldo de camarera me bastaba.

—Lo siento Seli, ¿qué querías que hiciera? Si no pago la habitación, el Sr. Murphy me echará, y si eso pasara... ¿dónde iría? No tengo familia, solo a mi pequeña, solo nos tenemos la una a la otra —respondí alterada.

La situación estaba llegando a su límite y, por desgracia, tuve que aceptar ese maldito trabajo que me ayudaría a pagar algún sitio mejor donde criar a mi hija y donde no estuviera expuesta a coger una enfermedad permanentemente. Por muy limpia que yo mantuviera la habitación, el sitio era asqueroso y estaba todo hecho una ruina. Me acerqué a mi pequeña y la cogí en brazos. Estaba dormida, pero sentía necesidad de protegerla, eso haría, la protegería hasta el punto de hacer por ella aquello que no me gustaba. Le daría una vida mejor, algo con lo que pudiera vivir sin problema. Selena me miraba expectante, como si estuviera esperando alguna aclaración más sobre el trabajo, pero ¿qué más le diría? Si ya se lo había dicho todo, aunque bueno, ahora que recordaba, debía enseñarle toda la ropa que me había dado Topanga, pues ella sería la que me ayudaría a elegir lo más adecuado. No es que yo fuera una mojigata, pero me costaba un poco combinar la ropa sexy, más que nada porque jamás me había vestido como me tenía que vestir aquella noche. Con cuidado, dado que llevaba a mi hija en los brazos, me acerqué a la maleta cuyo contenido era supuestamente un préstamo que debía devolver con el tiempo. La abrí y la boca de mi amiga se abrió al mismo tiempo, pronunciando una “O” exagerada.

—Amber, ¿de dónde has sacado todo esto? Esta ropa es toda de marcas carísimas —dijo rebuscando y sacando cada prenda cuidadosamente.

La verdad, ni siquiera miré lo que había dentro, hasta que apareció lo que yo quería. Topanga había pensado en todo, había metido dentro de la maleta tres máscaras venecianas preciosas, pero solo una de ellas llamó mi atención. Era dorada y negra con unos dibujos brillantes, simplemente perfecta. Luego miré las otras dos, y también eran preciosas, una de color rojo carmín que tapaba hasta debajo de la nariz y la otra completamente plateada. Mientras yo miraba las máscaras, Selena seguía sacando ropa, hasta que se colocó en mi campo visual para enseñarme un vestido de seda largo en color dorado. Me miraba como si fuera una niña pequeña a punto de abrir su regalo de cumpleaños, pero yo me negué, se suponía que iba a trabajar de camarera.

¿Cómo lo haría con esa ropa? Seguro estaría muy incómoda y no podría atender bien a los clientes. Me acerqué a la cama de Selena que parecía un mercadillo y cuando la miré, me quedé congelada. Toda la ropa era más o menos igual que el vestido, salvo algunos un poco más cortos y con corsé. Mis piernas comenzaron a temblar, me había puesto nerviosa. Topanga me había contratado directamente como chica de compañía. Aquellos vestidos eran apropiados para la alfombra roja.

—¿Que es todo esto? Se supone que seré camarera —dije llamando la atención de Selena, que seguía con el vestido dorado en la mano suplicando para que me lo probara. Pero no, yo no me iba a probar ese vestido, ni ese ni ninguno. Esa noche iría con unos pantalones negros y una camisa y le devolvería toda la ropa a Topanga, yo no iba a ser la puta de nadie.

—Amber, es ropa, ¿es que no lo ves? —preguntó con sarcasmo.

Sin embargo, yo no estaba en ese momento para sarcasmos ni bromas, solo pensaba en cómo iba a sobrellevar ese asunto de la mejor manera, y sin perder el trabajo.

—No me pondré nada de esto —dije convenciéndome a mí misma.

—Sé que no estás preparada para este trabajo, pero piensa por qué lo haces, piensa cómo cambiará tu vida a partir de ahora.

Selena, a veces podía ser de mucha ayuda, y era muy buena dando consejos, pero yo aún seguía calentándome la cabeza pensando en cómo deshacerme de todo aquel problema en el que me había metido. Me quedé por un momento mirando a mi pequeña y, sin querer, unas lágrimas traicioneras hicieron que recordara momentos del pasado, momentos que quería olvidar pero que aún estaban presentes en mi vida. Y solo por eso, me levanté de la cama armándome de valor, dejé a mi pequeña en la cuna y agarré ese vestido dorado, que por otro lado era precioso. Selena me miró orgullosa y dio saltitos emocionada, el vestido le gustaba más a ella que a mí. Me desvestí delante de ella y, como si de un guante se tratará, el vestido rozó todo mi cuerpo con su fina tela, haciendo que por un momento mi piel se erizara. Parecía hecho a mi medida. Me volteé en dirección al espejo de cuerpo entero que Selena tenía colgado de la pared y me miré. La sensación al verme fue brutal, me veía preciosa y sexy, algo que hacía tiempo no ocurría. Selena se acercó por detrás y, como si yo estuviera esperando el último toque, me colocó la máscara dorada y negra de la cual me había enamorado. Volví a mirarme con la máscara cubriendo mi cara y dejando al descubierto solo los ojos y los labios, me gustó lo que vi, nadie me reconocería.

—Estás preciosa, Amber —dijo Selena emocionada.

Yo solo pude asentir, ya que tenía las palabras atascadas. No estaba así por el trabajo, cosa que en este momento odiaba con todas mis fuerzas, sino porque desde que había tenido a April, no me había visto así de bien. No es que fuera una gran belleza, aunque todos decían que sí. Tenía el cabello rubio claro y los ojos azules, lo único que resaltaba en mi cara. Además, mi cuerpo era delgado, pero con curvas, curvas que se habían acentuado gracias al embarazo.

—Amber, ¿estás bien? —me preguntó.

Me di la vuelta y, como si no hubiera llorado en años, comencé a llorar como una tonta. No entendía el porqué, yo era una mujer fuerte o al menos era lo que yo quería aparentar para que nadie me tocara las narices. Selena se acercó y me abrazó, me cobijo entre sus brazos como si de una niña perdida se tratara. Lo cierto es que así me sentía, perdida completamente, intentando buscar una salida a oscuro presente que entre todos me habían obligado a vivir. Si mis padres me hubieran apoyado aceptando a su nieta... Su nieta, sí, eso era mi pequeña, no una bastarda como mi padre había llamado. Esas palabras habían dolido tanto, se habían grabado a fuego en mi pecho. Lo odiaba, odiaba a mi padre con toda la fuerza de mi alma. Solo esperaba que no cambiara de idea y pretendiera algún día acercarse a ella, porque yo le daría la misma patada que él nos había dado a nosotras sin importarle donde acabáramos.

—Tranquila, yo estoy contigo, y no te abandonaré —susurró en mi oído para tratar de tranquilizarme.

Y lo consiguió. ¿A quién no le gusta escuchar esas palabras alguna vez? Más en la situación en la que yo me encontraba. Me separé de ella y le di un beso en la mejilla, era una buena amiga, la mejor de todas.

—Gracias —dije algo más tranquila.

Ella me devolvió el beso y nos separamos para poder recoger toda la ropa de la cama. Pensé en que fuera ella quien la guardara pues, en algún momento, yo tendría que dejar la habitación que tenía alquilada hacía ya dos meses y que prácticamente pagaba ella. Le debía tanto ya... En algún momento sería recompensada.

Guardamos la ropa en su armario y me quité el vestido de seda. No quería arrugarlo o mancharlo, ya que me lo pondría aquella misma noche.

Me senté en la cama de Selena pensativa, había pasado algo importante por alto. ¿Dónde y con quién dejaría a mi hija esa noche?

—¿Ahora qué te pasa? Tienes más traumas que yo —preguntó riendo.

Yo me uní a ella, pero solo un momento, no podía dejar de pensar en el problema de la canguro.

—No sé con quién dejaré a April esta noche —dije preocupada mientras me miraba las uñas, las tenía hechas un asco.

Selena se quedó callada, pensando en quién conocía ella de confianza que pudiera quedarse esa misma noche con la pequeña, y lo peor, debía ser alguien que no cobrara mucho dinero, al menos hasta que cobrara mi primer sueldo.

De pronto, vi que se ponía de pie y sin decir nada cogió su teléfono móvil y marcó un número en la pantalla táctil de su iPhone. Como si la persona que estaba al otro lado de la línea estuviera esperando su llamada, lo cogió casi al instante.

Hola hermanita ¿cómo estás?

Escuché atenta su conversación, no sabía que Selena tuviera hermanos, bueno, en general no sabía que tuviera familia.

No empieces, Mónica. Qué pesada eres.

Por lo que estaba escuchando, Selena llevaba tiempo sin verla, parecía que le estaba echando la bronca por abandonarla. Sonreí al ver cómo ponía los ojos en blanco y hacía como si estuviera imitando a su hermana que no paraba de hablar.

Mónica, cállate un momento, por favor —dijo suspirando—. Te llamo porque necesito que te quedes con la hija de una amiga.

Se quedó callada y volvió a suspirar, su hermana parecía exasperante.

Joder, que te calles. Ves por lo que nunca te llamo, no me dejas hablar —bufó—. Eres igual que mamá.

Me levanté y me acerqué a ella, no quería causarle ninguna molestia, y en ese momento parecía incómoda por el tema. La miré negando, intentando decirle que no importaba, que ya me buscaría la vida. Selena me cogió del brazo e hizo que me sentara mientras se llevaba el índice a los labios para que me callara.

Vale —contestó con monosílabos—. Que sí, pesada; que a las ocho vamos a tu casa y te dejamos a la niña. Un beso, gorda.

Cuando colgó, me miró con una sonrisa.

—Ya tenemos canguro —dijo burlona.

—Estás como una puta cabra.

Selena me echó una mala mirada, pero después me mostró su más sincera sonrisa. Se sentó a mi lado y cogió mis manos con ternura.

—No te preocupes más, mi hermana cuidará de ella.

Pero yo no estaba tan segura, no por el hecho de que su hermana no cuidara bien a mi hija, sino porque yo no estaba preparada para separarme de ella tantas horas.

—Ya lo sé, pero no puedo evitar ponerme triste. —Suspiró—. Echaré de menos a mi pequeña.

Y con esa afirmación, hice que Selena soltara una gran carcajada, que pronto silenció al percatarse de que April aún dormía.

—Pero qué tontas sois las primerizas —se burló.

Yo sonreí dándole la razón.

—¿Por qué no me dijiste que tenías familia? —pregunté curiosa en cuanto recordé.

Selena me miró, no se esperaba que le preguntara por su familia. Ví cómo se tensaba. Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Selena, ¿qué pasa?

Se paró y me miró, por lo visto había tocado un tema tabú, quizá me arrancara la cabeza por eso.

—Nada —contestó cortante.

—Una no se pone así por nada.

—Déjalo, Amber. Será mejor que prepares las cosas de la niña para llevarla ya mismo a casa de mi hermana —comentó cambiando de tema.

No le insistí más, en serio no quería que me arrancara la cabeza, Selena podía llegar a tener muy mala leche.

Asentí cogiendo a la niña para llevarla a mi habitación y preparar sus cosas.

Volví a poner a mi pequeña dormilona en su cuna y me acerqué a la pequeña nevera que tenía en mi habitación para prepararme un sándwich. Una vez preparado, cogí un vaso y me serví un poco de zumo de manzana que tenía desde hacía ya... ni me acuerdo, solo esperaba que no estuviese malo.

Cuando terminé de comer, preparé el bolso de mi hija, lo que me llevó unos diez minutos, y puse un poco de agua tibia en el lavabo para bañarla antes de salir.

Después me acerqué a la cuna y, como si supiera que la iba a despertar, me la encontré mirándome con sus grandes ojos azules, cosa que había heredado de mí. La cogí en brazos y besé su mejilla haciendo que ella se riera por las cosquillas que le hacía.

Entré con ella al baño y la desvestí para luego meterla en el agua, no sin

antes comprobar que esta se encontrara tibia.

Jugué con ella un poco, solo tenía cuatro meses, pero era una niña muy despierta. Cuando terminé de bañarla, la envolví en su toalla y salí del baño con ella acurrucada entre mis brazos. La recosté en la cama y, con sumo cuidado, sequé cada parte de su pequeño cuerpo. Una vez seco, le eché crema para que su piel no se resecara.

Mientras estaba vistiendo a mi princesa, escuché cómo tocaban en mi puerta, volví a cogerla en brazos y me encaminé para abrir a Selena.

Esta entró como un torbellino echando lágrimas por los ojos como si hubiera visto al peor de los fantasmas.

—Eh, ¿qué te pasa? —pregunté mientras la abrazaba con el brazo que me quedaba libre.

Selena era mucho más alta que yo, así que me costó un poco. Se separó de mí un poco y me miró.

—Me han echado del curro —dijo llorando.

No es que tuviera el mejor trabajo del mundo, pero, como decía ella, le daba para vivir.

—Pero ¿por qué?

Me miraba intentando hablar, pero las lágrimas no la dejaban. Cuando ya se tranquilizó, se sentó sobre mi cama.

—Fue por culpa de River. Anoche quiso pasarse de listo y le di una patada en las pelotas —dijo. Yo me reí, a veces era tan bruta—. Joder, Amber, no te rías. Esto es serio. ¿Qué voy a hacer ahora?

No sabía qué responderle, lo que si tenía claro era que yo no la iba a abandonar. De pronto, una idea descabellada entró en mi mente como una ráfaga, quizá la mejor idea que tenía desde hacía mucho tiempo.

—¿Y si hablo con Topanga? —pregunté más por mí que por ella.

—¿Quién es Topanga? —preguntó con el ceño fruncido.

—Mi jefa —respondí.

Selena sonrió, vi que le gustaba la idea, pero no más que a mí. Sería un gran alivio tener a alguien conocido en el trabajo.

Nos quedamos un rato hablando del tema, hasta que llegó la hora de irnos a casa de la hermana de Selena. Como no teníamos coche ninguna de las dos, no nos quedó otra que ir en metro.

Una hora después, habíamos llegado. Yo me puse nerviosa al ver la casa de Mónica. Selena me miró y sonrió, pero yo estaba flipando con Selena, prefería trabajar de prostituta antes que pedir ayuda a su familia.

Después me tragué mis palabras, pues recordé que yo estaba igual y tampoco pedía ayuda a mi familia, aunque... ¿qué familia? Yo no tenía familia, no conocía el significado de esa palabra.

Selena se puso delante de mí, mirándome intrigada, como si estuviera esperando que dijera algo.

—¿Qué pasa, Seli? —pregunté.

Pero ella no respondía, solo me miraba y yo no sabía por qué.

—Habla de una vez —insistí.

—Lo siento, Amber, es que hay algo que debes saber —me dijo algo nerviosa.

La verdad que pocas veces la había visto así, supuse que debía ser algo importante.

—Pues dime de una vez —dije desesperada.

No sabía cuál era el misterio de Selena, pero estaba claro que algo me ocultaba. Me acerqué a ella para que sintiera mi apoyo y pudiera confiar en mí.

—Mi familia no sabe a lo que me dedico —susurró.

Yo abrí los ojos sorprendida, aunque en parte la comprendía. Aun siendo un trabajo que daba de comer a muchas mujeres con hijos a su cargo, mujeres que no tenían adónde ir, mujeres que no habían conocido otra vida... no dejaba de ser un trabajo denigrante.

Los hombres trataban a las prostitutas como un trozo de carne, hombres que seguro tenían a sus esposas esperándolos, pensando que estarían en sus trabajos, que se perdían una obra de teatro de sus hijos, un cumpleaños, hombres despreciables. Aunque mirándolo bien, sin esos hombres, dichas mujeres, y me incluyo en el lote, no tendrían trabajo y no tendrían qué ofrecer a sus hijos.

La miré y la abracé, tenía la necesidad de hacerle ver que yo estaba con ella y que podía confiar en mí, que yo no la iba a abandonar y mucho menos a delatar a su familia.

—No pasa nada, tú y yo trabajamos de camareras en un restaurante de lujo ¿verdad? —pregunté con sarcasmo.

—Muchas gracias, Amber, pero no. Yo trabajo de secretaria en un bufete de abogados. —Las dos soltamos una carcajada.

—Bueno, pues yo seré la nueva becaria y de ahí nos conocemos.

Y con ese plan nos dirigimos hasta la puerta de la casa de Mónica. Antes de entrar, Selena me detuvo.

—Espera, ¿qué becaria trabaja de noche? —preguntó con media sonrisa.

—Pues un putón que quiere zorrear con su jefe —contesté bromeando.

Selena me pegó en el brazo para regañarme, pero no pudo evitar reír. Y es que cuando me lo proponía, podía ser muy graciosa.

—Perdón, pues diremos que tengo dos trabajos y que esta noche empiezo en un bar de camarera, ¿te vale?

—Me vale. Oye, no sabía esa faceta tuya, eres bastante cómica —dijo riendo mientras presionaba el timbre.

—Ay Seli... hay tantas cosas que no sabes de mí —contesté en el mismo momento en el que abrían la puerta.

Pero... Dios mío, cuando esa puerta se abrió... Era Evan, sí, el mismo. Aquel hombre tan atractivo y guapo que me había llevado al casino. Casi me da un infarto, aunque creo que a él le pasó igual que a mí.

—Hola, Evan, no sabía que estarías en casa —saludó Selena.

Luego se dirigió a mí para presentarme. Yo iba a decir que lo conocía, pero permanecí callada al ver que él tampoco decía nada.

—Amber, él es mi cuñado, Evan —me presentó—. Ella es mi mejor amiga, Amber...

—Encantado —dijo acercándose a mí para besarme.

Sin embargo, lo detuve extendiendo mi mano.

—Lo mismo digo, señor... —pregunté.

Quería saber su apellido, quería saber más de él. No sabía dónde me estaba metiendo, pero quería conocerle.

—Bowers. Evan Bowers —me contestó como si del 007 se tratara.

Yo seguía sin saber, ¿por qué me lo tenía que encontrar otra vez? Encima estaba casado...

—Bueno pasad, ya me dijo tu hermana que ibais a dejar a la hija de tu amiga, bueno, de Amber, ¿no? —me preguntó como si no supiera nada.

—Vamos, será mejor que conozcas a mi hermana —dijo Selena tirando de mí.

Cuando entramos, me quedé maravillada. El interior de la casa era aún mejor que el exterior que estaba lleno de árboles y flores de miles de colores con una fuente enorme justo en medio de todo, simplemente, una maravilla.

Por dentro, todo era de colores pastel y sillones de cuero oscuro, pero algo llamó mi atención, no había cuadros, ni fotos, parecía una casa prestada o de alquiler, o simplemente no vivían allí y estaban de paso.

Nos acercamos a la zona de los sillones y, sentada en una mecedora,

estaba la hermana de Selena. Al verla, se me encogió el corazón. Era hermosa, más aún que Selena, pero algo estaba mal en ella, algo que mi amiga no me había contado, pero que tampoco era difícil adivinar.

Su hermana estaba enferma, estaba claro. Se le notaba en el semblante, en las ojeras tan marcadas.

—Mónica, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó Selena mientras se acercaba a ella y depositaba un beso en su mejilla.

Yo, en ese momento, estaba en segundo o más bien en tercer plano, no quería acercarme, sufría mucho al ver a alguien tan joven y con tanta vida por delante.

—Hola, Selena, estoy bien y ¿tu? ¿Hace cuánto que no vienes a verme? Eres una desconsiderada —la regañó.

Selena volteó su cuerpo y cruzó una mirada de compasión conmigo, esa era su señal para que tratara a su hermana con total normalidad, además, a Mónica se le veía de un temperamento admirable.

—No seas pesada, ya sabes que tengo mucho trabajo —se excusó sentándose en el sillón que estaba justo al lado.

Mónica levantó la mirada dándose cuenta de mi presencia y sobre todo de la de mi hija. Sus ojos, al ver a mi pequeña se iluminaron. Ahí comprendí que April le haría la vida más llevadera a Mónica, por lo menos las horas que pasara con ella... sería feliz.

—Tú eres Amber ¿verdad? —me preguntó con voz tranquila.

Yo asentí y me acerqué a ella para saludarla como se merecía.

—Encantada, Mónica —dije suspirando—. Quiero darte las gracias por quedarte con mi hija, no sabes cuánto te lo agradezco.

Ella me miró y me señaló a la niña para que se la pusiera en sus brazos y así lo hice. Coloqué con sumo cuidado a mi hija en los brazos de aquella mujer con cara de amargura, esa misma que desapareció al sostener a mi pequeña.

Evan no apartaba los ojos de mí, eso era algo que me gustaba y me irritaba al mismo tiempo. Estaba casado.

—Es preciosa, ¿verdad, Evan? —preguntó Mónica sin apartar la mirada de mi hija.

Cosa que por un momento hizo que me pusiera nerviosa, no me gustaba su forma de mirarla, como si quisiera quedarse con ella. Me sacudí e hice que desaparecieran esas paranoias de mi cabeza.

No podía pensar así, tenía que confiar en las personas, aunque me costara.

—Bueno, hermanita, Amber vendrá sobre las nueve de la mañana a recoger a April ¿de acuerdo? —dijo Selena.

Pero su hermana estaba tan entusiasmada con mi hija que ni siquiera se dio cuenta de que le estaba hablando.

Evan volvió a mirarme y me hizo una señal para que lo acompañara a la cocina, pero no podía hacer eso. Selena se dio cuenta y me asintió para que lo acompañara. Lo miré y ahí seguía parado en el quicio de la puerta, esperándome. Bufé exasperada y salí de la sala al encuentro de Evan.

Cuando llegué a la cocina, Evan estaba dando vueltas de un lado al otro, nervioso. Sin saber por qué, me acerqué a él y agarré su brazo para que se detuviera.

—Para, me vas a marear —dije cuando lo tuve frente a mí.

Paró y me miró, su mirada era triste y vacía, como si estuviera sufriendo. Y yo que lo juzgue mal... Qué tonta soy, me dije bajito.

—Lo siento, de verdad, no sabía que volveríamos a encontrarnos.

Me estaba dando explicaciones y no sabía por qué, me acerqué a él un poco más dejando espacio suficiente entre nosotros como para que no hubiera malentendidos.

—No tienes por qué darme explicaciones, solo nos vimos una vez y, que yo sepa, no pasó nada—contesté nerviosa.

Pero ¿por qué me ponía nerviosa? Si yo no había hecho nada. “Pero lo pensaste, Amber”, pensé.

Y era verdad, lo pensé, pensé en morder su cuello cuando me cogió en brazos, besar sus labios. Me hubiera gustado sentir sus manos en mi piel, qué tonta había sido.

—Lo sé, pero hay algo que hace que quiera disculparme contigo, no sé. No nos conocemos de nada... aunque... aunque sí querría conocerte —dijo nervioso.

Noté sinceridad en sus palabras, una sinceridad que había dejado de ver en un hombre como él.

—No te preocupes, ya te he dicho que no tienes por qué pedir disculpas.

De pronto, fue acercándose a mí, poniéndome nerviosa, los latidos de mi corazón comenzaron a latir frenéticos por la proximidad de Evan, mi respiración se volvió agitada y mi saliva espesa.

—¿Cómo sigue tu pie? —dijo muy cerca de mí, tan cerca que casi respirábamos el mismo aire.

Me cogió de la cintura alzando mi cuerpo hasta quedar sentada en la isla

de la cocina. Lo tenía tan cerca que su olor volvió a llenar todos mis sentidos despertando en mí la fiera que llevaba dentro. O lo apartaba de mí rápidamente, o cometería la peor de las locuras. Eso era lo que él provocaba en mí, una locura, una locura incurable, desear morder su suave piel, querer sentir el tacto de sus manos acariciando la mía. Se arrodilló ante mí y con suavidad me descalzo el pie que me había torcido por la mañana. Sus suaves caricias mandaban descargas eléctricas hasta lo más profundo de mi ser y cosquilleos hasta el centro de mi deseo.

Jamás había experimentado algo tan erótico ni tan placentero. Sus ojos, clavados en los míos, intentaban averiguar qué pasaba por nuestra mente en aquel preciso momento, pero era fácil de adivinar, los dos estábamos excitados, muy excitados.

—Parece que está mucho mejor —susurró.

Posó sus labios en mi tobillo y fue subiendo por mi pierna hasta llegar a mi altura. Había sentido sus labios por mi piel, sobre la tela de mi pantalón, algo muy difícil quizá, pero yo lo había sentido.

—Esto es una locura, Evan —dije con la voz entrecortada.

Se acercó a mí y besó mi cuello con dulzura, yo no sabía cómo pararlo.

Acercó sus labios hasta los míos y nos fundimos en un apasionado beso, un beso que sería inolvidable para mí, un beso que no podría comparar con ningún otro que hubiera recibido anteriormente. Se separó y me miró diferente, ya no me miraba solo con deseo, también lo hacía con dulzura, una dulzura que jamás había notado en nadie.

—No sé qué me pasa contigo —susurró.

De pronto escuchamos cómo Selena se acercaba a la cocina, sus tacones resonaban en toda la habitación mandándonos la señal de que en menos de un minuto estaría en la misma. Me bajé corriendo de la isla, me acomodé la ropa como pude e intenté disimular mi excitación.

—Amber, ya es tarde, deberíamos irnos —dijo Selena, una vez dentro.

Asentí nerviosa y me separé de Evan, no podía seguir a su lado, no era sano para mi corazón.

—¿Te pasa algo? —preguntó una vez estuvimos lejos de él.

—No, que va. Voy a despedirme de mi princesa.

Entré en la sala y un torrente de culpabilidad me inundó de lleno, no podía hacer eso, no podía volver a hacerlo, me sentía como una mierda, no me gustaba engañar a nadie y menos a una mujer que estaba enferma. Me acerqué a mi pequeña y le di un beso en la frente.

—Princesa, mañana vengo a por ti. Te quiero —susurré en su oído.

Me despedí de Mónica y le dejé apuntado mi número de teléfono. Cuando me dirigía hacia la salida, Evan me miró desde la puerta de la cocina. Volví mi cara y me fui sin despedirme de él. No iba a dejar que me usara como entretenimiento para que le ayudara a olvidar la mierda de vida que, al parecer, él también tenía. No podía permitir que aquello se repitiera, aunque me muriese de ganas por volver a sentir sus labios sobre mi piel.

Capítulo 3

Cuando salimos de casa de Mónica, noté que Selena sentía la necesidad de preguntarme. Intenté evitarla, pero estaba claro que algo me pasaba, aunque quisiera ocultarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Negué rápidamente, acto que me delataba. Selena me conocía muy bien y sabía cuándo mentía porque me ponía muy nerviosa y contestaba rápido, me hacía la tonta y aparecía un tic nervioso.

—No, no me pasa nada ¿por qué? —respondí.

Selena me miraba con el ceño fruncido, sabía que estaba intentando hacerme hablar.

—Y ¿por qué estás tan rara? Desde que salimos de casa de mi hermana, estás así —dijo algo cabreada.

Su cabreo solo se debía a que quería saber a toda costa lo que me sucedía. Selena a veces llegaba a ser muy cotilla.

Íbamos caminando hacia la estación, teníamos que llegar al motel y arreglarme para ir a trabajar. Esa noche era la primera, y estaba muy nerviosa, tanto que sentía unas ganas de vomitar increíbles.

Ya sentadas en el tren, y algo más tranquilas, Selena volvió a mirarme de nuevo para que le dijera qué me pasaba. Sin embargo, no me atreví. ¿Cómo se le dice a una amiga que su cuñado me había besado mientras su esposa enferma estaba en el salón cuidando de mi hija? No, imposible, no se lo diría. Me tacharía de puta. Pero... ¿qué ocurrente! ¿No? La puta tachada de puta.

“Dios, qué bajo he caído”, pensé.

—Amber, ¿me vas a decir de una vez qué te pasa? Y no me digas que no es nada, porque te conozco mejor que tu propia madre —dijo sarcástica.

Cuando empezaba así, parecía mi madre de verdad, había momentos en los

que me hubiera gustado amordazarla para que se callara.

—Seli, es que no me pasa nada, no sé de dónde te has sacado que me pasa algo —contesté nerviosa.

Debería haberle contestado algo más tranquila, pero no podía evitar mi nerviosismo.

—Amber, sabes que mi hermana está enferma ¿verdad?

Yo la miré sin hacer ninguna mueca, no quería que pensara que me daba igual, pero tampoco quería hurgar en la llaga.

—Sí, bueno no, no sé.

Si quería evitar contestar como una estúpida, hice todo lo contrario, pues actúe como si estuviera mal de la cabeza. Selena me miró y soltó una gran carcajada haciendo que todos los pasajeros del tren se voltearan a mirarnos, tuve que taparle la boca para que dejara de reír como si fuera una hiena.

—Por favor, Selena, estas dando un espectáculo —susurré para que solo ella pudiera oírme.

Sin embargo, le dio exactamente igual, pues no paró, al revés, sus risas se hicieron más escandalosas y molestas, tanto así, que más de una persona chistó haciéndola callar. Ella, ni corta ni perezosa, en vez de callarse, se levantó y se acercó al hombre que la había mandado a callar.

—Eh, tú. Sí, tú, el que me ha mandado callar —dijo acercándose a él—. ¿Quién coño te crees que eres? —preguntó señalándole con su dedo.

El tipo, que no era feo, todo había que decirlo, se levantó y se colocó frente a ella. Prácticamente le sacaba dos cabezas. Y yo que medía solo un metro sesenta y cinco, ya era bajita con respecto a Selena que rondaba el metro setenta y cinco. Cuando se levantó, vi cómo Selena tragaba saliva. Sin embargo, yo no creí que fuera por miedo, sino porque el tipo le había gustado. Podría decir que en ese momento tenía un buen calentón.

—¿Qué quieres? Yo no tengo la culpa de que te rías como una hiena —dijo justo lo que yo había pensado.

Selena frunció el ceño, ya se le notaba el cabreo.

—¿Que has dicho, estúpido?

—Seli, será mejor que nos vayamos —dije agarrando su brazo.

Pero Selena ni se inmuto, seguían con esa guerra de miradas, parecía una competición para ver quién resistía más la mirada.

—Eso, hazle caso a tu novia —dijo.

Espera, ¿qué? Había dicho lo que yo pensaba. Me acerqué a él y le di una cachetada, que me dolió más a mí que a él.

—¿Qué haces, loca? —me preguntó Selena, que parecía que ya estaba en este planeta con nosotros.

—¡Nos ha llamado lesbianas! —grité—. ¡Esté gilipollas nos ha llamado lesbianas! ¿puedes creerlo?

Yo seguía gritando eufórica, estaba demasiado cabreada, enfurecida y dolorida.

—Mira, muñequita, siento haber herido tus sentimientos, pero tu novia vino antes a provocarme —dijo tranquilamente.

Selena lo miraba, y miraba la pantalla para saber cuántas patadas nos quedaban.

—A la de tres sales corriendo hacia la salida —me susurró.

La miré con los ojos bien abiertos, no sabía qué pretendía, pero le haría caso. Con Selena podías esperar cualquier cosa.

—Uno, dos, ¡tres! —gritó y le pegó una patada en los huevos al grandullón que hizo que se arrodillara.

Yo corrí, parecía que había visto al mismísimo diablo, y en cierto modo así era, pues Selena en ese momento parecía poseída. Corría detrás de mí como si nos siguieran, sin embargo, yo me quedé tranquila, el único que en ese momento nos podía seguir, estaba tirado en el suelo gritando como una niña.

Cuando ya estábamos fuera, de tanto que habíamos corrido, no sentíamos ni el frío de Manhattan. Nos miramos y soltamos una sonora carcajada, ahora las dos parecíamos unas hienas. Continuamos nuestro camino sin parar de reír, no podía olvidar la cara de Selena corriendo hacia mí llena de pánico.

—Creo que ese hombre no se va a olvidar de ti nunca —dije riendo.

Selena me miró y asintió, estábamos dando un espectáculo en plena calle, todo el mundo nos miraba como si fuéramos unas dementes. Por fin llegamos al motel.

—De verdad no puede ser sana tanta risa —dijo mientras entrábamos al motel.

—Sí, desde luego, ya me duele el estómago —contesté.

Subimos hasta el primer piso, donde estaban nuestras habitaciones y las dos entramos a la de Selena. Me desvestí y abrí el grifo para que saliera el agua caliente, hacerlo en su habitación nos ahorraría tiempo ya que la ropa estaba allí.

Cuando ya sentí que el agua estaba perfecta, me metí en la ducha y comencé a lavarme el pelo, rápido y sin perder un segundo.

Una vez hube terminado, me eché crema y salí del baño con la toalla

enrollada en el cuerpo y el pelo suelto. Debido a la humedad, no me gustaba envolverlo mojado, era malo para el cabello, eso fue algo que aprendí de mi madre. Sobre la cama, Selena había dejado preparado el vestido y todo lo necesario para poder arreglarme.

—Siéntate —me dijo señalando una silla.

Hice lo que me pedía, me senté y la miré con una sonrisa, pero en ese momento ella estaba seria, concentrada. Había algo que se le daba muy bien y que, por tonta, no aprovechaba: maquillar, peinar, elegir ropa adecuada. Sin duda, podría haber ejercido como Personal Shoppers, pero era tan negativa y tan poco emprendedora.

Comenzó a maquillarme, tanto que tenía miedo de mirarme al espejo y no reconocermé, luego pensé que de eso mismo se trataba, de no ser reconocida. Cuando terminó con la base, se puso con mi pelo, supuestamente para dejar a la base que se secase y quedara así más natural. Me peinó y enganchó el pelo, por lo que pude percibir, en un recogido bastante sencillo.

—¿Qué haces? —pregunté curiosa palpándome la cabeza.

—No te toques, y no seas impaciente —contestó seria mientras me daba cachetada.

Asentí y bajé las manos. Miré el reloj y marcaba las nueve y media, me quedaba muy poco tiempo. Tenía una buena caminata hasta llegar de nuevo al metro y, para ir bien, debía cogerlo a las once. Debía tener en cuenta, que los zapatos que iba a llevar no eran nada cómodos y por tanto me llevaría más tiempo.

—¿Falta mucho? No puedo llegar tarde el primer día —dije preocupada.

Dejó el cabello por fin e hizo que me levantara para ayudarme con el vestido.

—No te preocupes por eso, el transporte está arreglado —dijo confiada.

La miré y fruncí el ceño.

—¿De qué hablas? No tenemos coche —dije mientras me quitaba la toalla.

—Tengo un amigo que me debe un favor y me ha dejado el suyo hasta que consigamos uno. ¿Qué pensaste? ¿Qué iba a dejar que fueras en tren así vestida? Se supone que debes pasar desapercibida —dijo con una sonrisa.

Fue hasta su mesilla de noche y sacó un conjunto de lencería de color dorado. Se acercó a mí y me la extendió para que la cogiera. ¡No podía ponerme eso! Eso solo se lo pone alguien que tiene intención de enseñarla, y yo no iba a enseñar nada.

—Cógela —dijo tajante.

—No, no me voy a poner eso —dije segura de mí.

Entonces volvió a su mesilla y sacó un conjunto de bragas y sujetador de algodón, este era de florecitas.

—Toma, seguro que con esto le bajas el pajarito a cualquiera.

Cuando me dijo eso, sentí cómo mis mejillas se ruborizaban de vergüenza.

—No digas tonterías, yo no me voy a acostar con nadie —dije convenciéndome a mí misma.

Eso era lo yo quería: sentir mi propia seguridad, tener la mente fría para poder negarme a cualquier oferta. Nadie iba a tocarme por mucho dinero que me ofreciera.

—Y eso... ¿cómo lo sabes?

—No lo sé, pero debo intentar que no pase.

Selena negó, dejó el conjunto de algodón, y volvió con el sexy.

—Sé que es difícil, pero debes ponértelo —dijo extendiendo de nuevo el conjunto hasta mis manos.

Me estaba poniendo nerviosa, así que lo cogí a regañadientes y me lo puse. Luego ella me ayudó con el vestido.

Una vez lista me puso los tacones de no sé cuántos centímetros, también dorados y con la suela roja. Me acerqué al espejo para poder mirarme y, cuando lo hice, tuve que mirar dos veces porque no me reconocía. Estaba hermosa, muy hermosa. El maquillaje era sencillo, pero provocador y sexy al mismo tiempo, y el pelo lo tenía recogido, pero con algunos mechones sueltos. Además, me había puesto algunos negros, ondulados y brillantes que tapaban prácticamente mi rubio. Me di la vuelta para mirarla y la abracé. Había hecho trabajo impresionante y yo me encargaría de hacérselo ver.

—Ya, ya, para, que vas a estropear el maquillaje —dijo apartándome de ella.

Volví al espejo. De pronto sentí cómo me colocaba la máscara haciendo que me viera mucho mejor. Además, llevarla haría que quisieran conocerme y saber quién ocultaba su identidad bajo ella. De repente, escuchamos el sonido de un claxon. Selena se asomó por la ventana y comprobó que era su amigo. Cogió el labial, color rojo pasión, y me lo aplicó. Seguidamente, me entregó un abrigo suyo, que abrigaba bastante, era el mismo que ella solía ponerse para trabajar. Salimos de la habitación y fuimos hasta el coche. Yo me esperaba un coche viejo y destartalado, pero qué equivocada estaba. Nada menos que una limusina, una de esas blancas y enorme. Miré a Selena, ella me sonrió abriéndome la puerta. Entré y ella entró tras de mí.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué parte de no quiero llamar la atención no has entendido? —pregunté nerviosa.

Se suponía que no quería pasar desapercibida.

—Vamos a ver, Amber, sé que no quieres llamar la atención, pero créeme, te estoy haciendo un favor que después me agradecerás —dijo muy convencida.

Yo, sin embargo, no estaba tan segura de eso y estuvimos durante gran parte del trayecto debatiéndolo.

De pronto, sentí cómo el coche se detenía, miré por la ventanilla y ya habíamos llegado. Selena me miraba orgullosa, pero yo estaba cagada de miedo, no quería salir de la limusina. Más aún cuando percibí muchas miradas en nuestra dirección. El conductor de la limusina salió de esta y vino a la parte de atrás, cuando vi que abrió mi puerta.

—¿Preparada? —preguntó Selena.

Miré mis pies nerviosa, no quería salir, no quería trabajar en eso.

—Amber, piensa en April, se te hará más llevadero —dijo para que me calmara.

Y lo consiguió, pensé en mi pequeña, cogí todo el aire que pude y salí de la limusina. Miré al conductor, era un chico joven de unos veintisiete años, muy guapo, por cierto, tenía los ojos verdes y el pelo rubio con rizos. Era un chico muy tierno. Me miraba impresionado, me sonrió. Yo asentí y comencé mi camino hasta la puerta del casino.

—Mucha suerte —escuché desde el coche.

Pero no miré atrás, sabía que si lo hacía me iría por donde había venido, y eso era algo que no me podía permitir.

Una vez dentro, comencé a mirarlo todo. Había muchas personas, chicas vestidas como yo, pero a cara descubierta, me miraban como si yo estuviera loca. De pronto, sentí cómo me cogían el brazo para darme la vuelta, era Topanga. Cuando la vi, tuve que sonreír, se había puesto una máscara, supuse que para que yo no me sintiera incómoda.

—Luna, estás espectacular —dijo dándome un beso en la mejilla.

Solté todo el aire que estuve reteniendo desde que salí de la limusina, y le devolví el gesto.

—Gracias, tú también estás muy guapa —contesté algo más tranquila.

—Ven conmigo, te voy a presentar a algunas personas —dijo tirando de mí.

Pero yo no quería que me presentara a nadie, yo solo quería ser camarera.

Cuando llegamos hasta había un grupo de hombres sentados jugando al Póker me quedé helada, ahí estaba él, el hijo de puta de Matthew. Nos acercamos, pero él ya me había visto, le sonreí con malicia. Eso hizo que se levantara y hablara a solas con Topanga. De pronto, lo vi acercarse a mí.

—Luna, este es Matthew Lincon. Requiere tu compañía, hoy —me presentó.

Yo lo miraba. Quería intimidarlo, pero no se dejaba. Por fin apartó la mirada, esa fue mi señal para saber que podía acabar con él.

—Será todo un placer Sr. Lincon —dije arrastrando las palabras de forma sensual.

Me sonrió mientras agarraba mi mano para luego rozarla con un casto beso. Ese beso me dio tal escalofrío, que casi hizo que saliera de allí corriendo. En ese preciso momento... había dado comienzo mi venganza.

El seguía con mi mano bajo sus labios mandando escalofríos asquerosos a lo más profundo de mi ser.

Por lo menos me quedaba la sensación de superioridad que sentía ante él, solo por el hecho de que él no sabía quién era yo. No dejaría que lo averiguara hasta que mi venganza diera sus frutos. Hasta que pudiera mirarle a la cara y decirme a mí misma que yo, Amber Griffin, había acabado con él. Lo enamoraría y posteriormente lo destrozaría de la misma forma que él había hecho conmigo.

De pronto, vi cómo achinaba sus ojos para conectarlos con los míos, instintivamente volví la cara y solté mi mano de la suya, sin embargo, me di cuenta de que así no iba a conseguir mi objetivo.

Sin más, me acerqué a él a paso lento, moviendo mis curvas sensualmente. Ello hizo que me sintiera como una diosa, pues él no era indiferente a cada uno de mis movimientos.

Vi cómo sonrió de lado, con esa típica sonrisa tan suya que haría que cualquier mujer se estremeciera. Aunque, a esas alturas, en mí, lo único que producía era asco.

—¿Y bien? —me preguntó sin borrar la sonrisa.

Qué estúpido, si hubiera sabido quién era yo, no habría sonreído así. Era un mafioso de mucho cuidado así que tenía que enamorarle primero, de otro modo, sería el quien me destrozaría a mí.

—Y bien ¿qué? —le contesté con otra pregunta.

Me miró y sonrió más abiertamente, agarró mi mano con cuidado para luego tirar de ella hacia él, miró a ambos lados buscando a Topanga y es ahí

cuando me cercioré de que ella ya no estaba.

—¿Que si serás mi compañía esta noche? Aunque lo que me gustaría de verdad es que fueras mi compañía todas las noches —me susurró al oído.

Me puse tensa y él se dio cuenta, no podía permitirme que percibiera que podía tener control sobre mí, cuando quería ser yo la que tuviera control sobre él.

Lo miré a los ojos, esos mismos que me miraban expectantes esperando mi respuesta.

—Está bien, pero solo compañía —dije sería para así parecer más segura.

Me sonrió. Aunque quedó patente que no le hizo gracia que recalcará que solo lo acompañaría de forma inocente.

—Eso ya lo veremos, Luna —volvió a susurrarme al oído como si pensara que así podría excitarme.

Llegamos a la mesa donde estaba jugando al póker con una panda de viejos salidos que babeaban cada vez que una de las chicas pasaba por su lado.

Nos sentamos alrededor de la mesa redonda y ninguno de los presentes me quitaba la vista de encima, como si yo fuera un cacho de carne recién salido del horno. Solo pensar que alguno tocara siquiera mi mano, me daba ganas de vomitar.

—Caballeros, les presento a Luna, la nueva adquisición de nuestra adorada Topanga —dijo el muy gilipollas.

Me presentó como si hubiera comprado un coche de última gama y quisiera dar envidia a todos.

Mostré una sonrisa forzada. Destensé la mandíbula, me armé de valor y, por fin, pude articular alguna que otra palabra.

—Encantada de conocerlos. —Fue lo único que pude decir.

Y me di cuenta de que había quedado como una auténtica lela. Ya veía los chismorreos entre mis compañeras, la lela rubia, o la rubia gilipollas, pero bueno... ¿qué más me daba? No creía que me hiciera amiga de ninguna de ellas.

—Vaya, veo que la tienes nerviosa, Matt —dijo uno de ellos.

Este miraba por encima de las gafas. Era un viejo asqueroso que fácilmente podría haber sido mi abuelo.

—No estoy nerviosa, es solo que no me gusta que me miren de la forma en la que usted lo está haciendo en este momento —hablé intentando parecer calmada.

El viejo se calló y no volvió a mirarme. En cambio, otro de ellos siguió mirándome, incluso me guiñó un ojo.

Volteé la mirada para poder ver a Matt, este me seguía mirando embobado. No sabía en qué momento conseguí que me mirara de esa forma, pues nunca antes lo hizo, ni siquiera cuando estuvimos juntos.

—¿Pasa algo? —pregunté acercando mis labios a su oído.

Y pude notar cómo se tensaba, al sentir mi aliento sobre su cuello. No esperaba esa reacción y tuve que reconocer que no me disgustó del todo hacerle sentir así. Ese era mi cometido, ese era mi juego.

—Nada, solo me pones nervioso —me respondió.

Sobre la mesa de madera, con moqueta de color rojo, había muchas fichas de colores. Yo no tenía ni idea de póker y ya estaba empezando a aburrirme mientras gastaba el dinero que le robaba a mi padre. ¡Pobre estúpido! Prefirió echarme a mí a la calle antes que, a su muy adorado mejor amigo. Si supiera todo el dinero que “su ‘amigo’” le robaba...

Volví a acercarme a su oído para hablarle y su olor me hizo recordar, al momento, el día que hice el amor con él por primera vez.

—Vamos, preciosa —dijo cogiendo mi mano con suavidad.

Subimos a mi habitación. Gracias a Dios, mis padres estaban dormidos.

Entramos y, tras cerrar, se abalanzó sobre mí y me levantó a su altura agarrando mis nalgas.

Era muy apasionado y me tenía muy excitada. Sus besos eran húmedos, me hacían delirar y pedir más.

—Hazme tuya de una vez —supliqué.

Ahugué un gemido, mientras mordía su labio inferior. Me estaba volviendo loca tocando mi intimidad con maestría.

—Me vuelves loco —susurró en mi oído.

Mi piel se erizó en menos de un segundo al sentir su aliento sobre mi cuerpo desnudo.

—Por favor, Matt, entra en mí, ya... —dije con la voz temblorosa.

Yo temblaba, estaba a punto de llegar al orgasmo y no quería terminar entre sus dedos.

Los movió más rápido, dentro de mí, y mi mente voló haciendo que me moviera a su frenético ritmo. Dos estocadas más en mi interior y terminé empapando sus dedos. Los sacó y metió en su boca saboreándolos como si de un manjar se tratara. Ese acto hizo que quisiera más.

—Mmm, sabrosa, como me imaginaba —dijo.

Me llevó hasta mi cama, se quitó los pantalones junto con su ropa interior y entró en mí sin previo aviso, como yo quería, haciendo lo que yo pedía a gritos hacía solo unos minutos.

Al recordar ese momento, sentí cómo mi intimidad se apretaba. Me di cuenta de que Matt todavía podría hacer conmigo lo que quisiera.

—Si me disculpas, necesito ir al aseó —susurré para que solo él me escuchara.

Me miró y su nariz chocó con la mía, no me había dado cuenta de lo cerca que estábamos, me había quedado prendada de sus ojos, como el día que lo conocí.

—Aquí te espero, Luna —dijo y acercó su boca a la mía, dándome un corto beso.

Me separé de él y levanté mi cuerpo del sillón. No podía estar cerca de él, no podía dejar que me manipulara otra vez.

Sin decir ni media palabra, me dirigí a la barra y le pedí al camarero un whisky doble, necesitaba beber algo fuerte que mantuviera mi mente atenta.

Me lo bebí de un trago y el camarero me miró con una estúpida sonrisa.

—¿Qué miras? —pregunté intentando no toser.

Pues sentía cómo el alcohol quemaba mi garganta.

—Estás loca, eso se bebe despacio para disfrutarlo —dijo el camarero sin borrar esa sonrisa que ya me cabreaba.

Me levanté sin contestarle, pues estaba asqueada y no quería pagarlo con él. Me dirigí al aseó y por el camino vi cómo Topanga discutía con un hombre que me recordaba a alguien.

Entré al aseó y en este había una de las chicas, o sea, una compañera. Era la misma que me había mirado de forma extraña cuando me vio entrar con la máscara. Volvió a mirarme igual provocándome nerviosismo. La ignoré y entré al servicio, no aguantaba más. Escuché cómo entraba otra y ambas se ponían a cuchichear entre ellas.

—¿Has visto a la nueva? —preguntó una de ellas.

—Sí, es hermosa. Luna, creo que se llama —contestó la otra haciendo que sonría.

—¿Hermosa? Ja, ja, ja. Ni siquiera sabemos qué aspecto tiene con esa ridícula máscara. Se cree importante.

Eso me molestó, terminé y salí para enfrentarme a esa fresca que parecía

querer perder los dientes. Ella se puso nerviosa, eso hizo darme cuenta de que no sabía que yo estaba dentro, aunque la otra lagarta sí lo sabía.

—¿Tantas ganas tienes de ver mi aspecto? —le pregunté a la primera.

Me miró con ojos felinos, estaba muy cabreada y eso hacía que se viera fea, aunque no lo fuera.

—¿Me hablas a mí? —me preguntó como si hubiera más gente alrededor.

Asentí con cara de mala leche, me daba coraje que la gente fuera tan dañina. Aun sabiendo que yo estaba ahí, me criticó solo para que yo lo escuchara.

—Sí, quiero que me repitas a la cara lo que has dicho de mí —afirmé acercándome a ella.

Me iba a contestar justo cuando Topanga entró al aseo. Al vernos, cambió su cara sonriente por otra más seria.

—¿Qué hacéis aquí? Los clientes esperan. Moveos —dijo con tono despectivo.

Cuando iba a salir, tras la arpía, Topanga agarró mi brazo. La miré y se quitó la máscara, instándome a que yo hiciera lo mismo. Yo me negué.

—¿Qué pasa, Topanga? —pregunté bastante preocupada por el semblante que mostraba.

Bufó desesperada mirando al suelo, yo me temí lo peor, ¿estaría pensando en despedirme? Solo llevaba un par de horas, aún no me había dado tiempo de cometer ninguna imprudencia.

—Luna, el Sr. Lincon me ha pedido expresamente que solo tú seas su compañía, siempre. Ni quiere a nadie más, ni quiere verte con nadie que no sea él —sentenció preocupada.

Yo me puse nerviosa, eso podía significar muchas cosas, entre ellas que pudiera haberme reconocido.

—Pero ¿eso puede hacerlo? —pregunté serena.

—Sí puede, ha doblado el precio que pagaré por tus servicios, no te quiere cerca de nadie, solo te quiere para él.

No me gustaba cómo Topanga estaba diciendo las cosas, parecía molestarle que solo quisiera mi presencia. A mi modo de ver, debería estar feliz ya que con ello cobraría más.

—¿Y a ti te parece bien? —Me di la vuelta con intención de marcharme, pero Topanga volvió a impedir que me fuera. Algo le pasaba, pero supe que no me lo iba a decir.

—Amber, me parece bien que el pague más por ti, pero conozco a Matt

desde hace muchos años. No es un buen hombre. Solo cuídate de él —susurró y se marchó.

Pensativa, me dejó sola en el aseo.

—¿Qué habrá querido decir? —me pregunté.

Yo conocía a Matthew bastante, lo suficiente como para saber que no se podía confiar en él. Aunque yo no conociera sus negocios turbios, la mayoría de ellos con mi padre, sabía que ocultaba algo, pero ¿qué? Yo no estaba para averiguar eso, o ¿sí?

Me lave las manos. Sentí la necesidad de quitarme la máscara para lavarme la cara y despejarme, pero tuve miedo por si entraba alguien y me veía.

Capítulo 4



Después de secarme las manos volví a salir y fui a buscar a Matt. Justo cuando me estaba acercando a la mesa de Póker lo vi discutiendo con Topanga, hubiera querido saber de qué iba aquella conversación pues me sonaba todo un poco raro, pero dada la dificultad que supuso aquello me dirigí hacia la barra, necesitaba otro Whisky para calmar mis nervios.

El camarero me sonrió al mismo tiempo que me servía la copa.

—¿Que te hace tanta gracia? —pregunté con sonrisa fingida.

Me miró y me guiño un ojo, entonces me di cuenta de que estaba ligando conmigo. El muchacho no era feo, al contrario, estaba bastante bien, la verdad. Era alto, moreno y tenía unos ojos verdes de infarto, por desgracia no era mi tipo.

Me iba a responder, pero sentí una mano en mis brazos, me di la vuelta y era Matt.

—Hola preciosa, te estaba esperando —susurró y me dio un beso en mi cuello.

Quise decirle que parase, pero no pude. Su cuerpo y su voz eran para mí como un puto imán.

—Luna, te deseo —afirmó.

Lo miré y vi un brillo extraño en sus ojos, un brillo que jamás había visto, me estaba haciendo bajar la guardia más pronto de lo que creía.

Entonces pasó algo en mi mente, algo que me dejó totalmente descolocada.

La imagen de Evan besando mi tobillo y cómo subió hasta mis labios hizo que rechazara a Matt.

Me bajé del taburete y me disculpé diciéndole que no me encontraba bien. No se quedó muy conforme y quería acompañarme, pero lo detuve. No iba a dejar que pasara eso más, tenía que mantener la cabeza fría y ese día, el primero, estaba fallando a mi promesa de vengarme.

Topanga lo vio todo y se acercó para ayudarme a escapar de las garras de Matthew Lincon.

—¿Qué te pasa Luna? Estás muy blanca. ¿Aún te duele la cabeza? Ven, te daré algo.

Tiro de mí y me llevó hasta su despacho. Algo pasaba y, seguro, allí me lo diría.

—Amber, no te fíes de Matt.

Me senté en la silla mientras ella sacaba del mueble bar una botella que, supuse, era Ginebra. Llenó dos vasos, me dio uno de ellos y me lo bebí de un sorbo. Quizá estaba rodando el límite, pero lo necesitaba.

—¿Que pasa Topanga? Tienes que contarme lo que sepas —dije algo achispada.

Se sentó al otro lado de la mesa, frente a mí, se quitó la máscara y me instó que yo hiciera lo mismo. Me liberé de ella por unos instantes, algo que agradecí ya que estaba bastante acalorada. Aunque había de reconocer que gran parte de culpa era del alcohol.

—Cuando se incorpora una nueva chica al local, siempre solicita su compañía en exclusiva. Unos meses con ella y finalmente la chica desaparece. —Pude notar el nerviosismo en su voz, pero yo no me quedé atrás, aquello era muy grave. —Hay que averiguar qué está pasando.

Dejé pasar unos segundos y tomé una decisión, no iba a dejar que me manipulara. Haría como que me había vuelto loca por él para averiguar qué pasaba con esas chicas.

—Te voy a ayudar, Topanga, pero necesito que contrates a mi amiga Selena. Ella necesita un trabajo y yo necesitaré su ayuda.

Me miró con el ceño fruncido, pero después asintió. No le quedaba de otra, solo yo podía ayudarla.

—Y ¿qué harás?

—Enamorarlo, sé cómo hacerlo. Y cuando eso pase, averiguare qué es lo que hace con esas chicas. Aunque creo tener una idea.

Topanga soltó una risita y, acto seguido, me hizo brindar con ella de nuevo.

Estuvimos hablando más sobre el tema, pero omití que ya lo conocía.

Cuando salí del despacho, miré el reloj. Marcaba las cinco de la madrugada.

—¿En qué momento ha pasado tanto tiempo? —me pregunté mientras salía de nuevo al Casino.

Matt, un tanto preocupado, me esperaba en la puerta. Lo miré con el ceño fruncido y él me regaló una sonrisa encantadora.

—¿Estas mejor? —preguntó.

Yo asentí poniendo cara de enferma y soltó una carcajada que hizo que me pusiera nerviosa.

—¿De qué te ríes?

—Si no quieres tener sexo conmigo, solo tienes que decírmelo, no inventes una enfermedad para evitarme. Y has de saber... que tu cuerpo responde a mis caricias —dijo acercándose insinuante a mí.

Di un par de pasos hacia atrás, hasta que mi cuerpo chocó con la pared, ya lo tenía frente a mí, con su pecho pegado al mío, sin ninguna salida para escapar.

Acercó sus labios a los míos y me besó con deseo, saboreando mi boca con ansias, como si llevara toda la vida deseándola. Me pareció algo extraño pues, con todas las veces que me había besado, jamás lo había hecho con esa desesperación, como si fuera a escapar de entre sus brazos. Subió sus manos hasta mis mejillas y, poco a poco, se acercó peligrosamente hasta mi máscara, pero, antes de que consiguiera hacerlo, agarré sus manos y las conduje hasta mis caderas haciendo que sonriera en mis labios.

Me obligué a pensar en otra cosa que no fuéramos ambos bajo unas sábanas de seda mientras me hacía el amor, no quería pensar en él de esa forma, aunque ello sirvió para una sola cosa: seguía enamorada de él.

De aquel modo, mi venganza estaba condenada al fracaso.

Me separé y salí de allí corriendo como alma que lleva al diablo. Salí al frío de Manhattan y, gracias a Dios, la limusina ya me esperaba en la puerta.

Sentí cómo Matt gritaba mi nombre mientras corría detrás de mí, parecíamos el Príncipe y la Cenicienta, solo que yo debía odiarlo, no amarlo.

Entré en la limusina, Selen me esperaba dentro.

—Arranca —dije casi sin aliento.

El conductor, del cual todavía no sabía su nombre, arrancó antes de que Matt llegara hasta nosotros. Miré a través de la luna trasera y vi cómo maldecía al no haberme alcanzado. Realmente, no entendí su reacción pues

actuó como si yo le importase.

—¿Que ha pasado? —preguntó Selena.

La miré mientras me quitaba la máscara y suspiraba de alivio.

—Era Matt —dije.

Ella sabía mi historia al completo y por tanto quedó impactada.

—¿El padre de April? —volvió a preguntar.

Asentí mientras resoplaba desesperada. ¿Qué había pasado? Negué, negué como jamás lo había hecho, no podía bajar la guardia. Eso solo podría terminar de una forma y era conmigo más destrozada. No sabía dónde me estaba metiendo hasta que lo vi frente a mí con sus labios mi mano.

—¡Joder! —grité asustando a Selena.

Se acercó a mí y me abrazó, la sentía preocupada por mí.

—Tranquila, Amber, tú puedes con esto —me susurró al oído.

Pero yo no lo tenía tan claro, no sabía cómo reaccionaría cuando volviera a verlo. Estaba tan... tan guapo, incluso más que antes.

—Deja de pensar gilipolleces, que te veo venir —me regañé a mí misma.

Eran las seis y media de la madrugada cuando llegábamos al hotel y a las nueve tenía que ir a por mi hija, así que tenía poco más de una hora para descansar.

—Vamos —dijo Selena mientras tiraba de mí para ayudarme a salir de la limusina.

El conductor nos abrió la puerta. Al salir, lo miré. Él no me quitaba ojo, ya me tenía nerviosa.

—Gracias —le dije.

—De nada —respondió con una sonrisa.

Íbamos a entrar y noté su mano agarrando mi brazo, me di la vuelta y me sonrió una vez más.

—Discúlpame, eres Amber ¿verdad?

Arrugué la frente sin entender cómo sabía mi nombre, yo no lo conocía de nada.

—Sí, ¿quién eres?

Noté cómo se removió nervioso. Verle así me dio mucho en qué pensar. No me respondió, sencillamente bajó la mirada y apretó la mandíbula.

Entonces recordé, solo sabía de una persona que hiciera eso cuando estaba nervioso.

—No puede ser, ¿eres tú? Estefan —dije y levantó la mirada.

Tenía ese brillo en los ojos, ese que dejé de ver hacía ya siete años. Mi

hermano estaba de vuelta, ¡no me lo podía creer!

—Amber —dijo mientras tiraba de mí para abrazarme fuerte.

Por fin alguien que me quería en esa maldita familia. Nuestro padre era un desequilibrado que abandonó a la madre de mi hermano cuando él tenía ocho años, luego el comenzó a buscarlo y entonces fue cuando nos conocimos. Era mayor que yo cuatro años, era mi hermano mayor.

—Cuanto te eché de menos, pequeña —dijo cariñoso.

Yo le apreté aún más contra mí, necesitaba su abrazo, su cariño. Los dos éramos unos incomprendidos, nuestro padre quiso meternos en sus negocios, pero ninguno aceptamos.

Selena nos miraba incrédula, como si estuviéramos locos. Me separé de Estefan y miré a Selena con una sonrisa. Estaba feliz y con el reencuentro fui olvidando lo que había pasado.

—Selena, Estefan es mi hermano —dije acercándome a ella.

Se la veía muy intrigada, pero en seguida nos regaló una auténtica sonrisa.

—¿Tu hermano? ¡Entonces somos cuñadas! —gritó.

Yo la miré con las cejas levantadas, no podía creer lo que me estaba diciendo.

—¿Mi cuñada? ¿Y cuándo pensabas decirme que tenías novio? —pregunté cabreada.

No me gustaba que me ocultaran cosas, no es que tuviera la obligación de contármelo todo, pero se suponía que yo sí lo hacía, ¿por qué ella no? En solo dos días, me había enterado de dos cosas.

—Pero ¿por qué le dices eso? —le preguntó Estefan a Selena.

Los dos se estaban riendo. Decidí ignorarlos y comencé a caminar hacia el motel, vi cómo me seguían.

—Amber, ¿qué te pasa? —me preguntó mi hermano.

Seguí mi camino sin mirarle siquiera, sabía que me estaba comportando como una auténtica niñata, pero en ese momento me daba igual. Tenía muchas ganas de gritar y de golpear algo con todas mis fuerzas hasta caer rendida. Con la noche que había pasado, demasiado bien estaba. Matt seguía en mi mente, pero Evan también. Era como si los dos estuvieran peleando para que solo uno quedara en mis pensamientos. Estaba echa un lío.

Entré en mi habitación y los dos entraron detrás de mi cerrando la puerta tras de sí.

—Amber, para por favor —dijo Estefan cogiendo mis manos.

Lo miré y las lágrimas comenzaron a salir, necesitaba desahogarme.

—¡Soy una estúpida! —grité—. Lo siento —me disculpé y me abracé a él. Mi hermano acarició mi cabello, tal como hacía cuando éramos pequeños y mi padre se comportaba como un estúpido.

—No seas tan dura contigo, Amber —dijo Selena.

La miré y me deshice de los brazos de mi hermano para aferrarme a los de mi mejor amiga, dándome cuenta de mi comportamiento.

—No llores más ¿vale? No sabía qué te iba a molestar tanto ser mi cuñada —habló con una sonrisa pícaro.

Yo solté una carcajada. Selena era la mejor para hacerte reír, siempre tenía un comentario para el momento oportuno. Después de pedirnos disculpas y contarle a mi hermano todo lo ocurrido, me metí en el baño para ducharme. Al final, con todo lo que había pasado, no me había dado tiempo a descansar ni un momento. A las ocho y media ya estaba en el tren de camino a la casa de Mónica. Estaba loca por ver a mi pequeña princesa, pero impresionante estado de nervios me agobiaba porque sabía que también vería a Evan. A las nueve en punto ya me encontraba en la puerta, estaba demasiado nerviosa y me costaba concentrarme. Tenía que actuar lo más normal posible, no podía permitir que ella se diera cuenta de las intenciones de Evan conmigo, aunque... por otro lado... ¿cuáles eran esas intenciones?

Toqué al timbre y mi corazón comenzó a bombear subiendo toda la sangre a mis mejillas, noté cómo me ardían. Se abrió la puerta y ahí estaba, delante de mí, mirándome con esos ojos azules cristalinos como el océano. Sentí cómo mi temblor me delataba haciendo que sonriera, él también se había dado cuenta.

—Hola, Amber —dijo dándome un beso en la mejilla.

Su olor entró por mis fosas nasales como el primer día que lo vi, y ya sentía ganas de morder ese cuello que olía de maravilla.

Debía guardar la compostura, aunque me quedaba poca, no estaba en mi mejor momento.

—Hola, Evan.

Entramos y no vi a nadie, supuse que estarían en la sala, pero no fue así. Ya me estaba poniendo nerviosa, necesitaba ver a mi hija.

—No te preocupes, están dormidas —susurró muy cerca de mí y sentí su sonrisa en mi cuello.

Me aparté y lo miré a los ojos, teníamos que hablar de su comportamiento, no me iba a convertir en la otra de nadie, ni iba a dejar que jugara conmigo

como veía que pretendía hacer.

—Evan, para, esto no está bien —dije apartándome de él, pues ya lo tenía muy cerca de mí.

Me agarró para que no me escapara, la mirada que me regalaba era muy intensa y comencé a respirar con dificultad. Sabía que, sí llegaba a algo con este hombre, me ayudaría a olvidarme de Matt, pero tampoco me podía arriesgar, no iba a dejar que entrara en mi corazón nadie más, no estaba preparada.

—Amber, siento mi comportamiento, pero no sé qué me pasa contigo, no he podido dejar de pensar en ti desde que te vi por primera vez —dijo nervioso.

Me pareció muy tierno, pues no pensé ver algún día a un hombre como Evan tan nervioso por una mujer.

—Lo siento, pero esto no puede ser. Es una locura, ni siquiera te conozco y, lo peor, estas casado.

Jamás estaría con un hombre casado. “No hagas lo que no quieres que te hagan”, ese lema lo tenía presente siempre. Me senté en el sillón, ya quería marcharme de allí, buscar a otra niñera para mi pequeña. No podía verle todos los días, no iba a dejar que jugara conmigo, ya lo permití una vez y fue desastroso.

—¿Podrías traer a mi hija, por favor? —susurré.

Agachó la mirada y, sin más, se marchó dejándome sola en la sala con un remolino de emociones y la cabeza echa un lío. Era una auténtica locura. No podía estar con Matt porque quería venganza, pero a la vez quería estar con él y pensaba en Evan. Y con Evan no quería estar porque estaba casado, pero a la vez me moría por estar tenerlo.

—¡Dios, apiádate de mí y de mi corazón! Porque creo que voy a sufrir de amor.

Seguía esperando en esa sala sombría mientras miraba a la pared de al lado, no sabía qué hacer, me sentía incómoda. Escuché unos pasos y vi cruzar por el umbral de la puerta a Evan con mi hija en sus brazos. Me levanté del sillón corriendo y alcancé a coger a mi pequeña antes de que el llegara a mí.

La cogí, la besé y la abracé. Cuánto la había echado de menos, era mi princesa, la reina de mis sueños y la que hacía que quisiera seguir luchando cada día. Sentí la mirada penetrante de Evan sobre mí, giré la cara y vi cómo me miraba. Me sonrió y me sentí morir en ese momento, era como ver a un ángel. Era un hombre atractivo y muy guapo, más incluso que Matt, claro que

eran bellezas diferentes. Matt era puro morbo y deseo, y Evan era dulzura y pasión. Muy atrayentes, cada uno a su forma. Ello hacía que no quisiera separarme de ninguno, por eso mismo debía ser fuerte y no dejar que entraran en mi vida, no de la forma en la que querían entrar.

—Es una muñeca —dijo en un tono más amistoso.

Me acerqué a él y pude ver tristeza en su mirada, era algo extraño, pues hasta ese momento no me había dado cuenta de que existía.

—¿Ocurre algo? —pregunté preocupada.

El negó sin mirarme, solo miraba a mi pequeña y una parte de mí se resquebrajó, mi corazón sintió ese impacto. Acaricié su mejilla intentando que me mirara y confiara en mí, pero no lo hizo, en cambio se dio la vuelta para marcharse. Quise impedirselo, pero se soltó. Me dolió verle así y ni siquiera sabía qué le pasaba, solo sentí la necesidad de abrazarle hasta que su mirada fuera feliz. Esperé unos segundos que me parecieron eternos, pero no lo hizo, así que cogí las cosas de mi pequeña y salí de aquella casa. Algo estaba pasando, algo malo, pero ¿qué? No podía volver e intentar que me contara después de cómo le había hablado, aunque solo intentaba hacerle ver que entre nosotros no podía haber nada.

—Pequeña, me parece que tengo que buscar a otra niñera —susurré mirando a mi pequeña.

No sabía cómo salir del problema en el que estaba metida, no tenía con quien dejar a mi hija y no sabía cómo iba a poder ir a trabajar. Mi vida era un caos emocional y laboral. ¿Es que nada iba a salirme bien nunca?

Iba en el tren y seguía sin poder borrar de mi mente la mirada de Evan. Se había acercado a mí como si hubiera tenido miedo de perderme.

—Qué estúpida eres, Amber, y que estúpida eres, Luna.

Tener una doble identidad no me valdría de nada y solo me daría dolores de cabeza, pues llegaría el momento en que no sabría ni quien soy.

Llegué al motel con mi pequeña dormida entre mis brazos y bien acurrucada. Entré, subí las escaleras y fui directa a mi habitación. Cuando cerré la puerta, me di cuenta de que mi hermano no se había ido, estaba dormido en mi cama.

Me acerqué a él y lo moví para que se despertase, pero fue inútil

—Estefan... Estefan... Oye, despierta. —Alcé la voz.

Abrió los ojos y me miró con mala cara.

—Joder, Amber, déjame un rato más —dijo con malos modos.

Sus malos modales hicieron mella en mí, así que acosté a mi pequeña en su

cuna y fui al baño. Cogí un vaso, lo llené de agua y, una vez lleno, fui hasta él y se lo lancé a la cara.

Inmediatamente él dio un brinco que hizo que me riera a carcajadas mientras me fulminaba con la mirada.

Sin decir ni media, se metió en el baño mientras maldecía en un tono bastante bajo y cerró de un portazo. April, a causa del estruendo, se despertó y comenzó a llorar.

—¡Estefan... te voy a matar! —le grité dando golpes en la puerta del baño.

Él me ignoró por completo. April lloraba a pleno pulmón. Y yo... agotada como estaba, fui hasta ella y la cogí en brazos para calmarla.

Estefan abrió la puerta y vino corriendo para ver a su sobrina.

—Lo siento, no quería despertarla —dijo mirando a la niña con amor—. ¿Puedo? —preguntó suplicando.

Era la primera vez que la cogía y se le veía nervioso. Me resultó muy tierno verle así.

Puse la niña entre sus brazos y le dio un beso en su pequeña cabecita.

—Vaya, se te da bien los bebés —dije con sarcasmo.

Al oír aquello me fulminó con la mirada. Me resultó muy cómico y comencé a reír como una descosida.

—Ya, cállate, oye, estás interrumpiendo un flechazo en toda regla.

Yo seguía riendo, no podía parar de reír. Entonces escuché unos toques en la puerta. Fui hasta ella pensando que sería Selenia, pero, al abrir, mi boca se desencajó.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —pregunté como pude ya que las palabras parecían atascadas.

Me miró de arriba abajo y yo me puse nerviosa, no podía creer que estuviera delante de mí, que me hubiera encontrado, que se hubiera atrevido a...

—¿Puedo pasar? —preguntó ese señor que decía ser mi padre.

Asentí dejándolo pasar a mi habitación, dejando ver cómo vivía por su maldita culpa. Cuando entró, se sorprendió al ver a mi hermano conmigo, ellos también llevaban siete años sin verse.

—Estefan, hijo —dijo en tono conciliador.

Era extraño ver a mi padre en esa tesitura, haciéndose pasar por el padre del año. Yo no aguantaba tenerlo cerca, pero sin duda era una tonta que en cuanto recibía un poco de cariño... abría su corazón sin importarle si lo iban a destruir o no.

—¡No me vengas con esas ahora! —gritó Estefan dolido.

A él se le notaba más que a mí el rechazo de nuestro padre. Ese hombre sin corazón solo miraba por su patrimonio y su apellido sin importarle lo que sufriera su familia.

—¿A qué viniste? —pregunté antes de que respondiera a mi hermano.

Yo sabía cómo se ponían cuando discutían y yo no quería que perturbaran la poca tranquilidad que teníamos desde que no vivíamos con él.

Me miró con pena y en ese momento no sentí nada, yo sabía que era falsa. No iba a dejar que me manipulara, ahora no, ahora yo era la que disponía de mi propia vida.

—Siento venir así, sin avisar ni nada, pero vengo por algo grave —dijo seriamente.

Mi padre me miraba a mí, solo a mí. Prácticamente pasaba de mi hermano, pero yo no quería escuchar lo que tuviera que decirme.

—Será mejor que te vayas, no quiero escuchar nada que venga de ti, no quiero saber nada de un ser despreciable como tú —dije bruscamente.

Sabía que estaba siendo muy dura, pero era lo que se merecía, lo que me nacía. Yo no iba a respetar a alguien como él, a alguien que abandona a su hija y la deja en la calle con un bebé recién nacido. Eso era imperdonable, al menos para mí, al menos en aquel momento.

—Amber, por favor, escúchame. Créeme que no hubiera venido si no fuera algo de suma importancia.

Sus palabras eran tan falsas que mis oídos prácticamente rechazaban su voz.

—¡Joder, que no quiero escucharte, solo quiero que te vayas de aquí, que te vayas de mi vida, así como tú me echaste de la tuya! —grité.

Me miraba y, por un momento, sentí la necesidad de darle una patada, pero al fin y al cabo seguía siendo mi padre. Aunque lo odiara con toda mi alma.

—Tu madre se muere.

Sus palabras resonaron en mi cabeza clavándose como cuchillos afilados. Mi madre se moría y yo no estaba con ella, no podía ser cierto, eso era una de sus viles mentiras.

—No es cierto —dije convencida.

Aunque lo único que pretendía era convencerme a mí misma de que así fuera, supe por su expresión que desgraciadamente no era así. Era verdad que mi madre se moría y yo tenía que estar con ella.

Dejé a mi hija con mi hermano y me fui con él, tenía que verla, despedirme

de ella antes de que se fuera para siempre.

Subí en el coche con cuidado de no mirarle a la cara, lo detestaba. Hasta el simple contacto visual entre los dos, me repugnaba, no soportaba su cercanía.

—Todo fue muy rápido —dijo de pronto interrumpiendo mis pensamientos.

Yo solo escuchaba sus palabras mientras miraba por la ventanilla del coche.

Por lo visto mi madre tenía cáncer. Un cáncer fulminante, silencioso y en avanzado estado. No se habían dado cuenta hasta el momento en el que se desmayó. Le hicieron pruebas y los médicos no les dieron esperanzas, el final era inminente.

Cuando llegamos a la casa, esa de la cual me habían echado hacía ya unos meses, un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar ese día que mi padre me puso de patitas en la calle.

No quería entrar, no podía, mis piernas no reaccionaban, aunque mi mente les estuviera ordenando que caminaran.

—Puedes pasar, Amber. Esta es tu casa —dijo en tono conciliador.

Y como si me estuviera clavando un cuchillo, me pare frente a él.

—¿Mi casa? Ésta no es mi maldita casa —dije y me adentré en ella.

Subí y fui hasta la habitación de mi madre. Cuando entré en esas cuatro paredes y vi cómo yacía en su cama dormida y con el semblante blanquecino, creí morir. Corrí hasta ella y me puse de rodillas en el suelo agarrando su mano izquierda.

Mi madre sintió mi mano y abrió sus tristes ojos conectándolos con los míos. Lágrimas brotaban de ellos, lágrimas que yo limpie con mis pulgares.

—Amber... ¿Eres tú? Estas aquí, hija... —afirmó apretando mi mano.

Quiso levantarse, pero no la dejé, se la veía muy débil y no iba a dejar que se pusiera peor.

—Si mamá, soy yo. He venido a verte —dije acercándome a ella para darle un beso en la frente.

Estaba fría, sentí cómo se le escapaba la vida entre mis manos sin que yo pudiera hacer nada. Aquello era una tortura, pero ¿qué podía hacer?

Me miró con pena, yo también la sentí por ella, la mujer que me dio la vida, pero también la que permitió que mi padre nos echara a la calle a su nieta y a mí. Algo que se había incrustado en mi corazón y que no saldría nunca de él.

—Amber... Tengo... que hablar contigo... —me dijo con la voz rota.

Me dolía verla así y le puse un dedo en los labios, fuera lo que fuese lo que me iba a decir, no quería escucharlo, no en ese momento en que lo único que quería era verla sana y feliz como la recordaba.

—Ahora no, mamá. Descansa, yo me quedaré cuidando tu sueño —le dije mientras acariciaba su cabello rubio como el mío.

Yo era muy parecida a ella físicamente, pero con el carácter de mi padre, quizá por eso nos llevábamos tan mal.

En ese momento en el que mi madre se quedaba dormida con mis caricias, entró mi padre a su habitación. Me levanté de su cama y fui a salir de esta, pero me agarró del brazo para que no lo hiciera. Giré mi cara para mirarle a los ojos y vi cómo lagrimas caían por su arrugado rostro. En un principio no me gustó verle así, pero después me solté y salí de la habitación, no quería estar a solas con él.

Bajé las escaleras con el corazón a mil, estaba muy agitada, pero todo era por el dolor que sentía en ese momento. No quería estar más en esa casa que tantos recuerdos guardaba. En mi interior, solo quería olvidar el pasado de una buena vez. Algo complicando permaneciendo en aquella casa.

Fui hasta la sala y cuando me iba a sentar escuché el timbre de la casa, me encaminé hasta la puerta y la abrí.

Mi corazón comenzó a latir frenético. No podía ser. Él me miró y sonrió.

Capítulo 5

No podía creer que lo tuviera delante, no podía creer que mi padre después de todo, aun le siga abriendo la puerta como si nada. El padre de mi hija se presentaba allí como si tal cosa. ¿Qué pasaba entonces conmigo?

Me senté en un sillón implorando en vano que no me siguiera. Matt entró en la sala tras de mí y se sentó a mi lado, mirándome, como solía hacer antes de enterarse del embarazo.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté algo borde.

No iba a permitir que viniera ahora con una bella sonrisa y pretender que caiga a sus pies como casi hice en el Casino. Era muy débil y me lo estaba demostrando a mí misma, le estaba poniendo en bandeja mi corazón para que el muy imbécil lo destrozara de nuevo. Algo que debía acabar en ese mismo momento.

—¿Por qué tan borde, preciosa Amber? —preguntó haciendo énfasis en el

adjetivo.

Siempre usaba ese apelativo conmigo, aunque creo que lo usaba con todas. ¡Dios! Pero si ya estaba celosa.

Me levanté molesta conmigo misma, me di la vuelta para cruzarle la cara por el simple hecho de tocar mi brazo sin permiso y, cuando levanté mi mano para estamparla en su mejilla, apretó mi cuerpo contra el suyo y besó mis labios sin un ápice de dulzura. Ahí solo había deseo, un deseo enorme que los dos sentíamos, pero al que yo me resistía con todas mis fuerzas. Yo quería odiarlo, pero verle de nuevo no me ayudaba en nada.

Cuando por fin dejó que respirara, me separé de él con fuerza.

—¿Quién te crees que eres? ¡No vuelvas a tocarme y mucho menos a besarme! —grité como una posesa.

Pero Matthew sonreía complacido al darse cuenta lo que provocaba en mí solo con el roce de sus labios. Me di la vuelta, esta vez para salir de allí.

Cuando ya estaba en la puerta, escuché la voz de mi padre llamándome desde el piso de arriba. Corrí a su encuentro, pues la forma en que me llamaba era preocupante.

Llegué a la habitación y pude verlo arrodillado ante el cuerpo sin vida de mi madre. Eso hizo que mi mundo se viniera abajo. Me acerqué a ella y me acosté a su lado sin dejar de acariciar su mano.

Matt subió y me levantó con cuidado para poder abrazarme y en ese momento sentí ganas de quedarme entre sus brazos por toda la vida.

Me separé de él y, al hacerlo, lo miré y le di las gracias. Una pequeña sonrisa cruzó su boca, esa deliciosa boca que podría provocar dentro de mí ser una tormenta eléctrica, pero que yo debía parar como fuera.

Me acerqué a mi padre para darle el pésame, ya que para mí era lo único que yo podía ofrecerle. No iba a abrazarle para consolar su corazón herido. Yo le tenía demasiado rencor y ni con la muerte de mi madre iba a borrarlo de mi mente y menos de mi corazón.

Mi padre, al sentir mi presencia cerca de él, se levantó y sin que me diera cuenta me abrazó fuerte. Sentí cómo los latidos de su corazón se aceleraban, pero para mí ya era tarde.

—Gracias hija —susurró en mi oído.

Y como si eso hiciera que yo reaccionara, me separé de él bruscamente. Me había llamado hija y no se lo iba a permitir.

—¡No vuelvas a llamarme así, no tienes derecho, no mereces siquiera que yo te miré a la cara! —grité y me separé para salir de allí.

Quería salir de esa casa, de sus vidas. Quería empezar a vivir la mía sin tener miedo de nadie, sin esconderme de nadie.

—Espero que esta sea la última vez que nos veamos. No vuelvas a buscarme nunca más —dije antes de salir de esa habitación.

Salí de allí y bajé las escaleras a toda prisa. Di gracias a Dios por no encontrarme con Matt, sin embargo, cuando salí al porche, me esperaba sentado en uno de los escalones. Al sentir mi presencia, se levantó y se acercó a mí lentamente. Ahora no entendía ese cambio tan brusco.

Lo ignoré por completo y bajé las escaleras sin cruzar ni media palabra, pero, como era de esperar, me detuvo.

—No huyas, Amber, por favor —dijo despacio y en ese momento sentí un pellizco en el corazón.

Paré en seco y me di la vuelta para encararlo, tenía que ser fuerte, o al menos aparentarlo, algo difícil para tan pésima actriz.

—¿Qué quieres, Matthew? —pregunté haciéndome la dura—. ¿No me jodiste la vida bastante ya? —volví a preguntar, pero esa vez sí me salió la dureza.

Por algún lado debía salir tanto rencor y dolor acumulados y, en ese momento, él era el más indicado para recibirlos.

—Amber, yo... lo siento, siento todo lo que te hice y todo lo que pasó después.

Me quedé muda, nunca me imaginé recibir una disculpa por su parte, aun así, no iba a creerle. Él era un mentiroso que se estaba aprovechando de mi debilidad para acercarse a mí.

—No te creo —dije negando—. Es difícil hacerlo después de conocer todas tus facetas Matthew.

Se acercó a mí, eso hizo que me pusiera nerviosa. ¿Por qué tenía que provocar eso en mí? ¿Por qué no podía olvidarme de él? Puse mi mano en su pecho para impedir que se acercara más. Iba a ser fuerte por una vez en mi vida y hacerle caso a mi cabeza en vez de a mi corazón.

En ese momento, como si fuera cosa del destino, Evan inundó mi mente y mi pecho se oprimió.

Sin dejar que hablara, me separé de su cuerpo que casi rozaba el mío.

—Nunca más, Matt. Adiós. —Comencé a caminar despacio con intención de salir de aquella casa para siempre.

—¡Sabes que eso es imposible! ¡Tenemos algo que nos une y te encontraré, Amber, aunque sea lo último que haga! —me gritó desde el porche, pero lo

ignoré.

Era cierto, algo muy grande nos unía, pero no iba a dejar que se acercara a ella a menos de un centímetro, no lo merecía.

Abrí la puerta y entré en mi habitación, cerrando tras de mí. Mi hermano y Selenia se encontraban adorando a mi pequeña que dormía en la cama. Sonreí al ver esa estampa, parecía un matrimonio primerizo contemplando el dulce sueño de su primera hija.

Selenia me miró y se percató del estado en el que llegaba. Inmediatamente, corrió hasta mí y me abrazó. Comencé a llorar como no me había permitido hacerlo frente a mi padre, para que no me viera débil.

—Ha muerto, Selenia, mi madre ha muerto —susurré con el corazón encogido.

Las lágrimas no me dejaban hablar, sentía opresión en el pecho y, en mi cabeza, solo un pensamiento: venganza, venganza, venganza... Contra Matt... y también contra mi padre.

—Lo siento, Amber —dijo Selenia acariciándome la espalda.

Era mi mejor amiga, mi familia, mi hermana.

Mi hermano se acercó a nosotras y me arrebató de los brazos de Selenia para seguidamente abrazarme él. Me sentí reconfortada.

—Ya, pequeña. No estás sola, nos tienes a nosotros —dijo mientras me besaba.

Después de aquella verdadera muestra de cariño, cogí a mi pequeña para darle un beso. Al final, no estaba tan sola como me sentía a veces, tenía a mi hermano, tenía a Selenia que era como una hermana para mí y tenía a mi pequeña que era mi mundo entero.

Cuando me recompuse, me dije a mí misma que aquello acababa allí, tenía la obligación de seguir con mi vida. Sufriría la muerte de mi madre en mi interior, pero indudablemente debía seguir adelante, por mi hija y por mí misma.

Llegó la hora de irnos a trabajar, y el problema surgió entonces. ¿Con quién se quedaba mi hija?

—Tu hermano se quedará con ella. —Selenia me leyó el pensamiento.

Yo arrugue la frente. Mi hermano no tenía ni idea de cuidar a un bebé. Pero, claramente, era nuestra única opción.

Selenia llevaba puesto un corsé de cuero negro, simplemente iba

espectacular. Yo, en cambio, opté por un vestido por encima de las rodillas en color rojo pasión, muy ceñido al cuerpo. Quizá insinuaba más de lo que a mí me hubiera gustado, pero era lo que necesitaba para si quería provocar a Matthew. Conociéndolo como lo conocía, después de mi puesta en escena, seguro, habría de ir al baño para desahogarse. Aquella noche iba a cumplir con lo planeado, Matt no se saldría con la suya.

Por fin, llegamos al casino, entramos y llevé a Selena hasta Topanga para presentársela. La había contratado sin conocerla de nada, solo porque yo se lo había pedido. Quizá me había precipitado al juzgarla tan duramente.

—Hola, Topanga. Ella es Selena, mi mejor amiga. —No pude evitar reírme al ver cómo la miraba de arriba abajo.

Se la comía con la vista. Tuve que carraspear para que Topanga despertara. Sin embargo, Selena se insinuaba. Era una gran actriz y le encantaba su trabajo. Sobre todo, le gustaba sentirse deseada, daba igual que lo hiciera hombre o mujer.

—Pero ¿de dónde sales? —preguntó Topanga acercándose a Selena y depositaba un beso sobre sus labios.

Sin duda, tenía una extraña manía esa mujer: besar en los labios a todas sus chicas.

Selena la miró y coqueteó a su vez. Ya comenzaba a arrepentirme de haber traído a la loca de mi amiga a mi trabajo.

—Gracias, Topanga. Tú también eres muy hermosa —contestó sin un ápice de vergüenza.

Topanga, sin más, se acercó a ella y se la llevó dejándome completamente sola y expuesta a cualquier hombre que quisiera estar conmigo. Para eso estaba allí, ese era mi trabajo. Justo en ese momento comprendí lo que debía hacer para vengarme de Matt. Él no soportaría que otro hombre me manoseara e intentara llevarme a la cama.

Empecé a caminar despacio por todo el lugar, contoneando mis caderas haciendo balancear los pequeños flecos del vestido en la curvatura de mi trasero. Ya estaba empezando a ver cómo algunos hombres me miraban con deseo.

Me acerqué a la barra, para que ese guapo camarero que ya empezaba a caerme bien me sirviera mi copa preferida: un whisky.

—Hola preciosa —me saludó guiñándome un ojo—. ¿Lo mismo? —me preguntó.

Asentí y él se carcajeó sin más. Entonces, lo escruté con la mirada, no me

hacía ni pizca de gracia que se rieran de mí.

—No me mires así preciosa.

—No te rías de mí y te miraré de otro modo —repliqué.

Me sirvió mientras me sonreía con una sonrisa, esta vez socarrona. Me estaba sacando de quicio y hacía grandes esfuerzos por no soltarle algún que otro improprio.

—¿Puedes dejar de mirarme así? Me estás poniendo nerviosa —dije antes de recibir su respuesta.

Me giré al ver que el camarero miraba detrás de mí. Cuando lo hice, un hombre de entre unos cuarenta años se acercó a mí mientras me miraba con deseo. Era un hombre muy atractivo y todas las chicas de mí alrededor lo miraban babeando, aunque él, en aquel momento, solo tenía la mirada puesta en mí.

Según se acercaba a mí, algo extraño ocurría en mi interior. Yo no era de piedra y ese desconocido estaba pero que muy bien. Cuando por fin llegó hasta mí, me inundó su olor, un olor que me era familiar, pues otra persona que inundaba mi mente y mis fosas nasales cuando lo tenía cerca usaba la misma colonia: Evan.

—¿Por qué ahora? —pensé.

Pero no me dio tiempo a mucho más, el desconocido estaba tan cerca de mí, que mi aire estaba siendo aspirado por él.

—Buenas noches —saludó con acento italiano—. No he podido dejar de mirarte desde que entraste en el casino —sentenció mirando mis ojos azules.

Por un momento me perdí en el color de sus ojos. Los tenía grises y tan profundos que por poco no me perdí en ellos.

—Buenas noches —dije al fin.

Él sonrió enseñándome su dentadura perfecta y unos hoyuelos marcados por su sonrisa. El tipo me tenía totalmente hipnotizada.

—¿Puedo invitarte a una copa? —me preguntó.

Yo asentí y me senté en un taburete. Él me imitó y se sentó justo a mi lado, casi rozando nuestras piernas. Estaba muy cerca de mí y ya me había rozado la pierna con su mano, claro que todo fue excusado, pues fue en el momento en el que acercó su mano al bolsillo de su pantalón para sacar su cartera.

Me miraba sin dejar de sonreírme y yo... tuve que decirle a mi amigo, el camarero, del cual aún no conocía su nombre, que me pusiera otra copa.

—¿Puedes dejar de mirarme así?

Pero lo único que conseguí fue que sonriera más abiertamente, arrugando

su nariz por un momento.

—¿Y cómo se supone que te estoy mirando? —me preguntó.

Enarqué una ceja, me pareció que se estaba burlando. Me levanté y comencé a caminar hacia otro lado, lejos de él.

Cuando estaba cerca de los baños, sentí un brazo agarrándome. Me di la vuelta y vi que el italiano me tenía bien agarrada.

—Espera, no has contestado a mi pregunta —dijo al soltarme.

Yo me moví nerviosa.

—Me miras como si quisieras comerme. Como si yo fuera un pedazo de carne —dije sin más.

Se acercó a mí y pude ver que su mirada había cambiado totalmente. Me miraba con deseo, con sincero y profundo deseo.

—Lo siento, preciosa. No quise mirarte así, pero no puedo evitarlo. Eres muy bella y no pasas desapercibida para mí —me susurró cerca.

Más cerca de lo permitido. Entonces, en el momento en el que pretendía separarlo de mí vi que Matthew entraba en el casino y como si estuviera buscándome, conecté sus ojos con los míos. Entonces, y solo por llamar su atención, besé al italiano. Este no lo esperaba, pero pronto me agarró por las mejillas. Yo esperaba que agarraría mi cuerpo con fuerza, intentando tocar alguna parte de mi cuerpo, pero no fue así. En vez de lascivia, mostró naturalidad.

Por un momento, me dejé llevar, presa de ese beso dulce y rudo a la vez. Deseo era lo que estaba sintiendo en ese momento y tuve que pedirle a mi cuerpo que parara. No quería tener nada que ver con aquel hombre que acababa de entrar en mi vida.

Por propio instinto, lo separé de mí, dejando ver cómo con un beso me había descolocado notoriamente. Matt seguía mirándonos y, que yo estuviera mirándolo también, hizo que mi acompañante se diera la vuelta.

—¿Lo conoces? —me preguntó.

—Sí —contesté con monosílabos.

Me agarró de la mano, consiguiendo con ello que sintiera su calidez, y me condujo hasta Matt.

No sabía hasta qué punto ellos dos se conocían, pero estaba claro que no era la primera vez que se veían.

Cuando llegamos hasta el objeto de mi vendetta, este nos miró intentando averiguar en qué momento nos habíamos conocido. Haberme besado con alguien que no conocía e ir de su mano como si fuera de su propiedad... Todo

esto se me estaba yendo de las manos.

—Señor Lincon. ¡Cuánto tiempo! —dijo estrechando su mano.

Matt paseaba la mirada de él a mí a él y viceversa.

—Señor Sabatini... —saludó cordialmente—. ¿Sabe usted que lleva de la mano a mi chica? —dijo señalándome.

—Perdone, pero yo no soy propiedad de nadie —puntalicé.

Me miró y cogió mi brazo tirando de él con fuerza para que mi cuerpo quedara pegado al suyo. El señor Sabatini no hizo nada para impedirlo.

—¡Suéltame! —grité intentando zafarme de su agarre—. ¿Quién te crees que eres? —pregunté cuando por fin me solté.

Matt me miraba perturbado. Se acercó a mí y besó mis labios desesperado, pero no dejé que siguiera. Me separé y le di una bofetada.

Ahora era yo quien le iba a arruinar la vida, y el Señor Sabatini me iba a ayudar.

Capítulo 6



Matthew me miraba incrédulo, no se esperaba mi reacción. En realidad, ni yo misma creía haberle abofeteado solo por un beso.

No pretendía que me entendiera, solo quería que me dejara en paz, me daba igual que él hubiera pagado millones por estar conmigo. Yo no quería estar con él, y punto.

—¿Por qué, Luna? Pensaba que querías estar conmigo —dijo acercándose a mí de nuevo.

Volví a separarme de él y fui caminado hasta el Señor Sabatini, que me miraba con sonrisa triunfal.

—Sácame de aquí —le susurré.

Y como si estuviera esperando esa petición... agarró mi mano con suavidad y salimos del casino.

En la entrada había un Lamborghini de color plata. Nos acercamos a este y me sorprendí al ver que era suyo.

Me miraba con una sonrisa ladeada y yo no podía estar más nerviosa. Nunca me había ido con un desconocido. Hice muchas locuras en mi adolescencia, pero jamás algo como lo que estaba haciendo en aquel momento.

—No tengas miedo, bella. Yo te cuidaré —me dijo con ese acento que

hasta el momento no sabía que me gustaba.

La noche de Manhattan era preciosa, con todas esas luces encendidas. Era como vivir de noche.

Cuando nuestros ojos conectaron, sentí cómo todo mi cuerpo temblaba. Este hombre era muy atractivo y tenía una manera extraña de hacer que me sintiera así.

—¿Dónde vamos? —le pregunté algo más calmada.

Me miró, dejando de mirar a la carretera por solo unos instantes. Parecía un niño pequeño. Levanté las cejas para que me dijera de una vez, pero no decía nada.

—Vamos a una pelea —dijo volviendo a fijar la vista en la carretera.

Yo abrí la boca por la sorpresa. Me quería llevar a una pelea y lo decía como si fuera lo más normal del mundo. Se había vuelto loco.

—¿Cómo que a una pelea? ¿Te has vuelto loco?

Él me miró y soltó una carcajada. ¡Dios! Si supiera lo que me cabreaba eso, no se reiría tanto. Yo lo maté con la mirada consiguiendo que dejara de reír.

—Lo siento. No pretendía reírme de ti —se disculpó—. Se trata de boxeo. Soy el representante del mejor boxeador de todo el país, y esta noche tiene una gran pelea. —Al explicarme, sentí el tono de su voz preocupado—. Espero que no te moleste que te haya traído como acompañante, sin pedir permiso a Topanga.

Negué y no pude más que sonreír. Era tan caballeroso que, por un momento, me gustó que fuera él quien pidiera mi compañía. Hacía que me olvidara de todos mis problemas.

—No pasa nada. Yo me ocuparé de ella mañana —respondí.

El camino hasta la nave donde se celebraba la pelea fue un poco largo. Y cuando llegamos, no pude dejar de mirar todo a mí alrededor. Había miles de coches de lujo, en ese sitio había muchas personas de mucho dinero y, por un momento, me sentí fuera de lugar. Sabatini se preocupó de que eso no pasara.

Con nuestras manos entrelazadas, entramos a la nave. Por fuera era un descampado, pero, una vez dentro, la decoración era exquisita: todo de color plata y rojo, mesas por doquier junto a una barra de bar, gradas con sillones de color negro y rojo y en centro el ring. Ese recuadro enorme donde dos hombres se darían puñetazos el uno al otro, mientras todos los presentes hacían sus apuestas.

Mi acompañante todavía no me había dicho de quién era representante y no

era que me importase, pero por lo menos tendría a alguno al que apoyar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí un poco nerviosa por la cantidad de personas que allí había. Lo miré y una sonrisa dibujó mis labios cuando vi cómo me miraba.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó.

Me fui acercando a él.

—Pues que aún no sé cómo te llamas —dije haciendo que sonriera abiertamente.

Su cuerpo estaba muy pegado al mío, más de lo permitido, pero no me importaba. En ese momento tenía la necesidad de que fuera así. Acercó su cabeza a mi cuello y depositó un beso en él, haciendo que mi cuerpo se estremeciera.

—Oliver Sabatini... —susurró en mi oído mandando escalofríos a todo mi cuerpo.

Se separó por un momento e inmediatamente retrocedió, esta vez para unir nuestros labios en un profundo beso. Ambos nos perdimos en ese beso desesperado y sentí ganas de que me sacara de allí, donde éramos un blanco fácil de miradas perversas.

Cuando nos separamos, sentí que me faltaba algo, como si quisiera pasar el resto de mis días besando esos labios. Estaba un poco confundida. Este hombre había llegado a mi vida para ponerla patas arriba y, si no me separaba pronto de él, mi venganza se iba a ver perturbada.

—Encantada. Yo soy Luna —dije provocando que los dos soltáramos una carcajada.

Agarró mi mano y la besó con esos dulces labios. Luego tiró de mí metiéndonos en un pasillo que iba hasta la zona privada de los boxeadores. Me iba a presentar a su campeón. Cuando llegamos, tocó a la puerta y una voz interna dio permiso para que entráramos. Oliver abrió de par en par y mi cara se desencajó al ver a su campeón, no podía ser él. No podía creer que Evan fuera su campeón. Me sentí nerviosa y confundida, incluso podría decir que un poco decepcionada al ver que no era la única que escondía cosas, que él también tenía una doble vida.

Me quedé con la boca abierta y sentí cómo Oliver tiraba de mí para que nos acercáramos a Evan. Me costó volver a caminar, fue como si mis pies hubieran sido clavados al suelo.

—Luna, Luna... ¿te encuentras bien? —preguntó Oliver, llamando mi atención.

—Eh... sí. Lo siento —contesté nerviosa.

Sentí la mirada de Evan que me miraba con el ceño fruncido. Fue como si me hubiera reconocido, o al menos como si estuviera intentando saber dónde había escuchado mi voz. Nos acercamos a él y cada paso que daba hacía que me sintiera más nerviosa. No podía estar cerca de él, de ellos dos juntos. Dios... tenía un remolino de emociones en mi interior, no sabía cómo iba a ordenar todos esos sentimientos que estaban floreciendo en mi interior.

—Evan. Ella es Luna —me presentó.

Evan se acercó a mí y cogió mi mano para llevársela a los labios y depositar un casto beso en ella. Sentí una punzada en mi corazón que no había sentido antes. Entonces me di cuenta de que yo sentía algo por Evan, algo que me negaba a ver.

—Encantada Evan —dije con voz temblorosa.

En ese momento, un hombre de mediana edad fue hasta el camerino y llamó a Oliver. Lo necesitaba el patrocinador del evento.

—En seguida vuelvo, bella. Te quedas en buenas manos —dijo y se fue dejándonos completamente solos.

Evan no me quitaba la mirada de encima y tenía unas ganas irremediables de que me besara, de que me hiciera olvidar todo y borrara con sus besos los besos que anteriormente me habían dado. Se fue acercando lentamente hasta quedar muy cerca de mí. Sentí cómo su olor me llevaba a otra dimensión.

Sus ojos me miraban intensamente y vi cómo curvaba la boca en una sonrisa perfecta. Parecía que había descubierto lo que había estado intentado desde que entré en el camerino.

—¿Amber? —preguntó.

Pero lo dijo con tanta confianza que hizo que mis piernas fallaran, siendo agarrada por él para que no me cayera. Me sentó en unos de los sillones que había y se sentó a mi lado mientras agarraba mi mano con dulzura. Esa dulzura que solo tenía él, que solo sentía con él.

—¿Cómo? —pregunté en un susurro.

Acarició mi mano, ascendiendo por mi brazo y mi hombro hasta llegar a mi mejilla. La agarró con dulzura haciendo que lo mirara y pegó nuestros labios, esos mismos que me transportaban a otro mundo. Me besaba desesperadamente, como si tuviera miedo a que desapareciera de su vida, pero ¿cómo iba a desaparecer de una vida de la cual quería formar parte? No podía, simplemente mi corazón no dejaba que yo lo hiciera. Cuando nuestros labios se separaron, me abrazó con fuerza. Su corazón latía fuerte y mi corazón

latía al mismo ritmo que el suyo.

De pronto tuvimos que separarnos ya que escuchamos por el pasillo la voz de Oliver, que se acercaba acompañado de una mujer. Evan me miraba suplicante, como si quisiera que nos escapáramos de allí, sin importar lo que pase. Solo él y yo.

Pero no podía hacer eso, no podía dejar mi trabajo tirado por el simple hecho de que me muriera por estar entre sus brazos. Entonces, viendo mi negación, se acercó a mí, pero, al abrirse la puerta, tuvo que separarse de golpe.

Oliver entraba con una mujer morena muy guapa. Esta se acercó a Evan y le dio un beso en los labios. Eso hizo que me muriera por dentro, que todo lo que había pasado hacía solo unos minutos parecía pasajero, como si ya no existiera para ninguno de los dos, al menos para él.

Se separó de ella como si no quisiera recibir el beso, pero ella igualmente le besó. Sentí celos. Por primera vez en mi vida, me sentía celosa. Por qué, si yo estaba segura de que no sentía nada por Evan. ¿O me equivocaba?

Oliver agarró mi cintura y me sacó de allí, para dejar solos a Evan con esa furcia que lo único que quería era que este se metiera entre sus piernas. Por un momento me resistí a salir, pero Oliver me miraba extrañado y no tuve más remedio que acatar.

—Bella ¿te ocurre algo? Te noto extraña —preguntó cuando por fin salimos al pasillo.

Yo no dejaba de mirar hacía la puerta del camerino de Evan, sintiendo ganas de dejar todo atrás y entrar para escaparme con él.

Negué lo más calmada que pude, pero Oliver se percató.

—Vamos, tenemos que sentarnos en las gradas. La pelea va a comenzar —propuso y yo le seguí.

Las palabras no me salían, se habían quedado atascadas. Oliver agarró mi mano y suavemente me llevó hasta las gradas para sentarnos en el mejor sitio. Yo estaba angustiada y necesitaba echarme un poco de agua en la nuca.

—Necesito ir al lavabo —susurré y me separé de él.

Ni siquiera dejé que me contestara. Bajé las escaleras y fui de nuevo hasta el pasillo para poder entrar al aseo. Cuando estaba llegando, sentí una mano tirando de mi brazo y metiéndome en un camerino. Todo estaba oscuro. Al encenderse, la luz me quedé bloqueada. Evan se acercó a mí y besó mis labios con pasión. Una pasión que no había sentido en el beso anterior.

De repente, sentí que aquello no estaba bien y me separé de él, yo no iba a

ser el segundo plato de nadie.

—¿Qué te pasa? —me preguntó alterado.

Yo comencé a caminar hacia la puerta, pero me detuvo.

—Suéltame, Evan —susurré—. No podemos. Yo no quiero sufrir —dije al fin.

Él se acercó por detrás y me abrazó, sentí cómo los músculos de su pecho se tensaban al estar tan cerca del mío.

—Por favor, Amber. No me dejes solo. Te necesito en mi vida. Te quiero en mi vida.

Esas palabras habían entrado en mi corazón para llenarlo de una felicidad que no sabía que existía, pero que me negaba a sentir. No podía estar con él. No podía dejar la vida que había elegido para estar con él. Primero tenía que vengarme de Matt y después, únicamente después... podríamos intentarlo siempre que no siguiera casado.

—Lo siento —dije y me solté.

Salí de allí como alma que lleva al diablo, no miré atrás para no arrepentirme. Sabía que, si lo hacía, correría a sus brazos como una auténtica estúpida. Entré en el lavabo y suspiré al ver que no había nadie y que podía quitarme la máscara con tranquilidad. Me miré al espejo y unas lágrimas brotaron de mis ojos manchando mi cara de rímel. Nunca en mi vida había sentido aquel vacío, me faltaba el aire incluso.

Dejé pasar unos minutos y, cuando me sentí que estaba más calmada, me retoqué el maquillaje y me puse la máscara de nuevo. Salí del baño y caminé hacia el pasillo que daba a las gradas. La pelea ya había comenzado. Sentí la mirada de Evan distraído, haciendo que el otro contrincante le diera puñetazos a diestro y siniestro. De repente, cayó al suelo.

Cuando vi sus ojos cerrados por el fuerte golpe recibido, sentí mis piernas flaquear y mi corazón bombear frenético. Hice ademán de acercarme al ring, pero una mano me agarró y me sacó de allí. Que Evan cayera, hacía que muchos empresarios perdieran miles de millones, al parecer se iba a armar una buena bronca.

Siendo así las cosas, Oliver tiraba de mí mientras me miraba suplicante.

Volví a mirar hacia el ring y, efectivamente, todos los hombres estaban alrededor de Evan dándose puñetazos.

Salí de la nave sintiéndome como una mierda por haberle abandonado. Me sentía culpable, pero sobre todo insegura al darme cuenta de que me había enamorado profundamente de él.

—No te preocupes por él. Lo sacaran a tiempo —intentó tranquilizarme.
Pero me era imposible. Sentía una desesperación y una angustia que hacía que me muriera por dentro. Era espantoso.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté alterada.

Oliver me miró con el ceño fruncido, no entendía mi reacción.

—Luna, si tanto te preocupa... llamaré al patrocinador, a lo mejor él puede decirnos algo —dijo mientras marcaba su número.

Asentí agradecida, aun a sabiendas de que después de esa llamada, tendría que darle alguna explicación, solo esperaba que se creyera la mentira de turno.

Lo vi cómo movía las manos cabreado mientras hablaba por teléfono, eso me puso alerta y me preocupé aún más. Comencé a moverme de un lado a otro, ya sentía mis pies doloridos por tanta carrera con tacones de medio metro. Me saqué los zapatos quedándome completamente descalza en la tierra. Me estaba clavando las piedras, pero ese dolor no era comparable al que sentía en mi corazón.

Oliver terminó de hablar y se acercó a mí. Cuando me vio descalza y con los zapatos en la mano, soltó una carcajada que hizo que yo sonriera.

—Estás loca, Luna —dijo mientras intentaba unir nuestros labios y yo lo rechazaba.

No podía dejar que me besara, no ahora que tenía mis sentimientos más claros que nunca.

Me miró mientras movía la cabeza de un lado a otro negando. No esperaba mi rechazo.

—¿Qué ha cambiado entre nosotros? —preguntó agarrando mi mano.

Quise darle la espalda para no tener que dar ninguna explicación, pero no me dejó. Entonces, me dio un abrazo dulce y desesperado. Me gustó que me abrazara, pero rápidamente me di cuenta de que no era en esos brazos en los que quería estar.

—Por favor, Luna. No te separes de mí —me suplicó entre susurros.

Esas palabras fueron el combustible que le hizo falta a mi cuerpo para empujarlo y separarme de él. Esas palabras resonaban en mi cabeza y, aunque Evan me lo dijo de otra manera, prácticamente tenían el mismo significado.

—No vuelvas a decirme eso —dije señalándole con el dedo—. No sabes nada de mí, de mi vida y tampoco quiero que lo sepas. Yo solo seré tu acompañante ¿queda claro? —sentencié cabreada.

Oliver agachó la cabeza asintiendo. Parecía un niño perdido, yo no entendía su reacción. Si solo me conocía desde hacía unas horas, aunque

pensándolo bien... también yo conocía a Evan de muy poco tiempo.

—Lo siento, Luna. No volveré a intentar nada contigo. Te lo prometo — dijo mientras se dirigía a su coche.

Yo caminé detrás de él. Me había dejado atrás angustiada.

Esa noche había acabado mal y ya estaba loca por llegar al motel y encerrarme en mi habitación con mi pequeña. Ella era la única que se merecía mi amor y la única que me lo daba sin pedir nada a cambio.

Íbamos en el coche completamente en silencio y yo me moría por preguntar por Evan, pero ¿cómo lo hacía sin levantar sospechas? Lo miré y vi cómo tenía la barbilla tensada. Él sentía mi mirada, pero no me miró en ningún momento. Entonces me di cuenta de que estaba cabreado, pero no lo culpaba, no se había portado mal conmigo.

—Oliver yo... siento mucho lo que ha pasado esta noche —me disculpé mientras ponía mi mano sobre la suya, que reposaba en la palanca de cambios.

Me miró, pero el brillo en sus ojos grises quedó ausente en esa mirada. Negó encogiéndose de hombros y volvió la vista a la carretera.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije intentando atraer su atención—. Bueno... —Suspiré al no recibir respuesta—. De igual forma te voy a preguntar. —Esa aclaración hizo que sonriera. Estaba consiguiendo lo que quería.

—Pregunta —me dijo.

Yo sonreí, no podía estar cabreada con él y tenía que evitar el problema anterior para poder preguntar por Evan sin que se diera cuenta de que estaba interesada en él.

—¿Por qué yo? —formulé la pregunta.

Oliver aparcó en un hueco que había en la carretera y me miró. Esa pregunta le pilló por sorpresa. Se acercó a mí y me besó, aunque le dijera solo una hora antes que no quería ese tipo de trato con él. Lo hizo y yo me dejé, como siempre estúpida de mí. Tenía claro que estaba enamorada de Evan, entonces... ¿qué papel juega Oliver en mi vida?

Cuando nos separamos, pegó su frente a la mía y entre suspiros me respondió.

—¿Todavía quieres saber la respuesta? —Acarició mi mejilla.

Yo asentí, era masoquista y me encantaba escuchar todas las declaraciones para después sufrir entre las cuatro paredes de mi habitación.

—Eres muy curiosa —dijo con una pícaro sonrisa—. Luna... —Suspiró—. No sé qué me está pasando contigo, pero siento la necesidad de tenerte cerca

de mí. No me preguntes por qué, porque no lo sé.

Esa aclaración me hizo ver que podría ser importante para alguien, que no me echarían de su lado como hizo mi padre. Oliver y Evan, cada uno a su manera, estaban entrando en mi vida y, por muy loco que parezca, quería mantenerlos a los dos. No iba a dejar que ninguno se fuera o me odiara, pero tampoco podía estar con ambos. Tenía que aclarar mi vida y mis sentimientos.

—Gracias —dije al fin—, por todo.

Me guiñó un ojo y volvió a pegar nuestros labios en un dulce, pero corto beso. Acto seguido, puso toda su atención en la carretera y aceleró.

—¿Dónde te llevo? —preguntó mirándome de reojo.

—Déjame en el Café Grumpy-Chelsea —dije y me miró con el ceño fruncido.

—Está bien —respondió haciendo que expulsara todo el aire de mis pulmones.

Eso hizo que soltara una carcajada. Seguramente estaría pensando que me había vuelto loca o algo así.

—Gracias. —Volví mi mirada hacía la ventanilla y me perdí en la claridad del día.

No sabía en qué momento habían pasado tantas horas. Estaba viendo cómo se apagaban las luces de las farolas para ser alumbradas por la luz del sol. Aquel tenía pinta de ser un buen día y lo aprovecharía para ir a pasear con mi pequeña a algún parque cercano.

Después de media hora ya estábamos frente a la cafetería. Aparcó y le miré con media sonrisa. Era el momento de preguntarle por Evan sin que sospechara. No había dejado de pensar en él y ya no aguantaba más.

—¿Sabes algo de tu campeón? —pregunté intentando aparentar tranquilidad, aunque por dentro me estaba muriendo.

Oliver sonrió haciéndome ver que sospechaba, aunque guardó silencio respecto a ello.

—Él está bien. No pasó a mayores, ya está en su casa —dijo y suspiré tranquila.

Estaba reteniendo una gran cantidad de aire dentro de mis pulmones y si no los expulsaba me asfixiaría.

—Me alegro —dije más tranquila—. Es que lo vi caer y me preocupé mucho. No fue una imagen agradable —me excusé.

Oliver asintió y se acercó a mí para darme un beso en los labios. Ya se estaba acostumbrando a besarme cada vez que veía la oportunidad. Cuando

nos separamos, salí del coche y esperé a que se fuera para poder ir hasta el motel sin que viera dónde vivía.

La noche había sido toda una locura y me encontraba bastante cansada, tanto física como mentalmente. Mis sentimientos se estaban viendo perturbados por dos hombres y tenía que pensar mucho en todo.

Lo primero que haría sería ir a ver a Evan. Me daba igual todo, que estuviera su mujer, que no me dejase hablar con él o incluso que me echase de su casa, aun así, pero necesitaba comprobar con mis propios ojos que estaba bien. Tenía que verle, tenía que abrazarle. Quería estar con él y se lo diría.

Le diría cuánto lo sentía, le diría que podía contar conmigo.

Al salir del baño, mi hermano ya estaba despierto.

—¿Qué pasa hermanita? —preguntó preocupado, al ver mi expresión.

Yo no quería hablar, no tenía ganas de tener que contar la mierda de noche que había tenido. No podía decirle que estaba enamorada del cuñado de Selena y que, mientras tanto, andaba por ahí besando a un desconocido. No, eso no podía hacerlo.

—Nada, solo estoy cansada —contesté encogiéndome de hombros e intentando quitarle importancia al asunto.

Mi hermano era muy inteligente. Me miró con las cejas alzadas haciendo que soltara una carcajada. Se ponía muy cómico cuando hacía eso, aunque lo hacía para hacerme reír.

—Vale... te creo, aunque... —dijo sentándose en una de las sillas de la habitación—. Sea lo que sea lo que te haya pasado, se arreglará —dijo en modo tranquilizador.

Me acerqué al armario, cogí la ropa y me dirigí al baño para vestirme. Estaba agotada, pero, antes de echarme, saldría para que le diera el sol a mi hija.

Al salir, mi hermano ya la tenía vestida. Fui a cogerla, pero...

—No, Amber —dijo adelantándose—. Tú debes arreglar tus problemas. Yo me la llevaré de paseo —dijo sorprendiéndome—. Además, iba a salir con Selena.

—Está bien. Gracias —dije dándole un beso en la mejilla.

Me acerqué a mi pequeña y me despedí de ella, besando sus mofletes y sus manitas.

Me acerqué al timbre, no sabía si tocar o largarme. Mis manos comenzaron

a sudar y ya me iba a dar la vuelta cuando un Evan, marcado por los golpes, me abrió la puerta.

—Amber ¿qué haces aquí? —preguntó asombrado.

No esperaba mi visita, aunque para qué engañarnos, tampoco yo estaba segura de lo que iba a hacer. Me acerqué con paso lento hasta estar lo más cerca posible de él y sentí cómo me miraba con la mandíbula tensa. Eso me hizo comprender que estaba cabreado conmigo.

—Lo siento... yo solo vine para saber cómo estás. —Suspiré intranquila mientras bajaba la mirada—. Mejor me voy —dije sin más.

Me di la vuelta para marcharme, pero Evan tiró de mi brazo para meterme en la casa. Cuando la puerta se cerró tras de nosotros, se abalanzó sobre mí besando mis labios con pasión. Mordía mis labios con desespero, algo que hizo que mi interior estallara y deseara arrancarle la ropa de una vez. Nos separamos agitados y locos por llegar a más, pero algo hizo que yo abriera los ojos y me diera cuenta de que no estábamos seguros allí.

Me di la vuelta en un intento por escapar de ambos.

—No te vayas, Amber —me susurró—, por favor.

Su súplica hizo que mi corazón sufriera. Estaba claro que Evan no estaba pasando por su mejor momento. Me di la vuelta y mis ojos conectaron con los suyos. Tenía la mirada más triste que había visto en mi vida. Me acerqué y le abracé, apretando su cuerpo contra el mío. Quería que sintiera que estaba con él, que no le iba a dejar, que estaría para ayudarlo, para amarlo.

—No me iré —dije aferrada a él—, pero... —Suspiré agachando la mirada—. No quiero que me ocultes nada. Quiero saber todo de ti.

Evan cogió mi barbilla, me miró a los ojos y me regaló un dulce beso. Sus labios rozaban los míos de forma dulce y sensual. Al principio fue algo despacio, pero poco a poco fue subiendo hasta llegar a ser explosivo. Su lengua, irreverente, invadió mi espacio en una batalla que él tenía ganada.

—Amber... —dijo con nuestros labios aun pegados—. Te... deseo —sentenció y, sin más que decir, me agarró de la cintura y me subió hasta su cintura.

Enrosqué mis piernas alrededor de sus caderas, rozando nuestros cuerpos deseosos de más. Subió hasta la primera planta mientras nos besábamos con pasión. Sentía que mi corazón explotaría en cualquier momento. Estaba enamorada de él. Necesitaba que me hiciera el amor. Tenía la certeza de que iba a sufrir mucho, pero a aquellas alturas ya no había marcha atrás.

Cuando por fin llegamos a la que, supuse, era su habitación, me echó sobre

la cama y, por un momento, sentí miedo. Algo que me había ocurrido anteriormente y que, en efecto, no salió de la mejor manera. Además... estaba casado y eso era algo que no podíamos evitar.

Lo miré con miedo y él dejó de besarme para acostarse a mi lado, abrazándome fuerte. Por primera vez me sentía querida.

—Evan —susurré despacio, como si no quisiera que nadie me escuchara—. Yo... yo... —Suspiré.

Él me apretó para que sintiera su fuerza y su apoyo. Sin más... me perdí en sus brazos, en su esencia, en él. Miré de nuevo sus ojos azules y en ese momento me dijeron más de lo que quería escuchar. Ambos estábamos enamorados.

Capítulo 7

Seguimos en la misma posición durante un buen rato. Solo nos miramos, no hacía falta hacer el amor apasionadamente para saber si alguien siente por ti algo. Su corazón latía al mismo ritmo que el mío y sus ojos conectaban con los míos. No había nada más hermoso y perfecto que aquel momento.

—Amber —susurró despacio—. Necesito decirte lo que siento.

Con mi mano derecha, acaricié su mejilla.

Evan suspiró al sentir mi contacto y vi cómo cerraba los ojos para llenarse aún más de esa sensación.

Estaba muy nervioso. Yo sentía cómo temblaba bajo mis caricias. Antes de que comenzara a hablar, acerqué mi cara a la suya para que nos fundiéramos en un beso. Lo amaba, mi corazón latía frenético al sentir su contacto, tanto, que una simple caricia haría que mi cuerpo se erizara al completo.

Separé mis labios y vi cómo sus ojos brillaban de nuevo como aquel primer día.

—Me he enamorado de ti —dijo de pronto.

Sentí cómo mi corazón se encogía.

—¿Qué pasa? —preguntó confundido.

Negué mientras volvía a acercarme a él para poder abrazarle como quería, como sentía en aquella cama que no era la mía. Aquello iba a ser muy duro. Tener que vernos a escondidas, no iba a ser fácil para ninguno de los dos, pero era la única solución para dar rienda suelta a nuestro amor.

—Yo... yo también me he enamorado de ti, Evan —añadí suspirando—. Es solo que... —callé. No sabía cómo decirle lo que venía ahora.

Evan me miró y negó mientras me apretaba a su cuerpo para no dejarme escapar jamás, como si yo me fuera a ir de su lado, como si fuera posible que yo me marchase de su lado. Ya no podía hacerlo, ya era tarde para escapar de algo tan intenso y puro.

—No lo digas, por favor —suplicó—. Sé que va a ser muy difícil, pero no puedo hacerlo de otra manera. No ahora.

Me preocupé al escuchar aquello. ¿Habría pasado algo y por eso no estaba Mónica en la casa? Pero si era así... ¿por qué no me lo había dicho antes?

—¿Qué pasa, Evan? Puedes confiar en mí —susurré acariciando su espalda.

Seguía mirándome y volvió a negar. No quería contarme lo que pasaba. Eso hizo que me levantara de la cama, esa cama en la que seguramente había amado a su mujer en tantas ocasiones. Evan se levantó y me agarró de la cintura para que no me fuera, pero yo necesitaba salir de allí, necesitaba aclarar mis ideas. Todo había sido muy rápido, tanto que no me había detenido a pensar lo suficiente.

—No me dejes, Amber. Te lo suplico —pidió abrazándome.

Me zafé y salí de esa habitación dejando atrás lo que sentía por Evan, dejando mi corazón en su pecho, porque ya no era mío, si no de él.

Evan vino corriendo escaleras abajo tras de mí. Yo había salido muy rápido y ya estaba abriendo la puerta. No podía respirar y sentí un mareo, algo que me ocurría cuando era niña y mis padres discutían. Evan reaccionó al instante y me sostuvo para no caer.

—Amber, Amber... —Fue lo único que escuché.

En ese momento había perdido la conciencia y todo estaba oscuro. Me encontraba sumergida en una oscuridad que me atraparía, si yo me dejaba. De pronto, sentí sus labios sobre los míos.

—Estás despierta —dijo agarrando mis mejillas para acariciarlas con ternura.

Evan era pura dulzura y pasión unidas, algo explosivo que lo hacía aún más encantador, si cabía. Quise levantarme, pero seguía mareada. Me cogió en brazos y me sentó en uno de los sillones de la sala. Me di cuenta de que la silla de ruedas de Mónica estaba allí. Inmediatamente me preocupé y vi cómo Evan intentaba evitar mirar hacia el lugar donde siempre descansaba su mujer.

—Evan —dije, pero me ignoró—. Evan, mírame —insistí.

Me levanté como pude y me senté a su lado. En el sillón que daba la espalda a la silla de ruedas. Cuando sintió mi presencia, giró la cara hacia mí y vi que estaba llorando. Aquello no podía ser por mi desmayo, había algo más que no quería contarme.

—Dime de una vez —supliqué—. ¿Dónde está Mónica?

Enseguida negó, no estaba bien y yo lo sabía. Lo había percibido durante mi visita, pero me tranquilizó que Selena no supiera nada.

—Está en el hospital —logró decir—. Se está muriendo, Amber —dijo entre lágrimas—. No puedo hacer nada por ella. Ya todo está perdido.

Inmediatamente, sentí cómo el techo de aquella casa quería caer sobre nosotros.

Me acerqué aún más a él para poder abrazarle. Cuando lo tuve entre mis brazos lo acuné, mientras besaba su cuello, tenía que apoyarle en aquel momento tan espantoso.

—¿Cuándo pasó? —pregunté confundida.

Se separó de mí para poder mirarme y así responderme.

—Hace cuatro días que está internada. —Bufó desesperado mientras pasaba las manos por su cara y sus ojos, intentando borrar la evidencia de su dolor.

Quise apartarle las manos de su rostro, me daba igual verle llorar, verle vulnerable. No tenía que sentirse avergonzado conmigo. Podía comportarse con naturalidad ante mí, yo jamás le juzgaría.

—Pero ¿se podrá hacer algo por ella?

Me sentía perdida, no sabía cómo ayudar.

—Nada. Los médicos no dan esperanzas. —Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro—. Después de tres años de dolor y sufrimiento, le han dado días de vida, Amber —dijo desesperado.

Tres años era mucho tiempo para vivir así de esa manera. Ahora me daba cuenta del sufrimiento que había en aquella casa, ahora me daba cuenta del sufrimiento de Evan y Mónica.

Ella nunca fue feliz, por culpa del cáncer de útero no había podido tener hijos y eso era algo que no tenía asumido. Poco a poco, se sumergió en una depresión que hizo no querer que Evan la tocara. Su matrimonio pasó a un segundo plano y eso fue lo que hizo que él volviera al ring. El boxeo era lo único que hacía que liberara toda esa furia que lo apenaba. Poco a poco, dejó de amar a su mujer para comenzar a verla como a una amiga, como a una compañera de vida, pero no de viaje. Su corazón estaba libre para volver a

enamorarle justo en el momento en el que yo llegué a él.

—No desaparezcas, Amber —susurró en mi oído para luego besar mi cuello—. No quiero perderte —sentenció aun aferrado a mí.

Me separé por un segundo para poder mirarle. Mis ojos viajaron desde sus ojos hasta sus labios. Todavía no me había ido y ya me dolía separarme de él.

—¡Amber, Amber! —gritó entre sollozos, al escucharme entrar—. Mi hermana... se muere —dijo con la voz entrecortada.

—Shh, Shh. Tranquila —dije acariciando su larga melena—. Yo estoy contigo, Seli —Besé su mejilla para consolarla.

—¿Me acompañas al hospital? —preguntó aún con lágrimas en los ojos—. No puedo ir sola.

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y otra vez tuve que dejar a mi hermano a cargo de mi hija.

El camino fue en un silencio sepulcral, era como si Mónica ya estuviera muerta. Selena tenía que ser fuerte para que su hermana no viera su sufrimiento. Estaba demacrada y los ojos hinchados de haber llorado tanto.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada.

Negó echando la cabeza encima de mi hombro. Estaba destrozada, y yo también. Por verla así y de hacer lo que estaba haciendo con su cuñado. No quería perder a Selena y, si se enteraba de todo, lo haría.

—No quiero que me deje sola —susurró entre lágrimas—. ¿Sabes? Ella fue quien me crio. Mis padres murieron cuando yo tenía trece años. Saber que se está muriendo y que no puedo hacer nada... me mata, Amber.

No sabía qué contestarle, pero tampoco quería que se sintiera sola.

—No estás sola. Me tienes a mí —dije apretándola en un abrazo de hermanas—. No te librarás de mí fácilmente, Seli —afirmé haciéndola reír por primera vez desde que salimos del Motel.

Ella se aferró a mi abrazo como si fuera su tabla de salvación.

Después de mucho tiempo de camino, por fin llegamos al hospital. Selena corrió hacia el interior de este, buscando la habitación de su hermana, pero no la encontró y tuvo que ir al mostrador para preguntar. Cuando se disponía a ello, llegó Evan hasta nosotras. Yo, al verle, me puse muy nerviosa y, por un momento, tuve que disculparme para ir al lavabo, no podía dejar que ella me notara nerviosa. Evan me miró con sus ojos tristes. Casi hizo que me diera la vuelta y corriera a su encuentro para abrazarle. Me excusé y me dirigí al aseo, donde por fin pude permitirme llorar como deseaba hacer desde hacía rato.

Los acontecimientos me estaban matando y aun no sabía cómo sobrellevar una relación a escondidas con Evan.

Cuando me calmé, me armé de valor y salí de aquellas cuatro paredes en la cual me había escondido como una autentica cobarde, pero cuando estaba justo en la puerta, Evan agarró mi brazo y me metió de nuevo en el baño. Una vez dentro y sin nadie que nos viera, se abalanzó sobre mí y besó mis labios, desesperado. Todo se estaba saliendo de madre y tenía que pararlo, aquello no estaba bien.

—Evan, espera —dije con mis labios aún pegados a los suyos—. Escúchame, por favor —insistí.

No me hacía caso y ya me estaba perdiendo en ese beso que inundaba mi boca, mandando rayos y truenos a todo mi interior, matando toda duda que tenía y borrando todo lo que quería decirle. Evan, con un beso, podía borrar todo de mí. Se llevaba mis dudas y mis miedos con cada muestra de cariño.

Cuando nos separamos, pegó su frente a la mía y suspiró. No podíamos estar más necesitados el uno del otro, y llegará el momento en que no podremos pararlo.

—No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar el tenerte cerca y no poder besarte y abrazarte a mi antojo —susurró pegando de nuevo sus labios.

Sus besos se estaban volviendo adictivos para mí y ya me estaba viendo metida de lleno en ese amor.

—¿Qué haremos, Amber? —me preguntó abrazado a mí.

Yo me encogí de hombros, no sabía qué responder a esa pregunta, que yo también me hacía en todo momento. Me aferré a su cuerpo, como si no quisiera salir de allí nunca más y, justo en ese momento, escuché la voz de Selena que me llamaba desde fuera. Al escucharla, me tensé. Si me veía en el baño con su cuñado... Evan me miró y puso su dedo índice en mis labios para que no hablara, pero no podía ignorarla o, seguro, empezaría a buscarme por todo el hospital.

—Voy a salir —susurré bajito—. No salgas hasta que no me la haya llevado de la puerta —insistí y besé sus labios despidiéndome de él.

Resoplé y salí, encontrándome con Selena. Tenía los ojos llorosos. Me miró con el ceño fruncido, estaba muy confundida. Me había tirado en el baño casi una hora.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó queriendo entrar.

Fui hasta ella y agarré su brazo para impedir que lo hiciera. Evan aún estaba dentro y tenía que llevármela de allí para que el pudiera salir.

—¿Por qué no me dejas entrar? —preguntó confundida.

Yo negué poniendo cara de asco.

—No te recomiendo que entres —dije tocando mi barriga.

Selena me miró y sonrió creyéndose mi mentira. Era la primera vez que le mentía y me sentía fatal. De pronto, su cara cambió y se dirigió hacia la sala.

Ella me mira y me sonríe abiertamente, era la primera vez que lo hacía desde que se había enterado de lo de su hermana, casi agradecí que así fuera. No me gustaba verla mal.

—Estás muy rara —dijo de pronto sin dejar de mirarme.

Yo no sabía qué decir, no sabía mentir y me iba a costar más de un disgusto hacerlo. Selena me conocía demasiado.

—Tú también estas muy rara —rebatí cambiando de tema y vi cómo bajó la mirada—. Eh, ¿qué pasa, Seli? —pregunté preocupada.

Subió de nuevo la mirada y comenzó a llorar. Me acerqué a ella y la abracé, tenía que hacerle ver que ella para mí era más importante que todo y que estaría ahí con ella, en las buenas y las malas.

—Cuéntame, confía en mí —susurré bajito para que solo ella me escuchara.

—No puedo dejar a mi hermana, y no puedo pedir permiso en el trabajo ya. —Suspiró entre lágrimas—. No puedo perderlo ¿Qué hago? —preguntó desesperada.

Me quedé pensativa y de pronto me vino a la cabeza una idea que no podía ser tan mala. Así ella podría quedarse con su hermana y no ir a trabajar con la agonía de estar toda la noche pensando en que Evan la llamaría en cualquier momento para darle la noticia de que su hermana había muerto.

—Yo te cubriré —dije llamando su atención—. Está noche no me toca trabajar, así que iré yo por ti —sentencié.

Pero Selena no estaba de acuerdo, se levantó como un resorte y comenzó a dar vueltas de un lado al otro. No entendía su reacción.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? —pregunté confundida.

Se dio la vuelta para quedar frente a mí y se acercó con cara de preocupación. Eso hizo que me asustara y pensara lo peor. ¿Qué clase de trabajo tiene ella en el casino?

—Amber —calló suspirando—. Está noche tengo un cliente muy importante —dijo con tranquilidad, pero yo sabía que esa tranquilidad escondía algo—. Se llama Dominic Blair. Ese hombre no es como los que tú atiendes. Él, él... quiere sexo.

Esa aclaración me puso más nerviosa que nunca. Yo no quería tener sexo con nadie del trabajo. Ya daba gracias a Dios por tener dos clientes que no me obligaran a tenerlo, pero con el tal Dominic, no sabía hasta qué punto ese hombre me aguantaría.

—Lo haré —dije decidida—. No te preocupes, no perderás el trabajo. Yo te cubriré. Espero no tener que acostarme con ese tío... pero si he de hacerlo, lo haré. —Resoplé como si hubiera estado manteniendo todo el aire en mi pecho.

Selena me miraba mientras negaba. Ella no quería que lo hiciera, no quería que manchara mi cuerpo con unas manos que yo no deseaba, sin embargo, ya estaba decidido, lo haría por ella. Por todo lo que ella había hecho por mí, lo haría una y mil veces más.

—Lo haré —dije decidida—. Y no te preocupes, no perderás el trabajo. Yo te cubriré. Espero

no tener que acostarme con ese tío... pero si he de hacerlo, lo haré. — Resoplé como si
hubiese estado manteniendo el aire como de cinco continentes.

Selena me miraba mientras negaba. Ella no quería que lo hiciera, no quería que manchara mi

cuerpo con unas manos que yo no deseaba, sin embargo, ya estaba decidido, lo haría por

ella. Por todo lo que ella había hecho por mí y lo haría una y mil veces más.

—Me voy ya, Selena— anuncié una vez de pie —. Ya sabes, cualquier cosa, me llamas ¿vale? — le recordé besando su mejilla.

Evan no dejó de mirarme y llegué a pensar que incluso se acercaría, pues parecía que quería decirme algo. Pero dadas las circunstancias eso sería algo imposible. Me di la vuelta para poder irme, sin querer darle más vueltas al asunto.

—Amber —escuché su voz antes de que llegara a la puerta.

Mi cuerpo se tensó, no lo creía capaz de hablarme y mucho menos delante de ella. Nuestra relación para Selena, siempre fue seca y formal, por lo que me extrañó siquiera que se atreviera. Cuando me di la vuelta para responder, reparé en la cara de Selena. Lo miraba con el ceño fruncido, preguntándose Dios sabrá qué cosas, sin embargo, a Evan pareció no importarle lo más mínimo y se acercó hasta mí.

— ¿Quieres que te lleve? — preguntó

Me negué solemnemente, pero eso hizo que Selena se acercara y me replicara.

—Deja que te lleve, Amber. ¿O prefieres ir en tren? Tardarás más— dijo sabihonda.

Le devolví una sonrisa tirante. Las cosas cada vez se ponían más tensas y se saldrían de control en cualquier momento. Sentí la mirada de ambos, esperando mi respuesta. Quería negarme, no podía dejar que me llevara, porque sabía lo que pasaría si aceptaba.

— ¿Amber? — insistió Selena.

Suspiré resignada mientras asentía. Me iba a volver loca.

—Está bien, pesada... — dije y volví a despedirme de ella con un beso.

Evan sonrió complacido y los dos salimos de la casa para dirigirnos al coche, la tensión se respiraba en el ambiente incluso estando al aire libre. El poco oxígeno que podía aspirar era tan pesado que lo que me faltó fue jadear. En cuanto llegamos, me abrió la puerta como todo un caballero, yo le sonreí agradecida. Una vez arrancó, puso rumbo hacia la calle principal de Manhattan.

—Pensé que te negarías— dijo de pronto tomándome por sorpresa. Por un momento me había perdido en mis pensamientos, mirando un punto fijo mediante pasábamos por calles llenas de gente yendo y viniendo.

Lo miré con media sonrisa y me encogí de hombros. Estaba poco habladora y no sabía que decirle, tenía las palabras atascada. De pronto dio un giro inesperado, asustándome al escuchar las ruedas chirriar en el asfalto. Ahora íbamos en dirección contraria.

—Oye, ¿pero qué cojones te pasa? —Le grité asustada, agarrándome al apoyabrazos con todas mis fuerzas.

Evan seguía mirando la carretera sin pronunciar palabra y eso me cabreó. ¿Cómo se le ocurría hacer eso? Podríamos habernos matado, o peor, haber atropellado a alguien. Entonces, recordé el día en el que casi me atropella y sin saber por qué razón empecé a reír. Creo que fue más los nervios y el susto que otra cosa, pero fuera lo que fuese no me dejaba parar de carcajearme.

Sentía su cabreo aumentar, seguro pensaría que me estaba riendo de él y no porque estaba tan asustada que la segunda opción era llorar.

Volvió a girar, esta vez menos brusco que antes, pero lo justo para hacer parar mi ataque y volver a agarrarme con fuerza. Entramos en los aparcamientos de unos grandes almacenes, estacionándose al final de este.

—Pero qué coño...

No me dejó seguir, sus labios estaban contra los míos un segundo después que apagara el coche y no sabía si alejarme o seguir besándole con ganas. Sin embargo, no me dejó opción. Salió del coche dejándome con los ojos abiertos y la boca húmeda por su saliva.

Se tiraba del pelo, le pegaba patadas a una de las columnas de cemento y no sabía qué hacer al respecto. Quizás y lo más inteligente hubiera sido huir, pero no lo hice.

Abrí la puerta y me puse a una distancia precaria, estaba tenso. Las manos le temblaban, incluso, a cada lado de su cuerpo.

—Evan... —Susurré, abrazándome a mí misma— ¿Qué pasa?

Se dio la vuelta solo para hacerme ver como de vidriosos tenía los ojos. Estaba aguantándose de no llorar, su orgullo no se lo permitía.

Me acerqué trémula, me rompía verlo así de afectado por lo que lo único que se me ocurrió fue abrazarlo. Sabía que fuera lo que fuese que le pasara, era culpa mía.

—Perdóname, no quise reírme de ti— le dije enterrando mi rostro en sus ropas, aspiré su olor casi sin darme cuenta, como si ese acto fuera un mero reflejo.

Chasqueó con la lengua, con cuidado se deshizo de mi agarre y se dirigió de nuevo al coche, sentándose en el asiento del conductor.

Me senté a su lado, cerrando la puerta, haciendo que el sonido retumbara en aquellas paredes cimentadas.

Agarré su mano, y ahí sentí el nerviosismo que portaba.

—Evan, háblame. ¿Qué ocurre?

Pareció que con el sonido de mi voz fuera el detonante para que su llanto empezara, sus lágrimas mojaron su guapa cara, y de sus labios solo podían salir suspiros ahogados. Me partió el alma, me sentía tan culpable que ganas no me faltaron de llorar a su par.

—No puedo más Amber— confesó Profiriendo un jadeo entrecortado—. Mónica está peor, y yo... yo no puedo salvarla. No pude hacerla feliz por más que me empeñe— dijo con la voz ronca.

Aquello quebró de algún modo algo dentro de mi pecho, su declaración no hizo más que hacerme ver la realidad en la que vivíamos. Tenía que acabar con todo aquello, zanjar lo que teníamos de una vez por todas, fuera lo que fuera.

Abrí la puerta con la intención de largarme de una vez, alejar el dolor de

mí como hacia siempre. Pero antes de poder salir, su mano agarró mi brazo impidiéndomelo.

— No te vayas...— me pidió.

Tenía que haber desaparecido de su vida, él de la mía, pero el jodido destino se empeñaba en ponérmelo delante en cada oportunidad, y no sabía por qué. Todo aquello me pasaba por meterme con un hombre casa. Karma le dicen.

—Necesitas espacio, ambos lo necesitamos— dije sin más.

Por más que me empeñaba en recordarme el peligro que era enamorarme, con más ganas lo hacía. No quería seguir hablando, ni mirándole, eso lo empeoraba todo.

—¿Espacio?— volvió a cuestionar— Amber... —suspiró, deshaciéndose de la humedad de sus mejillas antes de calmarse y hablar de nuevo, mirando hacia delante como si tuviese miedo de mirarme a mí en su lugar —No amo a Mónica, si es lo que piensas.

No sabía si alegrarme o agarrar algo con lo que darme en la cabeza por insensible. Mis celos eran mezquinos, haciéndome parecer una sin corazón. Esa mujer estaba muriendo, era su esposa, y yo solo me metí en el medio. Yo no era más que la otra y saber eso me mataba.

—Amber, por favor —llamó mi atención, tomándome de la barbilla para así acercarme a sus labios —No soporto tu ausencia, no soporto tu mirada de rencor. Yo solo quiero ser feliz, pero no lo seré si tú desapareces de mi vida cada vez que encuentras una vía de escape.

De nuevo no me dejó replicar, tampoco sabía a ciencia cierta si es que debía decir algo al respecto. Me dejé llevar por el sedoso tacto de sus labios, llevándome a ese mundo que solo él era capaz de llevarme con tan poco.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, las ansias de quedarme así para siempre me cegaban por completo. Lo deseaba, lo amaba, por sobre todas las cosas. Algo inexplicable que hacía

romper cada esquema meticulosamente organizado en mi cabeza.

Pasé mis dedos por debajo de sus ojos, secando esas amargas lágrimas que tanto daño me hacían.

—No me iré. —aquella afirmación hizo que le brillara la mirada —pero no soporto mentirle a Selena y tampoco soporto ver cómo tu mujer está en un hospital debatiéndose entre la vida y la muerte, mientras que tú y yo estamos aquí, así.

La dulzura que centelleaba de sus ojos me hizo polvo, me dejaba

desmadejada. Me pedía en silencio que confiara en él, que me dejara llevar. Lo que no sabía era que yo ya lo hacía con los ojos cerrados.

—Te quiero a ti, no lo olvides nunca.

Y con esa declaración me besó. Le recordé que tenía que llevarme al hotel, que tenía que ir a trabajar, pero una vez me dejó su mirada me dijo lo que no se atrevía a decirme en palabras.

Capítulo 8



Llegué al casino ataviada con mi máscara, estaba que me mordía las uñas. Rezaba porque Dominic se hubiera puesto enfermo y no hubiera ido al casino, pero, para mi desgracia, Topanga venía hacia mí agarrada del brazo de un señor de unos cincuenta años, que con solo mirarle hizo que mis piernas temblaran. No me gustaba su mirada, no me inspiraba confianza y sabía que esa noche iba a ser la peor de toda mi vida. Quería escapar de allí antes de ser vista por ese hombre, pero ya era tarde, ya tenía su mirada puesta en mi cuerpo, como si quisiera devorarme. Eso hizo que sintiera náuseas. Nunca había sentido tanto asco y miedo a la vez, era una sensación extraña que no estaba dispuesta a volver a sentir. Me iría, aunque de ello dependiera mi trabajo, no me acostaría con ese tipo con cara de viejo salido.

—¿Qué haces aquí, Luna? ¿Dónde está Selena? —preguntó confundida.

Yo me acerqué a ella con cara de súplica, noté a Topanga nerviosa. Se disculpó un momento con Dominic y nos apartamos para poder hablar en privado.

—¿Qué pasa, Luna? —Estaba preocupada.

Suspiré mirando de reojo a ese hombre que se lamía los labios mientras me miraba de arriba abajo. Mi cuerpo estaba en tensión y quería salir de allí.

—Vine por Selena. Un familiar suyo está en el hospital y yo vine para hacer su trabajo, pero creo que me tengo que ir —dije provocando la confusión en Topanga.

—¿Cómo que te vas? No puedes irte —contestó cabreada.

Yo me puse nerviosa. Estaba convencida de que intentaría obligarme a que me quedara, pero tenía la esperanza de poder convencerla.

—Topanga... ese hombre no me gusta, me mira como si fuera un pedazo de carne —supliqué—. No puedo hacerlo y lo sabes —insistí, aunque sin mucho

resultado.

Ella ignoró mis palabras y llamó a Dominic para presentármelo. Entendí entonces que no podía confiar en ella, que tenía que dejar aquel trabajo o me iba a costar la vida.

—Ahora te lo voy a presentar y quiero ver una sonrisa, Luna. No olvides que trabajas para mí y que, si no haces tu trabajo, te quedas en la calle —sentenció bajito para que solo yo la escuchara.

Dominic ya estaba frente a mí y con solo su presencia comprendí que las intenciones de ese hombre no eran buenas y que esa noche me lo iba a demostrar. No sabía hasta dónde iba a poder aguantar.

—Dominic... te presento a una de mis mejores chicas, Luna —dijo Topanga mirándolo con una sonrisa.

Él me miró, agarró mi mano y la besó. Sentí escalofríos. Tenía miedo de él, de lo que pudiera hacerme cuando me negara a tener sexo con él.

—Es un placer, preciosa Luna —dijo alargando las palabras—. Creo que esta noche lo vamos a pasar muy bien, tú y yo —afirmó mientras tocaba mi cintura y me pegaba a él. Estaba claro que aquella noche sería mi perdición, si no encontraba a alguien que me ayudara. Miré hacia el interior del casino buscando a Oliver, o incluso a Matt, pero no estaba ninguno. Dominic me miró y besó mi cuello. Me daban asco sus labios, sus manos. Me sentía violada y así me iba a sentir por el resto de mi vida.

Dominic seguía acariciando mi espalda formando círculos con sus dedos, en ese momento di gracias por no haberme puesto el vestido que tenía preparado para la noche siguiente. Dominic me miraba con los ojos llenos de deseo y con la mano que tenía libre fue subiendo por mi estómago para tocarme los pechos. Instintivamente, me solté y le di una bofetada que resonó en toda la habitación. Él, sin inmutarse, me sonrió con cara de cínico y cogió mi brazo para llevarme hasta una esquina.

—No vuelvas a hacerlo —susurró en mi oído de mala manera—. Ten cuidado conmigo, Luna —me amenazó.

Sentí miedo. Se acercó más a mí, cogió mis mejillas con dureza y me besó a la fuerza. Sus dedos se clavaban en mi cara haciéndome daño. Me negaba a ese beso, él quería meter su lengua dentro de mi boca y yo la apretaba para que eso no ocurriese, pero mordió mi labio tan fuerte que la abrí sin querer. Sentía asco y no tardaría en vomitar si no se apartaba de mí. Pronto mis lágrimas comenzarían a salir y me vería aún más vulnerable ante semejante desgraciado que lo único que quería era ultrajarme. Cuando por fin se separó

de mí, sentí algo húmedo en mi labio. Era sangre.

Me agarró de la mano y tiró de mí hacia el interior del paraíso como yo lo llamaba, ahí era donde se encontraban las habitaciones. Fue entonces cuando de verdad comencé a temblar. A él le daba igual que no quisiese estar con él, aun así, se acostaría conmigo, con mi consentimiento o sin él.

—No, por favor —supliqué en vano—. Déjeme ir, se lo suplico.

Entramos en la habitación y, nada más cerrar la puerta, me abofeteó tan fuerte que sentí como mi mejilla ardía. Se acercó a mí con mirada lasciva y rasgó mi vestido dejándome completamente en ropa interior. Jamás había sentido tal miedo, jamás me hicieron nada parecido a lo que estaba a punto de vivir. Lo miré con súplica, pero él estaba cegado. Sus manos volaban por todo mi cuerpo, arañando y marcando todo a su paso con sus uñas.

—Ahora vas a probar lo que es un hombre de verdad —dijo mientras se quitaba la correa del pantalón.

Asustada a más no poder, me agaché para no dejar que me tocara con sus sucias manos, pero fue inútil, velozmente me cogió por los brazos para impedir que lo hiciera. Cuando me tuvo de pie y totalmente cerca de él, se abalanzó sobre mí y con su correa, me dio en las piernas una y otra vez, le gustaba verme así, marcada por él. Solo sentía dolor, era como si estuviera atrapada en una pesadilla. Los golpes cada vez eran más duros y por un momento mi mente se bloqueó y dejé de respirar. Entonces sentí cómo paraba de golpearme para cogerme en brazos y tirarme fuertemente sobre la cama. Luego sentí el peso de su cuerpo encima de mí, aprisionándome contra el colchón. Sus besos, lamidas y alguna que otra mordida, hacían que perdiera la razón; me estaba volviendo loca.

—Ves, te dije que lo pasaríamos bien —dijo mientras me arrancaba mi ropa interior, dejándome completamente expuesta.

Sus manos bajaron rápidamente a mi sexo e introdujo dos dedos en mi intimidad, lo hizo tan fuerte y yo estaba tan asustada y nerviosa que me dolió tremendamente. Sentí unos deseos inmensos de matarle, unos deseos que jamás había sentido.

—No, no, por favor —grité entre sollozos.

Pero otra vez obtuve una negativa. Se metió entre mis piernas para tener mejor acceso a todo mi cuerpo. Entonces sentí cómo ataba mis manos con su correa.

—Deja de llorar, puta —gritó dándome una bofetada.

Ya no sentía los golpes, no sentía el dolor, me había abandonado, había

perdido la razón cayendo en un abismo de tortura que haría que jamás levantara cabeza.

Seguía debajo de su cuerpo recibiendo ese maltrato que me marcaría de por vida. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero ya estaba totalmente desnudo. De un momento a otro entraría sin permiso dentro de mí, humillándome y abusando de mi cuerpo a su antojo.

—Dime que te gusta lo que te hago —dijo entrando con fuerza, haciéndome daño—. ¡Dímelo, puta! —gritó moviéndose frenéticamente.

Un grito desgarrador salió de mi garganta y los sollozos no cesaban. Estaba muriendo y me desmayaría en cualquier momento. No podía estar pasando aquello.

—Te he dicho que me digas que te gusta —insistió golpeándome con fuerza.

Ya no sabía cuántas bofetadas había recibido, ni cuantas mordidas por todo mi cuerpo. Era como si se hubiera vuelto loco, marcando todo mi cuerpo, dejando huella en cada parte de mí. De pronto, sentí un estruendo y, por consiguiente, cómo el pesado cuerpo de mi agresor fue arrancando de mí.

—¡Hijo de puta! ¿Qué le has hecho?

En ese mundo en el que había quedado inmersa, en un intento por evadirme de la realidad, escuché golpes y gritos. Gracias a Dios, alguien había venido a salvarme. No tuve consciencia de cuánto duró aquella intervención que agradecía profundamente, pero cuando cesó el estruendo, sentí cómo tapaban mi cuerpo con una manta y me cogía en brazos para sacarme de aquel infierno. Yo no podía ver casi, la oscuridad había cegado mis ojos, agredidos por esa bestia, y necesité un tiempo para poder centrar la vista.

—Tranquila ya pasó todo —susurró en mi oído—. Estoy contigo, Amber —dijo de nuevo.

Reconocí su voz al instante, pero cuando iba a responderle, mi cuerpo cayó en un vacío, en una pesadilla oscura, una pesadilla que me recordaría toda mi vida.

—Amber, Amber, despierta, por favor —escuché ese murmullo lejano—. ¡No me hagas esto! —volvió a gritar.

Pero yo ya no escuchaba, yo estaba encerrada en una oscuridad atrayente.

Oscuridad era lo único que tenía, murmullos era lo único que escuchaba, pero yo no reaccionaba. No tenía fuerzas para seguir, ese hombre había acabado con mi vida. Yo sabía que la vida que había elegido no era la

adecuada y sabía que en cualquier momento tendría que acostarme con alguien, pero nunca pensé que me pasaría aquello.

—Amber, despierte —dijeron tocando mis mejillas.

Intenté obedecer, pero no podía, quería y no podía. No tenía fuerzas para abrir los ojos, para moverme. Estaba destrozada y muerta en vida, atrapada en un sueño profundo del que no lograba despertar.

—¿Cómo está? —preguntó alguien.

Escuchaba todo lo que decían, sentía cómo me tocaban, pero no era capaz de reaccionar.

—Sáquenme de aquí —dije entre susurros, pero nadie me oía.

Mis ojos seguían cerrados, no podía abrirlos. Quise seguir hablando, pero las palabras se quedaban atascadas. Entonces sentí un peso a mi lado. No sabía exactamente dónde estaba. Alguien agarró mi mano y la acarició con suavidad. Esas caricias hicieron que me sintiera liberada, sentía esas manos tan cálidas que deseé ser sostenida por ellas toda la vida, esas manos eran de él, de Evan. Lo amaba, pero ahora no, era una mujer marcada, una mujer con miedo. Mi vida había acabado, habían terminado conmigo, me habían destrozado y matado. Estaba muerta, quería estar muerta.

—Amber... necesito que despiertes, te necesito a mi lado. —Besó mi frente.

Sentí cómo la mojaba con sus lágrimas. Evan estaba sufriendo por mí. No tenía bastante con sufrir por su mujer, también lo haría por mí.

—Despierta, por favor —susurró cerca de mí.

Sentí su aliento rozar con mi cuello e instantáneamente mi cuerpo se erizó. Quise abrir los ojos, pero seguía sin poder hacerlo. Era un sufrimiento, estar consciente y no poder despertar, era como estar atrapada.

—Evan, ayúdame —dije, pero no me escuchaba.

Saqué fuerzas y, como pude, apreté su mano lentamente. Sentí cómo Evan se ponía de pie rápidamente. Sin soltar mi mano, se acercó a mí y besó mis labios.

—Amber, ¿me escuchas? —preguntó y volví a apretar.

Cada vez me costaba más hacerlo. Volvió a besarme, sus labios serían los únicos que podrían borrar la huella de aquel ser asqueroso, cuyo olor aún impregnaba mi cuerpo. Nunca iba a olvidar aquel olor, sus manos sobre mi cuerpo, sus dientes marcándome como si fuera de su propiedad. De pronto, mis ojos se humedecieron. No sabía cómo iba a mirar a Evan a partir de aquel momento.

—Amber... despierta —dijo de nuevo.

Yo intenté abrirlos, sentía que podía hacerlo, pero me costaba muchísimo, estaba luchando conmigo misma para poder hacerlo, porque mi cuerpo quería hacerlo, mi corazón quería hacerlo, pero mi mente y mis recuerdos... Volví a intentarlo y poco a poco, mis ojos se fueron abriendo, hasta poder ver la tenue luz que desprendía la pequeña lámpara de aquella habitación de hospital.

—Amber —dijo Evan al ver por fin mis ojos abiertos.

Se acercó a mí y vi cómo los suyos se cristalizaban. Yo aparté la mirada, no quería ver lo que había provocado en él. No merecía su sufrimiento, no me merecía su amor.

—Evan... vete —dije como pude.

Al escucharme decir eso, abrió los ojos. No esperaba eso de mí, aunque tampoco yo me esperaba sentirme así. Me sentía despreciable, ya no era una mujer, era un despojo. Ese malnacido destrozó a la Amber risueña, para dar paso a una mujer amargada. Una que, ahora más que nunca, se dedicaría a acabar con cada desgraciado que había matado cada ápice de mi inocencia.

—No me pidas eso —suplicó—. No me iré nunca. Tendrás que soportarme —sentenció.

Yo negué, no quería que hiciera eso, no lo quería cerca. Teniéndole en mi vida, no podría hacer lo que quería, no podría volver al casino y destrozarse la vida de los que me humillaron. Y no tenía solo un enemigo, ya no solo odiaba a Matt. Dominic también estaba en mi lista y él sería el primero en caer, aunque fuera lo último que hiciera en mi vida, acabaría con ese hijo de puta.

—Vete Evan, por favor —insistí, pero hizo caso omiso.

Comenzó a acercarse a mí y yo me puse nerviosa, su presencia me ponía nerviosa, su aroma hacía que perdiera los estribos, sus caricias que perdiera el rumbo de mi vida. Se sentó en la orilla de la cama y agarró mis manos con suavidad, solo su contacto hacía que quisiera perderme en él.

—No vuelvas a pedirme eso —suspiró mientras acariciaba mis muñecas—. ¿No entiendes que te amo? —preguntó con la voz entrecortada.

Sus labios en los míos llenaban de luz todo el lugar, provocando llamaradas de pasión, una pasión que estaba loca por sacar fuera de mí y hacerle entender que yo sentía lo mismo por él, que se había convertido en el gran amor del cual huía. No estaba dispuesta a enamorarme de nuevo, no quería volver a sufrir, pero con Evan era diferente, ya se había metido en lo más profundo de mi corazón y mi alma. De pronto, la puerta de la habitación se abrió de par en par, haciendo que nos separáramos de golpe. Entonces,

cuando vi quién estaba en el umbral de la puerta, quise morirme. No podía pasarme todo a la vez.

—Selena —susurré.

Ella me miró y en sus ojos si pude ver el desprecio. ¿Cómo había dejado que llegáramos tan lejos? Debí apartarme de él en el momento que sentí sus labios en aquella cocina de aquella casa donde había una mujer enferma, esa mujer que había sufrido al no darle un hijo al hombre que amaba.

—¿Así que esto es lo que haces cuando dejas a mi hermana sola? ¿Revolcarte con mi amiga? —preguntó cabreada.

Evan la miró y quiso acercarse a ella, pero no le dejó. En cambio, se acercó a mí, seguía mirándome con desprecio, con odio. Eso me dolía, me dolía demasiado. Era peor que recibir la mayor de las palizas. Sentir el odio y desprecio de alguien a quien quieres, aun sabiendo que tú misma tienes la culpa de todo, me estaba matando por dentro.

—Te ayudé, te abrí las puertas de mi casa, de mi vida ¿y así es como me lo pagas? ¿Acostándote con el marido de mi hermana? —preguntó mirándome con desprecio—. ¡Me das asco! —gritó.

Evan se acercó a ella para controlarla, estaba histérica y no era para menos.

—Seli, yo...

—¡No vuelvas a llamarme así! —gritó sin dejarme terminar.

Con esa afirmación explotó mi corazón, mis ojos se llenaron de lágrimas. Otra vez alguien me apartaba de su vida, aunque esta vez había sido mi culpa, bueno... siempre había sido mi culpa. Incluso cuando mi padre me echó de casa, también fue mi culpa, y Selena no se equivocada. Yo era una desgraciada que acababa con todo, que destrozaba todo lo bueno que había a mi alrededor.

—Lo siento. —Fue lo único que pude pronunciar.

Selena me miró y negó, para después marcharse de la habitación dejándome completamente destrozada y sola. Otra vez sola, aunque Evan quisiera quedarse conmigo, yo no lo permitiría. Ya no, no podía estar con él después de todo lo que había pasado. El portazo de Selena al marcharse fue lo que me despertó de mi trance.

—Amber, por favor, no llores más —dijo Evan secando mis lágrimas con sus dedos.

Aparté mi cara, para no dejar que me tocara más y poder decirle lo que sentía en ese momento.

—Vete... Evan. —Suspiré mientras él seguía negándose—. ¡Quiero que te

vayas! ¡Aléjate de mí! —grité desesperada.

¿Por qué no entendía que necesitaba estar sola y pensar con claridad? Con él no lograba concentrarme. Quería que se fuera para siempre, que me dejara en paz para poder arreglar todo y hacer que mi vida volviera a ser lo que era antes.

Evan fue hasta la puerta, pero antes se dio la vuelta y me miró con esa mirada triste que tanto lo caracterizaba.

—Después de todo ¿así es como quieres que acabe esto? —Me miró desde la puerta.

Yo seguía con la mirada perdida en algún punto de esas cuatro paredes que ya me estaban ahogando. Volví mi cabeza hacia él y asentí sin apenas pronunciar palabra. No sabía qué decirle ni cómo explicar lo que provocaba en mí, con solo ver ese gesto de pena.

—Así es como acaba esto —repetí lo mismo que había dicho, pero a modo de respuesta.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Quería salir de allí y lo haría sin más. Me levanté de la cama para poder vestirme y, al poner los pies en el suelo frío, sentí cómo mis piernas flaqueaban haciendo que cayera al suelo. No me acordaba de los correazos que había recibido la noche anterior, pero estaba claro que no podía caminar.

—¿Qué me pasa? —me pregunté como si supiera la respuesta.

Entonces grité para pedir ayuda mientras me agarraba a la cama para poder levantarme.

—¡Ayuda, por favor! —grité sentada en el suelo.

La puerta se abrió y un Oliver preocupado vino corriendo hasta mí para devolverme a la cama. Me quedé sin habla y él me miraba con preocupación. Esa mirada hizo que no quisiera echarlo de mi vida, ya que no me miraba con odio o desprecio.

—Oliver —dije una vez me ayudó a sentarme.

Me abrazó, no me esperaba ese acto y me aferré a él como una balsa, como si me estuviera ahogando en un océano y únicamente él fuera quien pudiera ayudarme a no morir ahogada. Sus caricias en mi cabello, sus susurros tranquilizadores, sus palabras perfectas... todo ello hizo que de nuevo mis lágrimas se hicieran visibles. Entonces me besó, fue diferente, dulce y amable. Fue muchas cosas, pero no lo que yo necesitaba o quería. Me separé de Oliver para no confundirle, aunque la única que estaba confundida y aterrada era yo.

—Oliver yo... no puedo —susurré mirándole a los ojos.

Esos ojos que parecían el propio océano del cual yo quería escapar para no ahogarme. Oliver podría ser mi salvación, pero también mi destrucción, por eso no quería que permaneciera cerca de mí. Yo necesitaba estar sola y serena, esa era la única forma para poder llevar a cabo mi venganza.

—No digas nada Amber. —suspiró mirando al suelo—. Sé que no sientes nada por mí, pero no puedo evitarlo —dijo levantando la mirada para conectar sus océanos conmigo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté confundida.

—Topanga me lo dijo —contestó—, pero ese no es el tema, Amber. —Bufó desesperado, tocándose el puente de la nariz con la yema de sus dedos—. Has estado a punto de morir.

¿De verdad estaba tan preocupado por mí? No entendía cómo alguien como él, podía fijarse en una mujer como yo. Yo no era más que una desgraciada que solo sabía destrozar la vida de las personas a las que más quería en la vida.

—Siento haberte preocupado —me disculpé.

Cuando me iba a responder, entró a la habitación un doctor con un informe en las manos.

—Amber, soy el doctor Montgomery —dijo mirando el informe—. ¿Cómo te sientes? —preguntó levantando la vista.

Yo me encogí de hombros y señalé mis piernas.

—La encontré en el suelo cuando llegué —explicó Oliver.

—Entiendo —respondió mirando de nuevo el informe.

—Doctor, ¿Qué me pasa en las piernas? —pregunté agarrando su brazo para hacer que me mirara.

Primero miró su brazo y luego a mí haciendo que le soltara nerviosa. Se aclaró la garganta, pues parecía que estaba acatarrado o simplemente nervioso por lo que tenía que decirme.

—Amber, ¿puedo tutearte? —me preguntó y yo asentí—. Sufres una parálisis en tus piernas debido a los golpes que recibiste hace dos días —dijo y me quedé bloqueada.

Habían pasado dos días sin darme cuenta, había estado dormida todo ese tiempo. De pronto pensé en mi pequeña y me puse nerviosa.

—¿Dos días? —pregunté en un susurró casi audible—. Mi hija... ¿Dónde está? —grité angustiada.

El corazón se me iba a salir del pecho en cualquier momento, no sabía nada de mi hija y algo me decía que no estaba con mi hermano ni con Selena.

Oliver se acercó a mí y me abrazó para tranquilizarme, pero era inútil, estaba demasiado nerviosa.

—Tranquila, Amber, ella está bien, no te preocupes —dijo en mi oído—. Luego te lo explico todo ¿sí?

Pero eso no me calmaba, eso me ponía peor. Porque si había que explicarme algo era porque algo estaba pasando. El doctor, al ver que no me tranquilizaba, ordenó a una enfermera que me inyectara un calmante.

Eso hizo que cayera en un sueño profundo, sin embargo, no pude deshacerme de mis demonios. Solo pude soñar en mi pequeña. ¿Dónde estaría? ¿Con quién?

Capítulo 9



Me desperté, miré hacia la ventana de la habitación y vi que era de noche. Después, escuché un ruido a mi izquierda y volteé para saber quién era. Oliver seguía conmigo, no se había ido, no me había abandonado como hacían todos. Sin querer, una pequeña sonrisa se dibujó en mi cara. Se acercó a mí y acarició mi mejilla despacio, se le veía cansado. Sus ojos, como yo llamaban a sus ojos, tenían la mirada cansada, debajo de ellos se le dibujaban unas ojeras bastante pronunciadas.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —pregunté.

Se sentó a mi lado en la cama e instintivamente eché mi cabeza en su pecho, su corazón se aceleró al tenerme cerca. Yo no estaba enamorada de Oliver, pero no podía evitar sentirme atraída por él, pues su acercamiento me ponía nerviosa.

—Dormiste mucho, pero no te preocupes. Necesitabas ese tiempo para descansar —dijo acariciando mi hombro—. Amber —dijo y levanté la cabeza para mirarle—. April está...

Mi cuerpo se tensó al escuchar el nombre de mi hija. Oliver sabía dónde estaba.

—Habla Oliver —le supliqué.

Él no pronunciaba palabra y mi corazón estaba a punto de...

—No sé cómo explicártelo —dijo mirándome fijamente.

—Ella está con Matthew Lincon —dijo al fin.

De repente, toda la habitación se me fue haciendo pequeña, no podía respirar, era como si estuviera bajo tierra sin un mínimo de aire que me ayudase a expandir mis pulmones. Mis ojos se llenaron de lágrimas, tantas que

no podía si quiera pronunciar una palabra. Oliver me abrazó con fuerza para que sintiera su apoyo, pero eso no me servía en ese momento. Yo únicamente quería a mi niña conmigo. Sabía que, si Matt se lo proponía, podía quitarme lo que un día me dio.

—Tranquila, yo te ayudaré —dijo acariciando mi espalda.

Yo sabía que eso sería difícil. Matt tenía mucho poder y no podría luchar contra él. Tenía que ir a hablar con él para llegar a un acuerdo, estaba segura de que tenía algo que proponerme.

—Tráemelo —le pedí a Oliver—. Tengo que hablar con él, por favor —supliqué con la voz entrecortada.

Oliver me miró con el ceño fruncido y se levantó negando, no estaba de acuerdo con lo que le había pedido, pero ¿qué otra cosa podría hacer? Tenía que conseguir como fuera a mi hija, tenía que suplicarle a Matt que me la devolviera

Las cosas se me estaban complicando. Si Matt tenía a mi hija, era porque ya sabía que Amber y Luna eran la misma persona. No podría volver al casino.

—No puedes pedirme eso —suspiró agachando la mirada—. Amber, no puedo verte cerca de él, ni de Evan, ni de otro hombre que no sea yo —dijo acercándose a mí—. Te quiero... —Me besó desesperado.

Esto no me podía estar pasando ¿en qué momento se había enamorado de mí? Solo nos hemos visto una vez y ya se había enamorado de mí, no, eso no era posible.

—No puedes haberte enamorado tan rápido—sentencié a pesar de que a mí me había ocurrido exactamente eso con Evan.

Él asintió encogiéndose de hombros, se sentó en la silla más próxima a la cama y agarró mis manos y me acarició los nudillos con la yema de sus dedos. Era un hombre muy dulce y no podía negar que me sentía alagada, pero nuestro amor no era posible. Yo amaba a Evan y eso no iba a cambiar, aunque nos separemos, mi amor por él no iba a morir nunca, de eso estaba completamente segura.

—Cásate conmigo, Amber —dijo rompiendo el silencio.

Me quedé paralizada al escuchar esas palabras. Se había vuelto loco. ¿Cómo pretendía que me casara con él sin conocerle, sin amarle? Lo que me pasaba a mí era de locos.

—Oliver, por favor, no digas tonterías —contesté exasperada—. Eso no puede ser. No puedo casarme contigo. No te amo, Oliver. ¿Lo sabes verdad?

—pregunté.

Asintió con cara de pena y en ese momento sentí que le hacía daño, pero era mejor en ese momento que más adelante. Seguro que de aceptar... ambos habríamos sido infelices. No, simplemente no podía aceptar.

—Amber, es la única opción que tienes para que Matt te devuelva a tu hija —dijo haciendo que yo frunciera el ceño—. La policía fue quien le entregó a la niña a su padre... Amber, te sacaron del casino desnuda ¿sabes lo que complica eso tu vida? Creen que no puedes hacerte cargo de ella.

¡Eso no podía ser cierto! Me habían quitado a mi hija por no poder cuidar de ella. ¿En qué momento me había metido en todo esto? No debí trabajar en el casino, solo me complicó la vida.

—Está bien, lo pensaré, pero antes busca a Matt y dile que venga a verme. Te lo pido, por favor, Oliver. Necesito hablar con el padre de mi hija —dije segura de mí misma.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, antes de salir se dio la vuelta y me miró con los ojos muy abiertos. Lo que le había pedido no le gustó, pero me daba igual. En ese momento, solo podía pensar en mi hija.

—Te traeré a Matt, pero no me pidas que me aleje de ti porque no lo haré, Amber. —Se fue dejándome confundida.

La habitación me era muy pequeña, me sentía ahogada entre esas cuatro paredes.

—¡Maldita sea! Todo me pasa a mí —dije hablando sola.

Hacía más de dos horas que Oliver se había ido a buscar a Matt y la espera me estaba matando. ¡Cuánta falta me hacía Selena en ese momento! ¿Por qué se había tenido que complicar todo tanto? No debí estar con Evan, sabía que algo así pasaría tarde o temprano. ¿Qué culpa tenía yo de haberme enamorado de él? Sabía que estaba casado, pero no podía remediar el amor que sentía por él.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió dejando ver a un Matt cabreado. Oliver venía detrás de él, pero le dije que se quedara fuera con la mirada. Tenía que hablar con Matt a solas.

—Gracias por venir —dije cuando la puerta se cerró.

Matt me miraba extrañado y curioso, planeaba algo y eso hacía que quisiera arrancarle la cabeza con mis propias manos.

—No quería venir, pero tu amiguito casi me obligó —dijo con sarcasmo—. Por cierto ¿de qué os conocéis? Me resulta raro que tú, una chica de la

calle, que ya no se codea con esta clase de personas, lo conozca.

—No te importa de qué nos conozcamos.

—Ya veo... Bueno, da igual. ¿Me vas a decir de una vez para que me mandaste llamar? —preguntó acercándose a mí, provocándome.

Le miré, no apartaba la mirada de mí, me miraba como si quisiera intimidarme, en el tiempo que pasé en el casino, vi otra faceta de él que no conocía. Me estaba poniendo histérica y él lo sabía, como siempre... ya controlaba la situación.

—¿Dónde está mi hija? —pregunté angustiada.

Mi corazón latía frenético.

—Dirás... nuestra hija —respondió.

Esa aclaración hizo que me cabreara, ¿su hija? Nunca se preocupó ¿y ahora era su hija? Era un desgraciado que únicamente quería hacerme sufrir, no tenía constancia de cuáles eran sus motivos, pero sabía que eso era lo que él quería.

—No Matt, April no es tu hija y nunca lo será —dije cabreada—. No estuviste cuando nació, ni cuando se puso enferma, ni cuando estábamos en la calle. No tienes derecho a llamarla hija —sentencié a pleno pulmón.

Se acercó aún más y agarró mi brazo con fuerza. Me solté con desprecio sin apartar la mirada de él, no me iba a dejar amedrentar. Volvió a agarrarme, esta vez con más fuerza.

—Amber, no estás en condiciones de recriminarme absolutamente nada —expuso mirándome con odio—. La niña está conmigo y, si quieres volver a verla, tendrás que hacer todo lo que yo te diga ¿queda claro?

—No haré nada de lo que...

—¿Queda claro? —gritó sin dejarme terminar.

Asentí comprendiendo que no me dejaría ver a mi hija sin hacer lo que me iba a proponer. Me estaba entrando el pánico, las cosas no volvían a salir como yo esperaba.

—Así me gusta —masculló con una sonrisa maligna—. ¿Sabes? Únicamente te pediré una cosa a cambio.

—Eres despreciable —dije fulminándole con la mirada.

Agarró mis mejillas con los dedos, apretando. Me levantó la cabeza y se acercó a mí para darme un beso, quise separarme, pero era más fuerte, así que me besó con fuerza. Cuando se separó, le escupí en la cara. Eso hizo que se cabreara aún más. Levantó la mano para golpearme y justo en ese momento se escuchó cómo la puerta se abría de par en par.

—Yo no lo haría, Lincon —amenazó Oliver acercándose a Matt.

Este se dio la vuelta para encararle, no le temía a nada ni nadie, por eso yo le tenía ese miedo, porque sabía de qué era capaz.

—No es más que una puta, Sabatini, ¿por qué la defiendes tanto?

Oliver se acercó a él y le dio un puñetazo. Matt cayó al suelo, pero inmediatamente se levantó y se lo devolvió.

—Eres un hijo de puta —masculló Oliver encima de él.

Matt intentaba salir de debajo de su cuerpo para poder defenderse, pero no lo conseguía. Oliver era mucho más alto que él y eso le facilitaba las cosas.

—¿Podéis parar?! —grité desesperada.

Oliver, al escucharme, salió de su trance y dejó de golpear a Matt. Este, aprovechando la distracción, le dio un puñetazo tirándolo al suelo. Se levantó del suelo y me miró de nuevo. Oliver se levantó tocándose el labio, lo tenía partido y sangraba a borbotones.

—Si quieres ver a la niña, tendrás que casarte conmigo, Amber. De lo contrario, olvídate de ella porque no volverás a verla —dijo y se marchó de la habitación.

Al escuchar la proposición de Matt quise morirme.

Oliver, perplejo, se acercó a mí y me abrazó.

—No te preocupes, Amber. Mientras yo esté a tu lado, nada te pasará —susurró acariciando mi espalda.

No podía más, todo se estaba viniendo abajo.

—No sé qué hacer Oliver... Estoy desesperada —dije con la voz rota.

—Cásate conmigo —repitió.

Lo miré y pensé en esa posibilidad. ¿Y si esa era la solución? Él podría ayudarme. Pero tenía que pensarlo bien. No era una decisión para tomar a la ligera. Estaba desesperada, necesitaba a Selena a mi lado y a mi hermano. De pronto, me acordé de mi hermano.

—Estefan —susurré preocupada.

Oliver se sentó a mi lado y me instó a que reposara la cabeza sobre su pecho. Cada vez me costaba menos estar con él, se estaba comportando conmigo como un verdadero hombre, ganándose así mi confianza.

—¿Estás mejor? —preguntó—. Amber —insistió.

Pero yo no escuchaba. Estaba pensando en lo que tenía que hacer y, por más que le daba vueltas al problema, solo veía una salida: seguir en el casino. Era la única manera de seguir con mi plan de venganza, ahora más que nunca.

Sí, volvería al casino, seguiría siendo Luna y acabaría con Matt y Dominic.

—Amber —dijo tocando mi hombro.

Levanté la cabeza y lo miré.

—¿Pasa algo? —Me miraba como si estuviera analizándome.

—Te estaba hablando. ¿En qué pensabas?

Se le veía preocupado, como si se hubiera dado cuenta de mis pensamientos. Yo no sabía si decirle lo que iba a hacer, pero tampoco se lo ocultaría. Con Oliver de mi lado, tendría la ayuda necesaria.

—Voy a volver al casino —suspiré—. Es la única manera que veo factible para recuperar a mi hija —dije segura de mí misma.

—¿Estás loca? —preguntó levantándose de la cama—. No puedes hacerlo. Yo te puedo ayudar, solo déjame hacerlo, por favor —habló desesperado.

Realmente parecía preocupado, pero yo no quería la ayuda que él me ofrecía. Él solamente quería casarse conmigo y yo no estaba dispuesta a unirme ni a él ni a nadie. No mientras llevara a cabo mi vendetta.

—Lo siento, Oliver. Solo necesito tu ayuda en una cosa —dije centrando en mí toda su atención.

Me di cuenta de que Oliver haría por mí cuanto le pidiera y eso hacía que ganara puntos.

—¿Qué necesitas? —preguntó de mala manera.

Se había cabreado, más bien yo le había cabreado, pero en ese momento me daba igual. Solo quería que buscara a Estefan o a Selena, necesitaba a alguno de los dos. Tenía que hablar con ellos, quería que me ayudaran.

—Busca a mi hermano y a Selena, por favor. Necesito hablar con ellos —propuse en un susurro.

Me encontraba cansada y aturdida. Necesitaba volver a caminar para sentirme totalmente independiente y no tener que necesitar ayuda de nadie. Oliver me miró y, por un momento, pensé que se negaría, estaba abusando de su amabilidad y tampoco querría ser mi títere, ¿o sí?

—Está bien —dijo bajando la mirada—. Haré que vengan.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que abriera los ojos. Estaba tan cansada que me había quedado dormida. Selena estaba en mi campo visual, venía sola y su cara evidenciaba su enfado.

—Seli... Selena —susurré con los ojos vidriosos—. Acércate, por favor.

Se acercó, pero no demasiado.

—¿Qué quieres? —preguntó mirando a otro lado.

Ni siquiera quería mirarme. Era tan doloroso. Yo no debí engañarla, no debí liarme con su cuñado.

—Selena, por favor. Lo siento —me disculpé—. Sé que no debí hacerlo, pero...

—Pero ¿qué? —dijo alzando la voz—. ¿No me digas que te has enamorado? Qué estúpida, Amber. En serio te creía más inteligente.

Sus palabras me hirieron demasiado, fueron muy duras, pero no la culpaba, no podía hacerlo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y tuve que agachar la cabeza para que no me viera llorar.

—Amber —susurró acercándose a mí—. No llores, por favor. No he querido hacerte daño, pero has entendido que me molestó que no me dijeras nada. —Suspiró agarrando mis mejillas para que la mirara—. No sabía que lo querías. Lo siento.

La miré y, como pude, me abracé a ella. Necesitaba a mi amiga del alma para poder sobrellevar todo aquello. Selena me apretó y besó mi frente. Habíamos pasado por demasiadas cosas juntas como para pelearnos por culpa del corazón. Yo tenía que olvidar a Evan, ahora más que nunca lo tenía claro.

—Perdóname, Seli —dije entre sollozos—. Me enamoré de él como una estúpida. Nunca creí que pasaría, ya no sé cómo hacer para no sentir esto que siento. —Las palabras se me atascaban de tantas lágrimas que derramaban mis ojos.

Selena negó mirándome. No me culpaba, a ninguno, pero le dolía pensar en su cuñado y en mí juntos, mientras su hermana estaba agonizando.

Aun así, me dijo que Evan lo estaba pasando muy mal. Por un momento, me dieron ganas de ir corriendo a verle.

—¿Dónde está Estefan? —le pregunté.

En ese momento, se puso tensa y tuvo que sentarse. Eso me preocupó, sentí que pasaba algo.

—Selena, por favor —supliqué—. Habla de una vez.

—La noche que pasó todo, Estefan estaba en tu habitación con April. —Suspiró—. De pronto llegó la policía y se los llevaron a los dos. No sé nada de él desde ese día —habló nerviosa.

En seguida me alteré, mi hermano estaba en problemas por mi culpa, nunca me perdonaría si algo le sucediera. De pronto, Evan entró en la habitación. Me quedé estática. Nuestras miradas se encontraron y sentí la necesidad de aferrarme a él. Era todo tan complicado y prohibido, pero a la vez tan atractivo, que no podía remediar las ganas de sentirlo por primera vez tocando

mi cuerpo con sus suaves manos. Necesitaba sentirlo, tenerlo conmigo.

Sentí la mirada de Selena, tuve que desviar la mirada hacia la ventana para evitar problemas con ella. Ahora que habíamos hecho las paces, no dejaría que nada lo estropeará.

—¿Qué pasa, Evan? —preguntó Selena preocupada.

Evan agachó la mirada y vi cómo las lágrimas caían de sus ojos, estaba llorando y podía adivinar por qué.

—Es Mónica... —susurró con la voz quebrada.

Selena se levantó rápidamente y fue hasta él. Se plantó frente a él clavando su mirada en los ojos de Evan.

—Ha muerto, Selena. Mónica ya no está con nosotros —dijo cogiéndola por los hombros.

Yo sentí cómo mi corazón se comprimía. Sabía por lo que estaban pasando, solo hacía una semana que mi madre se había ido.

—No, no puede ser, ¿por qué ahora? —lloró desconsoladamente Selena.

Evan la abrazó y, como si sintiera mi mirada, alzó la suya para conectar sus ojos con los míos. Pronuncié en silencio un lo siento y volvió a perder su mirada en otro sitio, como si mirarme le quemara, como si no quisiera tener nada que ver conmigo, como si ya no me ¿amara? No, eso no podía ser cierto. Él me amaba tanto como yo le amaba, pero todo había pasado demasiado deprisa.

—Tengo que verla —sentenció Selena dirigiéndose hacia la puerta.

Evan la siguió, pero Selena se dio la vuelta y lo detuvo. Miró a Evan primero y después a mí.

—Tú quédate. Creo que tenéis muchas cosas de qué hablar. —Se marchó antes de recibir una respuesta.

Evan se dio la vuelta, me miró y comenzó a caminar hacia mí una vez estuvimos solos. Yo estaba nerviosa, mi cuerpo entraría en una convulsión en cualquier momento. Al llegar a la cama, se sentó en el borde y agarró mis manos con suavidad. Mi piel se erizó entonces.

—Lo siento —pronuncié casi en silencio—. Evan...

—No digas nada, Amber —respondió sin dejarme terminar la frase.

Acarició mis manos y se llevó una de ellas a sus labios, para depositar un beso en ella. Antes de que la bajara de nuevo, acaricié su mejilla, esa misma que no se había afeitado en varios días. Me acerqué a él y lo abracé, acaricié su cabello rubio y despeinado. Él se aferró a mi cuerpo mientras acariciaba mi espalda, sentía sus manos sobre mi piel.

—Te quiero —afirmó entre sollozos.

Esas palabras hicieron que cogiera sus mejillas y uniera nuestros labios en un beso desesperado. Nos necesitábamos de una manera obsesionada, como si se nos fuera la vida en ello. Aquel fue un momento mágico, creando estrellas en el firmamento, explosiones en mi interior. Era todo tan especial, cada momento con él era único y valioso para mí, pero también imposible.

Nuestros corazones latían al mismo ritmo creando la más bella melodía. Yo no entendía mi enganche hacia él, pero debía remediarlo. No iba a permitir que saliera malparado de mi venganza.

De pronto, me separé de él.

—¿Qué pasa, Amber? —preguntó mirándome con suplica.

Miré hacia la ventana, me sentía avergonzada. Mi vida había empeorado demasiado y no tenía por qué contársela a Evan. No le haría participe de todo, no todavía al menos.

Evan me miraba esperando una respuesta por mi parte, pero no sabía cómo decirle que no estaría con él, que no podíamos seguir viéndonos. Le miré de nuevo y pude ver cómo sus ojos aún seguían cristalinos, mi corazón dio un vuelco.

—Debes irte —suspiré mirando de nuevo hacia la ventana—. No podemos estar juntos. Debes hacer tu vida lejos de mí.

Ni yo misma creía mis palabras, solo hacía unos minutos me estremecía bajo sus besos.

—No puedes pedirme eso, no ahora. ¿En serio crees que voy a dejar que te vayas de mi lado? Ni lo sueñes, Amber —amenazó con la voz entre cortada.

Sentía su miedo con solo escuchar su voz ¿Sería él capaz de sentir el mío al rechazarlo? Mi hija me necesitaba y yo la necesitaba a ella.

Guardé silencio sin saber qué decir. Mi mente solo estaba ocupada por mi pequeña.

—Lo siento, pero eso no lo decides tú. —Endurecí la voz.

Él agachó la mirada.

—No será tan difícil —mentí a conciencia—. Ni siquiera nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro —alcé la voz.

Él hundió su cara en ambas manos,

—¿Por qué te escondes?

Esa pregunta hizo que me mirara para después mirar hacia otro lado. Sabía que escondía cosas, pero ¿cómo de graves para tener que ocultármelas? De repente, se levantó en silencio y se acercó a la puerta. Noté su nerviosismo.

—¿Te vas? ¿Así? —pregunté sorprendida—. ¿Huyes sin más?

Me miró con el ceño fruncido y cambió a una expresión de angustia. Parecía que había removido algo en su interior.

—No sabes nada de mí —dijo acercándose a mí sin mirarme.

Eso me hizo saber que estaba en lo cierto, escondía algo.

—Sé lo suficiente. Escondes algo y con eso me doy cuenta de que no eres quien dices ser —respondí tocando su mejilla haciendo que volviera a mirarme.

Su mirada se oscureció. No quería ni imaginar qué era lo que le perturbaba, yo tenía tantos secretos. Se acercó lentamente hasta mí y besó mis labios con posesión, como si quisiera hacerme ver que yo era suya y de nadie más. Por un momento me gustó sentir esos sentimientos ocultos, pero me hizo darme cuenta de que Evan no estaba preparado para otra relación. El haber perdido a su esposa hacía solo un par de horas, no le ponía las cosas fáciles. Se separó de mí y clavó sus intensos ojos azules con los míos.

—Lo siento, Evan, pero esto es una despedida —susurré deseando que no me hubiera escuchado.

Pero lo hizo. Se levantó de la cama y me miró con rabia.

—¿Por qué me juzgas? —preguntó agotado—. Tú también escondes cosas y yo no te pregunto sobre tu vida.

Eso era cierto, pero por eso mismo quería alejarme de él. Ninguno podíamos confiar en el otro y contarnos nuestros secretos y temores. ¿Cómo iba a pretender que confiara en mí, si yo no lo hacía? Jamás habría funcionado una relación basada en secretos y mentiras.

—Yo no te juzgo, Evan. Pero lo nuestro no es posible. Ambos somos conscientes de ello, aunque nos duela.

—Adiós —dijo sin mirarme—. No volveré a molestarte.

Salió de la habitación y se fue dejándome completamente descolocada. Sabía que había sido yo la que había provocado aquello, pero eso no hacía que doliera menos. Me había enamorado y en ese momento estaba sufriendo.

Miré a mí alrededor, no sabía qué hacer para salir del hospital, tenía que hablar con Topanga, quería volver al trabajo lo antes posible y ella sería la única que podía ayudarme ya que Selenia en aquel momento no estaba para nada.

Pulsé el interruptor que llamaba a la enfermera y en menos de cinco minutos se presentó en mi habitación. Le di el teléfono de Topanga y le pedí por favor que la llamara.

Topanga me miró con culpabilidad. Intenté hacerle ver que yo no la culpaba de los actos de una bestia sin escrúpulos.

—Me han dicho que no puedes caminar —dijo preocupada.

Yo negué con la mirada perdida.

—No quiero hablar de eso ahora —susurré temerosa—. Te mandé llamar para pedirte ayuda.

Topanga me miró con el ceño fruncido, pero en seguida asintió al ver que mi expresión cambiaba. Percibí el miedo en su mirada. Justamente eso era lo que yo quería, que todo el mundo me temiera. Quería hacerle la vida imposible a quien quisiera hacérmela a mí, quería vengarme de todo aquel que me había hecho daño y quería que Topanga me ayudara. Ella era la única que podía.

—Y ¿en qué puedo ayudarte yo? —preguntó confundida.

—Quiero vengarme de Matthew y Dominic y ahí es donde necesito tu ayuda —dije convencida—. Viviré en el casino y a partir de ahora será todo diferente. Nunca más seré Amber Griffin, a partir de ese momento solo Luna.

—No creo que se buena idea. Además, ¿por qué quieres vengarte de Matthew? Él no te ha hecho nada.

No sabía qué responder a eso, no quería que Topanga se enterara de que lo conocía, pero tampoco podía ocultárselo. Necesitaba su ayuda y para ello tenía que contárselo todo.

—Matt es el padre de mi hija —suspiré nerviosa—. En este momento la tiene en su poder y me está chantajeando para devolvérmela —expliqué.

Había compartido mi secreto con Topanga en vez de hacerlo con Evan. No podía creerlo. ¿Por qué no podía confiar en él? ¿Qué era lo que hacía que quisiera escapar de su lado?

Topanga me miraba incrédula, estaba impresionada.

—¿Cómo es posible eso Amber? —preguntó en un susurro casi audible.

No entendía su desconcierto, era como si no quisiera creerme.

—¿Qué pasa, Topanga?

Ella negó encogiéndose de hombros, pero supe que me ocultaba algo.

—No es nada, es solo que no me lo esperaba. —Bufó cabreada—. ¿Desde cuándo conoces a Matt?

Su pregunta me pilló por sorpresa.

—Solo necesito que me des asilo en el casino hasta que pueda recuperarme y volver al trabajo —dije cabreándome por momentos.

Topanga se acercó a mí y agarró mis manos. Parecía que estaba en una guerra interna por contarme lo que le pasaba.

—Matt es... —Permaneció un momento en silencio—. Es mi exmarido, Amber.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba al completo, ¿Topanga y Matt? No podía ser cierto, eso era imposible. ¿Cómo podía pedirle su ayuda para algo que le venía tan grande? Ella no me iba a ayudar, podía verlo. No sabía qué hacer, no podía dejar que Matt se quedara con mi hija, no podía dejar que siguiera quedándose con la fortuna de mi familia, que siguiera haciendo desaparecer a las chicas del casino. Había que acabar con él y lo haría con su ayuda o sin ella.

Capítulo 10

Había pasado ya una semana desde el incidente.

Estaba en el casino esperando a que llegara el fisioterapeuta que llevaba dos días intentando que mis piernas por fin funcionasen.

Topanga, al final, había decidido ayudarme. Había sido una decisión difícil para ella pues, al parecer, aún tenía la esperanza de que Matt se la llevara lejos de aquella vida que, sin querer, tuvo que elegir.

Al parecer, cuando Matt se divorció de ella, se quedó en la calle, como yo. Gracias a que su padre tenía el casino, pudo salir a flote. En un principio solo era eso, un salón de juegos, pero Topanga, al no ver, resultados, fue contratando a las chicas, convirtiéndolo en un prostíbulo de lujo. Con esa idea comenzó a ganar mucho dinero y ahí fue cuando Matt volvió a buscarla, aunque no para volver con ella, sino para hacer negocios.

No volví a ver a Selena. Lo único que supe de ella es que le pidió a Topanga unos días para descansar y decidió volver a su casa, bueno a la de sus padres, en Connecticut. Me sentía triste al no poder estar con ella y apoyarla.

—Luna, ya está aquí Mario —dijo Topanga entrando en mi habitación.

Mario era el fisioterapeuta. Era un chico español, muy agradable y profesional.

—Hola preciosa —me saludó al entrar.

Topanga nos dejó solos.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Lo miré y me encogí de hombros, eso hizo que me sonriera más abiertamente y que se viera aún más joven de lo que ya era. Solo le llevaba dos años, ya que él tenía diecinueve y yo veintiuno.

—Estoy harta de estar aquí sentada.

Dicho esto, me ayudó a recostarme en la cama. Al menos ya no me dolían las piernas y todo gracias a las medicinas y masajes que Mario me daba durante dos horas al día. Todavía no había intentado ponerme de pie.

—Estás recuperando las fuerzas, todo a su tiempo —dijo masajeando con ímpetu la pierna derecha.

Esa pierna era la que peor tenía, aun se marcaban los moratones de tantos correazos como recibió.

—Ya... —susurré más para mí que para él.

Me miró y me guiñó un ojo haciéndome olvidar todo lo que me había pasado. Mario no solo me ayudaba con las piernas, también se había convertido en un amigo, uno muy bueno que escuchaba todas mis penas, incluidas las de mi hija y mi hermano. Aun no sabía nada de ninguno de los dos. Mi hermano estaba desaparecido y podría asegurar de que estaba con Matt, o al menos que él sabía dónde estaba.

—No te sientas así, ya verás, cuando acabe contigo, caminaras incluso mejor que antes —dijo haciéndome reír.

—Eso no es posible. ¿Cómo vas a conseguir que caminé mejor que antes? —pregunté curiosa.

Él seguía con la sonrisa marcada, era un encanto de chico y me recordaba mucho a mi hermano.

Me contó que lo bueno de su trabajo era poder conocer a personas a las que podía ayudar. Aunque también recibía encargos de hombres poderosos que solo lo contrataban con la intención de que entretuviera a sus mujeres. Inmediatamente pensé en mi padre y Matthew, ellos daban el perfil a la perfección.

—¿Te ocurre algo? Te has quedado pensativa.

Me había quedado en trance pensando en todo y en nada. Lo miré y negué con la cabeza fuertemente, era como si quisiera perder el conocimiento y despertar con mi hija en brazos, incluso despertar en los brazos de Evan y darme cuenta de que todo había sido una pesadilla, un mal sueño del cual no era capaz de despertar.

—Lo siento... solo pensaba en mi hija. No me la quito de la cabeza y es

por eso que estoy harta de estar aquí sentada sin poder hacer nada —confesé calmadamente.

Mario me ayudó a ponerme de pie y, por increíble que pareciera, me mantuve derecha. Bien era cierto que lo hacía apoyada en el andador, pero era un gran logro teniendo en cuenta que la semana anterior aquella hazaña hubiera sido algo impensable.

—Ahora camina, muy despacio —dijo controlando cada uno de mis movimientos—. No tengas miedo —me aseguró.

Comencé a caminar confiada y, aunque me costaba bastante, lo conseguí, di algunos pasos muy lentamente y tuve que volver a sentarme, agotada.

—Joder, ¿solo tres pasos? —Me frustré—. Tengo que conseguirlo Mario, tengo que caminar ya, no puedo esperar más, necesito a mi hija. Ayúdame, por favor —supliqué con lágrimas en los ojos.

Asintió, se sentó a mi lado y me pasó su brazo izquierdo por los hombros. Yo recosté mi cabeza en él.

—Tranquila, muy pronto caminarás, no hay ningún problema que lo impida, pero no puedes forzarte, eso no sería bueno.

Levanté la cabeza y lo miré.

—Gracias, Mario.

En ese momento entró en mi habitación Topanga, no traía buena cara. Mario entendió que sobraba así que se despidió de nosotras y se fue.

Topanga se sentó en mi cama y me miró como si hubiera pasado algo grave. La miré y carraspeé para que despertara.

—Oliver Sabatini está fuera—susurró en voz baja—. Pregunta por ti.

—Pero no estas así por eso ¿verdad?

Negó y vi cómo temblaba de miedo, pero miedo ¿por qué? Topanga, una mujer fuerte, en ese momento parecía una mujer débil y asustada. No me gustó verla así.

—No sé cómo decírtelo, Luna —expresó nerviosa—. Veras, hace una hora estuvo aquí Matt... te buscaba —dijo con voz temblorosa.

No sabía a qué se refería con “te buscaba”. ¿A quién? ¿A Luna? ¿O a Amber? Tenía mis dudas y solo rogaba porque fuera a Luna. De lo contrario... no sabría cómo salir de donde me estaba metiendo.

—¿A quién buscaba? —pregunté alzando la voz.

Topanga se asustó, por mi subida de tono.

—Tranquila, buscaba a Luna. No te preocupes —aclaró mirándome fijamente.

Al decirme eso, solté todo el aire que retenía mis pulmones.

—¿Qué dijo?

Se levantó y dio vueltas en mi habitación. Cuando se paró frente a mí para contármelo, entró él en la habitación. Me tensé al verlo, tenía la cara magullada y se le veía muy demacrado. ¿Qué habría pasado? Nada bueno, seguro, Oliver no era hombre de peleas.

—Déjame que se lo cuente yo, Topanga —propuso con voz firme.

Ya me estaba hartando de tanto secreto, parecía una niña pequeña a la cual hay que esconderle las cosas. No me gustaba sentirme así, tan pequeña e insignificante.

Oliver se acercó y se sentó a mi lado, me miraba con un brillo especial, como con... ¿miedo? ¿Por qué me miraba así? Era como si temiera que me pasara algo. Todo era muy misterioso.

—Habla de una vez, Oliver.

—Lo siento, Amber...

—No soy Amber, soy Luna. Te rogaría que respetaras mi decisión —repliqué sin dejarle terminar.

Oliver agachó la mirada, como si no quisiera ver cómo dejaba atrás a la tonta de Amber Griffin, cómo cambiaba mi vida y me convertía en una Luna muy brillante y sobre todo poderosa. El odio hacía que me sintiera así y nada ni nadie iba a conseguir que cambiara de parecer.

—Lo siento, no quería molestarte, Luna —se disculpó nervioso—. Fui a buscar a Matt.

En seguida me asusté, si fue a buscar a Matt y había llegado así, nada bueno habría pasado entre ellos. Me acerqué a él como pude y toqué su mano, me la apretó y levantó la mirada para conectar sus ojos con los míos.

—¿Qué pasó? —pregunté preocupada.

Me acarició los nudillos y luego se llevó mis manos a sus labios para depositar un beso en ellas. Como siempre, sentí ese cosquilleo que Oliver me hacía sentir con solo un beso, un dulce beso.

—Es sobre Dominic —comunicó nervioso.

Cuando escuché ese nombre, mi cuerpo tembló al completo.

—¿Qué pasa con él?

Mi nerviosismo era evidente y Oliver se dio cuenta. Se acercó a mí y me abrazó, sentí su calidez y su preocupación, pero sobre todo su protección.

Oliver no me hablaba, se le veía incapaz de pronunciar palabra. Quise decirle algo, pero los nervios no me dejaron, me había quedado bloqueada.

—Oliver, por favor. Dime que pasó con Do... Dominic —dije casi tartamudeando.

Levantó la vista y tocó mi mejilla en una suave caricia. No sabía cuándo se había enamorado de mí, pero era todo un amor.

—Está muerto —dijo en un susurro casi audible.

Mi cuerpo se paralizó al escucharle. Dominic ¿muerto? ¿Cómo? Era una locura, una locura que prácticamente me hacía la vida más tranquila, pero no era una salvaje. Quería venganza, no muerte.

—¿Cómo es posible? —pregunté temerosa por la respuesta.

—Lo han matado, Luna —suspiró costándole respirar—. Matt lo ha matado.

No daba crédito a lo que oía. ¿Matt, un asesino? No, imposible, no me lo creía. Él podría ser de todo menos un asesino, le conocía bien y no le creía capaz de eso.

Topanga seguía en segundo plano, la miré para que me confirmara lo que Oliver decía. Me miró y asintió con la cabeza agachada.

Había algo que se me escapaba, no deberían estar así solo porque Matt mató a un desgraciado, había algo más, algo que les atormentaba, pero ¿qué?

—¿Hay algo más? —Les miré realmente preocupada.

Oliver asintió mirándome, pero sin pronunciar palabra.

—Quieres dejar el misterio de una vez y hablar —hablé cabreada.

—Matt ha culpado a tu hermano de la muerte de Dominic. —explicó sin titubear—. Lo siento, Luna. Fue por eso que me peleé con Matt, solo él tiene la culpa de la muerte de Dominic, pero tu hermano estaba en el sitio y la hora equivocada. Todas las pruebas apuntan a él.

Mi corazón comenzó a bombear y mi cuerpo a temblar visiblemente. Mi hermano acusado de asesinato, aquello no podía estar pasando.

—Quiero verlo, no puede estar encerrado. Él no es un asesino, Oliver, no lo es —expresé entre sollozos.

Hice ademán de levantarme de la silla y lo conseguí. No sabía de donde estaba sacando las fuerzas, pero me puse de pie. Me aferré al andador con todas mis fuerzas y di algunos pasos temblorosos e inestables. Oliver, al verme, intentó ayudarme, pero me negué. No quería ayuda, no quería que nadie más pagara por algo que únicamente yo podía arreglar, no iba a dejar que Oliver, Topanga o, incluso, Evan pagaran. No, eso jamás.

—Luna, para, no te fuerces, debes descansar —dijo ella.

Rehusé a sentarme de nuevo, si no comenzaba a caminar de una vez, sabía

que me quedaría sentada mucho tiempo y eso era lo que menos tenía, tiempo. Matt iba a conocer a la nueva Luna, una versión mejorada de Amber. Me convertiría en su peor pesadilla, le haría pagar por todo lo que estaba haciendo, le haría ver que con los míos no se juega.

Me acerqué al armario y le dije a Oliver que saliera de la habitación para poder vestirme. Quería ir a ver a mi hermano y también a Matt.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —preguntó Topanga acercándose a mí para ayudarme.

Estaba caminado, sí, pero aún me cansaba, y mucho, hacía mucho esfuerzo para ello. Aunque pudiera mantenerme en pie y caminar despacio, no podía forzar.

—Voy a ir a ver a Matt. Necesito que me diga a la cara que mi hermano mató a Dominic —respondí furiosa.

Con toda la información que había recibido, estaba pasando por alto algo muy importante. Si Matt acusó a mi hermano de la muerte de Dominic, era porque ya sabía que Luna y Amber era la misma persona. De no ser así... ¿de qué iba a conocer mi hermano a Dominic? Me acerqué a Topanga para poder preguntarle.

—Topanga... ¿Matt sabe que Luna y Amber...?

Ella negó inmediatamente.

—Entonces ¿por qué mi hermano está acusado de su muerte? Es que no lo logro entender cómo ha pasado esto.

Terminé de vestirme con su ayuda e hizo que me sentara en la cama. Ella se sentó a mi lado.

—Matt se llevó a tu hermano con la niña, prácticamente lo obligó a quedarse con él y es ahí cuando entra Dominic. Lo usó de cebo, se lo llevó con él cuando quedó con Dominic para pedirle explicaciones por lo que te hizo. —Suspiró exasperada—. Matt se enteró de lo que Dominic le hizo a Luna y quedó con él con la intención de matarle, pero, al llevarse a tu hermano, vio la manera de hacerle daño a Amber. Mató dos pájaros de un tiro, pero él no sabe que tú y Luna sois la misma persona —afirmó.

Asentí algo más calmada. Tomé aire, me armé de valor y de nuevo me levanté. Fui hasta la puerta lenta y ruidosamente y salí de la habitación para encontrarme con los ojos de un Oliver que me miraba expectante, como si intentara entrar en mi mente y adivinar lo que pasaba en ella.

—¿Me llevas? —le pregunté.

Asintió y puso su brazo para que me agarrara a él. Topanga se acercó por

detrás y me ofreció una muleta. Agradecí tal gesto pues sería más cómodo moverme de ese modo, aunque hubiera de emplear más fuerza en las piernas.

Llegamos a una casa enorme, jamás había ido a casa de Matt y ni siquiera sabía dónde vivía.

—¿Cómo estás? —preguntó Oliver mirando al frente.

Tenía mi mano agarrada, no se separaba de mí ni un momento y, aunque no me disgustaba del todo, tampoco quería crearle falsas esperanzas. Yo únicamente lo quería como amigo y no le haría daño.

—¿Sabes? Nunca he estado aquí, no sabía que Matt tuviera una casa tan grande —dije sorprendida.

Llegamos y Oliver aparcó frente la puerta y, como si nos estuviera esperando, Matt salió a recibirnos, aunque no con muy buena cara. Se acercó y me abrió la puerta cortésmente, esa actitud hizo que desconfiara de él.

—Amber ¿tú por aquí? ¿A qué debo esta visita? —preguntó con sonrisa ladeada.

Mi cuerpo se tensó cuando sentí su mano bajando por mi espalda e invitándome con ello a entrar.

Percibí cierta molestia cuando vio con quién había ido.

—Sr. Sabatini ¿a qué debo su visita?

—Vine a acompañar a la Srta. Griffin —respondió Oliver educadamente.

Matt asintió no muy conforme, pero le dejó pasar. Entramos a la casa y quedé impresionada. La decoración era exquisita, cosa que no le pegaba nada a Matt. Él era un hombre más natural, no le gustaba los lujos, hasta en eso me sorprendía, no me había imaginado en él ese gusto tan austero. Matt nos guio hasta la sala y nos sentamos en unos sillones de piel que tenía en medio de esta.

Se acercó a mí y se sentó a mi lado, sentía su cuerpo demasiado pegado al mío.

—Quiero ver a mi hija, Matthew —susurré nerviosa.

Abrió los ojos desencajado. Asombrosamente, parecía impresionado por lo que le había pedido.

—Lo siento, pero en este momento está dormida —respondió con cinismo.

Fruncí el ceño cabreada. ¿Cómo se le ocurría negarme ver a mi hija solo porque estuviera dormida? Me levanté y lentamente caminé hasta las escaleras para buscarla por mi cuenta, no iba a dejar que me manipulara y mucho menos que se negara a que viera a mi hija. Matt vino a paso ligero y me prohibió el paso.

—Quítate, Matt —mascullé furiosa—. Voy a verla con o sin tu permiso. Es mi hija, que te quede claro —sentencié.

Entonces, me agarró de la cintura, me pegó a su cuerpo, acercó su cara a la mía y, cuando pensé que me iba a besar, sencillamente acercó sus labios a mi oído.

—También es mi hija, no lo olvides nunca —me susurró.

Se apartó y me dejó pasar, comencé a subir las escaleras como pude, temblorosa, despacio, casi no me podía mantener en pie.

—Si quieres te ayudo a subir, preciosa —se burló.

Me di la vuelta y le miré con los ojos entrecerrados. Estaba harta de sus burlas, de sus coqueteos, de sus desplantes, de sus besos inesperados. Estaba harta de él, volví a girarme y subí.

—¡La segunda puerta a la derecha! —gritó desde abajo.

Llegué a la habitación de mi pequeña a duras penas e, inmediatamente, entré en ella. La habitación estaba completamente pintada de rosa, su cuna era de madera con unas cortinas colgando del techo, tenía peluches y todo lo que yo no podía darle. Fui acercándome a la cuna y me di cuenta de que, efectivamente, estaba dormida. Acaricié sus mofletes y mis lágrimas brotaron en cuanto la rocé.

Cogí a mi hija en brazos y me la llevé a mi pecho para aspirar su olor, la había echado tanto de menos. ¡Mi preciosa niña, mi princesa! No podía permitir que Matt me la arrebatara, no iba a dejar que se quedara con ella, no me iba a separar de ella nunca más. Media hora había pasado desde que había entrado en la habitación cuando, de pronto, sentí cómo la puerta se abría de par en par. Vi la cara de Matt al entrar de esa manera. Parecía enfadado, no sabía exactamente porqué, pero me hacía una pequeña idea. ¿No le gustaba que estuviera tanto rato a solas con mi hija? Pero era mía y de nadie más, él había la repudiado incluso antes de nacer, antes de ver su carita rosada al nacer, antes de ver su primera sonrisa... ¿Qué se creía? Que podía venir ahora como padre del año. Matt era un hijo de puta, eso era algo que no iba a cambiar nunca.

—¿Hasta qué hora estarás babeando por ella? —preguntó justo a mi lado.

Me di la vuelta furiosa por esa pregunta y le miré con asco. Matthew cada vez se portaba peor conmigo y no entendía el motivo de su cambio, nunca tuvimos nada serio, nunca nos prometimos amor eterno y jamás lo haríamos, pero por algo debía odiarme tanto, aunque no estaba segura de querer saberlo. No quería ni imaginar su respuesta, solo con pensarlo me aterraba.

—Todo el tiempo que me plazca —respondí reprimiendo las ganas de gritarle—. No sé si lo recuerdas, Matt, pero ella es mi hija, es mi pequeña y yo soy la única que sabe lo que necesita. Por supuesto que tú, seguramente, tienes algo en mente para querer retenerla a tu lado porque, de no ser así, no me explico cuál es tu propósito —dije altivamente.

Por fin le dije lo que pensaba. Si él no quería a la niña, si nunca la quiso ¿para qué la quería a su lado?

—¡Ay, Amber! Eres tan inocente. Por supuesto que quiero algo, ¿pero es que no te das cuenta? ¿De verdad necesitas más señales? Te creía más inteligente —habló con nerviosismo.

Pronunció cada pregunta con necesidad, con ansiedad.

—Lo siento, pero no —sentenció.

Matt sonrió maléficamente, su sonrisa se ensanchó aún más cuando vio mi cara de desconcierto. Parecía jugar conmigo. Otra vez veía cómo mi vida se oscurecía.

—Creo que no tienes elección —aseguró acercándose a mí—. Tú te quedarás aquí conmigo, con nosotros —afirmó señalando a mi hija.

Todo mi cuerpo se tensó entumeciendo cada musculo. Un miedo atroz cruzó mi mente y mi cuerpo, no podía hacerme eso, no podía obligarme a quedarme con él únicamente porque tuviera a mi hija en su poder. Yo era un espíritu libre.

—No puedes obligarme —respondí separándome de él para poder dejar espacio entre los dos. Se había pegado tanto a mí que, prácticamente, me estaba dejando sin aliento.

Sin duda, era un hombre inestable. Lo mismo se mostraba dulce que pasaba a ser el hombre más despreciable.

—Sí puedo. De hecho, ya lo he hecho.

Fruncí el ceño ante su aclaración. ¿De qué hablaba?

—Creo que no te sienta bien estar encerrado en casa, Matt. Has perdido la cabeza por completo.

Volvió a soltar una carcajada que me puso el vello de punta, ¿por qué provocaba eso en mí? Nunca me hizo daño, no físico al menos, pero emocional sí y mucho.

—No tengo que darte explicaciones. Lo único que tienes que saber es que te quedaras aquí a partir de este momento, y no acepto un no por respuesta. ¿Queda claro? —preguntó sin apartar su mirada de la mía.

Esa mirada oscura no me gustaba para nada. Esa manera de hablar y

sentirse mi dueño, menos aún. ¿Qué pretendía? No podía obligarme. Entonces recordé que Oliver se había quedado en la sala. Me acerqué a la puerta y salí de la habitación con mi hija en un brazo mientras me apoyaba con el otro donde podía.

—¡Amber! ¡Vuelve ahora mismo! —gritó saliendo de la habitación a toda prisa.

Me alcanzó y me arrancó a la niña de los brazos. Forcejeamos, pero yo tenía mi batalla perdida. Decidí seguir mi camino y llegar hasta Oliver.

—¡Ella se queda! —gritó desde arriba.

—¡Oliver! —grité bajando las escaleras.

Sin embargo, nadie me respondió. ¿Se había ido? No, él sería incapaz de abandonarme a mi suerte. Escuché golpes en la puerta y en seguida comprendí que lo había echado a la calle.

—Si abres esa puerta, no volverás a verla jamás —afirmó cuanto estuvo lo bastante cerca.

Me giré y mi cuerpo se paralizó. Tenía a mi hija en sus brazos y estaba despierta, vi como sonreía al verme.

—Ella se queda —sentenció.

Comprendí que no tenía nada que hacer en aquel momento, que debía aguantar un poco más y pensar mi siguiente paso, que no debía precipitarme...

—Lo siento, April. Espero que no me odies —dije y salí de aquella casa.

Cerré la puerta de un golpe, una vez estuve fuera, me eché a los brazos de Oliver. Me cobijé en ellos y lloré como jamás lo había hecho.

—Tranquila, estará bien —me susurró.

En ese momento se había convertido en mi consuelo y en mi paño de lágrimas. Oliver se portaba conmigo mejor de lo que me merecía. Quizá no fuera tan mala idea el casarme con él.

—Pronto pasará todo, te lo prometo. Solo necesito que confíes en mí.

Levanté la cabeza del cuello de Oliver para poder mirarle a los ojos. Secó cada lágrima con un dulce beso y, sin parar a pensarlo, estampé mis labios en los suyos.

Aunque en el fondo, yo sabía que el único que podía borrar cada recuerdo doloroso, cada lágrima o cada pesadilla era Evan.

Me miró con los ojos brillantes y me sentí mal al haberle utilizado como si fuera mi salvación, como si me agarrara a un clavo ardiendo.

—Lo siento Oliver... no volverá a pasar —sentenció y entré en el coche ignorando cualquiera mueca que me hiciera arrepentirme.

Me quedé sentada en el coche mirando hacia la entrada del casino, en ese momento no quería entrar, no me sentía con ganas de tener que responder a cada pregunta que Topanga, seguro, me haría. Miré a Oliver con suplica, quería que me sacara de allí, que no me dejara sola en ese momento tan difícil. Era muy doloroso pensar en lo que había hecho. La había abandonado a su suerte, había sido cruel y egoísta. Me iba a costar mucho superar eso. Me había convertido en mi madre y no me sentía orgullosa de ello. Quizá ella no me abandonó, pero dejó que mi padre lo hiciera.

—Sácame de aquí, por favor —supliqué con la voz entrecortada.

Oliver sin responder, volvió a arrancar el coche y aceleró. Siempre hacía lo que le pedía y ya estaba sintiéndome mal por abusar de su bondad.

—¿Estás bien? —preguntó tocando mi rodilla con suavidad.

—No, no lo estoy, y no creo que lo esté en mucho tiempo —respondí en un susurro casi audible.

Me dio un apretón en la rodilla a modo de apoyo y no volvió a hablar. Le agradecí el silencio, en ese momento no quería ni tenía ganas de hablar con nadie.

Entramos en un parking privado de un edificio enorme. Era un edificio de lujo en la mejor zona de Manhattan. Oliver aparcó el coche y salimos de este para dirigirnos al ascensor, toco el piso treinta y subió despacio y silencioso. Me sentía un poco nerviosa, seguramente estaríamos llegando a su apartamento. Llegamos al piso indicado y Oliver agarró mi cintura para instarme a salir del ascensor. Este nos dejó directamente en un enorme apartamento de lujo, nada que ver con la casa de Matt.

—Espero que no te haya molestado —expresó nervioso.

Me di la vuelta para mirarle mientras paseaba la vista por cada rincón. Era todo precioso y amplio, los colores eran oscuros, grises. La verdad, no me gustaban mucho, pero en ese momento los agradecía, ya que me sentía igual de triste y oscura que aquella decoración. Al darme la vuelta, vi cómo Oliver se sacaba la camisa de los pantalones y por un momento mis ojos vagaron por esa zona. Mi corazón bombeó con más rapidez y la boca se me secó, pero pronto aparté la mirada y me dirigí al gran ventanal, donde tenía una vista espectacular.

—¿Por qué? —pregunté sin mirarle.

No quería mirarle, no podía. Sentí cómo se acercaba a mí y tuve que darme la vuelta para mirarle. Lo tenía ya tan cerca que nuestros cuerpos

chocaron, vi cómo se formaba una sonrisa en los labios de Oliver.

—Lo siento —dijo muy cerca de mí—. Me gusta tenerte aquí y así —susurró en mi oído y sentí escalofríos.

Sus ojos no se apartaban de los míos, sus manos acariciaban mi espalda con cuidado. Nuestras respiraciones se volvieron pesadas y, poco a poco, se fue acercando a mí para besarme. Tuve que hacer un gran esfuerzo para evitarlo. No podía estar con él amando a otra persona, no aún. Al separarme de su cuerpo, Oliver bufó frustrado. Volvió a acercarse a mí, pero esta vez mantuvo las distancias.

—¿Tienes hambre? Puedo preparar algo —propuso con una sonrisa ladeada.

Asentí agradecida, la verdad era que estaba hambrienta y no era para menos. Desde que salimos del casino por la mañana, no había comido nada. Fue hasta la cocina, abierta al salón comedor, y abrió la nevera. Yo me acerqué a él, para ver si necesitaba mi ayuda.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté acercándome a él.

Se dio la vuelta y negó. Me encogí de hombros y me senté en uno de los taburetes que había alrededor de la isla.

—¿Qué prefieres, una ensalada o pasta?

—Con un sándwich está bien, no hace falta que te pongas a cocinar ahora —respondí apenada.

Agaché la cabeza, me sentía avergonzada por aprovecharme de él.

—¿Qué ocurre, Amber? —preguntó acercándose a mí.

Me levantó la cabeza y miré hacia otro lado, no quería cruzar mi mirada con la suya, no estaba preparada. Volvió a girar mi cara con la yema de sus dedos y me sonrió con dulzura.

—Lo siento, Oliver —dije suspirando—. No quiero que malgastes tu vida conmigo. Te mereces a alguien mejor que yo.

Él negó y me abrazó, encerró mi cuerpo entre sus brazos e hizo que me sintiera más calmada.

—Amber, no digas eso... sé que no quieres que piense en ti, pero no puedo evitarlo. Ya me estoy enamorado de ti y no sé cómo hacerlo. Además, eres una mujer increíble y no deberías ser tan dura contigo —habló mientras seguía acariciando mi espalda.

Sus palabras eran un gran consuelo, pero yo no estaba tan segura de todo lo que decía. Yo... ¿una mujer increíble? Eso no era cierto.

—No soy nada de lo que dices, Oliver... ninguna mujer abandona a su hija

con un depravado, aunque este sea su padre —susurré entre lágrimas.

—No estés tan segura de eso. Las hay peores, si no, que se lo digan a Evan...

De repente, calló. Se dio cuenta que había metido la pata. Me separé de él pensando en qué podría haberle pasado a Evan.

—¿Qué le pasó?

Oliver se acercó a la ventana en silencio, no parecía con ganas de contarme nada. Fui hasta él y me puse justo a su lado. Oliver se tensó al sentirme tan cerca.

—No soy yo quien debe contarte su vida privada —dijo con la voz endurecida.

—Cuéntamelo.

Nos acercamos al sillón y nos sentamos uno frente al otro, parecía nervioso. Su mirada no se apartaba de la mía mientras suspiraba. No se sentía cómodo contándome algo que no era de su incumbencia.

—La vida de Evan no ha sido fácil. Su familia no era la mejor y no tuvo una buena infancia —explicó mirándome fijamente—. Su padre era alcohólico y no les daba buena vida. —Se levantó y se acercó a mí—. Un día, sus padres y hermana, iban en el coche de vuelta a casa. Ellos trabajaban en la empresa familiar, es la misma que Evan dirige en este momento. Ese día, su padre estaba muy borracho y tuvieron un accidente que acabó con la vida de las dos. El padre, desde entonces, se encuentra en paradero desconocido, fue como si se lo tragara la tierra —expuso sentándose a mi lado.

Mi corazón se quebró al saber cuánto había sufrido. Lo que yo viví con mis padres no era nada comparado con todo aquello. Sentí un gran dolor en el alma. Me alejé de él, me alejé del hombre al que amaba únicamente por no hacerle sufrir, sin darme cuenta de que, dejándole, le hacía sufrir mucho más.

Me levanté nerviosa y con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —me preguntó acercándose a mí por detrás.

No sabía cuántas veces me había hecho esa misma pregunta durante aquel día, ya había perdido la cuenta. Me di la vuelta y negué, no estaba bien, no me sentía bien. Lo único que en ese momento quería era ir a verle, abrazarle y decirle que todo estaba bien, que lo amaba y que no volvería a dejarle jamás.

—¿Quieres verle? —preguntó en un susurro.

Asentí apenada, no quería hacer sufrir a Oliver, pero era lo que de verdad necesitaba.

—Vamos, te llevaré a su casa.

Capítulo 11

Un incómodo silencio nos acompañó durante nuestro viaje a casa de Evan.

Una vez llegamos, Oliver miró con el ceño fruncido cómo me apeaba del vehículo. Sin decir absolutamente nada, arrancó y se marchó. Me quedé un poco preocupada por él, me sentía aturdida y avergonzada. Tanto con él como con Evan. ¿Cómo me iba a recibir después de todo lo que le había dicho?

Toqué al timbre, pero no obtuve respuesta. Insistí, pero nada... Me volteé con intención marcharme y, de repente, me sentí ridícula. En un principio pensé que quizá no estuviera, pero me fijé en que sí estaba su coche. Podía ser sencillamente que no quisiera verme.

Cuando iba a bajar las escaleras del porche, escuché la puerta. Me di la vuelta y ahí estaba él, el dueño de mi corazón por y para siempre. Tenía la cara marcada con grandes ojeras, la barba bastante pronunciada y los ojos más tristes que nunca había visto. Corrí a su encuentro y me abracé a él, pero él no se inmutó. Entonces sentí que no debía haber ido, que no era el momento de perturbarlo. Me aparté de él y volví a pensar en marcharme.

—Solo vine para saber cómo estabas. —Suspiré al verle agachar la cabeza—. Sé que no debí venir, que yo fui la que te apartó de mi vida, pero no podía, simplemente quería verte, saber que no... —callé sin saber que decir—. Evan... fui una estúpida, no debí pedirte que te alejaras, no debí consentir que te fueras de mi vida. Te quiero en mi vida...te quiero.

Cada palabra atenazaba más y más ese nudo que, sin saber cómo, se me había formado en el estómago. Él no decía nada, no hacía nada... únicamente me escuchaba sin mirarme. Comprendiendo la situación, aunque dolida, me di la vuelta y comencé a caminar. Iría al Motel para recoger las pocas cosas que tenía allí y volvería al casino de no donde no debí salir aquel día.

Cuando estaba a punto de cruzar la carretera, sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo y su corazón latiendo a mil por hora en mi espalda. No podía creerlo, había reaccionado a tiempo y podía estar agradecida de que eso pasara. Me di la vuelta y sin decir nada más le besé con desesperación. Evan me agarró fuertemente de la cintura, temeroso de perderme otra vez. Pero aquella vez no sería así, no me iría a menos que él me echara de su vida para siempre. Sus besos eran húmedos y estaban mezclados de deseo y alcohol.

Evan había estado bebiendo y no había cosa que me pusiera más triste. Recordé su historia y a su padre y no quería que él acabara como él. Nos separamos unos milímetros y pude ver ese brillo en sus ojos, esos que tanto echaba de menos.

—Lo siento... lo siento mucho —se disculpó apretándome a él.

Yo negué, no era él quien debía pedir perdón, sino yo. Él no hizo nada, solo quererme y protegerme. Nunca me vi tan abrumada por los acontecimientos, siempre tenía a mamá para eso, nunca dejó que me inmiscuyera demasiado en los problemas familiares, aunque tampoco era una tonta que no se daba cuenta de nada. Sabía que mi padre la maltrataba, que tenía negocios turbios con Matt, que era un desgraciado que la engañaba con cualquier falda que se cruzara en su camino. Pero eso ya era pasado. Yo ya no debía pensar en nadie que no fuéramos él y yo. Quería ser feliz, por lo menos un poquito. Con el tiempo... mi hija volvería a mí.

—No te disculpes, Evan... soy yo la que debe pedir perdón —expresé nerviosa.

Su cercanía me nublaba la mente. Su olor me inundaba por completo y solo veía en su dirección.

—Te amo, Amber, demasiado —declaró escondiendo su cabeza en mi cuello.

Sus brazos seguían rodeando mi cintura, sus palabras eran preciosas y mi corazón latía de una manera que jamás latió. Evan me había enamorado con esa sonrisa, esa mirada, ese olor. Todo de él había vuelto mi vida patas arriba. Tiró de mí en dirección a su casa. Llegamos y al entrar cerró la puerta para luego abalanzarse sobre mí lleno de deseo. Yo estaba igual o peor que él, le necesitaba, necesitaba sus caricias, sus besos, le necesitaba a él llenando mis labios de besos, bajando hasta mi cuello. Los suyos eran calientes y húmedos y el centro de mi deseo comenzó a latir desesperado por sentirle. Mi piel se erizó al sentir sus manos por debajo de mi blusa tocando mi espalda. Mi locura hacía él y su deseo eran sumamente placenteros. Me alzó e hizo que enroscara mis piernas alrededor de su cintura. De esa manera sentí cuán excitado que estaba. Subió a su habitación conmigo entre sus brazos mientras besaba cada parte de mi piel. Cuando entramos en esta, me recostó en su cama y su cuerpo quedó encima del mío aprisionándome. Sentí su miembro endurecido intentar abrirse paso entre mis piernas.

Fuimos despojándonos de la ropa hasta quedar totalmente expuestos el uno contra el otro. Evan acariciaba todo mi cuerpo dulcemente, tallando cada parte

de mi piel, haciéndose dueño de todo mi ser. Sentía sus caricias sobre mi piel, haciendo que cayera en un inmenso vacío. Fue como flotar en el aire.

—Te deseo, Amber —susurró entre besos.

Cada vez eran más desesperados. Ambos estábamos deseosos de sentirnos al completo, piel con piel, alma con alma. Evan iba despacio, besando y lamiendo cada parte de mí misma, volviéndome loca. Necesitaba sentirle dentro, no aguantaba más. Lo deseaba haciéndome el amor, llevándome al cielo.

—Evan... te necesito... ya —dije con la voz entrecortada.

Me miró con esos ojos azules tan cristalinos, en ese momento se habían oscurecido por la pasión y el deseo. Una simple mirada suya hacía que mi cuerpo temblara.

Evan pareció entender mi mensaje y se metió entre mis piernas para, despacio, entrar dentro de mí. Su amor hacía que quisiera tocar el cielo, ver estrellas en el día y el sol en la noche. Era una locura, pero una locura de amor, de pasión. Le amaba y en ese momento lo sentía más que nunca. Yo sabía que le amaba, pero aquel momento estaba siendo el más increíble que había vivido jamás, y todo gracias a él.

Seguíamos unidos, bailando al compás del latido de nuestros corazones. Era la melodía más mágica y bonita que podíamos oír juntos. Entraba en mí una y otra vez, mientras sus labios besaban mi cuello y bajaban hasta mis pechos. Había pensado, días atrás, que jamás podría soportar que nadie volviera a tocarme nunca más, pero Evan con su dulzura hizo que me olvidara de todo y me centrara únicamente en nosotros.

—Te amo, Evan —declaré abrumada por tanto amor.

Evan, al escuchar esas palabras, acercó sus labios a los míos para sellar nuestro amor con un dulce beso.

Después de hacerme el amor como jamás nadie lo había hecho, abrazados nos quedamos dormidos. Iba a ser la primera noche que durmiéramos juntos y no quería que fuera la última.

Al día siguiente, me desperté por la luz que se colaba por las cortinas. Giré mi cuerpo hacia la derecha y ahí estaba él. Dormía plácidamente. Miré su perfecto perfil mientras trazaba círculos en su pecho desnudo. Recordé la noche anterior y me removí nerviosa mientras mordía mi labio inferior. Había sido maravilloso. Miraba su cuerpo perdida en mis pensamientos sin darme cuenta de que ya estaba despierto. Al percibirlo, mis mejillas se tornaron coloradas. Me había pillado mirándole totalmente concentrada. Se acercó a mí

y me dio un fuerte y desesperado beso en los labios. Ya no podía vivir sin despertar así, con su mirada azulada llena de ternura, con su boca curvada por una fina sonrisa o con sus besos al despertar. Simplemente no quería que eso acabara jamás. Al separarnos sentí cómo respiraba con dificultad, aunque yo estaba igual, siempre había sido así. Cuando nos besábamos, perdíamos el norte, ambos perdíamos el rumbo completo de nuestra vida. Nuestra historia todavía era corta, pero muy intensa, y no me arrepentía de nada de lo que había hecho si esa era mi recompensa.

—Buenos días, rubita —dijo con cariño.

Levanté una ceja mientras sonreía como una auténtica boba, ¿por qué le amaba tanto? Daría igual lo que me dijera, fuera lo que fuese me enamoraría aún más.

—¿Rubita? —pregunté con sarcasmo.

Se movió bruscamente hasta que quedó encima de mi cuerpo. Sentí el calor que desprendía su piel e hizo que mi cuerpo automáticamente se calentara de igual forma. Era increíble cómo nuestros cuerpos respondían sin pensarlo siquiera.

—¿Te molesta que te llame así?

Negué mirándole con amor. Sentí mi corazón latir frenético por su cercanía. Su simple contacto me ponía cardíaca y él lo sabía aprovechándose de la situación. Se acercó y unió nuestros labios. Abrí mi boca para dar paso a su lengua y así poder disfrutar de sus besos más intensamente. Sus manos comenzaron a recorrer todo mi cuerpo desnudo. La noche anterior habíamos quedado agotados y ello hizo que nos durmiéramos de inmediato, amaneciendo así desnudos y expuestos. Nuestros cuerpos vibraban al son de cada latido, de cada caricia. Era un gran deseo el que sentíamos el uno por el otro y no sabría explicar lo que sentía al tenerle dentro de mí. Era dulce y amoroso, pero a la vez rudo y apasionado. Evan lo convertía en algo especial, cada caricia, cada beso, cada roce. Simplemente era perfecto, todo en él era perfecto.

—Me gusta... que me llames... rubita —hablé con la voz entre cortada por el deseo del momento.

Evan entraba y salía de mi cuerpo una y otra vez, con frenetismo, con lujuria, sumergiéndome en una vorágine de pasión desenfrenada.

Sin descanso, hicimos el amor durante toda la mañana. Si así iban a ser estas a partir de aquel momento, no saldría de allí nunca.

—Te amo, rubita.

—Yo te amo más, ojos azules.

Evan soltó una carcajada que hizo que mi pecho se inflara de felicidad y mi corazón latiera aún más rápido. Era la primera vez que le escuchaba de reír y había sido música para mis oídos.

—¿De qué te ríes? —pregunté risueña—, aunque no quiero que dejes de hacerlo. Quiero escucharte reír toda la vida, si es posible —susurré nerviosa.

Me sentía abrumada por tanto amor. Por primera vez era feliz, Evan con su amor me hacía feliz. Indudablemente no del todo me faltaba mi hija y no alcanzaría la felicidad completa hasta que estuviera conmigo. Evan se dio cuenta de mi cambio, pensar en mi hija hizo que todo se esfumara de un plumazo.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó preocupado.

De pronto sentí mis ojos brillantes, la necesitaba. Y, aunque no había sido la decisión más acertada, era lo que tenía que hacer. Evan me abrazó y me aferró a su cuerpo, mientras me acunaba como si de una niña perdida se tratara. No podía articular palabra, las lágrimas no me dejaban y mi corazón se había comprimido. Podría parecer una persona inestable, pero no era así, sencillamente era una mujer con ganas de vivir la vida y a la que esta misma le había arrebatado la persona a la que más quería.

—April —susurré entre sollozos.

Evan me apretó aún más para que sintiera su calor. Eso me ayudaba, saber que lo tenía a él para poder alcanzar la felicidad que deseaba.

—¿Qué pasa con ella?

Le miré y Evan secó cada lágrima que caía por mis mejillas, con las yemas de sus dedos para después besar las mismas. Sus besos eran tiernos y declaraban todo ese amor que decía sentir. Era como un libro abierto, podía ver todo sin necesidad de explicaciones.

—Sigue con Matt y no me la va a devolver a menos que...

No pude decirle lo que Matthew me había propuesto para poder estar con mi hija. Seguramente iría a buscarle y no podía permitirlo. No quería que Matt le hiciera daño, de la misma forma que estaba haciendo conmigo o con mi hermano Estefan. Recordar a mi hermano era algo que no podía permitirme y es que no sabía dónde estaba, quería verle, pero ¿dónde? Matt no me había dicho nada.

—A menos que... ¿qué? —preguntó incorporándose para mirarme a la cara.

Pude sentir cómo se tensaba, sus músculos me lo indicaban. Sus brazos habían tomado una forma dura y tenía los puños tan apretados que veía sus

nudillos blancos. Estaba asustada, no debí insinuar nada de Matt. Ahora me veía en la tesitura de tener que contarle todo sobre nosotros y no quería, no podía. Evan no podía enterarse de mi historia con Matt y menos de lo que había hecho, supuestamente por mí, bueno... por Luna. La muerte de Dominic tenía un nombre y ese era Matthew Lincon.

—Habla, Amber.

Sentí su voz dura y mi cuerpo tembló de miedo de lo que podría llegar a hacerle a Matt cuando se enterara. Me levanté de la cama con la sabana enrollada al cuerpo y me metí apresuradamente en el baño. Al entrar, cerré la puerta y eché el pestillo. No me di cuenta siquiera que lo había hecho sin la muleta. Escuché los golpes de Evan tras de mí, mi cuerpo estaba pegado a la puerta y lo arrastré por ella hasta quedar sentada en el frío suelo. Me abracé a las rodillas y sollocé como nunca lo había hecho, me sentía ridícula por no querer contarle mi pasado, un duro pasado. Unos minutos después ya solo escuchaba a Evan maldecir bajito mientras sorbía la nariz. Parecía estar llorando.

Me levanté del suelo, abrí la puerta en silencio y lo vi sentado de espaldas a la puerta del baño. Los dos habíamos adoptado n la misma postura. Al abrir la puerta, levantó la mirada del suelo. Sus ojos estaban enrojecidos y las lágrimas caían por sus mejillas. Me agaché como pude poniéndome de rodillas ante él y le abracé, no me gustaba verle tan vulnerable, no me gustaba verle llorar. Evan era un hombre duro y fuerte, pero también muy sensible y con un gran sufrimiento a su espalda.

—Siento mucho haberme comportado así —me disculpé—. Es solo que no quiero... no puedo decirte mi pasado, Evan, es muy doloroso recordar como acabé en ese motel con un bebé. Mi vida, desde que conocí a Matt, no ha sido la mejor —dije tocando su cabeza en suaves caricias—, pero ¿sabes qué ha sido lo mejor? Gracias a ese motel conocí a Selena y te conocí a ti.

Me miró con esos intensos ojos azules sin decir nada, pero no hacía falta, con solo una mirada sabía lo que quería decirme. Evan me comprendía, él también tenía un pasado incluso más duro que el mío y no me lo decía, no se atrevía a contarme qué le había pasado años atrás, aunque tampoco me importaba, únicamente me importaba su presente y su futuro y pretendía estar en ambos.

—Yo también lo siento y comprendo que no quieras decirme nada, yo tampoco sé cómo contarte mi vida...

—No te preocupes, tendremos tiempo de hacerlo. Creo que todo el tiempo

del mundo. Cuando estemos preparados, lo haremos.

Asintió y fuimos al baño. Nos sentamos en la bañera mientras esta se llenaba de agua caliente. Evan comenzó a enjabonarme la espalda suavemente, era un hombre muy amoroso y preocupado. Su amor me llenaba el alma, el corazón y todo de él, de su amor, de sus caricias, de su dulzura. Me había enamorado locamente, como jamás pensé hacerlo.

Íbamos en el coche en silencio, solo se escuchaba el claxon del resto de coches que cruzaban la calle principal. Evan me llevaba hasta el motel para recoger las pocas pertenencias que allí me quedaban.

Tenía unas ganas locas de salir de allí, de irme a un pequeño pueblo donde nada ni nadie me molestara y donde seguramente sería muy feliz. Eso haría cuando recuperase a mi hija, me iría con ella y, si Evan quería, vendría con nosotras. Saldríamos de Manhattan para siempre, para vivir una vida más tranquila, lejos de los atascos, lejos de las venganzas y de las malas personas, lejos de todo. Todo por una vida feliz, junto a las personas a las que más amaba.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Mi mirada estaba completamente perdida en la carretera, mi mente estaba entre las cuatro paredes de la habitación de mi hija y casi no había escuchado que Evan me hablaba. Tocó mi mano y me sobresalté.

—Eh... sí ¿qué ocurre? —pregunté un poco confusa.

Me miró con preocupación y recordé el día en la discusión en el aparcamiento y sonreí. Evan frunció el ceño, pero no me dijo nada, simplemente me señaló al frente para que viera que ya habíamos llegado. Por un momento, me dieron ganas de salir corriendo de allí, pero tenía que recoger lo que me quedaba. Tenía algo muy importante guardado en esa habitación y no podía dejarlo.

Inmediatamente, salí del coche.

Evan salió tras de mí para acompañarme, pero le detuve con la mano.

—Déjame hacer esto sola, por favor —supliqué y el negó—. Evan, necesito hacerlo sola.

—Lo siento, pero no dejaré que entres en ese lugar tú sola. Ni lo sueñes, rubita.

Sonreí al escuchar el apodo que me había puesto y no pude más que asentir y dejar que me acompañara. Entramos y subimos directamente, sin buscar al dueño de ese asqueroso lugar. Cuando llegamos al primer piso, me di cuenta de que la puerta de mi habitación estaba abierta. Aunque un poco inestable, me

apresuré a llegar hasta ella y entré.

Todo estaba revuelto, todas mis cosas y las de mi hija por el suelo. Los cajones abiertos, los cristales rotos. Parecía que había entrado un tornado en la habitación. Me acerqué al armario y lo abrí de par en par para buscar lo que tenía guardado. El armario tenía una de las tablas de la parte de atrás rota y ahí había un hueco, que es donde yo guardaba lo que había ido a buscar, lo único que pude sacar de la casa de mis padres. Miré y se lo habían llevado, quien se lo hubiera llevado... sabía dónde estaba. No podía creer que lo único que podía utilizar para conseguir mi propósito ya no estuviera en su escondite, en ese sitio que elegí para tenerlo a buen resguardo. Estaba completamente hundida y todo eso no me ayudaba en nada para mi venganza.

—¡Joder, no puede ser! —grité asustando a Evan.

Se acercó a mí y me agarró de los brazos para que reaccionara ya que me había liado a mulatazos con las puertas del armario. La lesión de mis piernas aún no había sanado del todo y podría perder la estabilidad en cualquier momento.

—¡Cálmate, Amber! —dijo Evan alzando la voz.

Me zarandeó un poco para que reaccionara y lo hice. Le miré y comencé a llorar, maldiciendo a todos por haberme jodido la vida. Seguramente había sido Matt quien se había llevado los documentos que le incriminaban, a él y a mi padre, en bastantes delitos de blanqueamiento y en las ventas de algo que no estaba muy claro. Pensándolo entonces... quizá tuviera que ver algo con las desapariciones del casino.

Además, si la documentación había llegado a manos de Matt, este la usaría en contra de mi padre quedando él completamente limpio de dichos delitos. Evan me miraba preocupado.,

—¿Qué buscas? —preguntó.

Bufé desesperada y Evan se sentó a mi lado, pasó su brazo por encima de mi hombro. Levanté la cabeza y la reposé en su pecho, no sabía qué hacer. ¿Cómo le diría a Evan que, sin esa baza, tendría que volver al casino? No me lo iba a permitir, no me lo iba a perdonar, ni yo misma me perdonaba lo que pretendía hacer.

—Evan... —Suspiré nerviosa—. Tengo que volver al casino.

Me miró con el ceño fruncido y se separó de mí de golpe, se levantó de la cama y su cara era de rabia e incertidumbre. Me levanté para acercarme a él, pero se apartó de mí. Eso era lo que temía que pasara y ya estaba pasando, iba a perder a Evan, ya lo estaba perdiendo y otra vez era por mi culpa.

—No hablas en serio —afirmo y agaché la mirada—. Dime que no estás diciéndolo en serio, Amber —replicó nervioso.

Asentí reprimiendo las lágrimas que amenazaban con salir. Me estaba muriendo por dentro y no sabía cómo explicarle el motivo por el cual debía hacerlo.

—Lo siento... debo hacerlo —respondí con la voz quebrada.

Se acercó a mí con la cara desencajada. Parecía que el destino se había propuesto separarnos, que no estuviéramos juntos. Me abrazó y sentí su corazón latir desbocado. Evan estaba sufriendo tanto o más que yo y me sentía la peor mierda por ello.

—No lo hagas, por favor. Yo te ayudaré en todo, pero no lo hagas —suplicó destrozado.

Lo aferré a mi cuerpo como si no quisiera que se me escapara, cuando yo ya lo había apartado de mí.

Se separó de mí y me dejó ir. Me acerqué a la puerta con todo el dolor de mi corazón, dejaba atrás a la persona que amaba, pero en ese momento mi hija era lo más importante, más que él, más que yo, más que lo nuestro. Debía recuperarla, aunque me costara la vida o la libertad.

Entré en el casino y me dirigí directamente a las habitaciones. No vi a Topanga así que me asomé al casino por si estuviera fuera. Entonces pude ver a Matt, instintivamente me escondí. Estaba con otro hombre al que había visto con él en alguna que otra ocasión. Puse el oído con intención de averiguar de qué hablaban.

—¿Cómo lo harás, Matt? Parece una chica con carácter. No creo que se deje guiar por ti fácilmente —habló el socio de Matt.

Pensé en quién podrían estar hablando.

—No te preocupes, la tengo casi. Estos días no la he visto por lo que le hizo Dominic, pero seguro que esta noche estará a mi lado —aseguró confiado.

Quedé estupefacta al entender que era de mí de quien hablaban.

—No sé, creo que Luna no es como las demás, no te resultará tan fácil como con las otras.

Me tensé al escuchar que también me quería hacer desaparecer. Me fui directamente a mi habitación, no quería escuchar nada más, ya estaba todo muy claro. Entré en mi habitación y cerré de un portazo. Me acerqué al armario y me vestí con ropa provocativa, peiné mi cabello y me maquillé. Una vez

estuve lista, me puse la máscara y salí al casino. Matt y su “amigo” seguían hablando, no se habían dado cuenta de mi presencia, me acerqué a él por detrás y pasé ambos brazos por debajo de los suyos para abrazarle por detrás, tenía que seducirle para conseguir cualquier información. Matt dio un respingo, se dio la vuelta y me miró con una gran sonrisa.

—Hola, Sr. Lincon —saludé dándole un beso en la comisura de los labios.

Se giró del todo y abrió las piernas para quedar mi cuerpo aprisionado entre ellas. Hubo un momento en que me puse nerviosa, pero me duró poco porque inmediatamente pensé en lo que debía hacer.

—Hola, preciosa Luna —me devolvió el saludo y me besó en los labios.

Sentí que engañaba a Evan, no quería que nadie más que él me tocara o besara, pero no podía rechazarle, no podía negarme. Necesitaba hacerle ver que me tenía completamente manipulada, aunque fuera al contrario y consiguiera manipularle yo a él.

—¿Qué haces aquí tan temprano, no me digas que has venido a verme a mí? —pregunté sensualmente.

Mae apretó aún más y miró al otro hombre de manera intimidatoria, echándolo de allí para que nos dejara solos. A esas alturas, yo sentía repulsión hacia él.

—Sí, ¿contenta? —afirmó mientras acariciaba mi espalda—. Luna, necesito tocarte, necesito sentir tu cuerpo bajo el mío. Te deseo y quiero hacerte mía de una vez por todas —me susurró.

Me repugnaba cada palabra que salía de sus labios, cada caricia que mi piel recibía.

—Es usted muy ansioso, Sr. Lincon ¿no sabe usted que lo bueno se hace esperar?

Sonrió. Él no pensaba así, él tomaría cuanto quisiera. Me aterrorizó la idea de volver a vivir la escena de aquel malnacido. Si esa era su intención, me alejaría para siempre de él.

Se fue acercando a mí y me besó, mordió mi labio inferior y sentí cómo su entrepierna se endurecía. Intenté zafarme, pero me fue imposible, me tenía bien agarrada. Seguía besándome y ya me estaba desesperando. Insistí en mi afán de separarme de él, pero no me lo estaba poniendo fácil.

—Suéltame —susurré mientras forcejeaba con él.

Pero ni se inmutó, le dio igual que me estuviera negando.

—Quiero tenerte para mí, Luna, y si no pones de tu parte, las cosas se pondrán muy feas —amenazó.

En ese momento, sentí unas manos conocidas separándose del cuerpo de Matt. Cuando me quise dar cuenta, Evan estaba encima de él propinando puñetazos a diestro y siniestro.

—¡No vuelvas a tocarla en tu puta vida! —gritó Evan fuera de sí.

Estaba muy nerviosa, eso no podía estar pasando, no podía dejar que por mi culpa... Intenté acercarme a él, pero no pude. Busqué al camarero que ya venía corriendo por los gritos de ambos.

—Por favor, Evan... para —supliqué al borde de un ataque.

El camarero consiguió separarlos, los dos se miraban con odio. Parecía que se conocían, pero ¿de qué? Evan nunca me dijo que conociera a Matt y ya me estaba temiendo lo peor. Se podría descubrir todo y no podía permitirlo. Me acerqué a Evan y agarré su brazo, lo arrastré hasta el interior de mi habitación y cerré de un portazo una vez que estuvimos dentro. Él se dio la vuelta y lo que vi en sus ojos sonaba a reproche. Me acerqué a él, pero se apartó, sentí cómo mi corazón se quebraba aún más de lo que ya estaba. Estaba harta de sufrir, harta de la vida que había elegido, harta de todo. Lo único que en ese momento quería era desaparecer para siempre, morir y que nadie más sufriera por mi culpa. Únicamente así, todos serían felices.

—No me mires así —hablé temblorosa.

—¿Y cómo se supone que te estoy mirando? —preguntó cabreado.

Agaché la mirada avergonzada y lloré sin consuelo. No podía más con todo lo que estaba pasando y con lo que faltaba por pasar, me acerqué a mi cama y me senté.

—Como si te avergonzaras de mí, como si me odiaras, como a una... —susurré entre sollozos.

Sentí sus manos en mi hombro. Después se separó de mí y salió de la habitación dando un portazo. Esa fue la última vez que hablé con él, sin saber lo que pensaba, sin saber lo que sentía. Evan se marchó sin darme ninguna explicación, aunque siendo coherente... tampoco la merecía.

Matthew Lincon había ganado la batalla, pero no podía dejar que ganara la guerra.

Capítulo 12



Habían pasado cuatro semanas y no había vuelto a ver a Evan. Luna había

emergido en todo su esplendor, me había convertido en la chica más cotizada del casino y Matthew me miraba día a día desde la lejanía. No se acercaba a mí y no sabía qué era peor, si tenerlo comiendo de mi mano o tenerlo observando a cada paso que daba. Era un hombre muy calculador, del que me podría esperar cualquier cosa.

Oliver había vuelto y como siempre me ayudaba, él fue quien pagó mis servicios esas semanas en las que más desdichada me sentía, en las que solo pensaba en Evan, en mi hija, en mi hermano. Todo salía mal, todo era un caos, pero como siempre ahí estaba Oliver como mi amigo fiel, aunque él quisiera de mí algo que yo no podía darle.

Nos estaba ayudando a Topanga y a mí a buscar pruebas en contra de Matt, pero solo habíamos encontrado a uno de sus socios. Ese hombre tenía mucho, demasiado que decir, pero... ¿qué quería a cambio? Habíamos concertado una entrevista con él y solo iríamos Oliver y yo porque conocía a Topanga como la exmujer de Matt y podría no confiar en nosotros.

Me miré al espejo, me di cuenta de que había perdido peso. Estaba mejor de la pierna, pero no de ánimos. No comía bien, me sentía fatigada, sentía mareos un poco extraños. Una vez que me vestí, comencé a cepillar mi cabello, ahora negro puesto que me lo había teñido. No quería ser la misma, quería cambiar, como mi vida había cambiado. Ya quedaba nada de la antigua Amber.

Terminé y me acerqué al armario para coger la máscara roja, me la coloqué y salí de la habitación. Ese día me había puesto un corsé de color negro y unos pantalones muy cortos del mismo color. Lo único rojo que llevaba, era la máscara, los tacones y mis labios. Cuando salí al casino, Oliver ya me esperaba en la barra del bar, me acerqué a él y besé su mejilla como cada día.

—Estás preciosa, ¿cómo te sientes? —preguntó una vez que nos separamos.

Me encogí de hombros mientras me sentaba en el taburete, para que el camarero, Tyler se llamaba, me sirviera mi copa. Después de saludarle, me sirvió bajo la atenta mirada de Oliver, que me miraba con preocupación.

—Deja de mirarme así, Oliver. Estoy bien ¿vale?

—De acuerdo, pero no me digas que estás bien, porque no es así—insistió.

Le miré de mala manera y calló. Yo ya sabía que no estaba bien, pero ese era mi problema y me gustaba estar así en mi silencio y mi oscuridad, en esa vida que estaba metida de lleno.

—Luna, deja de martirizarte, por favor —me pidió Oliver—. Sé que lo estás pasando mal, pero debes tener en cuenta que no es tu culpa. Nada de lo que ha pasado lo es —repuso tocando mi mano, pero yo no estaba tan segura de esas palabras, sabía que eran una vil mentira para hacerme sentir bien, sabía que todo era una cortina de humo para borrar lo que yo sentía o pensaba. Le miré y negué insistiendo en mi culpabilidad, porque sí, yo era culpable de perder a mi hija, de que mi hermano estuviera en la cárcel y de que Evan no quisiera verme.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —preguntó levantándose del taburete.

Sin esperar mi respuesta, cogió mi mano y tiró de mí. Fuimos a por mi abrigo y salimos de la estancia. Al salir, nos fuimos directamente hasta el coche de Oliver, me abrió la puerta del copiloto para que entrara y, una vez dentro, cerró y se fue a la del conductor. Oliver me trataba con un respeto que no merecía. Era un buen hombre y sabía que él seguía con su afán de conquistarme. Yo a veces me dejaba llevar y besar por él, pero no estaba dispuesta a más. De repente, Evan entraba en mis pensamientos y me impedía seguir adelante.

—Perdona por haberte sacado así del casino —se disculpó y yo le miré—. Sé que no tengo derecho a meterme en tu vida, pero lo único que quiero es que... olvides todo y empieces una nueva vida —propuso nervioso, sin apartar la mirada de la carretera.

—Lo siento, pero eso no puedo hacerlo, Oliver —afirmé—. De todos modos... gracias.

—¿Gracias por qué? —preguntó volteando la cabeza para regalarme una mirada fugaz.

—Por todo —suspiré—. Oliver, tú me ayudas muchísimo y eso es algo que siempre te voy a agradecer, pero no me pidas más de lo que te doy... porque no puedo.

Cuando le dije eso, asintió y no dijo nada más. Puso la radio y una canción que conocía bastante comenzó a sonar, parecía que el destino solo me ponía pruebas, solo hacía que le recordara. Era Bound to you de Christina Aguilera.

Solo escuchar los primeros acordes, hicieron que me transportara a la habitación de Evan. Recordando aquel primer beso, aquella primera caricia, la primera vez que me hizo el amor. Yo era suya en cuerpo y alma. Mi mirada se perdía en la ventanilla del coche, mientras veía cómo rápidamente se perdían los árboles. Estaba sumergida en mis pensamientos, hasta que me di

cuenta de donde estábamos. Oliver me había llevado al ring, le miré con el ceño fruncido y él me sonrió.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté con un hilo de voz.

Estaba muy nerviosa y se me notaba demasiado. Oliver salió del coche sin esperar mi respuesta y vino hasta mi puerta para ayudarme a salir. Agarró mi mano y al cerrar la puerta, nos dirigimos hasta el interior de aquella nave, donde vi por primera vez pelear a Evan.

—Oliver... para, por favor —supliqué impidiendo que diera un paso más —. Responde a mi pregunta —insistí cuando se dio la vuelta.

—Te traje para que le vieras, pero no sé... a lo mejor no fue buena idea — claudicó.

—¿Por qué piensas eso?

De pronto, mi cuerpo se tensó, pensando por qué pensaba que no sería buena idea haberme llevado hasta él. Ya era la segunda vez que Oliver me llevaba hasta sus brazos, que me llevaba hasta los brazos de otro hombre, del hombre que amaba, pero ¿por qué lo hacía? Otra vez me demostraba que lo único que quería era que yo fuera feliz, pero se equivocaba, ya que Evan no iba a querer verme y, si lo hacía, me miraría como había hecho la última vez.

—Oliver ¿pasa algo? —pregunté susurrando.

El miedo se apoderó de mí en cuanto vi su cara. Algo le había sucedido a Evan. Sin responderme, agarró mi mano y me llevó hacia el pasillo que daba a la zona privada. Mi corazón comenzó a latir y mi respiración se volvió más pesada.

Nos detuvimos ante la puerta de Evan. Desde fuera, se escuchaba la voz de Evan hablar con una mujer. Mi cuerpo se tensó al escucharla hablar de la maravillosa noche que habían pasado. Una oleada de celos inundó mi cuerpo por completo y lo único que quería era salir de allí, que no me viera, que no se enterase que había ido hasta allí. Me di media vuelta para salir de ese espacio que cada vez se hacía más pequeño, pero justo en ese momento la puerta se abrió y vi a un Evan demacrado y completamente magullado. Me asusté al verlo, estaba irreconocible. Él me miró con un asombro que, rápidamente, se convirtió en desconcierto. No pretendía molestarle, pero fue Oliver quien quiso que nos viéramos y ahora estábamos mirándonos de arriba abajo. Ese deseo que un día vi volvía a estar en esos ojos azules, pero no duró mucho. Dejó de mirarme a mí, para acercarse a Oliver.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cabreado.

Su voz no era la que yo conocía, sonaba totalmente diferente, dura y llena

de odio. Eso hizo que me sintiera culpable por haber hecho que un hombre tan dulce como Evan cambiara y se convirtiera en un hombre lleno de rencor, en definitiva, en un completo desconocido.

—Hemos venido a ver el combate, pero, si lo prefieres, nos marchamos —respondió Oliver con la mirada puesta en mí.

Me acerqué a Oliver para poder decirle algo, estaba muy incómoda frente a ellos y mi corazón estaba sufriendo mucho más de lo que esperaba.

—Sí, será lo mejor —le susurré al oído.

—¿Por qué tanta prisa, Luna? —preguntó Evan antes de que me respondiera—. ¿No quieres ver la pelea? Digo yo, que ya que estáis aquí...

Evan me hablaba con desprecio y eso me destrozaba. Me acerqué a él y sentí cómo su cuerpo se tensaba, cómo su pecho subía y bajaba repetidamente. Oliver quiso acercarse a nosotros, pero no lo hizo, cogió el brazo de la mujer y se la llevó lejos de nosotros. Ella comenzó a insultarle, pero eso no hizo que Evan y yo nos separáramos, nuestros ojos estaban conectados. No apartábamos la mirada, ninguno decía nada, únicamente nos mirábamos intentando reconocernos, intentando saber si quien estaba ante nosotros era esa persona de la cual estábamos enamorados. Evan, por un momento, bajó la mirada a mis labios y eso hizo que cogiera confianza. Acerqué mi cara a la suya y lo besé, besé esos labios que tanto había echado de menos en esas cuatro semanas. Él puso ambos brazos sobre mi cuerpo y me alzó para que enroscara mis piernas alrededor de su cintura, así, entre sus brazos, cerró la puerta de un portazo, caminó hacia el interior del camerino y me pegó en ella para poder besar cada parte de mi piel. Evan estaba desesperado, podía sentirlo en sus besos, en sus caricias, en sus latidos; unos latidos que latían al compás de los míos.

No decíamos nada, no hacía falta, las palabras sobraban. En ese momento solo necesitábamos estar juntos, nuestros cuerpos lo pedían a gritos. Cada beso, cada mordida, cada caricia, cada lamida, todo eso encendía mi piel, mi cuerpo, mi interior y Evan lo sabía.

—Evan... Evan... —susurré entre gemidos.

Besó mi cuello y desabrochó los botones de mi pantalón para después deshacerse de él y, por consiguiente, de mi ropa interior. Cuando estuve totalmente expuesta a él, sus dedos viajaron hacia mi interior, mandando descargas eléctricas a todo mi ser.

—Te deseo, Luna —susurró en mi oído.

Escuchar ese nombre de sus labios hizo que mi mundo se rompiera en

pedazos. Me tensé e hice que me soltara de un empujón.

—¿Cómo me has llamado? —pregunté con la boca desencajada.

Evan me miraba con el ceño fruncido, yo no entendía qué había pasado, en qué momento pensó que yo me entregaba a él como Luna y no como Amber, la mujer que lo amaba con toda su alma. Me soltó y se separó de mí, le agarré del brazo haciendo que volteara para que me mirara a los ojos y volviera a decirme ese nombre. Quería ver su expresión al llamarme por ese nombre que tanto odiaba.

—Te llamé, Luna. ¿Cuál es el problema? ¿No es así como quieres que te llame? —respondió con una sonrisa cínica.

Lo dijo con tanta tranquilidad, que me cabreó aún más. Alcé mi mano y le di una bofetada con todas mis fuerzas. Me estaba tratando como a una puta, debí darme cuenta cuando llegué y sentí su fría mirada en mí. No debí confiar en que podíamos volver a tener lo que teníamos. Me había equivocado de nuevo, nunca me imaginé que precisamente él me tratara así. Me agaché para recoger mi ropa y vestirme, tenía que huir de allí. Cabreada e indignada, subí la mirada de nuevo y ahí estaba él, me miraba como si nada hubiera pasado. Negué mientras me vestía.

—¿Sabes? En todo el tiempo que he estado trabajando en el casino, ninguna vez me hicieron sentir como una puta, pero tú hoy me lo has hecho sentir —expresé decepcionada—. No te reconozco, Evan, y lo peor de todo es que sé que yo tengo la culpa. —Permanecí en silencio mientras él seguía mirándome—. Será mejor que me vaya.

Sin esperar su respuesta, me dirigí hacia la puerta, pero cuando tenía la mano puesta en el pomo de la puerta, sentí su mano agarrar la mía, impidiendo mi salida. Me di la vuelta y me quedé helada al ver su expresión. Ahí estaba Evan, ese hombre del cual me enamoré, me miraba con miedo, con amor, pero también con odio. Era una mezcla explosiva.

—Me voy, Evan. Mereces a alguien mejor que yo, mereces a una mujer que te haga feliz y esa no soy yo y creo que nunca lo seré... lo siento —dije y salí de ahí.

Cuando salí y me adentré al pasillo, fui corriendo hasta al aseó de señoras, necesitaba estar sola, necesitaba llorar y gritar hasta que mi voz se fuera, hasta que me quedara sin lágrimas. Entré y pegué una patada a la primera papelera que encontré en mi camino.

—¿Por qué me haces esto?! —grité.

No podía más, no podía con tanto sufrimiento, estaba cansada y quería

acabar con Luna, con mi vida. Tenía que desaparecer, que nadie me encontrara, que no supieran nada más de mí, me sentía exhausta. Arrastré mi cuerpo por la pared y me quedé sentada abrazándome a mis piernas. Nunca me había sentido tan perdida, nunca había sentido el dolor que estaba sintiendo.

—No puedo más —susurré bajito.

Estaba harta de ser Luna para vengarme y no conseguir nada. Los minutos comenzaron a pasar, pero no me importó lo más mínimo, no quería ver a nadie, no quería que nadie me encontrara. Me levanté del suelo suspirando y toqué mis brazos intentando darles calor, tenía frío. Evan seguía en mi mente, no podía borrar esa parte en la que me había llamado Luna. Quería estar con él, pero lo nuestro había acabado de la peor manera, ya no había vuelta atrás. De pronto, el resonar de unos tacones se escuchó, quise esconderme, pero no me dio tiempo, la mujer que estaba con Evan entró en el cubículo. Quería irme, pero cuando me acerqué a la puerta para salir, me cogió del brazo y tiró de mí haciendo que me golpeará contra la puerta.

—¿Estás loca? —pregunté confundida.

La tipa me miraba de arriba abajo y sonreía, para ella yo era una persona inferior e insignificante. Se acercó a mí y rio, al verme nerviosa. No sabía el motivo, pero me ponía histérica, no me gustaba su mirada frívola.

—Sí, estoy loca y justamente por eso vengo a hablar contigo —expresó y frunció el ceño—. Tranquila, no voy a hacerte daño, no, si me haces caso.

La miraba sin entender qué quería decir con eso.

—Suéltame, estúpida. ¿Quién te crees que eres? —escupí cabreada.

Soltó una carcajada y me soltó. Intentaba atemorizarme y, en cierto modo, lo estaba consiguiendo. Comenzó a caminar sin mirarme y se detuvo justo delante del espejo.

—¿Sabes una cosa, Luna? Así te llamas, ¿no? —asentí—. Tienes que dejar en paz a Evan, él es mío, no pienso dejar que vuelva a pasar. ¿Me entiendes verdad?

—Estás loca, si piensas que voy a dejar a Evan —afirmé segura de mí misma.

Se acercó a mí y, sin previo aviso, me agarró del cuello apretándome, impidiendo que el aire entrara en mis pulmones. En ese momento me di cuenta de que esa mujer de verdad estaba loca y sería capaz de cualquier cosa.

—Si no lo dejas, me encargaré de que a la próxima te quedes sin aire, ¿queda claro?

Unos pasos se acercaron a la puerta del lavabo y ella me soltó. Comencé a

toser y me agaché en el suelo intentando recobrar la compostura.

— ¡Gabriela! —escuchamos la voz de Evan llamando tras la puerta.

Se agachó hasta mí y, poniéndose un dedo en los labios, me miró para que le hiciera caso y callara.

Se levantó y salió del lavabo antes de que entrara. Intenté levantarme agarrándome al pomo de la puerta y lo conseguí. Seguía tosiendo, me había hecho daño, me miré en el espejo y vi en mi cuello marcas rojas.

Caminé hasta la puerta y salí de allí, tenía que buscar a Oliver, quería irme cuanto antes. Al salir, me lo encontré en el pasillo. Me miró y, al ver en el estado que estaba, corrió hasta mí. Apenas podía caminar, las piernas me temblaban y mis ojos se cerraban. Caí de rodillas al suelo y Oliver gritó mi nombre, corrió hacia mí y se agachó para cogerme en brazos. En ese momento no veía nada más, todo se había vuelto oscuro.

No sabía si habían pasado minutos u horas. Comencé a abrir los ojos y me costó hacerlo del todo, ya que las luces me molestaban. No sabía dónde estaba, sentía frío, bajé la mirada y me di cuenta que tenía puesto un camisón de hospital. ¡Otra vez en el hospital! Pero ¿por qué? Cuando pude abrir los ojos completamente, busqué con la mirada a Oliver y lo vi sentado en el sillón que había en la habitación, estaba con los ojos cerrados, parecía estar dormido.

Eché mi cabeza hacia atrás, reposándola en la almohada. Intenté hacer memoria y lo recordé todo. El momento que pasé con Evan, la amenaza de Gabriela y, por último, cuando caí al suelo de rodillas. Después de eso, nada más.

Oliver abrió los ojos y se levantó para acercarse a mí. Parecía cansado, se sentó a orillas de la cama y agarró mis manos mientras me miraba a los ojos. No sabía por qué me quería tanto, pero empezaba a acostumbrarme a sus muestras de cariño.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con dulzura.

Era tan dulce y se preocupaba tanto por mí que no sabía qué hacer para poder amarle como merecía. Pensé en intentarlo, pero Evan aparecía en mi mente y mi corazón se negaba a amar a alguien más.

Oliver siempre estaría ahí para ayudarme.

—Amber —dijo tocando mi hombro.

Me había quedado perdida en mis pensamientos y no hacía caso de lo que me decía, ni siquiera había escuchado lo que me había dicho. Le miré y sonreí

forzadamente. Ya todo estaba perdido y no había nada que hacer para arreglar lo que había pasado en tan corto tiempo.

—Perdón, no escuché lo que me dijiste —me disculpé y él me sonrió.

—¿Cómo te sientes? Aparte de distraída.

Suspiré y eché la cabeza en la almohada, realmente no sabía cómo me sentía. Tenía tantos sentimientos agolpados en mi pecho, que realmente no sabía si lo que me pasaba era por eso o por otra cosa.

—No sé —respondí—. Me siento mareada y cansada, nunca me he sentido así... bueno... sí... —Me quedé en silencio un momento.

Oliver me miraba preocupado, pero sus ojos parecían ocultar algo.

—Dime que no, Oliver, por favor —supliqué y él agachó la mirada—. No puede pasarme todo a mí, no ahora —pregunté con un hilo de voz.

Mi voz había sonado tan bajita que casi no me oía ni yo. Oliver seguía sin mirarme, me acerqué a él y apreté su mano para que me mirase y me respondiera de una vez. Los nervios me estaban comiendo y gritaría de un momento a otro.

—¡Joder Oliver, quieres hablar de una vez! —alcé la voz.

—Estás embarazada.

Mi cuerpo tembló al recodar la violación. Comencé a negar mientras me levantaba de la cama, ¿en qué momento mi vida cambió tanto? ¿Qué haría ahora? Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, pero ya ni eso me calmaba. Llorar no borraba lo que sentía, gritar no alejaba mis peores pensamientos.

—Cálmate, Amber, todo se arreglará —habló intentando tranquilizarme, pero me era imposible, no podía.

Se acercó a mí y me abrazó, me cobijé en sus brazos.

—Cuéntaselo a Evan, él estará feliz y todo se arreglará entre vosotros.

Me separé de él de golpe y le miré con pánico. No podía decirle a Evan que estaba embarazada. ¿Cómo se lo tomaría? Podría pensar que no era de él y no soportaría un nuevo rechazo por su parte, me mataría.

—Evan no puede saberlo, Oliver —callé por un momento—. Puede que no sea de él, puede que sea de... Dominic —afirmé al fin.

Mis lágrimas no cesaban y sabía que en cualquier momento me desmayaría por tanta presión como estaba sintiendo en aquel momento. La expresión de su cara al oírme fue de lastima, eso no me gustó.

—¿Estás segura de eso?

Negué enjugándome las lágrimas, necesitaba salir del hospital, salir de

Manhattan, desaparecer de la vida de todos, de la de mis enemigos, incluida de... la de mi hija. No podía más, quería morirme y que todo terminara de una vez, ya no tenía ganas ni de vengarme, ya no me llenaba nada.

—Oliver... necesito irme un tiempo lejos de aquí, lejos de todos o me volveré loca —expresé nerviosa.

Él asintió comprendiéndome, sabía que no era una cobarde, que no me iba por miedo a lo que pensara Evan o porque había perdido a mi hija. Me iría para pensar poder procesar todo lo que estaba pasando. Tenía que recoger los pedazos de mi corazón herido, antes que se hiciera cenizas por tanto odio y amor que sentía, no era bueno para mí, para mi hija o para Evan. Yo no era buena para ninguno de ellos y lo sabía.

—¿Dónde irás?

—Lo siento, prefiero que nadie lo sepa. Hoy mismo me marcharé. No quiero que nadie sepa nada del embarazo, por favor —le supliqué.

Oliver me dejó en la estación y se marchó con tristeza. Me insistió en que le dijera adónde iba, pero no lo hice, no quería que nadie lo supiera, que nadie me buscara. Necesitaba descansar un tiempo y así poder decidir con la mente más fría y calmada lo que haría.

Entré en la estación y fui hasta el mostrador para poder comprar el pasaje de ida, solo de ida. No sabía cuándo volvería, pero sin duda lo haría, volvería a por mi tesoro.

Compré el pasaje para Connecticut y me senté en uno de los bancos, me sentía agotada. Al rato... pensé en avisar a Selena de que me dirigía hacia su paradero. Me levanté y fui hasta un teléfono público, busqué en mi bolso la agenda para mirar el su número de Selena y marqué.

—Dígame —habló Selena al otro lado de la línea.

—Seli... soy yo, Amber —respondí con un nudo en la garganta.

Estaba loca por explotar de nuevo en llanto y ella se dio cuenta. Selena me conocía demasiado y era la única que necesitaba en mi vida en ese momento, la única que me comprendía de verdad y la única que me ayudaría a decidir qué hacer con todo lo que estaba pasando.

—¿Qué ocurre, Amber? ¿Dónde estás? —preguntó preocupada.

Suspiré antes de responder, necesitaba estar serena y se me estaba complicando.

—Estoy en la estación —respondí—. Seli, voy para allá, para Connecticut. Te necesito, solo tú puedes ayudarme —expliqué en un hilo de voz.

Tenía las palabras atascadas, me costaba explicarle lo que me pasaba. Le pedí que aguardara a que llegara hasta ella y se lo contaría todo.

En ese momento, anunciaron la salida del bus en los altavoces. Me despedí rápidamente y me dirigía hacia él.

Subí, le entregué el billete al conductor y avancé despacio por el estrecho pasillo. Tomé asiento y poco después, con todos los viajeros acomodados, arrancó y se puso en marcha.

Fijé la mirada en la ventana y cuando el autobús iba a dar la curva para salir de la estación, escuché mi nombre en un grito desesperado. Volteé la cabeza nerviosa y vi a Evan corriendo junto a mi ventanilla con lágrimas en los ojos. Pude ver el miedo reflejado en su rostro, pero volví la cara hacia el otro lado. Había ido a impedir que me fuera, pero ya era tarde, me iría de todos modos, me fui igualmente.

El autobús por fin llegó a su destino, bajé a toda prisa y corrí al encuentro de Selena. Ella me esperaba justo en la salida y, cuando me vio, corrió hasta mí. Ambas nos fundimos en un fuerte abrazo y yo me acurruqué en ellos como si estuviera perdida.

—Amber, cariño, estoy contigo —afirmó tranquilizándome.

Me separé de ella un momento y asentí, me miraba con cariño y comprensión, justamente lo que yo necesitaba. Agarró mi pequeña maleta y salimos de la estación. Selena se dirigió hasta un coche y metió mi maleta en el maletero. Me instó a que me sentara en el asiento del copiloto y ella sentó al volante. No sabía que supiera conducir, aunque realmente no sabíamos mucho la una de la otra, únicamente lo justo para ser amigas incondicionales. Mientras conducía cruzaba alguna que otra mirada conmigo, pero siempre le volvía la cara al camino.

Una hora después, llegamos hasta una casa grande que estaba a las afueras. La casa se veía acogedora y me imaginé que era en la que se crio de pequeña. Aparcó y bajamos, cogimos la maleta y nos dirigimos hacia el interior. Al entrar, sentí cómo mi corazón se encogía, se parecía mucho a mi casa, acogedora y familiar. Era como si estuviera entrando en mi casa, muchos recuerdos de mi vida pasada entraron en mi mente para volverme loca del todo, volví a llorar. Selena soltó mi maleta en el suelo de la entrada y se acercó a mí, agarró mi mano y tiró de mí para llevarme a la cocina.

—Siéntate, te prepararé un té —propuso y asentí mientras me sentaba en una silla.

Puso agua a calentar en la vitrocerámica y sacó las bolsitas de té de unos de los muebles. Cuando el agua estuvo caliente, las metió y se acercó a mí con la taza en las manos. Todo lo hizo en total silencio, era raro que Selena no me hubiera preguntado aún qué me pasaba. Se sentó frente a mí y cruzó su mirada con la mía mientras arrugaba las cejas, intentando averiguar mis pensamientos.

—Estoy embarazada —solté de pronto.

Selena abrió los ojos sorprendida y mis ojos volvieron a humedecerse. No sabía si era bueno llorar tanto, pero no podía parar de hacerlo. La situación me sobrepasaba y ya había explotado de una manera que me importaba muy poco lo que pasara, que Matt se enterara de mi identidad escondida, que Evan estuviera con Gabriela, que mi padre y Matt se salieran con la suya. Todo me daba igual en ese momento y no haría nada más al respecto. Ya solo importaba mi hija.

Capítulo 13



Seguía con la taza de té entre mis manos, esperando una reacción por parte de Selena. Se había quedado mudo después de decirle que estaba embarazada, parecía estar teniendo una batalla interior.

—¿Me vas a decir algo de una vez? —pregunté tocando su mano.

Levanto la mirada brevemente y negó, no me diría nada y ya entendía cuál era el motivo. Ella pensaba que era de Evan y en parte no le gustaba la idea, pues era el viudo de su hermana.

—No es de Evan... bueno no lo sé con exactitud, pero casi segura que no es de él —aclaré nerviosa y pude ver cómo relajaba su semblante.

Mi mente voló hasta la estación, recordando el momento en el que Evan intentaba impedir que me fuera.

Me sentía perdida y hundida, peor que cuando Dominic abusó de mí, de mi cuerpo, cuando ultrajó cada parte de mi piel. La vida me había lastimado demasiado, pero ahora era peor que nunca. Ya no sabía ni quién era, estaba amargada, sin futuro a la vista, sin amor. No sabía qué hacer, me encontraba perdida, perdida en la vida, perdida en el pasado, en el presente y sin un futuro aparente.

Selena seguía mirándome, desconcertada. Esperaba otra aclaración, quién era el padre de mi bebé.

Pero no podía mentirle, no sabía exactamente de quién era. No estaba dispuesta a hacerle a mi bebé una prueba de paternidad, era algo vergonzoso para mí porque me hacía recordar la pesadilla vivida bajo el aliento y los golpes de ese desgraciado.

—¿No me vas a decir nada? —le pregunté.

—Sí, lo siento, es que me pilló por sorpresa la noticia.

No esperaba que saltara de alegría, pero tampoco me esperaba esa reacción por su parte y menos después de todo lo que ella sabía de mi vida.

—Será mejor que me vaya —dije levantándome de la silla.

Selena se levantó también y cogió mi maleta antes que yo, no iba a dejar que me fuera.

—Vamos, necesitas descansar. —Hizo que la siguiera escaleras arriba.

Llegamos a una de las puertas y la abrió dejando a la vista un dormitorio totalmente equipado. Entró y yo hice lo propio. Soltó la maleta en la puerta y se iba a ir, pero agarré su brazo para que se diera la vuelta y me mirara.

—Lo siento, Seli, no quiero traerte problemas y si...

Puso su mano en mi boca, impidiendo que salieran mis palabras y sonreí al ver cómo lo hacía ella.

—Cállate ya, Amber. No te preocupes por nada. Ahora descansa y más tarde hablamos —expresó y yo asentí.

Después de eso salió de mi habitación y yo me quedé plantada en medio del gran dormitorio, mirando cada esquina, cada detalle, dándome cuenta de que estaba en la habitación de Mónica. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al darme cuenta, pero sacudí rápidamente con la cabeza para borrar cada pensamiento estúpido. Cogí mi maleta y la puse en la cama, me ducharía y me pondría cómoda. Fui hasta la puerta que había en el interior de la habitación, suponiendo que era el baño. Después de una ducha calentita y relajante, me tumbé y quise cerrar los ojos. Algo que me resultó realmente complicado.

Me desperté exaltada por la horrible pesadilla que estaba teniendo, Evan me rechazaba al saber de mi embarazo negando su paternidad. Sabía que pasaría y las pesadillas solo me ayudaban a tomar conciencia de ello. Me levanté de la cama y salí de la habitación, bajé al piso inferior y me quedé un momento en el último escalón. Selena hablaba con alguien y no quería interrumpirla, aunque no pude evitar poner la oreja ya que parecía estar hablando de mí, pero ¿con quién?

—Sí, si está aquí —afirmó Selena.

Fruncí el ceño sin entender, no quería que nadie supiera donde estaba, pero Selena ya se lo había confirmado a alguien.

—No es buena idea, déjala que descanse unos días, por favor.

—Está bien, no le diré nada, no te preocupes.

—Sí, cuidaré de ella, tranquilo.

Después de eso colgó y volvió a sentarse en el sillón, cosa que aproveché para acercarme a ella.

—¿Qué pasa? Te noto nerviosa —pregunté seriamente.

Le hice ver que había escuchado su conversación. Se sentó de nuevo y me instó a que lo hiciera yo también. Me senté y mi mirada se perdió en las fotos del mueble que quedaba justo frente a mí. Selena sonrió y se levantó para coger uno de los cuadros, en él estaban su hermana, sus padres y ella. Era una foto familiar muy bonita y me hizo recordar aquellos tiempos en los que era feliz, aunque luego todo resultara ser un engaño de mi padre.

—Amber, ¿estás bien? —preguntó Selena preocupada.

Me encogí de hombros y suspiré mientras negaba. No estaba bien, ¿cómo iba a estarlo? Si me sentía encadenada a Evan, anhelando su amor, esperando ser rescatada de toda aquella pesadilla.

—No, no lo estoy —susurré—. Sé que... si este bebé es de Evan, te cabrearás, y no te culpo, pero tampoco puedo negarte que me encantaría que fuera de él —afirmé.

—¿Sabes? —preguntó cogiendo mi barbilla para que la mirase—. Prefiero que sea de Evan antes que de ese desgraciado que te hundió la vida. No voy a negar que me ha sorprendido, pero también sé que os amáis y contra eso no puedo hacer nada —explicó y se puso de pie—. Si te soy sincera, me habría gustado que mi hermana Mónica siguiera viva y fuera feliz con Evan, pero no puedo reprocharos lo que pasó, nadie tiene la culpa de la enfermedad de mi hermana. Eso impidió que fuera madre, algo que ella anhelaba con tanta ansia que a veces se comportaba como una histérica, podría asegurar incluso que por culpa de esa frustración... murió antes de lo debido, porque murió de pena, Amber.

Me levanté y la abracé, me di cuenta de cuánto había sufrido y de que yo no había estado con ella en esos momentos.

Me quedaría con ella un tiempo, no sabía exactamente cuánto, pero necesitaba un poco de tranquilidad y sobre todo un poco de libertad. Tenía que recargar las pilas para poder cumplir con lo que un día prometí.

Cuando nos separamos, Selena estaba emocionada, miró hacia abajo y

conectó sus ojos con mi vientre. Me puse nerviosa al ver el brillo en sus ojos, un brillo que jamás había visto en ella. Entonces cogí su mano y la coloqué sobre mi barriga, una pequeña sonrisa cruzó sus labios y me di cuenta de que ella estaría conmigo siempre, pasase lo que pasase, conmigo, con nosotros. Mi bebé ya era amado y sin darme cuenta, yo también lo amaba, aunque fuera hijo de Dominic. Era mi bebé y no haría nada que le hiciera daño, algo que en algún momento se me había pasado por la imaginación.

—Veo que ya te has convertido en su tía —dije con una sonrisa.

Después de desahogarnos contándonos todo lo que nos había pasado en ese tiempo que llevábamos sin vernos, Selena me dijo que le había llegado un sobre anónimo a mi nombre y que aún no lo había abierto. Eso me dejó petrificada... ¿Cómo le había llegado a ella algo a mi nombre, si nadie sabía dónde estaba? El único que sabía el paradero de Selena era Estefan y él no podía mandar nada, si estaba preso. ¿O sí? ¿Cómo lo hizo? Aunque también podría ser de Evan, pero ¿qué habría mandado en ese sobre que no pudo darme en persona? Había muchas hipótesis sobre el tema y la única manera de saber que contenía el sobre, era abrirlo de una vez. Me armé de valor para abrirlo de una vez. Selena estaba sentada frente a mí, mirándome expectante.

—Hazlo tú, por favor —supliqué nerviosa.

Selena lo cogió y lo abrió para luego sacar de su interior varios documentos, los puso encima de la mesa y comenzó a leerlos. Su mirada cambiaba conforme leía cada línea que contenía el primer documento. No entendía nada, pero estaba atacada, así que cuando acabó de leer el primero, lo cogí yo para verlo por mí misma. Leí cada línea, nerviosa, sin entender mucho, lo único que pude ver en varias ocasiones fue el nombre de mi padre y el de Matt y no entendía por qué estaban ellos en esos documentos.

—Mira esto —dijo Selena de pronto.

Dejé el resto de los documentos en la mesa y cogí el que me tendía ella.

—¿Qué es? —pregunté sin siquiera mirarlo.

—Míralo por ti misma —respondió.

Bajé la mirada y comencé a leer, parecía ser la partida de nacimiento de Matt. Cuando llegué al apartado de su nombre, me quedé bloqueada, sin palabras, no podía ser cierto lo que estaba leyendo, no podían tener el mismo apellido, no podían ser hermanos, tenía que haber un error. Matt no era Lincon como él se hacía llamar, era Mathew Bowers. Tenía el mismo apellido que el padre de Evan. Seguí leyendo y más abajo mostraba los nombres de sus padres y en las siguientes paginas el nombre de sus hermanos y pude corroborar mis

sospechas. Matt y Evan eran hermanos.

—No puede ser —susurré confundida—. Hermanos, son hermanos, Selena. ¿Cómo es posible que no me lo dijera sabiendo mi historia con él?

Selena me miró, no tenía respuestas, no sabía qué decirme, no sabía qué responderme. Guardó en el sobre los papeles que ya habíamos leído, pero dejó fuera los que no. Me los ofreció para que yo los viera primero, pero no los cogí. Me levanté y salí al porche a tomar el aire, me estaba ahogando. No me cabía en la cabeza que eso estuviera pasando. ¿Qué pasaría entre ellos? Mi mente todavía intentaba pensar en un nosotros, como si mi corazón le dijera que así sería, que así pasaría, pero ahora ya no estaba tan segura. Las cosas no serían fáciles y después de esto, no sabía si podía confiar en él, en su amor, porque si era su hermano... ¿Quién me garantizaba que no me hiciera el mismo daño que me había hecho Matt? Me hice esa pregunta y la respuesta vino en pocos segundos. Yo conocía a Evan y él sería incapaz de hacerme daño, al menos conscientemente como me lo hizo Matt.

Me senté en la silla que había en el porche y eché mi cabeza en el respaldo de esta, cerré mis ojos y respiré profundamente intentando calmar mis nervios. El haberme convertido en alguien que no quería ser, se había convertido en la peor decisión de mi vida y después de eso, lo único que quería era olvidar todo y vivir tranquila con mi hija. Lo único que me preocupó fue Evan. ¿Cómo lucharía en contra de su hermano? O peor ¿y si él tenía algo que ver? No, eso no podía ser.

Después de diez días instalada en casa de mi gran amiga, en los que la había escuchado en varias ocasiones hablar por teléfono con alguien cuya identidad no me atreví a preguntarle, parecía encontrarme más calmada y relajada. Sin duda, había dado con la solución, apartarme de toda la mierda con la que había adornado mi vida.

Sabía que Evan era quien la llamaba a diario para preguntar por mí y, aunque en cierto modo me gustaba que estuviera pendiente, por otro lado, no paraba de pensar en su lazo con Matt.

En ese momento estaba recostada en mi cama, me había levantado esa mañana un poco débil, no paraba de vomitar y me sentía mareada.

Selena entro en mi habitación con una taza de caldo calentito, como a mí me gustaba, pero sin poder responder a su detalle, tuve la necesidad de salir disparada hacia el baño.

Entonces sentí cómo mi cuerpo se desvanecía, me sentía demasiado débil.

Selena me ayudó a levantarme, ni siquiera podía mantenerme en pie. Cuando me levanté, sentí algo resbalar por mis piernas, agaché la mirada y pude ver cómo estas estaban manchadas de sangre. Miré a Selena con pánico y ella no hizo otra cosa que ayudarme con una bata para salir lo más rápido posible hacia el hospital.

Ya de camino, Selena agarraba mi mano y la apretaba para que sintiera su apoyo, pero yo solo podía mirar por la ventanilla y perderme en el camino de árboles. Intentaba perderme de verdad, meterme en un bosque y morir congelada. No quería una vida así, sin mi hija, sin Evan, sin mi bebé, todas las personas importantes de mi vida me abandonaban.

Cuando llegamos al hospital, un enfermero me llevó en una silla de ruedas directamente hasta la consulta del doctor. Selena se quedó fuera, ya que no la dejaron pasar. Entramos a la consulta y el enfermero me ayudó a subirme a la camilla, en ese momento el médico entraba en la misma y comenzó a reconocermelo. Cuando me tocó el vientre, sentí una punzada que hizo que me doblara en dos, me dolía muchísimo. Miró al enfermero y luego a mí, me estaba asustando tanto que mis ojos volvieron a anegarse de lágrimas.

—Por favor, doctor. No deje que le pase nada a mi bebé, se lo suplico — balbuceé entre sollozos.

—Haré lo que esté en mi mano, pero la cosa no pinta bien Srta. Griffin — expuso el médico.

En ese momento, me sentí morir, no podía hacer más que esperar y pedir por mi bebé.

Me prepararon y el doctor me hizo una ecografía. Yo tenía tanto miedo que no quería mirar a la pantalla, no quería corroborar con mis ojos lo que mi corazón me decía, no quería ver que mi bebé ya no estaba dentro de mí, que lo había perdido. El doctor no quitaba la mirada de la pantalla, estuvo unos minutos que me parecieron horas en la misma posición. Finalmente, apagó el ecógrafo y me miró con cara de circunstancias.

—Lo siento —dijo de pronto.

Me bloqueé al instante, no podía hacer nada, no quería saber nada, no quería oír nada más. Perdí lo que en ese momento lo único que me llenaba de alegría, lo único que me estaba ayudando a remontar de alguna manera.

Después de varias pruebas y reconocimientos, me llevaron a una habitación. Al parecer debían hacerme un legrado y ello haría que me quedaría hospitalizada durante un par de días al menos.

Selena entró en la habitación y no me dijo nada, simplemente se sentó a mi

lado y esperó a que yo le contara cómo me sentía, pero ese era el problema, que no sabía qué sentía, que no quería sentir nada, que no quería hablar del tema, solamente quería olvidar y nada más.

—Sé que no me dirás nada y tampoco pretendo que lo hagas, pero no es bueno lo que haces contigo misma, no es bueno que te guardes lo que sientes. Tu corazón necesita gritar y llorar, si hace falta —habló, pero yo no la miraba—. Amber, mírame, ¡joder! ¿Es qué no ves lo que te haces? —preguntó alzando la voz.

Escuchaba a Selena, pero no entendía nada de lo que me decía, mis oídos solo escuchaban murmullos, como cuando metes la cabeza bajo el agua y alguien habla desde fuera... murmullos que quería que desaparecieran.

Selena seguía intentando hacerme reaccionar, pero no, no iba a conseguir más de lo que le estaba dando. Sentí cómo se levantó y salió de la habitación pegando un portazo tras de sí. Ni siquiera miré en su dirección, ni siquiera me importó que se fuera de esa manera, me daba igual todo.

Recosté la cabeza en el respaldo de la cama y dejé que mis ojos se desahogaran por fin. En ese momento entró Evan en la habitación. Tuve que frotarme los ojos pensando que no era cierto que estuviera frente a mí... que solo se tratara de un espejismo. Evan se acercó a mí y sin decirme nada me abrazó, pegó mi cuerpo al suyo, envolviéndome entre sus brazos, dándome ese calor que tanta falta me hizo durante días, dándome ese amor que necesitaba y que un día rechacé por miedo a hacerle daño, más daño del que ya le había hecho, del que ya le habían hecho. Mis lágrimas no cesaban y solo escuchaba sus dulces palabras intentando tranquilizarme. Yo estaba demasiado destrozada como para dejar de sufrir de un momento a otro, necesitaba tiempo, ese tiempo que yo misma dejé aparcado intentando vivir de una manera que iba a acabar conmigo.

Teniéndole conmigo, la vida ya no sería tan dura, pero ¿se quedará? No lo sabía, en ese momento solo intentaba tranquilizarme entre sus brazos, oliendo su aroma embriagador.

—No llores más, por favor —suplicó en mi oído.

Levanté la mirada y conectamos nuestros ojos para luego unir nuestros labios en un beso. Sus manos viajaron desde mi espalda a mis mejillas, borrando cada lágrima con las yemas de sus dedos, cada herida de mi alma con sus caricias. Se separó y me besó los ojos, las mejillas, la nariz y cada beso me daba un minuto más de vida, un poco más de tranquilidad, un poco más de amor. Estaba tan enamorada de él que, si en ese momento me pedía que

nos fuéramos juntos, lo habría hecho sin pensarlo.

—Perdóname, por favor. No debí hacerte sentir así...

Puse un dedo en sus labios para no dejarle hablar más, no quería recordar aquel día. Agachó la mirada avergonzado, pero no le dejé que lo hiciera, cogí sus mejillas e hice que me mirara como siempre hacía. Sin decirnos nada, sabíamos lo que sentíamos el uno por el otro y eso era algo complicado de conseguir con alguien. Encontrar a esa persona que viajará contigo el resto de tu vida, eso era la verdadera felicidad.

—No tengo nada que perdonarte —dije despacio—. Lo que pasó fue mi culpa y por eso soy yo la que tiene que pedir perdón, si te hubiera hecho caso...

Evan me abrazó y, sin dejarme terminar, me besó otra vez. En ese momento recordé los documentos, tenía que preguntarle sobre ello, pero aquel no era el momento. Sus labios recorrieron mi cuello, bajando hasta la fina tela que tapaba mi pecho, haciendo que le deseara en ese momento, haciendo que le amaré más y provocando una explosión en mi interior, una explosión que fue calmada con sus labios sobre mi piel. Abrió poco a poco mi blusa, dejando al descubierto mis pechos para besarlos con más amor, deleitándose de lo que mi cuerpo provocaba en él, esa sensación que los dos sentíamos cuando estábamos juntos, esa que solo él me hizo sentir con su amor y pasión, pero sobre todo con su dulzura.

—Te amo —dijo con la voz entre cortada.

Sus labios no dejaban que le respondiera, pero con mis actos le decía lo que mi corazón sentía. Cuando sus labios iban a bajar de nuevo a mis pechos, entraba en la habitación Selena. Los tres dimos un respingo y ella salió en seguida despavorida, haciendo que Evan y yo asomáramos una tímida sonrisa.

—¡Entra, Selena! —le dije en seguida.

Evan estaba un poco avergonzado con Selena, le costaba mostrarse feliz delante de ella con otra persona que no fuera su hermana, pero eso era algo que debían arreglar entre ellos.

—Tienes mejor cara, Amber —se burló.

Se acercó a Evan y le dio un beso en la mejilla, luego se acercó a mí y me dio un abrazo de esos que te dicen: “aquí estoy”. Entre ella y yo no hacía nada falta nada más que eso, que un abrazo y un suspiro para saber qué pensamos, una mirada para saber qué sentimos. Se separó de mí y se sentó en la silla más próxima a la cama, me agarró la mano y me miró. Sus ojos estaban rojos.

En ese momento entro del doctor y ambos le facilitaron el acceso hasta la

cama, adoptando un segundo plano.

—Srta. Griffin... he de hablar con usted —me dijo. Acto seguido, se dirigió a ellos—. ¿Pueden salir, por favor?

—No es necesario —intervine—. Pueden quedarse.

—De acuerdo. —Agachó la mirada depositándola sobre el informe que traía una carpeta—. Hemos encontrado unos bultos en tu útero y tenemos que hacerte pruebas para saber la gravedad.

Cuando el doctor me explicó todo, me acordé de mi madre murió, sentí cómo mi vida se acababa por completo, como si me arrebataran la vida de cuajo y entonces entendí todo lo que me estaba pasando, los dolores, el sangrado, el aborto, todo eso fue provocado por el cáncer de útero que yo ya sabía que tenía.

El miedo se apoderó de mí y, a juzgar por la cara de mis acompañantes, también de ellos.

—Dejadme sola, por favor. —Evan se acercó a mí—. No... no te acerques, necesito estar sola, necesito pensar en todo lo que está pasando y en lo que puede pasar.

—Ni siquiera lo pienses, Amber, te lo suplicó. Borra ese pensamiento ahora mismo —suplicó Evan.

Negué con los ojos cerrados mientras las lágrimas mojaban cada vez más mis mejillas e inundaban mi corazón y mi alma.

No apartaba la mirada del informe que sostenían las manos del doctor. Quise descifrar su mirada, pero se mostró impasible.

—Srta. Griffin, las pruebas son positivas, debemos operarle de inmediato. Tiene un tumor... —No fui capaz de escuchar nada más. Mi mente se ausentó por completo y fueron ellos quienes atendieron al doctor.

Evan se acercó a mí y me abrazó, pero eso no me calmó en absoluto. Tenía cáncer, podía morir, no vería más a mi hija. Me sentía bloqueada, las lágrimas no salían, mi cuerpo temblaba.

—Debes firmar, Amber. —Evan me acercaba una carpeta que con toda probabilidad le había dado el doctor en un intento por hacerme reaccionar.

No sabía qué hacer, necesitaba tiempo, necesitaba hablar con Evan a solas, saber cuáles eran sus pensamientos, saber si me apoyaba o no. Todo había sido de pronto, de prisa, rápido.

—¿Qué pasa si no me opero? —pregunté de pronto.

—No estás hablando en serio, Amber. Piénsalo mi amor, por favor, hazlo

por mí, por nosotros —me suplicó Evan.

Sus caricias en mi espalda y esas palabras me hicieron ver que sí, que me apoyaba, que estaría conmigo. Pero yo no quería hacerle sufrir otra vez un amor enfermo. Le miré y vi sus ojos brillantes. Verle así fue lo que me ayudó a aclarar mis ideas y firmar el consentimiento, tenía que ser fuerte y positiva. El doctor nos explicó que debían ver si podían extirpar el cáncer sin más. De no eliminarlo... me extirparían el útero. Cabía la posibilidad de que nunca volviera a ser madre y solo podía darle las gracias a mi hijo nonato pues, gracias a él, el cáncer se había diagnosticado de forma precoz.

Capítulo 14

Miré a Evan a los ojos, quería ser clara con él. No más huidas, no más evasivas, pero sí había de ser sincera.

—No quiero que pases otra vez por la misma situación, no quiero que sufras de nuevo, presiento que esto será lo que acabe con nosotros.

Selló mis labios con los suyos, sin dejarme continuar con mi discurso. No le entendía. Cuando se separó de mis labios, estos se sentían desnudos, como si les faltara la parte fundamental para tener ese calor que necesitaban para vivir. Mi mente viajó a donde no debía y empezaría a hacerle esas preguntas que me moría por exponer.

—¿Y Gabriela? —pregunté.

Frunció el ceño, se sorprendió ante la pregunta.

—No pienses en ella, no es nadie para mí.

—¿Y Matthew?

En ese momento cambió su semblante. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, perdiéndose en las calles oscuras y vacías de la noche.

— ¿A qué viene esa pregunta? —preguntó sin mirarme.

No respondí, al contrario, aguardé la respuesta. Evan aún no confiaba en mí.

—Sé que sois hermanos...

—Hermanastros —respondió sin dejarme terminar.

—¿Hermanastros? —repetí de nuevo—. Lo que sea, ¿por qué no me lo contaste Evan? ¿Acaso no confías en mí?

Se dio la vuelta y se acercó de nuevo. Después negó con media sonrisa. Acercó su cara a la mía y besó la punta de mi nariz.

—Sí, confío en ti, pero mi vida es muy complicada y Matt lo único que hace es complicármela más. —Suspiró—. Somos hermanos de padre. Ese que dice ser mi padre, ya tenía a Matt cuando se casó con mi madre y por culpa de ese hijo de puta... ella y mi hermana están muertas. —Escupió enfurecido.

Sentí cómo me apretaba a su cuerpo, cómo se marcaban sus bíceps en mis brazos. Se separó de mí y me besó en los labios con fiereza. Deslizó parte de su mano a través de mi ropa interior aun sabiendo que no era conveniente en aquel momento. De repente, reaccionó y me pidió perdón por haber actuado así, jurándome que no volvería a pasar, que jamás me tocaría de esa manera que tanto odiaba y que tanto le recordaba a su padre.

Asentí y volví a abrazarle. Esta vez, me recibió con dulzura y amor, como siempre, como debía ser. Amoroso y apasionado.

—Te amo, no lo olvides —expresó con amor.

Agaché la mirada y me dejé caer sobre la almohada, estaba agotada. Sin darme cuenta... caí en un sueño placentero y reparador.

A la mañana siguiente, me desperté y no había nadie en la habitación. En seguida me preocupé, probé a ponerme en pie y cuando vi que podía, me levanté y fui hasta la puerta.

Escuché la voz de Evan discutiendo con alguien, me escondí sorprendida al ver a Gabriela.

Evan le recriminaba la visita, pero a ella le daba igual. Hizo algunos intentos de acercarse a mi habitación, pero Evan se lo impidió. Parecía querer decirme algo y agudicé un poco el oído.

—Déjame pasar, voy a contárselo. ¿O tienes miedo de que te deje después de saberlo todo sobre ti? —escupió Gabriela.

—Lárgate, no tienes nada que hacer aquí y te exijo que la dejes en paz. No vuelvas a buscarla o me vas a conocer de verdad, Gabriela —amenazó Evan cabreado.

No sabía a qué se refería Gabriela, pero era algo que tenía que averiguar, le dejaría tiempo para que me lo contara él mismo y, si después de eso, no lo hacía, tendría que enterarme a través de otros canales.

Evan la cogió del brazo y se la llevó de mi vista, pensé que me había visto, pero era imposible. De ser así, habría venido hasta a mí para darme unas explicaciones que no le pediría.

Me di la vuelta y volví a la habitación, me acerqué a la ventana para mirar las calles de Manhattan llenarse por la muchedumbre, desde horas tempranas.

Me quedé pensando en mi vida, en mi casa, en mi pequeña. Mi pequeña... Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordarla.

Evan entró en la habitación, se acercó a mí y me abrazó por detrás, apretándome contra su pecho. Sentí cómo su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado, pero no le pregunté.

—¿Estás bien? —me susurró al oído.

Negué y no pude evitar que las lágrimas salieran de nuevo, había estado retenéndolas unos segundos, pero yo era una mujer débil, aunque quisiera aparentar otra cosa. Me dio la vuelta e hizo que lo mirara, pero no lo hice volviendo mi cara hacia un lado.

—Dime qué ocurre, por favor —suplicó agarrándome fuerte.

Me zafé de su abrazo y me dirigí a la cama de nuevo, no podía estar mucho tiempo en pie, me cansaba demasiado. Evan vino hacia a mí y se sentó a mi lado, agarró mis manos y las acarició como siempre hacía.

—Háblame, Amber. Dime qué quieres saber y te lo diré, dime qué necesitas y te lo daré. Te amo y no quiero perderte de nuevo, nunca más, rubita —habló y sonreí al escuchar el apodo.

Me acerqué a él y le di un casto beso en los labios, saber que quería contarme sobre su pasado me llenaba de esperanzas, eso significaba que confiaba en mí y era lo que más me importaba ya que, de no ser así, nunca seríamos felices.

—Solo quiero saber qué escondes, qué esconde tu pasado... —Suspiré con los ojos clavados en él—. Solo quiero saber qué es eso que tanto daño te hace, porque solo así podré ayudarte a olvidar y a ser feliz—expuse nerviosa.

Evan se levantó, separándose de mí, de mi lado y no había cosa que me gustara menos, ya que me sentía fría y vacía sin su cercanía. Vi cómo su cuerpo se tensaba mientras se acercaba a la silla más próxima a mí, parecía estar procesando todo lo que tenía que decirme, todo lo que tenía que recordar para poder contarme y ya me estaba arrepintiéndome de haberle hecho recordar algo que tanto daño parecía hacerle. Al sentarse, me miró, pero pronto agachó la mirada hasta sus zapatos comenzando a mover los pies, nervioso.

—Todo comenzó cuando tenía doce años —comenzó a contar—, justo cuando descubrí que tenía un hermano mayor... justo cuando casi lo mato por intentar abusar de mi hermana.

Me tensé al escuchar semejante disparate y Evan no menos al recordarlo.

¿Cómo era posible que tu propio hermano fuera capaz de abusar de ti? Solo un depravado sería capaz de tan vil maldad. Quise levantarme para acercarme a él y que sintiera que no estaba solo, pero no era buena idea. Evan necesitaba pensar y contarme poco a poco todo lo que pudiera.

—Al día, al salir de la escuela, fui directo a casa y vi cómo Matt estaba encima de mi hermana. Ella gritaba, lloraba y yo no sabía qué hacer. Entonces cogí un jarrón y lo estampé sobre su cabeza —prosiguió—. Mi padre al entrar en casa y ver a mi supuesto hermano tirado en el suelo inconsciente se puso como loco, me subió a mi habitación y me dio la peor de las palizas. Gritaba que era mi hermano, que lo había matado, que iría a la cárcel por asesino. En medio de los gritos, apareció mi hermana y le agarró del brazo para impedirle que siguiera pegándome, pero lo único que consiguió fue ser maltratada ella también.

Sus ojos estaban llenos de ira, de odio. Me levanté y me acerqué a él, pero no dejó que le acariciara, no dejó que me sentara a su lado. Me obligó a volver a la cama.

—Cuando mi padre se sació de tanto odio, comprobó que Matt estaba bien y se fue con él a por sus cosas, lo traía a vivir con nosotros. No solo no lo alejaba de ella, sino que lo traía a casa de forma permanente. Mi madre sufrió mucho por eso. Pues los abusos se convirtieron en algo constate. Después de varios años, cansados de los abusos de Matt y de la manera de mi padre hacernos la vida imposible a... un día... bueno, ese día, cuando murieron... Yo pensaba que Matt iba solo en el coche con mi padre, quería que murieran los dos, solo ellos dos, pero me puso una trampa.

Abrí los ojos impactada, no podía creerle, lo que le atormentaba era la muerte de su madre y hermana, él creía ser el culpable de sus fallecimientos. Se levantó y comenzó a caminar de un lado al otro, era duro, muy duro compartir algo así.

—Él sabía de mis intenciones y me hizo creer en todo momento que irían en su coche, pero cuando tuvo lugar el accidente y vi quiénes iban en el coche... sentí que me moría por segundos. Mi madre... Camila, las dos muertas por mi culpa, ¡por mi maldita culpa! —gritó esto último frustrado.

Corrí hasta él y lo abracé, envolviéndolo en mis brazos, haciéndole sentir que estaba por y para él. Se aferró a mi cuerpo, sintiéndose un niño perdido y yo lo acuné como si así lo fuera, mientras lloraba desconsolado. No podía creer que cupiera tanta maldad en un hombre como Matt, no podía concebir que le hiciera eso a sus hermanos. De repente, temí por mi hija.

El celador vino para llevarme al quirófano.

Evan se acercó a mí para desearme suerte y jurarme que estaría ahí cuando despertara, que sería lo primero que verían mis ojos.

Asentí y mis ojos se llenaron de lágrimas. Evan acarició mi rostro y respiré profundo al sentir su contacto.

—Dime qué necesitas y aquí estará cuando despiertes.

—Solo hay algo que desee a mi lado... —Algo, o mejor dicho alguien, pero eso no estaba al alcance de su mano. Mis ojos comenzaron a brillar justo cuando el celador comenzó a empujar la camilla.

Asintió y el enfermero empujó la camilla, nuestros ojos estuvieron conectados en todo momento, hasta que me adentré en el pasillo que daba a los quirófanos, ahí perdí la visión que tenía de Evan, pero se me quedó en la retina el recuerdo de su última sonrisa, sonrisa que me regaló a mí, solo a mí.

Los enfermeros conectaron unos goteros a la vía que llevaba en el brazo y el goteo, poco a poco, fue entrando en mi torrente sanguíneo. Tan solo unos segundos después, quedaba sumergida en un sueño profundo.

Escuchaba murmullos a mi alrededor. Sentí una mano cálida y conocida, su aroma muy cerca, sus caricias en mi cabello, sus besos en mi frente. Poco a poco, fui abriendo los ojos y la claridad me cegó por un momento.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante, mi hija, mi pequeña... No podía creer que fuera cierto, no podía creer que April, mi April, estuviera conmigo después de tantos meses. Miré a Evan para agradecerle aquel milagro.

Por un instante, sentí miedo al pensar en lo que habría tenido que hacer para traerla conmigo. ¿Y si había cometido una locura? Matt era muy peligroso. Extendí la mano para que se acercara y así lo hizo, besé sus nudillos enrojecidos, parecían haber chocado con alguien.

—¿Qué has hecho? —pregunté en un susurro casi inaudible.

Selena estaba parada en la puerta, mirándonos y esperando para acercarse a mí. Selena se acercó desde la puerta, cogió a mi hija entre sus brazos y se la llevó para que Evan y yo pudiéramos hablar.

—¿Qué ha pasado Evan? Me tienes muy preocupada —hablé una vez solos.

Me miró y pude sentir su miedo que sentía. Giró la cara y le cogí de la barbilla para impedirlo, quería que fuera honesto conmigo y me dijera la verdad, que me dijera qué había hecho para conseguir traer a mi hija de vuelta

conmigo. Cuando me volvió a mirar, lo hizo con angustia.

—Lo he matado —dijo de pronto.

Me paralicé, eso era imposible. Mi angustia fue creciendo hasta el punto de no poder respirar, haciendo que Evan tuviera que salir corriendo a buscar a un doctor porque moriría asfixiada de un momento a otro. Mis ojos se estaban cerrando y ya no podía ver ni oír nada.

¿Qué iba a pasar ahora? Nuestro destino parecía estar manchado de color negro azabache, tan oscuro como la noche, tan tenebroso como el infierno. Ese infierno con Matt al acecho.

De repente, recuperé la consciencia. ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente?

Escuché en la lejanía la voz de Evan pidiendo perdón por lo que había hecho.

¿Perdonarle? No había nada que perdonarle. No le culpaba a él por ello, me culpaba a mí, y solo a mí, por inducirle a hacerlo. Sin querer le había obligado a traer a mi hija y eso había sido la chispa necesaria para encender el fuego interno que emanaba en su pecho.

Sentí su cálida mano coger la mía con delicadeza, pero su voz aún sonaba lejana.

—Lo siento... —rozó mi mejilla—. Tenía que hacerlo... tenía que hacerlo... —susurraba entre lágrimas—. Quiero que sepas que tú no tienes la culpa, que lo hice por mí, por mi madre, por mi hermana, por el odio y la venganza que siento en mi interior desde hace años —confesó nervioso.

De pronto, sentí el rechinar de una puerta abriéndose.

—¿Sigue igual? —reconocí la voz de Selena.

Evan suspiró y apretó mi mano. La mano de Selena me cogió la otra y sentí un beso en el anverso de esta.

—¿Y April? —preguntó Evan.

—Con Oliver. Vino hace rato con Estefan y se la llevaron a mi casa. Cuando despierte, iremos para allá —sentenció.

¿Había oído bien? ¿Había dicho Estefan? Encontraron a mi hermano, no podía ser cierto. Necesitaba despertar de una vez, dejar esa oscuridad que cada vez me alcanzaba más. Intenté abrir los ojos, pero no era tarea fácil. De pronto comencé a escuchar unos pitidos y a Evan y Selena gritando mi nombre desesperados. Todo fue muy rápido, todo muy lejano, y de repente... dejé de oír.

Sumergida en la oscuridad del todo, veía una luz fluorescente al fondo y escuchaba unas voces llamándome, invitándome a ir hacia esa luz. Pero no, no podía abandonarles, no podía dejar a mi hija, quería verla crecer feliz, quería tener una larga vida con Evan, quería despertar cada mañana y ver esos ojos azules mirarme como si fuera lo máspreciado que tuviera en su vida. Quería mirarle de la misma manera para que sintiera lo mismo, para hacerle ver que nada ni nadie podía con nosotros, con nuestro amor. Cuando me disponía a volver, sentí unas punzadas en mi pecho, como si una electricidad aplastante me aprisionara. De un momento a otro, mis ojos comenzaron a abrirse despacio, como si hubiera estado muerta y me hicieran despertar de golpe. Mis ojos intentaron acostumbrarse a la luz y ya sentía de nuevo ese sueño, esa oscuridad intentando llevarme con ella, saqué fuerzas y los abrí de golpe.

Al abrirlos, vi a un chico joven. Me sonreía satisfecho e hizo que yo le devolviera el mismo gesto.

—Bienvenida de nuevo —dijo.

Vi cómo otro se acercaba y me tomaba las constantes. Le hice un gesto con la mano para que me mirase y, cuando lo hizo, intenté hablar, pero me costaba horrores. Tenía la garganta tan seca que las palabras no salían. Entonces señalé mi garganta, para hacerle ver que tenía sed. Salió de la habitación y, unos segundos después, volvió a entrar con un vaso de plástico y me ayudó a beber. El agua rodó por mi garganta y agradecí que estuviera fresca.

—Gra... gracias —dije despacio.

—Tranquila, Amber. Ahora voy a salir un momento, tu novio está como loco por saber de ti y tengo que decirte que tiene muy mal carácter —explicó haciéndome sonreír.

Miré a mi alrededor y pude comprobar que estaba en otra habitación. Me asusté al verme conectada a varios aparatos. No sabía qué me había pasado, pero de algo estaba segura, había estado en el otro lado. Al menos mi mente así me lo revelaba.

La puerta se abrió y entró Evan, mi Evan. Corrió hasta mí y besó mis labios con desespero, agarrando mis mejillas, como si le fuera la vida en ello. Sus lágrimas se unían a las mías, nuestros corazones latiendo de la misma manera y con la misma fuerza, sus labios aprisionando los míos con la misma fuerza con la que yo aprisionaba en los suyos. Pude percibir fácilmente que había sufrido muchísimo por mi estado.

—No vuelvas a hacerme esto, no vuelvas a irte así, no vuelvas a dejarme nunca más porque la próxima vez me iré contigo —expresó entre sollozos.

Acaricié su mejilla, borrando sus lágrimas de ellas y sonreí mientras negaba despacio. No volvería a irme, no dejaría que nada ni nadie me alejara de él, no dejaría que la oscuridad me envolviera de nuevo. Y, si tenía que luchar día a día para conseguirlo, lo haría.

—Nunca más y sabes por qué —negó reprimiendo una sonrisa—, porque te amo y me amas y únicamente eso necesito para vivir, porque el significado de vivir, para mí, tiene tu nombre escrito a fuego. Te amo, no lo olvides nunca —confesé y volvió a unir nuestros labios.

—¿Amber? —preguntó Oliver entrando en la habitación.

—Pasa, Oliver —respondí.

No se atrevía a entrar y menos después de ver a Evan abrazado a mi cuerpo.

Se acercó sigiloso, incluso diría que sin ánimos. Le insté a que se acercara y así lo hizo. Evan lo miraba con el ceño fruncido, pero no había motivos para que estuviera molesto. Oliver jamás intentó propasarse conmigo.

—Os dejo solos —dijo Evan levantándose de la cama.

Asentí y salió de la habitación sin ni siquiera mirarlo. No entendía su trato hacia él. Después de todo, era su representante.

—Te veo bien —habló con preocupación—. Te he echado de menos, Amber —confesó acercándose a mí.

—Oliver, por favor. No creo que sea conveniente... no quiero hablar de ello. —Intenté parecer serena, como si su presencia no me molestara.

Se apartó de mí con la cabeza agachada, como si se sintiera humillado.

—Ya lo he entendido, no te preocupes. No haré nada que ponga vuestra relación en peligro. —Suspiró y volvió a acercarse a mí—. ¿Sabes? Te necesito, pero no como la mujer del cual creí estar enamorado...

—¿Creí? —pregunté asombrada, sin dejarle terminar la frase.

Asintió sentándose en la silla, mirándome, reprimiendo una sonrisa. Parecía querer contarme algo importante y había algo en su manera de actuar totalmente diferente. El Oliver que estaba ante mí era otro, uno más tranquilo, más amigo, un Oliver más feliz.

—Veras... estoy saliendo con alguien, nunca creí que ella pudiera llegar a gustarme, que podía interesarme de la manera en la que me está interesando y todo es gracias a ti. —Fruncí el ceño sin entender—. Si no hubieras desaparecido, ahora no estaría con ella, no la habría conocido de la manera en la que lo he hecho.

Yo lo miraba sonriente, pero no entendía mucho. Era como si yo hubiera

actuado como cupido, sin saberlo, entre dos personas que, según él, anteriormente no habían salido ni hablado. Por un momento pensé que podría ser Selena, pero deseché la idea enseguida ya que ella estuvo conmigo todo el tiempo. Entonces me vino a la mente...

—¿Topanga? ¿Estás enamorado de Topanga?

—Sí, ella es la mujer que me ha enamorado —confesó nervioso—. ¿No te importa? Digo... que esté con ella. No digo que sea porque tú... déjalo, olvida lo que dije —habló levantándose nervioso.

Sonreí de lado, era muy cómico ver a un hombre como él, enamorado como un adolescente. Verle así me hace darme cuenta de que realmente jamás estuvo enamorado de mí, que solo fue una atracción, un deseo. No me equivoqué al no casarme con él sería un error que, con el tiempo pagaríamos los dos. En ese momento, entró Evan de nuevo a la habitación. Me di cuenta de que Evan era un hombre muy celoso, muy terrenal y eso en parte me gustaba, pero solo con motivos, no sin ellos. Se acercó a mí y besó mis labios apasionadamente, tuve que sonreír por aquella puerilidad. Evan me siguió la sonrisa, dándose cuenta de lo ridículo que estaba resultando.

—Lo siento —se disculpó en mi oído.

Negué señalando a Oliver, era a él a quien debía pedirle disculpas por ser tan grosero. Entendía que no quisiera tener ninguna relación con el hombre que tiempo atrás quería conquistarme, pero al final ganó nuestro amor y no consiguió nada. Se acercó a él y le extendió la mano. Oliver en seguida la estrechó. Ellos se llevaban bien y no podían estar distanciados por mí, no me gustaba ser el centro de atención.

—¿Cómo estás? Echo de menos a mi campeón. ¿Cuándo volverás al ring? —preguntó Oliver en tono conciliador.

Noté como Evan se tensaba ante esa pregunta. Se acercó a mí y agarró mi mano con fuerza, cuando se ponía así empleaba una fuerza brutal y no se daba cuenta de que me hacía daño.

—Evan —dije despacio—. ¿Evan? ¡Evan! —grité para que reaccionara.

Lo hizo, claro que lo hizo, pero no de la forma que yo quería, soltó mi mano y salió de la habitación de mala manera. Cuando dio el portazo, mi corazón se sobresaltó y mis lágrimas rodaron por mis mejillas. Oliver se acercó a mí y me limpió las lágrimas. Minutos después, salió en busca de Evan, parecía que él sí sabía lo que le pasaba.

Me quedé mirando hacia el techo, pensando en todo y en nada, en mi cabeza solo tenía a Evan y me preocupaba su forma de actuar cuando se sentía

atacado o cuando le recordaban algo de su pasado.

Seguía en mis pensamientos y no me di cuenta de que entró alguien en la habitación, miré de quien se trataba y me quedé helada, un frío recorrió mi espalda e hizo que mi cuerpo temblara.

—Matt —susurré envuelta en el miedo.

Era como si me hubieran metido en una burbuja llena de miedo, una de la cual no podía salir, una de la que no podría salir, no con vida al menos. Sus ojos inyectados en sangre, su cara completamente magullada y llena de cortes, no tenía un buen aspecto, pero ¿cómo alguien que renace de entre los muertos puede tener buen semblante? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Cómo me había encontrado?

Se acercó a mí con una sonrisa temerosa, yo no podía defenderme, no podía hacer nada, estaba atada de pies y manos. Cuando lo tenía cerca, tan cerca que respirábamos el mismo aire, sentí sus grandes manos apretar mi cuello, me asfixiaba, quería matarme y lo conseguiría si no llegaba alguien a tiempo.

—Suel... suéltame —dije con dificultad.

No podía respirar, ya me estaba mareando, no podía hacer nada, él era mucho más fuerte que yo y ya sentía que me iba, que todo se acababa para siempre.

—Voy a acabar contigo, puta, voy a acabar con tu vida, Luna.

Abrí los ojos temerosa, sabía quién era. Matt, sintiéndose completamente engañado, estaba acabando con mi vida y todo ¿por qué? Por engañarle, por robarle a mi propia hija, por todo lo que según él yo le había hecho y sobre todo porque Evan lo mató o mejor dicho lo intentó matar.

Entonces... cuando ya estaba a punto de desfallecer entre sus manos, Matt me soltó como si algo en su interior se hubiera removido y le diera pena acabar con mi vida, como si realmente tuviera corazón.

—No puedo hacerlo, no puedo matarte. Aunque deseo con todas mis fuerzas acabar contigo, mi corazón no me deja hacerlo y te odio por eso, por no dejar que te odie en paz, por no dejar que acabe contigo sin pensar en mi vida vacía sin ti —confesó.

Capítulo 15

Nuestros ojos seguían conectados, yo seguía sintiendo ese miedo que me

inundó cuando entró en la habitación como si de un fantasma se tratara. Intentó acercarse a mí, pero algo se lo impidió, algo con lo que ninguno contábamos.

—Más te vale que no te acerques a ella ni un milímetro más o te mato —amenazó Oliver.

Matt se dio la vuelta y le miró con odio. Oliver se acercó a mí por el otro lado, tenía miedo por él, por lo que ese demonio pudiera hacerle. Seguían mirándose sin decir nada, ese silencio era terrorífico.

—Será mejor que te vayas —propuso Oliver.

Yo los miraba sin pestañear si quiera. ¿Cómo hacerlo? No podía apartar mi mirada de ambos y menos pensar dónde podría estar Evan. Tenía un miedo atroz a llegar y lo encontrarla allí.

Matt cambió de nuevo su expresión por la que siempre mostraba a todo el mundo, por la cara que todas las personas lo conocían, una llena de odio y rencor.

—Me voy, sí, pero solo porque siento de nuevo la necesidad de acabar con lo que vine a hacer y prefiero marcharme para no hacerlo —expresó lleno de odio—. Volveremos a vernos, preciosa Amber —sentenció antes de marcharse.

Después de eso, Oliver y yo nos quedamos solos y volví a respirar con tranquilidad. Oliver se acercó a mí y me abrazó temeroso de que ese desgraciado pudiera haberme lastimado gravemente.

—Mira lo que te hizo ese hijo de puta —escupió cabreado.

En ese momento entró Evan en la habitación. Al verme, corrió hasta mí y me apretó entre sus brazos. Entonces me permití llorar. Me apretó aún más mientras Oliver, preocupado por mí, aprovechaba ese momento para ir a buscar al doctor.

—Perdóname, por favor. No quise irme así y me siento frustrado, no quiero estar más así, no quiero compórtame así, pero no puedo remediarlo —dijo bajando hasta mi cuello para depositar un beso en él, pero se detuvo al ver las marcas de este. Asustándose, se puso erecto y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso? —preguntó apresuradamente.

Quise tapármelo con la camisola que llevaba puesta, pero no me dejó. Cuando comprobó lo que eran aquellas marcas, vi el miedo en sus ojos y la rabia en sus mejillas. Supuse que tenía a alguien en mente, alguien que sería capaz de hacerme esto y mucho más, alguien que estaba muerto y regresó para acabar lo que empezó.

—¿Quién fue? ¿Matt? No puede ser. ¿Fue Matt?

Asentí entre lágrimas, no me salían las palabras, mi voz me estaba jugando una mala pasada. Tocó con delicadeza las marcas de mi cuello y las besó despacio, con dulzura, con amor, como solo él sabía hacerlo, como solo él era capaz de hacerlo.

—No te preocupes, estoy bien —afirmé y me miró.

Acercó sus labios a los míos, sin esperar permiso, los unió formando uno solo, besando mis ansias por estar entre sus brazos, bebiendo de lo que yo sentía por él. Nuestros labios bailaban al ritmo de nuestros latidos acompañados, como si solo hubiera uno, como si solo fuéramos una sola persona. Su boca junto a la mía, era lo mejor de este mundo, me hacía revivir cada momento junto a él, me hacía enamorarme aún más de él. Escuchamos un carraspeo y nos separamos de golpe. Selena, con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó a nosotros y besó mi mejilla, dándose cuenta de las marcas y asustándose por las mismas. Otra vez tendría que dar explicaciones, otra vez tendría que recordar cómo casi caigo de nuevo. Me quedé unos segundos mirando a ambos, viendo a las personas que estaban a mi alrededor, viendo lo feliz que podía llegar a ser si no fuera por... por Matt, que estaba vivo y había amenazado con volver. No podía olvidar esa última frase.

—Me encanta veros tan felices —dijo Selena con un hilo de voz—. Yo... yo quería pedir os perdón, ahora que estáis los dos juntos, ahora que os veo felices. Me siento mal por todo lo que pasó, os quiero... y quiero que seáis felices —terminó de decir y sus lágrimas asomaron.

Se acercó a mí y me abrazó avergonzada, sabía que lo había pasado muy mal con lo de con su hermana y que ese era el motivo por el que no quería vernos juntos a Evan y a mí y, en parte, la entendía. Entendía que le fuera difícil vernos juntos, ver cómo su cuñado engañaba a su hermana, ver cómo poco tiempo después estaba con ella olvidando muy pronto a quien fuera su esposa. Cuando Selena se separó de mí, Evan se acercó a ella y la abrazó mientras se disculpaba con ella por no ser capaz de respetar la memoria de Mónica.

—No llores más, Seli —dije haciendo que me mirase.

Negó secando las últimas lágrimas y prometiendo que no lloraría más. Justo en ese momento entró el doctor en la habitación. Saludó y pidió que nos dejaran a solas, Evan se resistía a dejarme sola, pero el médico casi le obligó a que saliera.

Se acercó a mí y miró mis constantes en silencio.

—Bueno, parece que todo está bien, pero no vine para eso, sino para informarte sobre la operación, ya que has estado inconsciente dos semanas —expresó mirando el informe—. Bueno... hay una noticia mala y una buena. ¿Cuál quieres oír primero?

Me quedé pensando en que responderle, ya que la mala no quería ni oírla siquiera.

—Supongo que... la mala primero, por lo menos después me dará una alegría —respondí.

El doctor sonrió de medio lado.

—La mala es que tienes que estar unos días más aquí, pero únicamente porque tienes que tener un seguimiento —explicó y me tranquilizó—. La buena es que la operación fue un éxito, hemos podido controlar el cáncer sin tener que extirpar el útero.

—¿Qué quiere decir con controlar? ¿Significa que aún sigo enferma? —pregunté preocupada.

No me había quedado muy claro el concepto de controlar, yo quería escuchar la palabra eliminar, pero parecía más un deseo mío que una realidad. El doctor negó y se sentó en la silla más próxima a mi cama.

—Amber, ya no estás enferma. Decimos controlar porque ahora tendrás que llevar un tratamiento durante unos meses para eliminarlo del todo, pero no te preocupes, ya no corres ningún peligro y puedes hacer una vida normal —habló claramente.

Asentí convencida y después de unos minutos se fue, no sin antes explicarme que empezaría con el tratamiento ese mismo día. Cuando se fue, entró Evan con una sonrisa, eso significaba que el doctor le había explicado todo a él también. Se acercó a mí y besó mis labios mientras me abrazaba, era tan efusivo y me gustaba tanto que fuera así...

—Te amo —dijo después de despegar nuestros labios.

—Yo te amo mucho más.

Evan entró en aquella habitación de hospital en la que había permanecido durante más de un mes y me ayudó a coger la maleta.

Cogida de su mano, era la mejor sensación que había sentido nunca. De camino al coche, me contaba cómo estaba April y sobre todo me hablaba de mi hermano, diciéndome que no le encontraba bien, que estaba muy raro y que no quería hablar con nadie. No sabía qué le había pasado Estefan, pero estaba segura de que no había sido nada bueno. Menos aun estando en manos de Matt. Nos montamos en el coche y arrancó rumbo a casa de Selená.

Necesitaba olvidar, descansar, volver a ser la Amber de antes. Ya casi no la recordaba, me había convertido en una mujer amargada, asustada, una mujer desconfiada y con sed de venganza. Me había convertido en Luna, haciendo que perdiera mi verdadera identidad.

El camino fue silencioso, no tenía ánimos de nada, únicamente quería llegar y ver a mi hija y a mi hermano. Estaba muy preocupada por él, sobre todo después de que Evan me dijera que no lo veía bien y que no quería hablar con nadie con lo risueño y alegre que era.

—Sé que te ocurre algo —dijo poniendo su mano sobre mi pierna mientras yo miraba a través de la ventanilla.

Lo miré con cara de circunstancias, negué y volví a mirar por la ventana, ni si quiera le respondería a eso, no sabía cómo decirle que Matt me había amenazado antes de irse.

—Está bien, no digas nada. Por ahora.

Después de eso, no volvimos a hablar, y el camino se hizo incluso pesado. Evan estaba enfadado y yo tenía la culpa, como siempre.

Llegamos a casa de Selena, que nos esperaba en la puerta con mi niña en brazos. Cuando la vi, corrí hasta ella y la estreché con fuerza, comiéndomela a besos, la amaba, adoraba a mi hija, no iba a dejar que Matt le hiciera daño, no iba a dejar que nadie la tocara, primero tendrían que matarme a mí e incluso después de muerta cuidaría de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Selena dándome un beso en la mejilla.

—Bien, un poco cansada, pero feliz de estar aquí —respondí con una sonrisa en la cara.

Evan se acercó a nosotras con mi maleta en la mano y me miró con los ojos apenados. Le agarré del brazo antes que entrara en la casa e hice que se girase para mirarme. Una vez lo hizo, me acerqué a él y besé sus labios con dulzura, acto que no esperaba por mi parte y menos después de no responderle en el coche. Cuando nos separamos, nos miramos y sonreímos a la vez, viendo lo tontos que habíamos sido.

—Vamos dentro —propuso en un susurro cerca de mi oído.

Negué, quería estar más tiempo a solas con él, estaba necesitada de él, de sus besos, de sus abrazos y sus caricias, le necesitaba y no quería entrar. Me aferré a sus brazos, después de darle mi muñeca a Selena, que ya nos había dejado a solas.

—¿Damos un paseo? —pregunté con una sonrisa.

Evan miró hasta la puerta de la casa y luego a mí, asintió y comenzamos a

caminar. Él me abrazaba por detrás, pegando mi cuerpo al suyo y no había manera más bonita de sentir sus latidos. Caminamos hasta la parte trasera de la casa y me di cuenta de que detrás había un campo de trigo enorme, algo que no había llegado a ver.

Nos acercamos hasta un árbol bastante alejado y nos sentamos debajo de él. Evan se sentó detrás de mí y yo eché mi cabeza en su pecho. Mientras mirábamos cómo las nubes bailaban entre ellas, él acariciaba mi mejilla haciendo que mi cuerpo entero se erizara y que soñara con estar entre sus brazos haciendo que mi corazón latiera aún más fuerte.

—No sabes lo mucho que te amo, no sabes cómo mi corazón late cada segundo junto a ti, no sabes cómo mi cuerpo responde a cada caricia tuya —susurré apresada en sus brazos.

Evan fue bajando con sus labios desde el lóbulo de mi oreja, hasta mi cuello, mandando descargas al centro de mi deseo.

—Sí, lo sé, porque a mí me pasa justo lo mismo —confesó entre besos—. Yo también siento cómo mi cuerpo reacciona con solo sentir tu mano sobre la mía, siento cómo mi piel se eriza cada vez que rodeas mi cuello con tus brazos.

Sus palabras llenaron mi corazón y le miré a los ojos para ver su expresión al confesarme lo que sentía.

Sus manos bajaron hasta mi pecho y comenzó a tocarlos por encima de la tela. Mordió mi cuello, haciendo que gimiera, metió su mano derecha por debajo de mi camisa y tocó mi pecho por encima del encaje del sujetador.

—Te deseo tanto, te adoro tanto —susurró.

Me di la vuelta y me puse de rodillas frente a él, sus ojos se oscurecieron por la pasión, su mirada iba desde mis ojos hasta mis caderas, y así varias veces, pero eso no hizo que me alejara, al contrario, estaba deseosa por sus caricias, por sentirme amada. Necesitaba sus manos por todo mi cuerpo, sus labios besando cada rincón de mi piel, su lengua saboreándome como a mí me gustaba. Levanté los brazos y me quité la camisa. Sus ojos se abrieron desorbitados, mi striptease era un regalo para él. No hacía nada, solo observaba embobado y eso me ayudaba a provocarle aún más. Me acerqué a él con lentitud, acortando la poca distancia que había entre nosotros y comencé a desabrochar su camisa, con delicadeza, cosa que a él parecía encantarle. Aquello comenzaba a convertirse en una tortura para él, podía verlo en su mirada, en sus actos, en cómo agarraba las ramas del campo con fuerza. Quiso acercarse a mí, pero negué levantando una ceja y sonriéndole maliciosamente.

— ¿Pretendes volverme loco? —preguntó con la voz ronca.

Asentí con una sonrisa ladeada y, cuando ya tenía su camisa completamente fuera, me acerqué y comencé a sembrar un reguero de besos y mordiscos en todo su torso. En ese momento sí dejé que me tocara. Colocó ambas manos en mis caderas masajeándolas con ganas, apretando cada vez que sentía mi lengua pasar por su duro pecho, lo escuché gruñir desesperado y subió despacio por mi espalda para desabrocharme el sujetador. Una vez consiguió lo que quería, me apretó contra su pecho. Nuestras respiraciones se volvieron pesadas, nos miramos con deseo, con lujuria, pero sobre todo con amor, con mucho amor. Hizo que le rodeara la cintura con mis piernas, para que quedara sentada encima de él, sintiendo su miembro duro como una piedra aprisionándome y haciendo que gimiera con cada roce. Comenzó a apretar, una y otra vez. Y cada vez que lo hacía, se me escapaba un gemido que cubría con sus labios. Ahora era él quien quería volverme loca.

Mis gemidos cada vez eran más constantes y eso hizo que él siguiera haciéndolo, quería que llegara al clímax, pero yo me rehusaba a terminar así, prefería sentir su cuerpo desnudo sobre del mío haciéndome el amor. Bajé mis manos para desabrochar su correa, pero no dejó que le tocara, en cambio él sí se deleitaba con mis pechos descubiertos, lamiendo y mordiendo a su gusto, saboreando mi piel como si fuera un helado. De un movimiento que no esperé, quedé debajo de él como yo quería, como pedía a gritos. Desabrochó mis pantalones y los bajó junto con mi lencería dejándome completamente expuesta, completamente desnuda ante él, en cuerpo y alma. Sus ojos cada vez se veían más oscuros y eso me encantaba, combinaba perfecto con la luz del azul oscuro del atardecer, era precioso sentirse deseada por él, sentirse amada por él. Se quitó los pantalones y se colocó entre mis piernas. Sin embargo, permaneció a la espera, sin penetrarme, sin regalarme ese miembro que ansiaba con cada centímetro de mi piel.

Yo me moría porque me llenara, por sentirle dentro de mí de una vez. En cambio, siguió con su tortura y comenzó a bajar con sus labios hasta que llegó a mi intimidad, donde lamió y mordió a su antojo. Era dulce y delicado, pero a la vez duro y apasionado, me saboreaba de una manera exquisita y sentí ganas de agarrar su pelo y aprisionar aún más, para sentirlo aún más. Estaba llegando al clímax como él quería desde un principio.

—Por favor, Evan, amor, no me atormentes más —supliqué entre gemidos, pero hizo caso omiso y siguió con su dulce tortura, hasta que exploté llegando al orgasmo, mientras gritaba su nombre.

—¿Te casas conmigo? —preguntó mirándome a los ojos, sin parar de moverse, pero con su empeño de no penetrarme, siguiendo las indicaciones del doctor.

Abrí los ojos desorientada, nunca me habría imaginado una propuesta de matrimonio haciendo el amor, pero, aun así, había sido la proposición más bonita que había escuchado en mi vida. Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y asentí besando sus labios y masturbándole para que llegara al clímax.

Permanecimos abrazados un rato, intentando que recuperara el aliento. Después, nos levantamos y comenzamos a vestirnos. Evan no me quitaba la vista de encima.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —pregunté.

Sin decir nada, se acercó a mí y se puso de rodillas. Metió su mano derecha en el bolsillo de su pantalón y sacó una cajita roja, la abrió y me mostró una sortija de oro blanco. Mis ojos no podían creer lo que veían, lo tenía todo preparado y no me había dicho nada. Cogió mi mano y la besó con dulzura, luego miró mis ojos de nuevo y sonrió como un niño pequeño.

—Vamos a hacer las cosas bien —habló nervioso—. Amber, te amo y me amas. Desde que te conocí, te convertiste en alguien muy importante para mí. Aunque no quería pensar en ti, lo hacía. Aunque no quería verte, te buscaba sin que tú te dieras cuenta de que observaba a lo lejos. —Suspiró—. Por eso y porque te amo con locura, ¿tendrías el placer de convertirte en mi esposa?

—Sí, quiero ser tu esposa. Sí, quiero pasar el resto de mis días contigo. Te amo Evan, desde el primer día en que me crucé delante de tu coche. —Reímos al recordar ese día—. Te amo.

Me cogió entre sus brazos y me besó delicadamente, pegando su cuerpo al mío, llevándome de nuevo a lo más alto, flotando como las nubes que ya se escondían para dejar ver a las estrellas.

Me soltó en el suelo y me miró a los ojos. Nos separamos y colocó la sortija en mi dedo, era precioso, lo miré y se me llenaron los ojos de lágrimas. Por fin podía ver que mi vida iba a cambiar.

—Es precioso Evan, pero no hacía falta. No necesito un anillo para casarme contigo, no necesito que me llenes de joyas, solo quiero tenerte conmigo —afirmé abrazándome a él.

Por fin nos armamos de valor y nos dirigimos hacia la casa. Subimos las escaleras del porche y entramos, parecía no haber nadie por ninguna parte.

—¿Dónde están todos? —pregunté nerviosa.

Por un momento me entró el pánico. Evan no entendió mi reacción, me asusté demasiado y grité el nombre de Selena en varias ocasiones, pero sin resultado alguno. Evan agarró mi cara y me hizo mirarle a los ojos, hasta que gritó:

—Chicos salir, por favor.

Selena, Estefan, Oliver, Topanga... todos estaban frente a mí con una gran pancarta que ponía: Bienvenida a casa, Amber. Mis ojos se llenaron de lágrimas, me habían preparado una bienvenida y no había entrado cuando llegué, me sentí mal por hacerle ese desplante. Me acerqué a todos y me abrazaron en grupo. Al separarnos, miré a mi hermano y me abracé a él. Tal como me había dicho Evan lucía un semblante diferente.

—¿Cómo estás hermanita? —preguntó con una sonrisa fingida.

Me encogí de hombros y negué dándole un beso en la mejilla, le había echado mucho de menos. Selena se acercó a mí y me tendió a mi hija, dormía plácidamente y era una ternura contemplarla. Me encantaba tenerla así, aferrada a mí, entre mis brazos, dormida, sin ningún sufrimiento. Le di un beso en la frente y la deposité en su cunita, estaba justo en el salón, mejor, así podría tenerla vigilada.

Topanga se acercó a mí y me pidió perdón, se sentía muy culpable por lo que había pasado. Yo, inmediatamente, negué. No podía reprocharle nada, no ahora, no después de todo lo que ella me había ayudado en su momento.

La abracé y la felicité por su relación con Oliver.

—¿Cómo estás bella? —preguntó Oliver detrás de mí.

Me di la vuelta y me acerqué a él para darle un beso y un abrazo, no imaginé jamás que las cosas iban a cambiar tanto. Cuando me separé de él, vio el anillo y sonrió complacido. Cogió mi mano y depositó un beso en ella. Evan se acercó en ese momento y le quitó mi mano de sus labios, ¿acaso ya estaba celoso?

—No te pases, Oliver Sabatini —repuso divertido.

No sabía qué acababa de pasar, pero parecía que ambos estaban bromeando y me encantaba, ya no había aquel mal rollo que tanto me apenaba.

Evan cogió mi mano y tiró de mí hasta el centro de la sala, todos estaban a nuestro alrededor y sentí cómo mis mejillas se se sonrojaban por la vergüenza, no me gustaba ser el centro de atención.

—Bueno, quiero decir algo... no soy muy bueno en esto de hablar en público, pero hoy lo haré —expresó nervioso—. Quiero decir que hacía tiempo que no me sentía tan feliz, que hacía tiempo que no sentía mi corazón

latir como lo hace ahora mismo. Y eso es solo por ella, por esta preciosa mujer que tengo a mi lado y que quiero tener siempre junto a mí —afirmó mientras suspiraba—. La cosa es que le he pedido matrimonio, porque no puedo pasar ni un minuto más de mi vida lejos de ella, porque ya no soporto la lejanía entre nosotros, porque la necesito a cada instante de mi vida, porque la amo y porque la amaré el resto de mi vida. —Suspiró y me miró a los ojos—. Amber... sé que me has dicho que sí, que quieres ser mi esposa, pero quiero hacer bien las cosas y pedir tu mano como es debido, y aquí la única persona que hay de tu familia... es tu hermano.

Se acercó a él tirando de mi cintura para que lo acompañara y lo miró con semblante de súplica. Estefan agarró mi mano y la colocó sobre la de Evan dándonos su bendición, aceptando que nos casáramos y, aunque yo lo haría con su permiso o sin él, no pude evitar emocionarme al ver la cara de mi hermano. Nos volvimos para mirarnos a los ojos y nos besamos delante de todos. Mientras nos besábamos, comenzaron a gritar y aplaudir. Nos separamos y Selena se acercó y me abrazó.

Capítulo 16



Aquella había sido una velada maravillosa. Estaba radiante, feliz. Solo una cosa empañaba aquella felicidad tan etérea.

Una vez estuvimos solos en la habitación, no pude evitar preguntarle.

—¿Cómo conseguiste recuperar a mi hija?

Suspiró y abrió los ojos, se levantó y se acercó a la ventana. Otra vez lo sentí lejano, otra vez sentí cómo se alejaba de mí a pasos agigantados, cómo nuestro amor se desvanecía por momentos, cómo su pasado estaba de vuelta de nuevo para hacerle sentir en un asesino.

—Cuando llegué a su casa... estaba... estaba nuestro padre con él. —Suspiró agachando la mirada—. Ellos discutían y Matt se negaba a que me llevara a la niña, pero me importó muy poco e intenté por todos los medios subir las escaleras para cogerla... Él me agarró y comenzamos a golpearnos, ambos somos muy fuertes y no sabíamos cómo podía acabar aquello. —Hizo una pausa y yo le miré asustada—. En uno de los golpes que le propiné, lo tiré al suelo y me coloqué sobre él. Comencé a darle puñetazos en la cara. Entonces, ese que dice ser mi padre, me agarró separándome de él.

—Déjalo, no podéis pelearos. Debéis llevaros bien, si queréis que el

negocio siga adelante —dijo Jarol, el padre de ambos.

Evan se levantó y lo miró con odio.

—Hace meses que dejé esa mierda, no quiero saber nada más de ese mundo en el que me obligas a vivir. Paso de vuestros negocios...

—¿Es por ella verdad, es por esa puta? —preguntó su padre.

Evan agachó la mirada y miró a su hermano. Este sonreía divertido sabiendo su motivo, sabiendo que él se había enamorado de ella y que, cuando se enteró que su hermano y su padre la secuestrarían, lo dejó todo para llevársela lejos.

—¡Sí! Es por ella, es solo por ella... y no quiero que la toquéis. ¿Está claro? —escupió cabreado.

Su padre se acercó a él y lo miró con rencor. Sabía que él nunca había querido trabajar con ellos y que solo lo hacía porque le chantajeaba con denunciarlo a la policía por la muerte de su hermana y su madre.

—Te crees muy listo, ¿verdad? ¿Qué crees que dirá esa puta cuando se enteré de que tú estabas en el negocio, que tú sabías que ella era la siguiente y se lo ocultaste? ¿Crees que te lo va a perdonar? —escupió ferozmente.

Evan se acercó a él para volver a golpearle, pero Matt sacó una pistola y le apuntó, amenazándolo de muerte, sintiendo la adrenalina de poder acabar con la vida de su único hermano. Apretó el gatillo, la bala salió directa a su cuerpo, pero su padre se interpuso, recibiendo en el pecho la bala que había acabado con su vida. Evan agachó la mirada y vio cómo su padre se desangraba y moría en el acto, Matt lo miró y sonrió cínico.

—¡Lo has matado! —gritó Evan enfurecido.

—Él lo ha querido, esa bala iba para ti —respondió con odio.

Evan se abalanzó sobre él y comenzaron esa guerra que un día dejaron aparcada por su padre.

Forcejearon con la pistola en mano, mientras se daban puñetazos y sangraban por golpes. En uno de esos movimientos, se escuchó un disparo. La sangre brotaba entre ambos. Finalmente, Matt cayó al suelo. Evan, aterrado, corrió escaleras arriba, cogió a April, la envolvió en una manta y la sacó de aquel infierno.

No podía creer que me hubiera engañado de aquella manera, sabiendo que Matt tenía intención de hacerme daño. No podía creer que Evan fuera capaz de actos tan atroces.

Se acercó a mí e intentó abrazarme, pero lo detuve. Lo miré a los ojos, no podía creer que ese mundo en el que comenzaba a ser feliz se desvaneciera en

solo un momento.

—¡No me toques! No vuelvas si quiera a mirarme a la cara —grité cerca de él.

No quería estar cerca de él, que me tuviera entre sus brazos nunca más, nunca más estaría entre sus brazos, nunca más sentiría sus caricias en mi piel, nunca más dejaría que me tocara. Me alejé de él. Me siguió y se puso de rodillas frente a mí colocando ambas manos en mis caderas implorando que no me fuera.

—Perdóname, te lo suplicó, te lo ruego... perdóname, Amber —suplicó entre sollozos, pero en aquel momento mi corazón estaba herido, despojado de mi pecho, arrancado y pisoteado.

Negué y quité sus manos de mi cuerpo, volví a mirarle y lloré al ver en lo que había convertido un amor tan puro y verdadero.

—No lo hagas más difícil, por favor... me has decepcionado. Nunca pensé que te convertirías en alguien detestable para mí —escupí entre lágrimas y salí de allí dejando atrás todo, dejando atrás mi corazón, mi alma, dejando atrás al hombre que amaba y que amaría el resto de mi vida.

Bajé las escaleras como alma que lleva al diablo, sin pensar en nada, sin poder quitar de mi mente sus ojos, esos ojos azules oscurecidos por el odio, por el miedo, por el rencor. Todo unido en un solo color, en un solo cuerpo, en una sola alma.

Llegué abajo y fui hasta la cocina. Allí me encontré a mi hermano. Me acerqué a él y me abracé a su cuerpo pidiéndole que me sacara de aquella casa, que me llevara lejos.

—Pero ¿qué te ocurre? —preguntó aterrado.

Negué y le prometí que le contaría cuando estuviéramos lejos de allí, de él, de todos, de mi vida.

Salimos de la casa y nos montamos en el coche de Selena, mi hermano condujo en silencio y me llevó lejos.

Llegamos al bar y decidimos para a tomar una tila, estaba tan alterada que su preocupación era notable.

Nos sentamos en la mesa más apartada.

Minutos después se acercó un joven y colocó en nuestra mesa lo que ambos habíamos pedido previamente.

Mi hermano y yo seguíamos sin dirigirnos la palabra, no me sentía preparada para contarle lo que había pasado en aquella habitación. Me sentía mal, muy mal, desesperada y angustiada.

—Bueno... cuéntame de una vez —me preguntó mientras tomaba un sorbo de su café.

Levanté la mirada, me encogí de hombros y mis ojos se llenaron de lágrimas, ¿por qué tenía que ser todo tan difícil? ¿Simplemente mi vida no podía ser normal? ¿Qué había hecho para merecer aquello?

—No me siento con ganas ahora —hablé rota de dolor.

Agaché la mirada, me sentía penosa, humillada y destrozada.

—¿Y a ti qué es lo que te pasa? —Intenté cambiar de tercio—. Me dijeron que estabas mal. Además, todos pensábamos que estabas preso y no era así, ¿dónde te metiste, Estefan?

Levantó la mirada y sus ojos evidenciaron su miedo y su odio. No podría explicar lo que sentí en aquel momento, un escalofrío recorrió mi espalda de forma vertiginosa.

—No me pasa nada y prefiero no hablar del tema.

—Te propongo un cambio justo, hermanito. Tú me cuentas, y yo te cuento —le propuse.

Asintió y volvió a agachar la cabeza, parecía avergonzado, era como si hubiera cometido el peor de los errores. Me levanté para sentarme en la silla más próxima a él y poder apoyarle, quería que sintiera mi confianza.

—Es que... no sé por dónde comenzar, todo pasó tan rápido que... —Guardó silencio unos segundos—. Matt me obligó a quedarme con él, para que le ayudara con el negocio. En un principio me negué, pero me quedé por April. De ese modo, podía estar cerca de ella. —Lo noté bastante nervioso—. Cuando Matt se dio cuenta del motivo por el que me había quedado, comenzó a chantajearme y me obligó a... Por un momento, guardó silencio. Yo sabía que él no había matado a Dominic, pero no podía evitar pensar que pudiera tener algo que ver con ello. Apreté su mano y me miró, sus ojos brillaban, retenían cada lágrima que amenazaba con salir y me partía el corazón en dos. Le abracé y le consolé. Yo, que estaba para que me consolaran a mí.

—Tranquilo. Estefan. Puedes confiar en mí, puedes contarme lo que quieras...

—No, no digas eso. No sabes lo que hice —escupió sin dejarme terminar.

Su cuerpo temblaba entre mis brazos, el miedo recorría su cuerpo y el mío, no nos dejaba en paz y siempre viviría con nosotros. Se separó unos minutos y se secó las lágrimas con el puño de su jersey como si esas lágrimas le hicieran más débil.

—Si lo digo ¿y sabes por qué? —Esperé un instante y proseguí—. Porque

da igual lo que hayas hecho, yo siempre te querré, no puedo odiarte. Eres mi hermano, Estefan.

—He matado a nuestro padre —susurró con la voz desgarrada.

Me tensé al escucharle, no podía ser verdad. Sabía que se odiaban, pero Estefan sería incapaz de matar a nadie y menos a nuestro propio padre. Se separó de mí y se puso de pie, dejó dinero en la mesa y salió corriendo hasta la salida, yo salí tras él, la conversación no había acabado y teníamos que aclarar muchas cosas. Cuando llegué a la puerta, lo vi subir al coche y arrancar al instante, únicamente podía hacer una cosa para que no se marchara y era ponerte delante de él. Con miedo a ser arrollada así lo hice. Él me miraba con el ceño fruncido, sin entender cuán loca estaba.

— ¡Quítate de en medio, Amber! —gritó desde dentro.

Negué y fui acercándome, retándole, sin dejar que me asustara lo más mínimo.

— ¡No hasta que me digas toda la verdad! —respondí a pleno grito—. ¡No pienses que me voy a quitar, Estefan, ni lo sueñes!

— ¡Sube!

— ¡No, seguro que te irás! —volví a gritar. Él negó bajándose del coche y abriéndome la puerta para que entrara en él.

Una vez estuvimos dentro los dos, me miró e intentó hablar. Sin embargo, algo lo detuvo y volvió a poner la mirada en el frente, no era capaz de mirarme a los ojos y corroborar lo que me había confesado.

—Cuéntamelo, por favor —supliqué sin apartar la mirada y el bufó desesperado.

—No es fácil, Amber—respondió.

—Lo sé —le animé sin apartar un instante la mirada de sus ojos.

—Fue Matt... él me obligó a matarlo —escupió con odio.

—Lo siento... —Lloré con él—. Sé que todo es por mi culpa.

—¿Qué pretendes, Amber? —preguntó mirando cómo me quitaba el anillo que Evan me había regalado por nuestro compromiso.

Mil lágrimas volvieron a salir de mis ojos, me dolía demasiado saber que ese era el fin para ambos.

—No me mires así, sabes qué debo hacerlo, soy la única que puede vengarse de ese desgraciado —confesé con el corazón encogido—. Solo te pido una cosa... cuida de mi hija, por favor, cuida de ella hasta que yo vuelva, hasta que sea totalmente libre, hasta que todos lo seamos.

Él negó agarrando mi mano con fuerza, no quería que me fuera con ese

hombre.

Quise salir del coche, pero agarró mi brazo. Abrió la guantera, sacó un sobre y me lo dio.

Instintivamente, hice ademán de abrirlo.

—Aún no. —Me detuvo—. Ábrelo cuando estés sola. Lo único que puedo decirte, es que lo que hay ahí dentro te ayudará —afirmó—. Solamente te pediré una cosa. —Asentí mientras agarraba su mano—. No dejes que te haga daño, no te dejes vencer, saca a la Griffin que habita dentro de ti y, si algo sale mal, llámame. No te rindas, hermanita.

Me abracé a él con temor mientras me acariciaba el cabello, mientras yo me desahogaba, mientras procesaba todo lo que llevaba en mi interior, mientras pensaba en todo lo que dejaba atrás.

Saqué un sobre pequeño de mi bolsillo en el que ponía: Para mi hija, April. Era una carta que le había escrito cuando la dejé con su padre, pensando que jamás la volvería a ver. Se la di y él la cogió preocupado, era una despedida, un adiós.

Sin más, me bajé del coche y él arrancó desapareciendo en la niebla.

Capítulo 17



Entré de nuevo en el bar y me senté a pensar en mi siguiente paso. Movía la cucharilla en el té que me había servido el camarero mientras miraba el sobre.

Con las manos temblorosas, lo abrí y saqué una serie de documentos. Di un sorbo, tomé aire y lo abrí. Era la herencia de mi padre, y mi hermano me la había entregado a mí. ¡No lo podía creer! Comencé a leer a fondo y solo me quedé con una línea: Le dejo toda mi fortuna y mis bienes a mi hija, Amber Griffin Aston, y a mi nieta, April Griffin Aston. Al ver aquello, me emocioné, nunca pensé que mi padre se acordara de mi hija. Terminé de leerlo todo y en el último folio, había pegado un sobre dirigido a mí. Lo abrí, saqué la hoja y comencé a leer.

Querida hija, aunque no sé si puedo llamarte así, ya que la última vez que nos vimos me lo prohibiste.

Si estás leyendo esto, es porque ya no estoy en este mundo y Matt consiguió por fin lo que quería, aunque también puedo descansar en paz, pues también es señal de que la herencia cayó en tus manos y no en las de ese

desalmado.

Hija, mi niña preciosa, la luz de mis ojos... nunca fui cariñoso contigo, pero eso no significaba que no te quisiera, simplemente viví cegado por los negocios, por el dinero y por el poder.

Hice caso a ese malnacido que me envenenó la sangre e hice que esa preciosidad de niña y tú durmierais en la calle. No tengo excusa alguna, no tengo perdón. Solo te pido que no me guardes rencor... yo te quería, os quiero, y quise a tu madre con locura.

Solo te pediré una cosa: No dejes que Matthew Lincon se salga con la suya, acaba con él antes que él decida hacerlo contigo, porque si es así... ese será su único propósito en la vida, acabar con todos los Griffin sin importarle que caiga su propia hija.

Sé feliz, mi vida, se feliz con el hombre que amas. Lo conozco y sé que es digno de ti. Cuida de mi nieta y sobre todo no dejes que tu hermano se meta en líos. Ahora eres tú quien lleva el timón. Usa toda tu fortuna para acabar con ese maldito...

Te quiere, tu padre.

En aquel momento yo era un mar de lágrimas. Cada vez tenía más motivos para acabar con ese demonio y lo haría, aunque me costase la vida. Iba a conseguir mi venganza, Matthew Lincon estaba perdido en mis manos.

El camarero volvió a servirme otro té. Entablamos un poco de conversación y, sin saber cómo, acababa de conseguir mi transporte a Nueva York. Allí buscaría al abogado de mi familia y reclamaría mi herencia.

Logan, que así se llamaba el muchacho, terminaría en un rato. Así que permanecí sentada en mi asiento.

—¿Luna? —Logan me despertó tocando mi brazo.

Me había quedado dormida mientras le espera. Además, me había presentado con mi otra identidad, la que iba a adoptar a partir de entonces.

Logan era muy guapo, tenía los ojos verdes escondidos tras unas gafas, el pelo rizado negro azabache y una sonrisa de infarto, no podía negar que era muy atractivo.

—Lo siento, no te oí —respondí avergonzada.

—No pasa nada, te dormiste hace rato, pero no quise despertarte, supuse que estabas cansada.

Me levanté y nos encaminamos hacia la puerta. Al salir, sentí mucho frío, no llevaba apenas abrigo. Logan se dio cuenta, se quitó la chaqueta y me la puso por encima de los hombros.

—Gracias —susurré despacio.

Negó sin dejar de sonreír y, una parte de él me recordó a Evan. Agaché la mirada hasta mis pies y caminé sin mirarle, no podía ser posible que lo viera en un desconocido, en una persona que era totalmente diferente a él. Logan se acercó a mí preocupado, no quise que se me notase, pero yo era una mujer expresiva. Al fin, llegamos a su coche.

—¿Te importa si pongo música? —preguntó.

Negué y perdí la mirada en el follaje. Minutos después, intentó entablar conversación conmigo, pero se rápidamente entendió que no estaba por la labor. Entonces comenzó a sonar Bound To You, esa maldita canción de Christina Aguilera que tanto me recordaba a él. Recordé cada momento, cada beso, cada caricia, cada te amo... todo me recordaba a él. Logan se dio cuenta y cogió mi mano para que lo mirase. Lo hice y, con su mano derecha, rozó mi mejilla y secó mis lágrimas.

—Tranquila, Luna, no llores, no estás sola —habló dulcemente haciendo que me creyera sus palabras—. Sé que nos acabamos de conocer, pero aquí tienes un amigo. Yo lo pasé muy mal antes de encontrar este trabajo y sé lo que se siente al estar solo. Te ayudaré en todo lo que pueda —expuso calmadamente.

Le miré y sonreí. Él respondió con otra sonrisa.

Nos dirigimos a su apartamento para que descansara antes de viajar a Nueva York, yo me negué en un principio ya que no quería quedarme a solas con él, pero comprendí que debía darle su espacio si quería ese gran favor por su parte.

—Pasa, no te quedes ahí, hace mucho frío —dijo invitándome a pasar.

Yo me acerqué al calefactor y tirité mientras acercaba las manos, Logan se acercó con una manta e hizo que me sentara en el sofá, a los cinco minutos me trajo otro té calentito.

—Sé que no es como el del bar, pero...

—Está bien, más que bien... muchas gracias —respondí sin dejarle terminar.

Me ofreció su casa para lo que necesitara y acepté una ducha, la necesitaba. Me sacó algo de ropa suya y después de refrescarme, me la puse. Me gustó el olor de sus prendas, desprendían cierto aire fresco y mentolado. Una vez que acabé, salí del baño y me fui de nuevo al salón, Logan no estaba en él así que me acerqué hasta su puerta, esta estaba entreabierta y vi cómo se desvestía y se quedaba completamente desnudo. Logan al notar mi presencia

se dio la vuelta y corrí de nuevo al salón mientras me disculpaba. Minutos después, Logan salió de su habitación completamente vestido y se sentó a mi lado en el sofá, yo no podía mirarle.

—¿Te sientes mejor? —preguntó despreocupado.

—Sí... gracias.

Logan era un hombre dulce, dedicado, preocupado y guapo, ya no quedaban hombres así, bueno sí... uno había, pero era una mentira.

—¿Te puedo preguntar por qué vas a Nueva York?

—Voy a reclamar una herencia —respondí y Logan abrió los ojos sorprendido.

Confíe en él y le conté quizá más cosas de las que debía compartir con un desconocido.

Después de hablar durante más de dos horas, insistió en que durmiera en su cama, que él dormiría en el sofá. Me negué para no causarle más molestias, pero al final me convenció.

Escuché la voz de Logan llamarme y me giré sin querer levantarme. Me sentía muy cansada, pero él insistía. Al ver que no le hacía caso, me destapó sin saber que por la noche yo me había quitado el pantalón. Me dejó en camiseta y ropa interior e, instintivamente, me di la vuelta nerviosa y el edredón para volver a taparme. Logan, al ver mis mejillas completamente sonrojadas, soltó una carcajada que hizo que me uniera a su risa contagiosa. Nos miramos y nos quedamos en silencio. Logan se fue acercando a mí para besarme, pero yo le esquivé.

—¿Desayunamos? —pregunté atacada de los nervios.

Asintió y salió de la habitación, dándome con ello mi espacio.

Encontré mi ropa doblada y planchada sobre la butaca. La cogí y noté de nuevo ese olor mentolado.

Salí de la habitación y me encontré con el desayuno encima de la barra americana que había en el salón. Me senté, desayunamos y media hora después estábamos de camino a Nueva York.

Llegamos al centro, justo al despacho del notario y se bajó del coche para despedirse de mí.

—Bueno, pues... ya nos veremos ¿no? —dijo con la voz temblorosa.

Me acerqué a él y le di un abrazo, que me hizo sentirme protegida. ¡Estaba tan sola!

Me separé de él unos milímetros y pegué mis labios a los suyos. Fue un

beso inocente, pero Logan agarró mis mejillas, las acarició con dulzura y convirtió ese beso en uno más ardiente.

—Volveremos a vernos ¿verdad? —preguntó con una sonrisa ladeada.

Asentí nerviosa y se quedó tranquilo. Sacó un papel de su bolsillo, apuntó un número de teléfono, supuse que era el suyo, caminó hasta su puerta, se subió al coche de nuevo y arrancó.

—¡Lláname, Luna! —gritó mientras se alejaba.

Cuando se perdió en la siguiente calle, giré sobre mí misma y leí en un gran cartel: “Múnich & Asociados”. Era un bufete de abogados de Múnich que llevaba en Nueva York bastantes años, tantos, que mis abuelos ya trabajaban con ellos.

—Buenos días... ¿El Sr. Ancel Reber? —pregunté.

La joven secretaria cogió el teléfono, marcó un único número y habló en voz baja.

—¿Quién lo busca? —preguntó de forma bastante seca.

—Soy la Srta. Griffin. —Sentí ganas de mandarla a paseo, pero me contuve.

Un hombre alto, rubio, de ojos azules y joven, se acercó a mí y me sonrió.

—Srta. Griffin. ¿Cómo está? Soy Ancel Reber. —Extendió su mano.

—Buenos días —saludé con una sonrisa fingida.

Puso su mano en mi espalda y me invitó a que lo acompañase a su despacho, entramos y me instó a que me sentara en una de las sillas. Cuando ya estuve sentada, él hizo lo mismo y cruzó sus dedos.

—Si usted está aquí, significa que mi buen amigo falleció, ¿es así?

Asentí triste y melancólica. Ancel se levantó, se sentó en la silla que había justo a mi lado y, sin esperar, me abrazó. Lo encontré fuera de lugar y me sentí extraña. Me separé de él y sequé mis lágrimas con fiereza, estaba avergonzada y no quería que me vieran como una mujer débil.

—Lo siento —me disculpé.

Ancel volvió a levantarse y se sentó de nuevo en su silla, cogió los papeles y comprobó que todo estuviera correcto. Me explicó los pasos a seguir y me tranquilizó diciéndome que él se encargaría de todo.

La reunión con Ancel había sido satisfactoria. Salí del despacho y por consiguiente del edificio, cogí un taxi y le di la dirección de un apartamento de lujo de mi padre.

Al llegar, bajé del taxi y miré hacia arriba. El edificio era altísimo, tanto, que no podía contar cuantas plantas había. Me quedé por unos minutos

pensado, no sabía si entrar o no, no sabía qué me encontraría en aquel apartamento, qué haría a partir de este momento, qué me deparaba el futuro.

Lo que sí sabía era que esta vez iba a preparar muy bien mi venganza. Solo la llevaría a cabo cuando estuviera lista, solo entonces volvería para terminar lo que había empezado meses atrás. Luna Hopkins había vuelto camuflando mi verdadera identidad.

Aquellos fueron los peores meses de mi vida, no podía vivir en paz sin mi hija y la echaba mucho de menos. Había pasado su cumpleaños y yo no había estado con ella.

La estancia en Nueva York, además de ayudarme a terminar con el tratamiento que el médico me mandó para terminar de eliminar el cáncer, me hizo pensar en mis estudios, así pues, volví a la universidad para terminar lo que un día dejé. Me matriculé en derecho, quería ser la mejor, cosa que no me costaba demasiado ya que Ancel me ayudaba con los exámenes, me daba clases particulares y alguna que otra cosa más, aunque no era con el único con quien me veía. También había salido con Logan en algunas ocasiones en las que mi cama había sido la protagonista. Por supuesto, ninguno de los dos sabía que me veía con el otro. Luna estaba en su cénit.

Me levanté buscando con la mirada a Ancel, pero no estaba. Fui al baño y lo encontré, se estaba dando una ducha. Ni siquiera se dio cuenta de mi presencia, así que me acerqué, me despojé de la sabana que cubría mi cuerpo, abrí la mampara y entré. Una vez dentro, lo abracé por detrás, eso hizo que se asustara, se dio la vuelta y me miró con una sonrisa dibujada en los labios.

—Buenos días —susurró mordiendo mi cuello.

Ese simple acto me hacía ver lo que quería, me cogió en brazos y enrosqué mis piernas en su cintura y por consiguiente entró en mí sin previo aviso. Solté un gemido por la sorpresa y esa reacción nos excitó a ambos, haciendo que Ancel se moviera de una forma frenética, volviéndonos locos por la pasión y el deseo, porque eso era lo único entre nosotros, un deseo irremediable que jamás llegaría a nada más, al menos por mi parte. Ancel besaba cada parte de mi piel, dejando lamidas y mordiscos por doquier, llevándome al limbo, encerrándome en una cúpula llena de sexo y lujuria, sus investidas eran certeras y cada vez me hallaba más cerca del clímax.

—Con desayunos así... no me iré nunca —dijo con la voz entre cortada, sin parar de moverse, sin parar de volverme loca.

Me pegó a la pared de la ducha y mientras el agua resbalaba por nuestros cuerpos, me devoró y dejó que me estremeciera víctima de un placer infinito.

Capítulo 18

Después de tres años alejada de mi identidad más débil y absurda, las cosas iban bien.

Ancel me rescataba en mis momentos más bajos, pero ni siquiera él conseguía hacer que me animara plenamente. Mi cuerpo seguía vivo, reaccionando a la vida, pero mi interior ardía de pena. Ni Logan ni él eran capaces de rescatarme de mí misma.

Aquel día, me levanté temprano y me dirigí al bufete en el que entonces trabajaba como socia de Ancel.

Después de conducir más de media hora, por fin llegué, aparqué y salí del coche. Justo en ese momento me llegó un mensaje al móvil, era de Logan.

“Hola, preciosa. ¿Cómo estás?”

Sonreí al leerlo, Logan me hacía la vida más llevadera, era un hombre dulce, demasiado diría yo. Ancel, sin embargo, era pura pasión, deseo extremo. Justo lo que yo necesitaba. Con Ancel pasaba momentos sumamente placenteros y Logan sencillamente pretendía de mí algo que nunca podría darle.

“Hola, bien, estoy llegando al trabajo. Gracias por preguntar”

Respondí y tecleé otro mensaje despidiéndome, pues ya estaba en la puerta de mi despacho.

Al entrar, me di cuenta de que Ancel estaba sentado en mi silla, no lo esperaba y me dio un buen susto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de mala gana.

Ancel me sonrió mientras se levantaba, se acercó a mí y me abrazó, para luego unir sus labios a los míos a pesar de que sabía que yo odiaba mezclar los negocios con el placer.

—Te he dicho mil veces que, no quiero estas muestras de afecto aquí —reproché mientras me dirigía a mi silla, me sentaba y dejaba el maletín sobre mi mesa de roble.

—Lo siento, no puedo evitarlo, es verte y desearte, da igual donde estemos —respondió con seguridad.

Le escruté con la mirada y vi su sonrisa ladina. Se acercó a mí y se colocó justo detrás de mí. Puso sus manos sobre mis hombros y comenzó a masajearlos. Solté un quejido lastimero debido a la tensión acumulada en mi

cuerpo, circunstancia que él aprovechó para bajar sus manos hasta mi escote. Rápidamente, me levanté y me aparté de él.

—Ancel, no es un buen momento. No todo es sexo ¿sabes? —reproché cabreada.

—Luna ¿qué pasa?

—No lo entenderías —respondí reprimiendo las lágrimas.

—Amber, dime qué quieres y te lo daré —confesó apretándome desde atrás.

Al escuchar mi nombre, me hirvió la sangre, me separé de él y le di un bofetón.

—¡No vuelvas a llamarme así! —grité enfurecida.

—Lo siento, no se repetirá. Sabes lo que siento por ti, pero te cierras en banda —expresó.

Escondí mi cabeza en el hueco de su cuello y me hundí, no podía más, necesitaba volver, necesitaba ver a mi hija y que supiera que era soy su madre. Necesitaba echar el tiempo atrás y quedarme debajo de ese árbol donde nos amamos por última vez, donde me entregué a él en todos los sentidos y donde acabó todo. Me separé de Ancel y cuando iba a responder, besó mis labios consiguiendo al fin que me calmara. En ese momento, sonó mi móvil. Mi corazón se aceleró al ver quién era.

¿Selena?

Amber, es April.

¿Qué ocurre? —De repente, me sentí morir.

—Tenemos que volver a Manhattan.

Asentí y cogí mi bolso, estaba nerviosa y asustada, no sabía qué le pasaba a mi hija.

Ancel me miró fijamente, no entendía mi miedo y, aunque él sabía mi pasado, no se lo había contado todo.

Íbamos en el ascensor y se acerca a mí para intentar tranquilizarme, pero me aparto de él, me disculpo y me aparto, no podía estar pegada a él en este momento que tan agobiada estoy, cuando llegamos al aparcamiento, caminé hasta mi coche y Ancel se para en seco agarrándome del brazo.

—¿Dónde vas? Te llevo en mi coche —dijo mientras tiraba de mí al salir del ascensor.

Me solté y me fui hasta mi coche. A Ancel no le quedó más remedio que meterse conmigo sin decir ni mu, no estaba para broncas y mucho menos para hacer lo que a él le diera la gana.

—Pero qué cabezota eres —susurró cogiendo mi mano.

—Ancel... por favor, no empieces —respondí sin saber realmente porque estaba cabreada.

Durante el viaje, intentó entablar conversación en varias ocasiones, pero yo no estaba para eso y subí el volumen de la música.

Conduje más de tres horas, estaba muy preocupada por mi hija y me sentía impotente ante la carretera. Me pregunté a mí misma qué haría mi hija al verme, probablemente no me conocería. ¿Y si algún día me reprochaba el haberla abandonado?

Llegamos a la puerta del hospital, Ancel me miró esperando que yo salga del coche primero, pero el pánico se había apoderado de mí y mi cuerpo no reaccionaba.

—Luna... Luna —me llamó tocando mi hombro.

Por fin reaccioné y bajé del coche, cogiendo el control, manteniéndome firme, recobrando la compostura. Mientras caminábamos, mi corazón bombeaba frenético, un sudor frío bajaba por mi espalda helando todo mi cuerpo. Ancel pasó su mano por mi cintura y me dio un apretón. Quería hacerme ver que estaba conmigo, pero eso yo ya lo sabía, siempre me lo ha demostrado, siempre estuvo ahí para mí y era consciente de que siempre lo estaría, aunque no estuviéramos juntos. Cuando entramos en el hospital, busqué a alguien que pudiera darme información, en ese momento vi a mi hermano. Este, al verme, se acercó a mí y eso hizo que corriera hasta él. Me aferre a sus brazos con los ojos llenos de lágrimas y él me apretó entre sus, mientras me susurraba que me tranquilizara.

—Dime... ¿qué le ha pasado a mi pequeña? Soy una mala madre que la abandonó... no me lo perdonaré nunca —dije sin control.

Sentía cada palabra que salía por mi boca, nunca debí dejar a mi hija, nunca debí abandonarla.

—Amber, cariño. ¿Cómo estás? —Selena se acercó y me abrazó.

La estreché entre mis brazos y me reconfortó en cierta manera. Era como estar en casa, protegida.

Acto seguido, me condujo hasta la habitación de April. Mis latidos entonces adquirieron un ritmo frenético. Al llegar a la puerta, lo vi, allí mismo, custodiando la habitación de mi hija. Percibí su aroma, ese que tanto amé un día y que me transportaba a otro mundo sin remedio.

—Hola, Amber —me saludó al verme. Noté en él cierto aire molesto.

Selena pasó por su lado, yo la seguí y, al pasar junto a él, nuestros dedos

se rozaron. Sentí entonces esa electricidad que llevaba años sin experimentar, esa sensación de caer al vacío, de sentirme flotar en el aire. Crucé una mirada con él y pude ver el resentimiento que sentía hacia mí. Eso me dolió profundamente, no podía pretender llegar aquí y se me hiciera una fiesta, pero aun así dolía. Agaché la cabeza e intenté entrar, pero Evan me agarró del brazo.

—Tenemos que hablar —me susurró, haciendo que mi piel se erizase. Ancel se dio cuenta y carraspeó. Evan comprendió que no había venido sola.

Huí de la situación y entré a ver a mi pequeña princesa. Las lágrimas asomaron por mis mejillas, no cesaban y me sentí feliz al verla tan preciosa. Estaba dormida y su cabello, lleno de tirabuzones negros, descansaba sobre la almohada. Me agaché y besé su frente. Selena se acercó a mí y me acercó una silla para que me sentase a su lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté preocupada.

—No sabemos aún, pero de pronto comenzó a vomitar y tenía mucha fiebre. Nunca se había puesto enferma y nos asustamos —comentó Selena con una sonrisa fingida.

Agaché la cabeza pensativa. Selena cogió mi mano en señal de apoyo. Ella era mi hermana, lo era todo para mí, la única que sabía todo por lo que había pasado en los años que llevaba sin mi hija.

—No te martirices, por favor —suplicó apretando mi mano.

—No puedo mirar a mi hija sin sentirme culpable. Si yo hubiera estado con ella, si yo la hubiera cuidado... no, no.

—No estaría aquí, ¿ibas a decir eso, verdad? —terminó la frase por mí.

Selena se levantó ofendida, no podía recriminarle nada a ella, que había sido la madre de mi niña, que la había cuidado en sus noches de desvelo, ella que le había dado de comer, la había bañado, que había jugado con ella mientras chapoteaba en el agua... Me estaba comportando como una auténtica desagradecida con Selena. Inmediatamente, me levanté y le pedí perdón, por suerte ella lo dejó correr. Entendió que todo se debía a la presión a la que estaba sometida.

—No seas tan dura contigo misma, Amber. Sí, es cierto que dejaste a tu hija, pero nadie te juzga. Todos sabemos por qué lo hiciste. Solo una cosa te voy a pedir. —Suspiró y yo asentí—. Si te quedas... que sea para siempre, no voy a dejar que le hagas daño.

Aquello me reconfortó y dolió a partes iguales. Esa no era no es mi intención y mucho menos abandonarla de nuevo. Me quedaría con ella o me la

llevaría conmigo a Nueva York, nadie podrá impedírmelo.

En ese momento escuchamos un quejido de la niña, las dos nos dimos la vuelta y nos acercamos a la cama cogí su mano y ella me miró. Después miró a Selena.

—Mami, ¿quién es? —dijo refiriéndose a mí.

Mi corazón se quebró en aquel momento, supuestamente, ella la estaba cuidando como si fuera su tía, no su madre. Mis lágrimas no se hicieron esperar. La habitación se hizo pequeña de repente y me dispuse a salir esperando en vano que Selena me detuviese. Al salir, me encontré con Evan, corrí hasta él y me aferré a su cuerpo como si fuera mi tabla de salvación, como si fuera la única persona que podía erradicar el dolor que comprimía mi pecho, la única que podía sanar aquello que sentía. Él no esperaba aquel abrazo, pero me apretó con todas sus fuerzas, como si intentara con ello retenerme. Nuestros se recordaron, nuestros corazones bailaron al son de nuestros latidos, de nuestras respiraciones. Ninguno dijimos nada, solo disfrutamos del momento. No podía creer que estuviera con él de nuevo, con sus brazos rodeando mi cintura, con su cabeza escondida en mi cuello, sintiendo su aliento, sintiendo unas irremediables ganas de besar sus labios, de sentirle piel con piel, de sentir sus manos recorrer todo mi cuerpo... De repente, acudió a mí ese recuerdo por el cual lo había dejado y, de súbito, me separé de él, desconcertándole. Me miró sin decir palabra y me sentí morir. Tuve la necesidad de agarrar una botella de whisky y perderme en ese mundo de mentiras en el que me había empeñado en vivir. Agaché la cabeza suspirando y me fui. Salí del hospital sin mirar atrás, pensando que vendría a por mí, pero para mí desgracia no lo hizo. Corrí entonces hasta mi coche y me metí en él sin saber que había quedado atrapada para siempre desde el momento justo en que había pisado el hospital y les he visto... ya no podía irme, no podía dejarles de nuevo. Conduje sin dirección alguna, luché por saber qué quería mi corazón, qué quería mi alma, esa que en algún momento había pensado que no tenía.

Capítulo 19



Una extraña fuerza sobrenatural hizo que condujese hasta el bar en el que trabajaba Logan.

Dispuesta a acabar con todo ese castillo de naipes en el que se había convertido mi vida, le pedí una botella de wiski y, aunque no le hizo mucha gracia, me la sirvió.

Durante más de una hora no hice otra cosa que tragar un vaso tras otro y mientras mi garganta ardía por el alcohol, mi teléfono no dejaba de sonar una y otra vez.

Logan terminó su turno, pero no se atrevió a dejarme allí sola debido a mi estado, más bien al contrario, tuvimos alguna que otra regañina por su empeño en que dejara de beber.

—¡Logan... vete hombre, ya soy mayorcita... para que estés cuidando de mí! —dije arrastrando las palabras.

En un momento dado, me cogió del brazo y me levantó de la silla. Intenté deshacerme de él, pero me fue imposible y consiguió arrastrarme hasta la salida. Vi entonces a mi hermano apoyado en mi coche.

Lo que me faltaba, pensé, que vinieran a recogerme. Justo entonces pude ver también a Evan. Al parecer, habían venido juntos. Le dirigí una mirada asesina y me acerqué a él.

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa de todo! —le recriminé apuntándolo con el dedo mientras le empujaba.

Evan no se movió, solo clavó sus ojos en mí. Me cogió en brazos y me echó en su hombro. Yo grité por la sorpresa mientras escuchaba cómo Logan le gritaba a mi hermano y pedía explicaciones. Evan me llevó hasta su coche y Estefan condujo el mío.

— ¡Estás loco! ¡Deja que me vaya! ¡Suéltame! —No dejé de gritar en todo el camino, pero a Evan se le veía muy sereno.

—Eres un imbécil —le dije de pronto.

—¿Qué más? ¡Venga, suéltalo todo! Pero eso no hará que te deje ir. Nunca más, rubita —dijo sonriéndome.

— ¿Qué quieres de mí? ¿Acaso no me hiciste ya bastante daño? — pregunté reprimiendo las lágrimas.

Sin más... pegó sus labios a los míos haciéndome estremecer con ello, prácticamente, al instante.

Interiormente, me negué a que me consiguiera eso tan fácilmente. Hubiera querido, de buena gana, arrancarme el corazón para no poder sentir más amor.

—No vuelvas a besarme, ¿queda claro? —exigí nerviosa—. ¿Crees que vas a conseguir algo de mí con solo un beso? No me conoces, Evan, ya no soy la misma... ya la Amber estúpida a la que se le podía engañar fácilmente.

Ahora ella no está, murió el día que salió de aquella casa, el día que lo dejó todo atrás. Sí, puede que ahora sea más vulnerable y esté totalmente alcoholizada, pero todo es por tu maldita culpa... Por no poder odiarte, por no poder dejar de pensar en ti ni un solo momento.

—Entonces no huyas, no me dejes otra vez, Amber. Deja que compense por mi error... Sé que lo hice mal, pero lo dejé. Aquello forma parte del pasado. Estoy totalmente limpio.

Las cosas se estaban complicando y sabía que iban a acabar mal, pero de momento no diría nada. En cuanto pudiera, cogería a mi hija y me largaría de sus vidas para siempre.

Condujo en silencio y, aunque parezca mentira, no era un silencio incomodo, más bien agradable, con cierto aire de calma y serenidad. Después de media hora, llegamos a casa de Selen, pues a mi hija ya le habían dado el alta.

Me bajé del coche sin mirarle y cerré la puerta de un portazo. Caminé despacio y cuando llegué a la puerta, suspiré. No quería entrar, no quería volver a sufrir y sabía que, entrando en aquella casa, de nuevo lo haría. Escuché los pasos de Evan, se detuvo justo detrás de mí, me agarró por la cintura y sentí su aliento en mi oreja.

—¿No entras, rubita?

Me quedé descolocada, parecía que lo que habíamos hablado antes... no le había quedado nada claro. Me solté y entré en la casa, él me siguió. Al entrar, Selen corrió hasta mí y me abrazó, mientras me pedía perdón por lo ocurrido en el hospital.

Acto seguido, me llevó a la cocina para contarme algo que parecía ser muy delicado. Evan quiso sumarse, pero ella se lo impidió.

Estaba muy nerviosa, era fácil advertirlo.

—Matthew intentó llevarse a la niña —declaró con voz temblorosa.

Mi cuerpo se paralizó al escuchar aquello, mi miedo se intensificó. Me sentí desfallecer, ese desgraciado...

—¿Cuándo pasó? ¿Y cómo? —pregunté asustada.

—Hace tres meses.

La sangre me hervía, ¿cómo había podido ser tan incauta de abandonar a mi hija?

—Le dije a April entonces que me llamara mamá siempre que hubiera algún desconocido delante, pero ella sabe que yo soy su tía y tú su mamá. —Suspiró—. En el hospital no te reconoció, pues la foto que tiene tuya es de

hace tiempo y has cambiado mucho, Amber, demasiado diría yo... Te niegas a aceptar la realidad y te haces daño a ti misma, mientras, te llevas a Evan por delante.

Me levanté e intenté coger una botella de alacena. Selena me lo impidió. Forcejeamos un poco y, ante la imposibilidad de salirme con la mía, salí al jardín. Sin darme cuenta, llegué al árbol en el que le di aquel “sí” y una lágrima rodó entonces por mi mejilla.

Entonces, me di cuenta de que había alguien sentado debajo del árbol, era Evan. Me di rápidamente la vuelta para alejarme, pero entonces escuché sus sollozos. Me detuve en seco al instante, aquello me apenaba. Al fin y al cabo, él no era el único culpable de todas nuestras desdichas.

En ese momento, pisé una rama sin querer. Eso hizo que Evan mirase hacia atrás y me viera. Se levantó y se puso justo frente a mí. Yo quise irme, pero no podía, mis piernas no me hacen obedecían.

—Perdóname, por favor... no puedo más con esta presión que siento en el pecho, quiero amarte, quiero hacerte feliz por siempre, quiero que me perdones —suplicó aferrado a mí.

—Evan, por favor, no me pidas perdón... soy yo quien debe hacerlo —afirmé temblorosa.

—Tú no tienes la culpa, preciosa —susurró en mi oído—. Te amo, y estos tres años sin ti han sido los peores de mi vida.

—Lo siento, no quería que pasaras por todo esto, pero estaba dolida. Luego, cuando pasó el enfado, llegó la melancolía y después el arrepentimiento, pero para entonces... ya era tarde. —Sonrió al escuchar aquello.

Me llevó hasta el árbol para que nos sentemos y se produjo la magia. El tiempo parecía no haber transcurrido. Estábamos en el punto exacto en el que todo había acabado.

Evan selló nuestros labios en un dulce beso lleno de promesas, de amor, de infinito. Escuchamos unos pasos a nuestra espalda.

—Vaya, vaya... mira a quién tenemos aquí.

Al escuchar su voz, mi cuerpo entró en barrena. ¿Cómo me había encontrado? ¿Cómo se había enterado? No lo podía creer. Nos levantamos y comenzamos a caminar, pero Matt sacó una pistola.

—¿Qué quieres? Déjanos en paz, Matt —dijo Evan colocándose tras él.

—Hermanito, ¿otra vez babeas por ella?

Pude deshacerme de los brazos de Evan y me coloqué delante de él. No

iba a dejar que le hiciera daño.

—¿Cómo sabías que había regresado? —grité colérica.

—Relájate preciosa. He de decirte que sí, que te espíé, pero también tengo que darle las gracias a tu amiguito —habló caminando de un lado al otro sin soltar la pistola—. Sí, a tu alemán, ese mismo con el que te acuestas desde hace años. Él me ha estado informando de todos tus pasos, me llamó hace un rato para decirme que habías vuelto... ¡Joder! ¡Qué estúpida eres!

Evan tiró de mí y caminamos directos a la casa, Matt nos siguió, estaba totalmente ido. Comenzó a gritarnos, a amenazarnos con la niña. Al escuchar aquello, me detuve. Evan me miró con miedo y yo agaché la cabeza suspirando. Matt se abalanzó sobre mí y me agarró por el cuello, apuntándome con la pistola en la cabeza. Pensé que me quedaban solo unos minutos de vida.

Evan intentó acercarse, pero Matt me apuntó aún más fuerte mientras le gritaba que diera un paso atrás. Ese último grito, más fuerte quizá que los anteriores, alertó a mi hermano que inmediatamente salió a buscarnos. Cuando vio la escena, se llevó las manos a la cabeza.

—Matt, por favor déjala ir, dime qué quieres. ¿Dinero? ¿Más poder? Dime y te lo daré, pero suéltala —propuso Evan asustado.

Matt soltó una carcajada y mi miedo se intensificó. Sentí cómo me desmayaba poco a poco. Comencé a toser y eso hizo que Matt se pusiera nervioso al no puede apuntarme con la pistola y agarrarme para que no cayera al suelo al mismo tiempo. Sabía que, e flaquear, sería atacado por Evan y mi hermano. Matt entonces me dejó caer al suelo mientras me apuntaba.

—No os mováis o la mato.

Le miro y él me mira, me sonrío irónico y caigo derrumbada sobre el césped. Evan vino hasta mí, ignorando las palabras de Matt, y se agachó para ayudarme a levantarme. Matt le agarró del brazo para alzarlo a él y le dio un puñetazo derribándolo. Yo grité desesperada, pues Evan se abalanzó con furia sobre él y comenzaron a pelearse, en aquel momento ambos desarmados. Mi miedo era cada vez más grande, sentía que el desenlace sería fatal. En algún momento habían recuperado la pistola del suelo y forcejeaban por ella.

Estefan corrió hacia ellos, pero Matt hizo un disparo en su dirección que falló gracias a la pugna de Evan.

No podía más, no podía perderle otra vez. Matt le tenía agarrado del cuello, intentaba asfixiarlo. Entonces me levanté, me armé valor y, dejando correr la adrenalina por mi cuerpo, cogí una piedra y la estrellé en la cabeza de Matt. Inmediatamente cayó mareado, pero no inconsciente. Esa distracción

ayudó a Evan a recomponerse y poder levantarse. Estefan agarró con fuerza a Matt.

—No os servirá de nada tenerme retenido —masculló cabreado—. Mientras estáis aquí conmigo, tengo a alguien en la casa cogiendo a mi hija —dijo con una sonrisa en su cara de demonio.

Evan no paraba de pegar a Matt y yo no podía hacer nada. Estefan lo único que hacía era agarrarle, haciéndome ver que le odiaba incluso más que yo. No hice caso a ninguno y corrí como pude, tambaleándome, en dirección a la casa. Al llegar vi que no había nadie. Llamé a Selena, pero no respondió. Entonces escucho unos golpes que provenían de la cocina, exactamente de la alacena. La abrí y allí estaba atada y con la boca tapada. Estaba nerviosa, aturdida, aterrada.

—Selena, cálmate, no te entiendo —le dije.

—Se la llevó, ese hijo de puta se llevó a la niña —dijo de pronto.

Yo creí morir en aquel momento.

—¿Quién se la llevó? Selena, por favor —supliqué entre sollozos.

—Ese que vino contigo, el que llegó al hospital contigo.

—¿Ancel?

Me senté un momento, agaché la cabeza y me tapé la cara con las manos, desesperada y asustada. Mi hija estaba con un desgraciado que se había aprovechado de mí, de mi miedo, de mis recuerdos, de mi vulnerabilidad. Selena se acercó a mí y me abrazó, se sentía culpable.

Me levanté como un resorte, no podía quedarme sentada, esperando cómo el tiempo pasaba. Tenía que obligar a Matt a que me dijera dónde estaba mi hija. Cogí a Selena del brazo y tiré de ella para salir fuera.

Evan tenía a Matt aprisionado bajo su cuerpo, le gritaba como un loco. Entonces vi a mi hermano en el suelo con un disparo. Sentí cómo mis piernas flaqueaban y caí justo delante de mi hermano. Tirado, inconsciente, con el pecho lleno de sangre y la cara magullada. Selena, destrozada, cayó al suelo y lo abrazó. Ella amaba a mi hermano, a mi confidente, a mi única familia.

De repente, todo se tornó odio en mi interior. Me levanté, agarré la pistola que volvía a estar en el suelo y me coloqué justo delante de Matt. Le apunté con la pistola en la cabeza e hice que me rogara por su vida.

—No lo harás, no tienes el coraje suficiente para apretar ese gatillo —dijo con una sonrisa diabólica.

Apreté el gatillo apuntando a su pierna y acerté de lleno.

—¡Joder! —gritó—. ¿Estás loca?

Sonreí al verle revolcarse del dolor y, por un momento, me sentí mejor. Evan se levantó y me quitó la pistola de las manos, me cogió del brazo y me apartó unos metros de Matt, que seguía retorciéndose en el suelo.

— ¿Dónde está la niña? —le preguntó Evan que había comprendido lo ocurrido. Matt dio la callada por respuesta.

Mientras tanto, yo llamé a emergencias.

Cogimos a Matt y lo llevamos hasta la casa. Selena se quedó con mi hermano en la parte trasera hasta que llegase la ambulancia. En ese momento llegó una patrulla de policía, se bajaron del coche dos agentes y se acercaron a toda prisa a nosotros. Matt rio por lo bajo y yo no logro entender, como es que este hombre puede tener esa sangre fría incluso sabiendo que está en serios problemas. Explicamos a los agentes lo ocurrido y se llevaron a Matt hacia el coche. En ese momento, en una milésima de segundo, Matt se volvió loco. Gritó con todas sus fuerzas, se lio a puñetazos y consiguió hacerse con un arma reglamentaria. Rápidamente, apuntó a Evan y apretó el gatillo. Al instante, el cuerpo de Evan cayó desplomado.

El otro policía sacó su pistola y, solo un instante después, disparó a Matt haciendo que este también cayera al suelo.

No podía dar crédito. Me agaché junto a Evan y sujeté su cabeza. Temí perderle de un momento a otro y mi corazón se aceleró gravemente.

—Evan, por favor... no me hagas esto, mi amor, no podría vivir sin ti, no podría estar sin ti... no ahora —supliqué acariciando su mejilla. Entonces abrió los ojos y tosió al mismo tiempo. En ese momento, se escuchó la sirena de la ambulancia.

Rápidamente, se dividieron para atender a los tres heridos.

—Matt... —Me acerqué a él antes de que se lo llevaran—. Solo quiero saber dónde está, únicamente dime dónde está mi hija, nuestra hija, por favor —supliqué y me agarró la mano.

—Siempre... supe que eras Luna, pero la venganza... me cegó. Perdóname... yo lo único que... —Tosió y de su boca salió un poco de sangre—. Yo solo te amé, te amo... lo siento. La niña... la niña está en mi casa, en el sótano. Búscala y se feliz, Amber... mi preciosa Amber. —Después de decirme eso, sus ojos se cerraron, llevándoselo al mismísimo infierno.

Recuperamos a April sana y salva en una acción policial en la que Ancel fue arrestado por secuestro.

Nerviosas y asustadas, esperábamos noticias sobre Evan y Estefan en la

sala de espera.

En ese momento, salió un médico y nos informó de que ambos estaban fuera de peligro.

Le pedimos que nos dejara verlos y dio su consentimiento. Nos dividimos y Selena fue a ver a Estefan y mi peque y yo a Evan, a mi Evan, a mi amor.

Entré en la habitación y corrí hasta él. Mi hija, al verlo sonrió ampliamente, como si hubiera visto a su príncipe azul, ese mismo que nos había salvado a ambas de la perdición, ese que nos ama a toca costa, que nos cuidará por siempre. Ese era el retrato del hombre del cual mi hija y yo estábamos enamoradas.

Nada más acercarnos, me pidió matrimonio y, sin más, acepté, porque lo amaba y lo amaría por siempre. Le besé, uní nuestros labios en un dulce beso lleno de amor. Pensé en lo hermoso que sería despertar cada mañana a su lado, ver aquella sonrisa, besar aquellos labios que tanto amo. Con eso me sentía más que satisfecha. Había tenido que estar a punto de perderle para siempre para darme cuenta de mi amor por él, de mi maravillosa vida y de quién soy: Amber Griffin, la que hizo que por fin muriera Mi oscura identidad.

Epílogo



Un año había pasado, un año desde aquel día en el que casi pierdo a todos aquellos a los que amaba.

Por fin me vestía de princesa, por fin era rescatada por mi príncipe azul, me sentía dichosa. Evan y yo pasábamos mucho tiempo juntos, intentando comprender y perdonar todo lo que nos habíamos hecho y, sobre todo, regalándonos esa confianza que perdimos cuando todo acabó. Con mi hija, las cosas eran sencillas y preciosas, era una niña feliz y cariñosa, tanto conmigo como con Evan. Crecería en una familia que la amaba y la llenaba de amor día tras día.

Se abrió la puerta y entró mi embarazadísima Selena. Mi primer sobrino hacía de su madre una mujer radiante y feliz, tanto que no parecía ella.

Me levanté y me coloqué los zapatos, Selena me dio los últimos retoques y ya estuve lista.

—¿Preparada? —preguntó Selena con una sonrisa y yo asentí.

Salimos de la habitación y mi hermano me esperaba en la puerta, él sería

quien me llevara al altar. Bajamos las escaleras, de la casa de Selen y salimos al jardín trasero, pues la boda tendría lugar en esa casa, en la parte trasera, cerquita del árbol, de nuestro árbol, ese que nos vio amarnos y dejarnos al mismo tiempo, ese que vio cómo nos jurábamos amor eterno bajo la luz de la luna. Justo donde la que se hacía llamar Luna miraba las estrellas soñando con un final feliz, donde Evan acariciaba mi cabello mientras me susurraba un “te amo” y me hacía el amor. Me dirigía hacia Evan con paso ceremonioso, firme, del brazo de mi querido hermano.

De pronto, se escuchó una canción, esa canción, nuestra canción y le miré, miré al hombre que me esperaba, al hombre que me miraba con una sonrisa dibujada en su cara, una sonrisa que podría derretir el Polo Norte si se lo proponía.

Caminé decidida, mientras esa canción llenaba mi corazón y mis sentidos. Al llegar, Evan cogió mis manos y, con el permiso de mi hermano, las besó dulcemente.

Nos aproximamos al sacerdote y la ceremonia comenzó. Nuestros ojos no se apartaban del otro y en una de esas miradas, pude ver su guiño mientras sonreía.

Después de eso, fue el turno de los votos. Comenzó Evan con ellos.

—No soy bueno para hablar en público —reconoció—, pero hoy es un día especial, un día que jamás pensé que llegaría, un día con el que siempre soñé. Amber, mi rubita preciosa, únicamente puedo darte las gracias, gracias por amar a este hombre que tienes ante ti. En parte me siento culpable, por haberte hecho sufrir tanto, pero si no hubieran pasado esas cosas... quizá hoy no estaríamos aquí. Te amo desde el día que me crucé contigo en esa carretera. Fue ese día, aunque parezca una locura, cuando me enamoré de ti, cuando sentí lo que es el verdadero amor. Algo que solo me has enseñado tú. Te amo, te amo con toda mi alma —terminó de decir consiguiendo que yo ya tuviera los ojos anegados en lágrimas. Eran las palabras más bonitas que me habían dicho en la vida.

El cura hizo un gesto de asentimiento, dándome paso.

—No sé qué decirte, pues prácticamente lo has dicho todo tú... solo una cosa más... El día que te conocí, lo primero que pensé, ¿cómo pueden existir hombres así? Pues con solo ver tu sonrisa y tus ojos azules como el cielo, me creí princesa y pensé que tenía alas para volar. Eso fue lo que me hiciste sentir con solo mirarte —hablé nerviosa y él me sonrió—. No me queda mucho por decirte, únicamente que te amo, te amo demasiado y, aunque pasara mil años

separada de ti, te amaría con la misma intensidad, incluso más. Me encanta la idea de despertar cada mañana y ver tu sonrisa deslumbrar toda la habitación, deslumbrar mi mundo entero, llenar mi corazón y mi alma perdida. Gracias, gracias por haber hecho que vuelva a brillar con luz propia, gracias por devolverme mi identidad. Me sentía tan perdida que... no sabía ni quien era.

Una vez nos dijimos todo lo que sentíamos, el cura nos dio el permiso debido para que Evan besara mis labios, ya éramos marido y mujer, nuestras almas ya estaban unidas en una sola, nuestros corazones ya latían al unísono. Y el bebé que llevaba en mi vientre sería la culminación de un gran amor que superó las adversidades de la vida.

FIN

Agradecimientos

Quiero dar las gracias por su apoyo y motivación a mis sobrinas Gara Sánchez y Soledad Coello; sin ellas, esta aventura no hubiera sido posible. A mi marido que ha sido mi gran apoyo para no dejarme vencer. A mi tía Hermi, ya que, gracias a ella, esta historia se adentró y se creó en mi mente.

A Elisabet Castro, cuya generosidad y apoyo me ha ayudado a seguir adelante, gracias por las mejores portadas. A Fanny Ramírez por aguantarme cada vez que le pedía ayuda, sin ella no hubiera salido adelante esta historia.

Y por encima de todo, dar las gracias a todos mis lectores.

Un fuerte abrazo a todos.

Si queréis seguirme:

Facebook: Priscila S. Autora

Twitter: @PriscilaSAutora

Instagram: @Escritorasinalas

Gmail: Priscilasautora@gmail.com